Nueve desconocidos. Una verdad mortal.



EL JUEGO DE LOS CULPABLES

DORIAN LEBLANC

El juego de los culpables

Una novela de Dorian Leblanc

Derechos de autor © 2026 Dorian Leblanc

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Tabla de contenido

- Capítulo 1 — La etiqueta
- Capítulo 2 — El túnel
- Capítulo 3 — El agua
- Capítulo 4 — El horno
- Capítulo 5 — La mesa
- Capítulo 6 — La escalera
- Capítulo 7 — Las cajas
- Capítulo 8 — El voluntario
- Capítulo 9 — La salida
- Capítulo 10 — La carretera
- Capítulo 11 — Veinticuatro horas
- Capítulo 12 — La jeringa
- Capítulo 13 — Vera
- Capítulo 14 — El juego no termina
- Capítulo 15 — Código rojo
- Capítulo 16 — El inspector
- Capítulo 17 — La multitud
- Capítulo 18 — La lista
- Capítulo 19 — La red
- Capítulo 20 — La doctora
- Capítulo 21 — El pase
- Capítulo 22 — El sótano
- Capítulo 23 — La ambulancia
- Capítulo 24 — Los compradores
- Capítulo 25 — El contable
- Capítulo 26 — El juez

Capítulo 27 — No jugamos
Capítulo 28 — El corazón
Capítulo 29 — La voz
Capítulo 30 — La voz
Capítulo 31 — El último nodo
Capítulo 32 — El acta
Capítulo 33 — Los cargos
Capítulo 34 — La declaración
Capítulo 35 — La última puerta
Epílogo
Agradecimientos

Capítulo 1 — La etiqueta

Desperté mordiendo algo.

Durante un segundo pensé que era mi lengua. Luego noté el sabor: metal, polvo, sangre seca. Tenía la boca pastosa, la garganta cerrada y una presión en la cabeza que parecía venir desde dentro del cráneo, como si alguien me hubiera metido allí una campana y la hubiese hecho sonar con mala leche.

Abrí los ojos.

No vi nada al principio.

Solo una luz amarillenta, enferma, balanceándose sobre mí.

Parpadeé varias veces. El techo apareció a trozos: hormigón oscuro, vigas oxidadas, cables colgando como tripas viejas. La bombilla temblaba al final de un cable negro y cada parpadeo cambiaba la sala de sitio. A ratos parecía más grande. A ratos parecía una caja.

Intenté incorporarme y el estómago me subió hasta la garganta.

—Joder…

Mi voz sonó rota. Pequeña. De alguien que acababa de perder una discusión contra un camión.

Me apoyé en un codo. El suelo estaba helado y húmedo. Tenía gravilla pegada en la mejilla, una rodilla dolorida y las manos manchadas de algo oscuro que preferí no oler.

Entonces escuché a alguien llorar.

No era un llanto de película. No tenía música ni dignidad. Era un sonido feo, entrecortado, de persona intentando respirar por una nariz llena de mocos.

Giré la cabeza.

Había una mujer joven sentada contra una pared, abrazándose las piernas. Llevaba un vestido negro demasiado fino para aquel sitio, un zapato de tacón puesto y el otro tirado a dos metros. Tenía el rímel corrido y una herida pequeña en la ceja.

A su lado, un hombre le sujetaba la cara con las dos manos.

—Lara, mírame. Mírame, ¿vale? Estoy aquí.

Ella no le miraba. Miraba la habitación.

Buena elección.

La habitación merecía atención.

Era rectangular, alta, con paredes de cemento azul oscuro y manchas negras de humedad. Había una puerta metálica al fondo, enorme, de esas que no se abren con una patada salvo que uno tenga mucha fe y pocas neuronas. En una esquina, una rejilla de ventilación. En otra, unas cámaras pequeñas protegidas por jaulas de alambre.

Cámaras.

Eso me despertó más que la luz.

Me puse de rodillas y casi me caí.

—Tranquila —dijo una voz masculina—. Si vomitas, intenta no hacerlo encima de mí. Acabo de recuperar la conciencia y ya tengo pocas alegrías.

Miré hacia la derecha.

Un hombre de unos cuarenta y tantos estaba sentado con la espalda contra una columna. Camisa blanca, pantalón de traje, un calcetín agujereado y cara de odiar el mundo desde antes de que el mundo le diera motivos. Tenía una brecha en el labio y seguía pareciendo el tipo de persona capaz de pedir el libro de reclamaciones durante un incendio.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Ah, bien —dijo—. Preguntas fáciles. Me preocupaba que empezáramos con algo complicado, como "quién nos ha secuestrado" o "por qué me duele hasta el alma".

—¿Siempre eres así?

—Solo cuando despierto en sitios con encanto.

Antes de que pudiera contestarle, un golpe seco resonó al otro lado de la sala.

Un hombre enorme estaba intentando abrir la puerta metálica. Mediría casi dos metros. Calvo, cuello ancho, brazos de gimnasio viejo y camiseta negra rasgada en el hombro. Tiró de la manilla una vez. Luego otra. Después le pegó una patada.

La puerta ni se inmutó.

—Está cerrada —dijo.

—Menos mal que estás tú —murmuró el de la camisa blanca—. Yo habría tardado horas en llegar a esa conclusión.

El grande se volvió despacio.

—¿Quieres que pruebe con tu cabeza?

—Depende. ¿Crees que abrirá?

—Creo que sonará bonito.

La mujer del traje gris intervino desde el suelo:

—¿Podéis dejar de medir quién la tiene más grande hasta que sepamos si vamos a morir?

Hubo un silencio breve.

El de la camisa blanca levantó un dedo.

—Técnicamente, eso también sería una forma de recopilar información.

La mujer le miró como si acabara de decidir que, si había que sacrificar a alguien, él ya tenía papeleta.

Yo volví a mirar la sala.

Entonces los conté.

Uno: la chica que lloraba, Lara.

Dos: el hombre que la sujetaba.

Tres: el tipo enorme de la puerta.

Cuatro: el de la camisa blanca.

Cinco: la mujer del traje gris.

Seis: un hombre mayor, rechoncho, sudando contra una pared, con camisa de cuadros y cara de funcionario pillado haciendo algo que decía no haber hecho.

Siete: una chica rubia, quizá treinta años, chándal caro, uñas perfectas, labio partido. Estaba sentada junto a una mesa volcada y murmuraba algo para sí misma.

Ocho: un hombre delgado, silencioso, muy quieto, sentado en el suelo con las manos sobre las rodillas.

Nueve: yo.

Nueve desconocidos.

La frase no me gustó.

Me gustó todavía menos cuando levanté la mano hacia mi cuello y noté el cordel.

Tiré de él.

Llevaba una etiqueta colgada.

Era una cartulina plastificada, rectangular, como las que se ponen en las maletas o en los cadáveres cuando alguien quiere ser práctico. Tenía una sola palabra escrita en mayúsculas negras.

CALLAR.

Me quedé mirándola demasiado tiempo.

No porque no entendiera la palabra.

Precisamente por lo contrario.

—¿Qué es eso? —preguntó Lara.

El hombre que estaba con ella se tocó el cuello. También llevaba una.

Todos la llevábamos.

Durante unos segundos, el único sonido fue el roce de las etiquetas al levantarlas.

La mujer del traje gris leyó la suya en voz baja:

—Mentir.

El grande frunció el ceño.

—Cerrar.

El de la camisa blanca soltó una risa sin gracia.

—Defender. Qué poético. Me han secuestrado unos opositores a poeta.

—A mí me pone "Firmar" —dijo el hombre de cuadros.

Le temblaban las manos.

La chica del chándal tragó saliva.

—Grabar.

El hombre delgado miró su etiqueta sin mover un músculo de la cara.

—Olvidar.

Lara tardó un poco más.

—Mirar.

El hombre que la sujetaba no quería decir la suya. Eso se notó enseguida. Lo cual, en una habitación llena de cámaras, etiquetas y personas drogadas, fue una estrategia francamente pobre.

—¿Y tú? —preguntó el grande.

Él cerró los dedos alrededor de la cartulina.

—No importa.

—Claro que importa —dije.

Me miró. Tenía ojos bonitos, de esos que han aprendido a pedir perdón antes de hacer daño.

—Huir —dijo al fin.

Lara apartó la mirada.

El de la camisa blanca sonrió.

—Precioso. La pareja viene con instrucciones.

—Cállate —dijo él.

—No puedo. Por lo visto esa es la especialidad de ella.

Señaló mi etiqueta.

No sé por qué me molestó tanto. Quizá porque era verdad. Quizá porque no le conocía de nada y ya quería que algo pequeño y no mortal le cayera encima.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Quieres mi nombre antes de insultarme o después?

—Después igual ya estás inconsciente.

El grande soltó una carcajada.

—Me gusta esta.

—Hugo —dijo el de la camisa blanca—. Hugo Latorre. Abogado. Y, antes de que alguien haga el chiste, sí, ya sé que eso empeora la situación.

—Damián —dijo el grande—. Seguridad.

—¿Seguridad de qué? —preguntó Hugo.

—De que como sigas hablando te arranco un diente.

—Qué tranquilidad. Ya tenemos servicio de emergencias.

La mujer del traje gris se levantó con esfuerzo. Se alisó la chaqueta, un gesto ridículo en aquel sitio, pero eficaz. Algunas personas necesitan recuperar el control por donde sea, aunque sea recolocándose una solapa.

—Irene Barroso —dijo—. Periodista.

—Estupendo —dijo Hugo—. Abogado, periodista, segurata. Esto parece el principio de un chiste malo.

—Esteban Noguera —dijo el hombre de cuadros—. Inspector municipal.

Nadie comentó nada, pero todos miramos su etiqueta.

FIRMAR.

Él se la metió por dentro de la camisa.

—Raquel —dijo la chica rubia—. Raquel Mena.

—¿La de internet? —preguntó Lara, todavía temblando.

Raquel la miró con un cansancio inmenso.

—Preferiría ser otra ahora mismo, la verdad.

El hombre delgado tardó en hablar.

—Samuel Ríos.

Nada más.

No dijo profesión. No dijo edad. No dijo si tenía familia, mascotas o una opinión sobre los secuestros en grupo. Solo su nombre.

Yo me levanté del todo. Las piernas me fallaron un poco, pero aguanté.

—Nadia Vidal —dije—. Enfermera.

Tampoco dije "ex".

Algunas palabras pesan más cuando una las deja fuera.

Damián señaló las cámaras.

—Nos están viendo.

—Brillante —dijo Hugo—. ¿También sabes hacer globos con animales?

Damián dio un paso hacia él.

—Oye, trajeado…

—No es el momento —dije.

—Para mí empieza a serlo.

—Nos han drogado, nos han traído aquí y nos han colgado etiquetas del cuello. Si empiezas pegándote con él, seguramente vas justo por donde quieren.

Damián apretó la mandíbula.

Hugo abrió la boca.

—Y tú —añadí— cállate un minuto. Solo uno. Como experimento científico.

Hugo me miró con una ofensa casi elegante.

—Qué autoritaria para alguien con pinta de haber dormido en una cuneta.

—Gracias. Tú tienes pinta de haberla comprado.

Raquel soltó una risa pequeña. Se tapó la boca enseguida, como si reír allí fuera una falta de respeto.

Quizá lo era.

Entonces el altavoz carraspeó.

Fue un sonido mínimo, una interferencia seca, pero todos nos quedamos quietos.

La luz de la bombilla parpadeó tres veces.

Una voz salió de las paredes.

—Buenos días.

Lara gimió.

Marcos la rodeó con un brazo.

—No sabemos si es de día —continuó la voz—, pero la cortesía también tiene derecho a sobrevivir.

Era una voz masculina. Tranquila. Cercana. Eso la hacía peor. No sonaba como un monstruo. Sonaba como alguien que podría preguntarte si quieres café antes de arruinarte la vida.

Hugo levantó la cabeza hacia la cámara.

—Escúchame, quienquiera que seas. Soy abogado. Lo que estás haciendo…

—Hugo Latorre —dijo la voz—. Etiqueta: Defender.

Hugo se calló.

No mucho, pero se calló.

—Nadia Vidal. Callar. Marcos Aranda. Huir. Lara Sanz. Mirar. Damián Cruz. Cerrar. Esteban Noguera. Firmar. Raquel Mena. Grabar. Irene Barroso. Mentir. Samuel Ríos. Olvidar.

Cada nombre cayó en la sala como una piedra.

Lento.

Preciso.

Personal.

—Nueve culpables —dijo la voz—. Nueve pruebas. Una salida.

Raquel empezó a negar con la cabeza.

—No, no, no…

—Todas las pruebas pueden superarse. Nadie tiene que morir.

Damián miró a la puerta.

—Pues abre y lo hablamos fuera.

La voz siguió como si no le hubiera oído.

—La regla es sencilla: solos no vais a salir. Juntos, quizá.

—¿Quizá? —dijo Irene—. Qué tranquilizador.

—El juego termina cuando crucéis la novena puerta. O cuando demostréis que no merecía la pena construirla.

Marcos apretó a Lara contra él.

—Esto es una locura.

—No —dijo Samuel.

Todos le miramos.

Samuel levantó la vista hacia el altavoz.

—Está demasiado organizado para ser una locura.

Aquello me dio frío.

No porque estuviera equivocado.

Porque tenía razón.

De pronto, el suelo vibró bajo nuestros pies.

Lara gritó. Esteban se pegó a la pared. Damián se giró buscando de dónde venía el ruido. Una placa cuadrada, en el centro de la sala, empezó a elevarse lentamente. Salió del suelo con un chirrido largo, metálico, como una mesa vieja empujada desde el infierno.

Encima había nueve correas de cuero.

Nueve anillas.

Nueve nombres.

Y una pantalla pequeña.

La pantalla se encendió.

06:00

Seis minutos.

—Primera prueba —dijo la voz—. El peso.

La puerta metálica del fondo emitió un golpe interno. Un mecanismo despertando. Algo se movió detrás. Algo pesado.

—Para abrir la puerta, los nueve deberéis tirar de vuestra anilla al mismo tiempo y mantener la tensión hasta que el bloqueo se libere. Si uno suelta, el peso se redistribuye. Si dos sueltan, la puerta baja. Si tres sueltan…

La voz hizo una pausa.

—Bueno. Procuremos conservar algo de misterio.

Raquel se echó a llorar de verdad.

—No puedo hacer esto.

—Sí puedes —dijo Irene.

—¿Tú qué sabes?

—Nada. Pero si digo lo contrario, empeora el ambiente.

Damián se acercó a la mesa.

—Venga. A tirar.

Hugo no se movió.

—¿Y si nos electrocuta?

Damián cogió una de las anillas y la levantó.

No pasó nada.

—Mira. Magia.

—Que seas imbécil no significa que sea seguro.

—No, pero nos ahorra debate.

Me acerqué a la mesa. Busqué mi nombre.

NADIA.

La anilla estaba fría. El cuero, húmedo. Metí la mano y cerré los dedos. Me dolió la muñeca antes incluso de tirar.

Los demás fueron ocupando su lugar.

Damián lo hizo sin pensárselo. Irene, con los labios apretados. Raquel, temblando. Esteban miró su anilla como si le hubieran pedido que firmara su propia autopsia. Hugo se colocó con una mueca de asco. Lara no podía dejar de llorar. Marcos le susurraba al oído, pero no miraba su cara. Miraba la puerta.

Samuel fue el último.

Agarró su anilla con calma.

Demasiada calma.

La pantalla marcaba:

04:47

—A la de tres —dije.

Hugo giró la cabeza hacia mí.

—¿Perdona?

—A la de tres tiramos.

—¿Te hemos votado jefa mientras estaba inconsciente?

—No. Pero tú estabas ocupado siendo insoportable y alguien tenía que hacer algo.

Damián sonrió.

—Tiene mi voto.

—El mío no —dijo Hugo.

—Qué pérdida para la democracia —contesté—. Una.

Todos tensamos los brazos.

—Dos.

Lara empezó a respirar demasiado rápido.

—No puedo, Marcos. No puedo.

—Sí puedes.

—No puedo.

—Lara —dije—, mírame.

Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo tienes que tirar. Nada más. No pienses en la puerta. No pienses en la voz. Tira. Como si odiaras a alguien.

Parpadeó.

—Eso sí puedo hacerlo.

—Perfecto. Tres.

Tiramos.

La mesa se hundió de golpe unos centímetros.

El tirón me arrancó un gemido. No fue fuerza constante, sino una sacudida brutal, como si algo al otro lado hubiera mordido la anilla y quisiera llevarse mi brazo de recuerdo. Apreté los dientes. Los hombros me ardieron al instante.

La puerta empezó a subir.

Muy despacio.

Un palmo.

Dos.

El metal chirriaba contra el suelo. Del otro lado apareció una línea de oscuridad y un olor húmedo, cerrado, como de sótano inundado.

—No soltéis —dije.

—Gracias por el consejo —gruñó Hugo—. Yo pensaba hacer malabares.

—Habla menos y tira más —dijo Damián.

El peso aumentó.

No mucho.

Lo suficiente para que todos lo notáramos.

Raquel se resbaló. Una rodilla le golpeó contra el suelo, pero no soltó.

—Me quema la mano —dijo.

—Es el cuero —dije—. Te está arrancando piel.

—Ah, bueno. Entonces tranquila.

Irene soltó una risa seca.

—Por fin una buena noticia.

La puerta subió otro poco.

El hueco ya dejaba ver un pasillo estrecho, iluminado por luces rojas en el suelo. Al fondo había otra puerta. Sobre ella, un número pintado.

2

No tuve tiempo de pensar en eso.

Esteban empezó a respirar mal.

Lo oí antes de verle la cara.

—No puedo —murmuró.

—Sí puedes —dijo Damián.

—No, no, no puedo. Me va a dar algo.

—Esteban —dije—, mírame.

No me miró.

Tenía los ojos clavados en la puerta, pero no la estaba viendo. Estaba en otro sitio. En uno peor o más cómodo. Con la gente asustada nunca se sabe.

—No puedo —repitió.

—Si sueltas, nos cargas a todos —dijo Hugo.

—Muy útil —le solté—. ¿Haces coaching también?

—Los muertos no necesitan autoestima.

—Y los vivos no necesitan gilipollas.

La puerta subió hasta la mitad.

El hueco era casi suficiente.

Casi.

Ahí empezó el problema.

Porque "casi" es una palabra venenosa cuando uno tiene miedo.

Marcos lo vio.

Le cambió la cara. Apenas. Pero le cambió. Sus ojos fueron de la puerta a Lara, de Lara al hueco, del hueco a la pantalla.

02:18

Calculó.

No hizo falta que dijera nada.

—Marcos —dije.

Él no me miró.

—Marcos —repetí—. Ni se te ocurra.

—Podemos pasar ya.

—No.

—Sí.

—La puerta tiene que subir del todo.

—Eso no lo ha dicho.

—Ha dicho que mantengamos la tensión hasta que el bloqueo se libere.

—¿Y tú sabes cuándo se libera?

—Sé que si haces una estupidez, alguien va a pagarla.

Hugo soltó una carcajada ahogada.

—Qué bonito. Primer secuestro en el que alguien cita el manual de instrucciones.

Marcos apretó la anilla.

Lara le miró.

—¿Qué haces?

—Voy a sacarte de aquí.

—No, Marcos…

—Cuando diga ya, corres.

Damián rugió:

—¡Como sueltes, te parto yo lo que no te parta la máquina!

—Mi mujer no va a morir por vosotros.

La frase dejó algo claro.

No "nadie va a morir".

No "vamos a salir".

No "aguantamos un poco más".

Mi mujer.

Por vosotros.

La sala entera se estrechó.

—Marcos —dije—, escucha. Si aguantamos un minuto más, salimos todos.

—Eso no lo sabes.

—Tampoco sabes lo contrario.

—Yo no apuesto con ella.

Lara empezó a llorar más fuerte.

—Por favor, no lo hagas.

Y entonces Esteban gimió.

Su anilla bajó un centímetro.

Solo uno.

Pero todos lo sentimos.

El peso se movió como un animal vivo.

Raquel gritó.

—¡Me está arrastrando!

Damián tiró más fuerte de su lado. Las venas se le marcaron en el cuello. Irene apoyó un pie contra la base de la mesa para hacer fuerza. Hugo tenía la cara roja, sudada, furiosa.

—¡Aguanta, Esteban! —grité.

—No puedo.

—¡Sí puedes!

Marcos miró otra vez el hueco.

Y soltó.

No del todo.

Eso fue lo peor.

No fue un gesto grande. No fue una traición teatral. Fue apenas una rendición parcial, cobarde, una de esas que luego se pueden explicar con palabras como "resbalón", "instinto" o "no era mi intención".

Aflojó la tensión medio segundo para empujar a Lara hacia la puerta.

Medio segundo.

El mundo se rompió.

La mesa dio un tirón hacia abajo.

Mi hombro crujió. Raquel cayó de lado sin soltar. Irene se golpeó la barbilla contra el canto de la plataforma. Hugo soltó un insulto tan sucio que hasta el sitio pareció escucharlo con respeto.

Y Esteban gritó.

No fue un grito limpio.

Fue un sonido húmedo, torcido, demasiado cercano.

Su brazo quedó atrapado por la correa cuando el mecanismo retrocedió. La anilla le arrastró la muñeca hacia abajo con una violencia seca. Primero oí el chasquido. Después vi la forma imposible que había tomado su antebrazo.

La piel no se abrió del todo, pero la sangre apareció igual. Una línea roja bajó por su muñeca y le empapó el puño de la camisa.

Esteban miró su propio brazo como si no fuera suyo.

Luego gritó de verdad.

—¡Tira! —rugió Damián.

Marcos había vuelto a agarrar la anilla, pálido.

—Ha sido un segundo.

Nadie le contestó.

Porque todos habíamos visto lo mismo.

Un segundo bastaba.

Un segundo era todo lo que necesitaba una persona para convertirse en alguien que luego juraría que no había querido hacerlo.

—¡Tirad! —grité.

Tiramos.

No como personas.

Como animales.

Sentí que la piel de la palma se me abría. La anilla me resbalaba con el sudor. Apreté más. El dolor me subió hasta el codo, al hombro, al cuello. Tenía la boca llena de saliva amarga. Esteban lloraba y tiraba con el brazo sano, medio colgado de la correa, con la cara gris.

La puerta volvió a subir.

Centímetro a centímetro.

01:09

—No llegamos —dijo Raquel.

—Sí llegamos —dijo Irene.

—No llegamos.

—Entonces miente mejor, que de eso entiendo.

Raquel soltó una risa rota que se convirtió en un sollozo.

El hueco era suficiente para reptar.

La puerta no estaba arriba del todo, pero el pasillo llamaba.

Todos lo vimos.

Y todos pensamos lo mismo.

Alguien podía pasar.

Alguien podía soltar y correr.

El problema era que, cuando una idea así entra en una habitación, ya no sale.

Hugo miró el hueco.

—Ni se te ocurra —le dije.

—No he hecho nada.

—Tienes cara de estar haciéndolo por dentro.

—Qué talento el tuyo.

—Y eso que estoy drogada, secuestrada y con un hombro que acaba de presentar la dimisión.

Samuel habló por primera vez desde que había empezado la prueba.

—Tenemos que salir por turnos.

Su voz seguía tranquila.

Demasiado.

—Tres se quedan tirando —dijo—. Los demás pasan. Luego los tres últimos sueltan a la vez y corren.

—¿Y si la puerta cae? —preguntó Lara.

Samuel la miró.

—Entonces corren mejor.

—Fantástico —dijo Hugo—. Un plan con espíritu deportivo.

Damián apretó los dientes.

—Yo me quedo.

—Yo también —dije.

Samuel asintió.

—Y yo.

No me gustó que se ofreciera tan rápido.

Pero no tenía tiempo para desconfiar con elegancia.

00:42

—Pasad —dije.

Nadie se movió.

Era increíble.

Habíamos pasado minutos deseando que la puerta se abriera y, cuando por fin había un hueco, todos querían que otro fuera primero. Nadie quería parecer cobarde. Nadie quería parecer egoísta. Nadie quería descubrir si era ambas cosas.

—¡Pasad de una puta vez! —gritó Damián.

Irene fue la primera.

Se soltó con cuidado, se agachó y reptó bajo la puerta. El mecanismo tembló, pero aguantamos. Hugo pasó después, manchándose la camisa de óxido.

—Esta camisa era italiana —dijo desde el otro lado.

—Pues ahora es de supervivencia —contestó Damián.

Raquel pasó llorando. Luego Lara.

Marcos quiso ir detrás de ella.

—Tú no —dije.

Me miró.

—¿Qué?

—Pasa Esteban.

—Está herido.

—Por ti.

Marcos abrió la boca.

Damián giró lentamente la cabeza hacia él.

—Como discutas, te meto por debajo de la puerta doblado.

Marcos no discutió.

Esteban no podía moverse bien. Irene y Raquel tiraron de él desde el otro lado mientras Damián, Samuel y yo aguantábamos la puerta. Esteban gritó al pasar. Su brazo rozó el metal y el sonido que hizo no fue humano. O quizá sí. Quizá precisamente por eso me revolvió el estómago.

00:19

Marcos pasó.

Quedábamos tres.

Damián, Samuel y yo.

La puerta tembló sobre nuestras cabezas.

—A la de tres —dijo Samuel.

—No —dije—. Primero tú.

Samuel me miró.

Una mirada rápida.

Una grieta.

—Si paso yo, perdéis fuerza.

—Si no pasas tú, no paso yo.

Damián gruñó.

—Me encanta este momento de confianza. Muy bonito. Muy de grupo.

00:12

La puerta bajó un centímetro.

Luego otro.

—Vale —dijo Samuel.

Se agachó y cruzó.

Al soltar su anilla, el peso casi nos arrancó los brazos a Damián y a mí.

La puerta cayó hasta rozarnos la espalda.

—¡Ahora! —gritó él.

Solté.

Me tiré al suelo.

El mundo se convirtió en metal, polvo y rodillas.

Repté.

La puerta bajó.

El borde frío me rozó la espalda y me arrancó la camiseta. Noté el arañazo, largo, caliente, inmediato. Damián venía detrás, demasiado grande para aquel hueco, maldiciendo con una sinceridad preciosa.

Un golpe.

La puerta cayó más.

Alguien gritó desde el pasillo.

No sé quién.

Yo estiré los brazos.

Irene me agarró de las muñecas y tiró con tanta fuerza que pensé que iba a terminar de desmontarme. Salí rodando al otro lado, golpeándome la cadera contra el suelo.

Damián quedó atascado.

Solo un segundo.

Pero allí dentro un segundo ya tenía antecedentes penales.

—¡Tirad de mí! —rugió.

Marcos se quedó quieto.

Lara también.

Hugo dio un paso atrás.

Raquel lloraba.

Samuel observaba.

Yo me lancé hacia Damián y le agarré de un brazo.

—¡Ayudad!

Irene se sumó. Luego Raquel, temblando. Esteban, desde el suelo, intentó moverse con el brazo sano, pero no pudo.

La puerta bajaba.

Damián tenía la cara contra el suelo, los dientes apretados, los hombros atrapados bajo el metal.

—¡Marcos! —gritó Lara.

Marcos reaccionó tarde.

Demasiado tarde.

Se agachó y tiró de la camiseta de Damián.

Hugo suspiró.

—Me vais a hacer quedar fatal.

Y también tiró.

Entre todos, sacamos a Damián justo cuando la puerta cayó con un estruendo que hizo temblar el pasillo entero.

El metal golpeó el suelo a dos centímetros de sus botas.

Damián se quedó tumbado boca arriba, respirando como un toro.

Durante unos segundos nadie habló.

Luego levantó una mano.

—Estoy bien —dijo—. Por si alguien se ha preocupado con moderación.

Raquel se echó a reír.

No fue una risa alegre. Fue horrible. Casi histérica. Pero se contagió un poco. Irene soltó aire por la nariz. Incluso yo sonreí, aunque me dolía media espalda y la otra media estaba esperando turno.

Entonces el altavoz del pasillo se encendió.

—Primera prueba completada.

Todos levantamos la cabeza.

Esteban gemía en el suelo, abrazado a su brazo roto. Lara tenía sangre en el labio. Raquel se miraba las manos despellejadas. Damián seguía respirando como si acabara de pelearse con una excavadora. Hugo tenía la camisa destrozada y una expresión de ofensa personal contra el universo.

—Resultado —dijo la voz—: nueve participantes vivos. Un lesionado grave. Una traición detectada.

Marcos se puso de pie.

—Yo no he traicionado a nadie.

La voz tardó un segundo en responder.

—Eso es lo bonito de los cobardes, Marcos. Siempre creen que soltar solo un poco no cuenta.

Nadie le miró.

Por eso todos supimos que sí le estábamos mirando.

Las luces rojas del pasillo se encendieron una a una, marcando el camino hacia la segunda puerta.

Sobre el metal oxidado había una frase pintada en blanco.

PARA PASAR, ALGUIEN TENDRÁ QUE ARRASTRARSE.

Debajo, una pantalla empezó una nueva cuenta atrás.

10:00

09:59

Damián cerró los ojos.

—Maravilloso —dijo—. Yo quería hacer turismo rural este fin de semana y mira. Casi.

Esta vez nadie se rio.

El pasillo olía a agua estancada, óxido y carne abierta.

Y, al fondo, detrás de la segunda puerta, algo empezó a rascar desde dentro.

Capítulo 2 — El túnel

El sonido venía de detrás de la segunda puerta.

Ras.

Ras.

Ras.

No era un golpe. Tampoco un arañazo animal, aunque durante los primeros segundos todos preferimos imaginar algo con uñas, dientes y hambre. Los monstruos, al menos, tienen la decencia de ser claros. Aquello era peor porque sonaba mecánico. Regular. Paciente.

Ras.

Ras.

Como si alguien estuviera afilando el suelo.

La pantalla seguía bajando.

09:41

09:40

Esteban estaba sentado contra la pared, blanco como una sábana mal lavada, abrazándose el brazo roto contra el pecho. Le había envuelto la muñeca con un trozo de mi camiseta, pero aquello no era una cura. Era una mentira de tela.

—Necesita atención médica —dije.

Hugo soltó una risa breve.

—Genial. Avisemos al servicio de habitaciones.

Damián, todavía tumbado en el suelo, levantó la cabeza.

—Te juro que cuando salga de aquí voy a echar de menos odiarte.

—Eso casi ha sonado cariñoso.

—No te emociones.

Irene estaba mirando la segunda puerta. Tenía la barbilla partida por el golpe de antes. Una gota de sangre le bajaba por el cuello, muy roja sobre la camisa clara.

—No podemos quedarnos aquí.

—Gracias —dijo Hugo—. Pensaba decorar.

Lara no se separaba de Marcos. O, mejor dicho, Marcos no la dejaba separarse. Le sujetaba la muñeca con esa clase de firmeza que vista desde lejos parece protección y desde cerca tiene otro nombre.

Ella miraba a Esteban.

—Ha sido culpa nuestra —susurró.

Marcos tensó la mandíbula.

—No empieces.

—Le has soltado.

—He intentado sacarte.

—No te lo pedí.

Esa frase hizo más daño que la máquina.

Marcos la miró como si acabara de traicionarle ella a él. La gente así siempre tiene un talento especial para recibir sus propios pecados como ofensas ajenas.

Samuel estaba junto a la pared, observando la cuenta atrás.

Quieto.

Demasiado quieto.

Raquel se miraba las manos. Tenía las palmas abiertas, en carne viva por las anillas. Le temblaban los dedos.

—No puedo hacer otra prueba —dijo—. No puedo. De verdad. No puedo.

—Nadie puede —contestó Irene—. Esa es la gracia.

—Pues qué gracia de mierda.

—No he dicho que fuera buena.

La pantalla marcó:

09:12

El altavoz volvió a encenderse.

—Segunda prueba.

Todos levantamos la cabeza.

La voz sonaba igual que antes. Tranquila. Casi educada. Me daban ganas de romperle la cara a la pared.

—El túnel.

La segunda puerta emitió un chasquido. Luego se abrió hacia arriba apenas medio metro, dejando al descubierto una boca negra al ras del suelo.

No era una puerta normal.

Era una entrada baja, rectangular, demasiado estrecha. Un conducto. Un agujero. Un sitio diseñado por alguien que odiaba las rodillas, la espalda y la esperanza.

El olor salió de dentro como una mano.

Agua estancada. Óxido. Moho. Algo agrio, casi animal.

Raquel se tapó la boca.

—No.

Damián se incorporó despacio.

—Ni de coña que quepo ahí.

No hacía falta comprobarlo. Damián era ancho como un armario con deudas.

La voz continuó:

—Uno de vosotros deberá cruzar el túnel hasta el final y tirar de la palanca roja. Los demás deberán mantener las ocho cadenas en tensión para levantar los seguros del recorrido.

Un panel se abrió a la derecha de la puerta.

Dentro había ocho cadenas colgando del techo, cada una con una placa metálica y un nombre.

HUGO. DAMIÁN. MARCOS. LARA. ESTEBAN. RAQUEL. IRENE. SAMUEL.

Mi nombre no estaba.

Sentí el golpe antes de entenderlo.

—Qué detallistas —dijo Hugo—. Ya han elegido por nosotros.

La voz pareció sonreír sin hacerlo.

—Nadia Vidal cruzará el túnel.

Lara me miró con los ojos llenos de horror.

Raquel negó con la cabeza.

—No, no, eso no puede ser. Ella no tiene por qué…

—Claro que tiene por qué —dijo Hugo—. Tiene una etiqueta preciosa y una invitación personalizada al agujero.

Le miré.

—Cuando salga, te recuerdo que tengo conocimientos básicos de anatomía.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa educativa.

Damián se acercó al panel de cadenas.

—¿Qué hacen estas?

La respuesta llegó antes de que tocara ninguna.

—Cada cadena mantiene elevado un seguro dentro del túnel. Si una cadena se suelta, el seguro correspondiente baja. Si baja mientras Nadia está debajo…

La voz dejó la frase ahí.

El rascar del interior sonó otra vez.

Ras.

Ras.

Ras.

Ahora ya no parecía un animal.

Parecía una advertencia.

08:25

—No voy a entrar ahí —dije.

Lo dije porque era lo que cualquier persona sensata habría dicho.

Lo malo es que nadie allí tenía derecho a la sensatez.

La luz roja sobre la segunda puerta empezó a parpadear.

—La primera sección se cerrará en ocho minutos —dijo la voz—. Después, la sala quedará bloqueada. El oxígeno comenzará a reducirse.

Hugo miró al techo.

—Ah, mira. Había letra pequeña.

Damián agarró su cadena.

—Pues se acabó. Cada uno a su sitio.

—No puedo tirar —dijo Esteban.

Su voz salió fina, rota. Tenía el sudor pegado a la frente y los labios casi morados.

Me acerqué a él.

—Tienes el brazo izquierdo bien.

—No puedo. No puedo, Nadia.

—Sí puedes.

—Me duele.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes.

Me agaché delante de él.

—Tienes razón. No lo sé. Pero sé otra cosa: si tu cadena cae mientras estoy debajo, igual no me queda cabeza para discutirlo contigo después.

Esteban empezó a llorar.

No de forma ruidosa. No como Raquel. Lloraba con vergüenza, como los hombres que llevan toda la vida creyendo que sufrir en silencio les hace mejores y de pronto descubren que solo les hace más solos.

Damián se colocó detrás de él.

—Yo le ayudo.

—La cadena tiene su nombre —dijo Samuel.

—Pues mis brazos no saben leer.

Damián cogió la cadena de Esteban junto con él y le colocó el cuerpo para que pudiera tirar con el brazo sano.

La voz no protestó.

Eso también fue una respuesta.

Marcos seguía sin moverse.

—Lara no va a tirar de ninguna cadena.

Lara le miró.

—Sí voy.

—Estás temblando.

—Todos estamos temblando.

—No puedes.

—Marcos.

No gritó. No hizo falta.

Era la primera vez que decía su nombre como una puerta cerrándose.

Marcos parpadeó.

—Solo quiero protegerte.

—Pues empieza por no decidir por mí.

Silencio.

Hugo levantó su cadena con una mueca.

—Madre mía. Crisis matrimonial, túnel mortal, funcionario fracturado… Si alguien tiene palomitas, que las reparta con higiene.

Irene ocupó su sitio.

—Hugo.

—¿Qué?

—Habla un poco menos.

—Me lo está pidiendo mucha gente hoy. Empiezo a pensar que hay una conspiración.

—No. Hay consenso.

Raquel se puso frente a su cadena. Estaba pálida. Las manos le sangraban.

—No tengo fuerza.

—Tira con el cuerpo —dije—. No solo con las manos. Apoya los pies. Echa el peso atrás.

—¿Y si fallo?

No contesté enseguida.

Porque la respuesta era demasiado fea.

—Entonces grita antes de fallar.

La pantalla marcaba:

07:19

Me acerqué a la boca del túnel.

Desde fuera parecía bajo. Desde cerca parecía una sentencia.

El suelo estaba cubierto por una capa de agua oscura. No mucha, quizá tres dedos, pero suficiente para ocultar lo que hubiera debajo. Las paredes eran de metal oxidado y cemento húmedo. A unos dos metros de la entrada, vi la primera pieza: una placa dentada colgando del techo, levantada apenas unos centímetros por un sistema de cables.

Un seguro.

Si bajaba, me aplastaría contra el suelo o me abriría la espalda.

Tal vez las dos cosas, para no dejar la experiencia a medias.

—Nadia —dijo Damián.

Me volví.

—¿Qué?

—Si alguno suelta, gritas.

—Si alguno suelta, igual lo que hago es no gritar.

—Qué optimista.

—Estoy trabajando en ello.

Irene se quitó la chaqueta y me la lanzó.

—Para las rodillas.

La cogí.

—Gracias.

—No me des las gracias. Si sales viva, me la devuelves.

—Está llena de sangre.

—Entonces ya combina con el día.

Me envolví las rodillas como pude. No iba a servir de mucho, pero el ser humano es muy aficionado a sentirse preparado justo antes de hacer una estupidez.

Me tumbé boca abajo.

El frío del agua me atravesó la ropa.

—Joder.

—Eso es exactamente lo que pone en el folleto turístico —dijo Hugo.

Metí los brazos en el túnel.

El espacio era tan bajo que no podía levantar la cabeza del todo. Tenía que avanzar con la mejilla casi rozando el metal. El olor se me metió por la nariz y por la boca. Humedad vieja. Hierro. Miedo. Porque el miedo también huele, aunque nadie quiera admitirlo: huele a piel sudada, a respiración caliente, a tripa cerrándose.

—Nadia —dijo Lara.

La miré desde el suelo.

—¿Sí?

—Voy a tirar. No voy a soltar.

Marcos abrió la boca.

Ella ni siquiera le miró.

Bien por ella.

—Te creo —dije.

No sabía si era verdad.

Pero a veces una mentira útil vale más que una verdad cobarde.

La pantalla marcó:

06:48

El altavoz chasqueó.

—Cuando Nadia cruce la primera marca, empezará la secuencia.

—¿Qué marca? —pregunté.

Nadie respondió.

Avancé.

El primer movimiento ya fue horrible.

El agua me empapó el pecho. Noté algo blando bajo la palma y retiré la mano de golpe, golpeándome el codo contra la pared. No quise mirar qué era. Seguí. Codo izquierdo. Rodilla derecha. Codo derecho. Rodilla izquierda.

El túnel me apretaba los hombros.

Detrás de mí, oí las cadenas tensarse.

Un sonido metálico, áspero.

Las placas del techo subieron un poco más.

—Bien —dije—. Así.

Mi voz rebotó dentro del conducto y volvió a mí más pequeña.

Llegué a la primera línea roja pintada en el suelo.

En cuanto la crucé, algo se activó.

Un zumbido.

Luego un golpe encima de mi espalda.

La placa dentada bajó cinco centímetros y se detuvo.

Grité.

No porque me hubiera tocado. No llegó a tocarme.

Grité porque había sentido el aire moverse sobre mi nuca.

—¡No soltéis!

—¡Estamos tirando! —rugió Damián.

—¡Pues tirad con más cariño!

—¡Qué exigente eres para estar reptando por una alcantarilla!

Habría sonreído si no hubiera tenido la boca a dos centímetros del agua negra.

Seguí avanzando.

El túnel giraba ligeramente a la izquierda. Mala noticia. Los giros son lugares donde el cuerpo recuerda que tiene huesos y que la mayoría apuntan en direcciones poco negociables.

La segunda placa estaba más baja.

Vi el nombre pintado sobre ella.

HUGO.

—Hugo —dije.

—¿Qué?

—Voy por tu sección.

—Me siento honrado.

—Si sueltas, te juro que vuelvo como fantasma solo para hacerte papeleo.

—Eso sí que da miedo.

Avancé bajo su placa.

El metal estaba tan cerca que me rozó la espalda. Noté el borde a través de la camiseta rasgada. Frío. Dentado. Paciente.

Hugo no soltó.

Me fastidió un poco agradecerlo.

La tercera sección olía peor.

Allí el agua subía hasta cubrirme la boca si bajaba demasiado la cabeza. Tuve que girarla de lado para respirar. El techo descendía. Las paredes se estrechaban.

Vi algo incrustado en el suelo.

Cristales.

No muchos. No grandes.

Los suficientes.

—Hay cristales —dije.

—¿Qué? —preguntó Raquel.

—Cristales.

—¿Puedes esquivarlos?

Miré el ancho del túnel. Luego mi cuerpo encajado dentro como una mala idea.

—Claro. Voy a hacer una pirueta.

Apoyé la palma con cuidado.

El primer corte fue pequeño.

El segundo no.

Sentí el cristal entrar en la base de la mano y el dolor me subió limpio hasta el hombro. Mordí el aire. Tragué agua sucia. Tosí.

—¡Nadia! —gritó Lara.

—Sigo.

La sangre se mezcló con el agua. La vi extenderse en hilos oscuros, casi negros por la poca luz.

Codo. Rodilla. Codo. Rodilla.

La tercera placa llevaba el nombre de Damián.

Ni se movió.

Por supuesto.

Aquel hombre podía ser muchas cosas, pero no parecía de los que sueltan.

La cuarta era de Raquel.

—Raquel —dije.

No respondió.

—Raquel.

—Estoy aquí —dijo, con voz rota.

—No mires la cadena. Mírame a mí.

—No puedo verte.

—Pues imagíname guapísima, llena de barro y con ganas de denunciar a alguien.

Soltó una risa nerviosa.

La placa tembló.

Se me paró el corazón.

—¡Raquel!

—¡No he soltado!

La placa bajó un poco más.

Me rozó la espalda.

Esta vez sí.

El borde me abrió una línea caliente desde el omóplato hasta la mitad de la espalda. No fue profundo, pero fue suficiente para que el cuerpo entero se me encendiera.

—¡Tira! —grité.

—¡Me resbala!

Oí movimiento fuera. Gritos. Damián diciendo algo. Irene dando órdenes.

—Apoya el pie en la pared —dijo Samuel—. Usa el peso del cuerpo.

—¡No puedo!

—Sí puedes —dijo Lara—. Raquel, mírame. Tú puedes.

—No me digas frases de taza.

—Pues tira, coño.

La placa subió.

Respiré.

O lo intenté.

El aire dentro del túnel era cada vez peor. Caliente. Húmedo. Usado. El agua me entraba en la manga, en el cuello, en la boca. Tenía barro en los dientes.

Seguí.

La quinta sección era más estrecha todavía.

La placa tenía el nombre de Esteban.

Cerré los ojos un segundo.

—Esteban.

No hubo respuesta.

—Esteban, voy hacia tu parte.

Nada.

—Esteban.

Desde fuera llegó un gemido.

Luego la voz de Damián:

—Está tirando.

—Necesito oírle.

—Está mal.

—Yo también estoy en un tubo de mierda esperando que no me convierta en filete. Todos estamos explorando nuestros límites.

Hubo un silencio.

Después, Esteban habló.

—Estoy… estoy tirando.

Su voz sonaba empapada de dolor.

—Bien —dije—. No necesito que seas valiente. Solo necesito que seas terco.

—Soy funcionario —jadeó—. Algo queda.

Hugo soltó desde fuera:

—Primer chiste decente de Esteban. Apuntadlo por si muere.

—Cállate —dijimos varios a la vez.

La placa de Esteban se mantuvo arriba.

Pasé bajo ella muy despacio.

Demasiado despacio.

El brazo roto de Esteban estaba pagando cada centímetro. Lo sabía. Podía oírlo en su respiración. Podía imaginarle con los dientes clavados en su propio dolor, tirando de una cadena mientras el cuerpo le pedía a gritos que se rindiera.

Por primera vez desde que despertamos, sentí algo parecido a respeto por él.

Entonces el túnel descendió.

El agua me llegó a la barbilla.

—No.

La palabra se me escapó sola.

El conducto bajaba durante unos tres metros. No lo suficiente para nadar. Lo justo para obligarme a avanzar casi sumergida. Al fondo veía una luz roja parpadeando.

La palanca no estaba aún.

Por supuesto que no.

La vida rara vez coloca las palancas antes de romperte un poco.

—El túnel baja —dije.

—¿Cuánto? —preguntó Irene.

—Demasiado.

—¿Puedes pasar?

Miré el hueco.

Podía.

Esa era la parte injusta.

Podía.

Me llené los pulmones de aire. El olor a óxido me raspó la garganta.

—Voy.

Metí la cabeza bajo el agua.

El mundo desapareció.

Solo quedaron el frío, el ruido de mi propio cuerpo y el golpe del corazón contra los oídos. Avancé a ciegas. Las manos buscaron suelo. Encontraron metal, barro, un borde afilado. Me corté un dedo. No importó.

Codo.

Rodilla.

Codo.

Rodilla.

El techo me rozaba la nuca.

El pánico llegó sin pedir permiso.

No fue un pensamiento. Fue una orden antigua, animal, limpia: sal de aquí, sube, respira, rompe lo que sea, pero respira.

Intenté levantar la cabeza.

No pude.

El techo me la devolvió hacia abajo.

Solté aire por la nariz.

Burbujas.

Demasiadas.

Seguí avanzando.

Vi luz.

Muy poca.

Estiré el brazo.

La mano me temblaba.

Algo me rozó la pierna.

No sé qué fue.

No quise saberlo.

Salí de la zona baja con un jadeo horrible, tragando aire y agua a la vez. Tosí tan fuerte que me golpeé la frente contra el techo.

—¡Nadia! —gritó alguien desde lejos.

—Sigo viva —conseguí decir.

—Qué manía —dijo Hugo—. Nos vas a malacostumbrar.

No pude contestar.

Estaba en la sexta sección.

La placa tenía el nombre de Marcos.

Y estaba bajando.

No mucho.

Pero bajaba.

—Marcos —dije.

Silencio.

La placa descendió otro centímetro.

—¡Marcos!

Desde fuera llegó la voz de Lara:

—¡Tira!

—Estoy tirando —dijo él.

Mentía.

No sé cómo lo supe. Quizá por el sonido de la cadena. Quizá por su voz. Quizá porque hay mentiras que tienen una forma concreta de ocupar el aire.

La placa me rozó los hombros.

El borde dentado se enganchó en mi camiseta.

—¡Marcos, tira de la puta cadena!

—¡No puedo más!

—¡Acabas de empezar!

—¡Me está cortando las manos!

Lara gritó:

—¡A todos nos está cortando algo!

La placa bajó de golpe.

Me aplastó contra el suelo.

No del todo.

Lo suficiente.

El aire salió de mis pulmones con un sonido miserable. El metal me presionó la espalda. El agua me subió hasta la boca. Giré la cara para respirar y tragué barro.

—No… —murmuré.

La presión aumentó.

Los dientes de la placa me mordieron la piel.

Grité, pero el túnel me devolvió el grito hecho pedazos.

Fuera, todo se convirtió en caos.

—¡Tira! —rugió Damián.

—¡No puedo!

—¡Tira, Marcos!

—¡Lara, ayúdame!

—¡Estoy en mi cadena!

La voz de Samuel apareció entre los gritos, fría:

—Si Lara suelta la suya para ayudarte, bajan dos secciones.

—¡Entonces que ayude otro!

—No pueden soltar.

Me faltaba aire.

La placa me estaba hundiendo.

No era una muerte rápida. Esa era la gracia. Era una muerte de centímetros. De peso. De darte cuenta de que el cuerpo no se

rompe de golpe, sino negociando un poco cada segundo.

Metí los dedos bajo el borde de la placa y empujé.

Inútil.

El metal me cortó las yemas.

—Marcos —dije.

No fue un grito.

Fue peor.

Fue una súplica.

Y eso me enfadó tanto que encontré fuerza donde no quedaba.

—¡Marcos!

Entonces Lara dijo algo.

No gritó. No lloró.

Lo dijo tan claro que hasta dentro del túnel la oí perfecta.

—Si Nadia muere por tu culpa, no vuelvas a tocarme en la vida.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

La cadena de Marcos chirrió.

La placa subió.

Aspiré aire como si me lo hubieran regalado después de cobrarme intereses.

—Hijo de puta —susurré.

No sé si él me oyó.

Ojalá sí.

Seguí avanzando.

Ya no pensaba en salir.

Pensaba en no quedarme allí.

No es lo mismo.

La séptima sección era de Lara.

Su placa se mantuvo arriba.

Ni un temblor.

Al pasar bajo ella, vi algo escrito en el metal con pintura blanca.

MIRAR NO ES LO MISMO QUE VER.

No tuve tiempo de pensar en eso.

La octava sección era de Irene.

También aguantó.

La última era de Samuel.

A diferencia de las demás, su placa no tenía dientes.

Era lisa.

Eso me inquietó más.

A veces lo que parece menos peligroso solo está esperando que confíes.

—Samuel —dije.

—Estoy aquí.

Su voz sonaba cerca, aunque estaba lejos.

—No sueltes.

—No voy a soltar.

Avancé.

La placa lisa empezó a bajar.

No como la de Marcos. No por debilidad.

Bajó despacio, perfectamente, como si alguien hubiera decidido hacerlo con delicadeza.

Me quedé helada.

—Samuel.

—Estoy tirando.

—La placa baja.

Hubo un silencio brevísimo.

Luego Samuel dijo:

—Entonces no depende solo de mí.

La placa siguió bajando.

Del techo salieron dos barras laterales. No cortaban. No aplastaban. Me encerraban. Formaron una especie de jaula alrededor de mi torso.

Al frente, a un metro, vi la palanca roja.

Por fin.

Estaba allí.

Tan cerca que dolía.

Intenté avanzar, pero las barras me bloqueaban.

—No puedo pasar.

El altavoz dentro del túnel se encendió tan cerca de mi oído que pegué un salto.

—Octava sección. Olvidar.

La voz sonaba distorsionada dentro del conducto.

—Para avanzar, Nadia deberá soltar peso.

—¿Qué peso? —jadeé.

Una compuerta lateral se abrió junto a mi cara.

Dentro había una caja pequeña de plástico transparente.

Y dentro de la caja, una fotografía.

No quería mirarla.

Por supuesto que miré.

Una chica joven. Pelo castaño. Sonrisa limpia. Veintipocos años. Ojos vivos.

Clara Beltrán.

No sé cómo supe el nombre antes de verlo escrito en la esquina.

Quizá porque mi cuerpo lo recordaba mejor que yo.

La voz dijo:

—Nadia Vidal. Callar.

Tragué saliva.

El túnel se estrechó alrededor de mí.

—Hace tres años, una joven llegó a urgencias con quemaduras leves, intoxicación por humo y una historia que nadie quiso escuchar.

Cerré los ojos.

No.

No allí.

No ahora.

—Pidió que avisaran a la policía. Dijo que en aquel local había más chicas. Dijo que las salidas estaban cerradas. Dijo que alguien iba a morir.

El agua me rozaba la boca.

—Tú le dijiste que descansara.

Noté la fotografía contra los dedos.

La voz bajó un poco.

—Y luego callaste.

Fuera del túnel, nadie hablaba.

Todos estaban escuchando.

Sentí vergüenza.

No culpa. La culpa era más antigua, más profunda, más mía.

Vergüenza.

Que es la culpa cuando por fin tiene público.

—La palanca está delante de ti —dijo la voz—. Pero para alcanzarla tendrás que dejar la caja atrás.

Miré la caja.

Era ridículo.

Una foto. Un objeto pequeño. Nada.

Pero las barras no me dejaban avanzar con ella en la mano.

Tenía que soltarla.

Tenía que dejarla caer al agua negra y seguir.

Otra vez.

—Qué hijo de puta —susurré.

No sé si hablaba de la voz.

No sé si hablaba de mí.

Detrás, en el túnel, las placas empezaron a temblar.

Las cadenas chirriaban.

Todos estaban agotados.

No tenía tiempo.

Apreté la fotografía contra el plástico.

—Lo siento —dije.

No fue suficiente.

Nunca lo es.

Solté la caja.

Cayó al agua con un sonido pequeño.

Las barras se abrieron.

Avancé como pude, llorando de rabia, no de tristeza. La palanca roja estaba a medio metro. Estiré el brazo. Los dedos no llegaban.

—Vamos —murmuré—. Vamos, vamos, vamos.

Me impulsé con las rodillas heridas.

El cristal de antes seguía dentro de mi mano. Lo noté moverse bajo la piel.

Estiré más.

Toqué la palanca.

No pude agarrarla.

La cuenta atrás, en alguna parte, pitaba más rápido.

—¡No llego!

—¡Sí llegas! —gritó Lara.

—¡No llego!

—¡Nadia! —rugió Damián—. ¡No me hagas haber tirado de una cadena diez minutos para nada!

Me reí.

Fue una risa absurda, rota, empapada.

Eso me dio el último centímetro.

Agarré la palanca.

Tiré.

No se movió.

—No.

Tiré otra vez.

Nada.

La palanca estaba dura, oxidada o diseñada por un sádico con afición al gimnasio.

Apoyé los pies contra el suelo del túnel. Me clavé algo en el muslo. Grité. Tiré con las dos manos.

La palanca cedió de golpe.

El ruido fue enorme.

Todas las placas del túnel subieron al mismo tiempo.

El agua empezó a drenarse por rejillas ocultas. Las luces rojas cambiaron a blanco enfermo.

Desde fuera llegaron gritos. Cadenas cayendo. Cuerpos desplomándose.

La voz habló:

—Segunda prueba completada.

Apoyé la frente en el suelo mojado.

Respiré.

Una vez.

Dos.

Tres.

Entonces la compuerta del fondo se abrió y vi una salida lateral por la que podía arrastrarme.

No sé cuánto tardé en llegar.

Quizá un minuto.

Quizá una vida pequeña.

Cuando salí del túnel, caí sobre cemento frío, al otro lado de la segunda puerta. Los demás estaban allí, tirados por el suelo, agotados.

Damián tenía las manos abiertas.

Raquel vomitaba junto a la pared.

Esteban temblaba sin color.

Irene se limpiaba sangre de la barbilla con los dedos.

Lara estaba de rodillas, mirando a Marcos como si acabara de verle por primera vez.

Hugo se apoyaba contra una pared, respirando mal.

—Estás hecha un cuadro —me dijo.

Me miré las manos. La sangre, el barro, la piel levantada.

—Tú también.

—Sí, pero yo antes era arte moderno.

Nadie se rio.

Bueno.

Damián un poco.

Samuel estaba de pie.

Entero.

Demasiado entero.

Me miró.

—Has salido.

—Qué observador.

—Pensé que no llegarías.

—Gracias por la confianza.

No contestó.

El altavoz volvió a encenderse.

—Resultado: nueve participantes vivos. Tres lesiones nuevas. Una verdad parcialmente recuperada.

Sentí que todos me miraban.

No necesitaba levantar la cabeza para saberlo.

La voz siguió:

—Nadia calló. Marcos huyó. Esteban firmó. Damián cerró. Raquel grabó. Hugo defendió. Irene mintió. Lara miró. Samuel olvidó.

Samuel levantó la vista hacia la cámara.

Por primera vez, pareció molesto.

Solo un poco.
Pero lo vi.
La tercera puerta se iluminó al fondo del nuevo pasillo.
Sobre ella había una frase escrita con pintura roja:
EL AGUA SIEMPRE ENCUENTRA LA BOCA.
Debajo, una nueva pantalla se encendió.
12:00
11:59
Raquel dejó de vomitar.
—No —susurró—. Otra vez no.
Desde detrás de la tercera puerta llegó un sonido profundo.
Una válvula abriéndose.
Luego agua.
Mucha agua.

Capítulo 3 — El agua

La tercera puerta se abrió hacia dentro con un gemido largo.

Nadie se movió.

A veces el cuerpo aprende rápido. Después de dos pruebas, una puerta abierta ya no parecía una salida. Parecía una boca.

El agua sonaba al otro lado.

No un goteo. No una tubería rota. Agua de verdad. Agua cayendo con fuerza, golpeando metal, llenando algo que no queríamos ver.

Raquel se limpió la boca con el dorso de la mano. Estaba pálida, con los ojos rojos y las palmas abiertas como si alguien le hubiera intentado borrar la vida a tiras.

—No pienso entrar ahí.

Hugo, apoyado contra la pared, levantó una ceja.

—Muy sensato. Podemos quedarnos aquí, hacer una asamblea y morir con acta firmada.

—Tú no ayudas nunca, ¿verdad? —dijo Lara.

—Ayudo muchísimo. Estoy manteniendo baja la expectativa general.

Damián se acercó a la puerta y miró dentro. Su cara cambió.

Eso me preocupó.

Los hombres como Damián no se impresionan con facilidad. O fingen no hacerlo, que viene a ser lo mismo hasta que el miedo les muerde.

—Es una cisterna —dijo.

Me levanté como pude. Tenía la espalda abierta por el túnel, las manos en carne viva y un dolor bajo las costillas que aparecía cada vez que respiraba. No era grave. O eso decidí, porque no tenía tiempo para que fuera otra cosa.

Me acerqué.

Al otro lado había una sala circular, enorme, con paredes de hormigón húmedo y una pasarela metálica que rodeaba la parte superior. En el centro, un depósito vacío a medias. No era una

piscina. Las piscinas pertenecen a hoteles, urbanizaciones y gente que cree que "desconectar" consiste en pagar por estar tumbada.

Aquello era un pozo industrial.

Un vientre de cemento.

El agua entraba desde cuatro bocas negras en las paredes, cayendo con una violencia blanca y espumosa. Ya cubría el suelo hasta los tobillos. Había escalerillas oxidadas, cadenas, rejillas, tuberías y ocho tubos negros que bajaban desde el techo hasta quedarse a un palmo por encima de nuestras cabezas.

Ocho.

Los conté antes de querer contarlos.

Ocho tubos.

Nueve personas.

—No —susurré.

Samuel se colocó a mi lado.

—Sí.

Le odié un poco por entenderlo tan deprisa.

La voz apareció en los altavoces de la sala.

—Tercera prueba. El agua.

Marcos apretó la mano de Lara.

Ella no se apartó, pero tampoco se la devolvió.

Aquello ya era algo.

—Para abrir la siguiente puerta deberéis accionar cuatro válvulas rojas situadas bajo el nivel del agua. Cuando las cuatro estén abiertas, el depósito se vaciará y la salida quedará desbloqueada.

Hugo miró al techo.

—Qué amable. Un spa con objetivos.

La voz continuó:

—La sala dispone de ocho tomas de aire.

Raquel soltó un gemido.

—No.

—Hay nueve participantes —dijo la voz—. Si compartís, hay aire suficiente para todos. Si no compartís…

El agua golpeó más fuerte contra el cemento.

—Bueno. El agua siempre encuentra la boca.

La puerta por la que habíamos entrado empezó a cerrarse.

—¡Esperad! —gritó Irene.

Nadie esperó.

La puerta cayó detrás de nosotros con un golpe que me atravesó el pecho.

La pantalla sobre la pared se encendió.

12:00

11:59

Esteban, sentado en el suelo, miró el agua que empezaba a rodearle las piernas.

—Yo no puedo nadar así.

Tenía el brazo roto pegado al pecho con una venda improvisada. La piel de la cara se le había vuelto casi gris.

Damián se agachó junto a él.

—No vas a nadar. Te vamos a sujetar.

—¿Quién? ¿Tú? ¿Con qué mano? Las tienes hechas puré.

Damián miró sus palmas despellejadas.

—Pues con los dientes, si hace falta.

—Qué imagen tan bonita —dijo Hugo—. Me gustaría no haberla tenido.

Lara miraba los tubos de aire.

—Ocho para nueve.

—Compartimos —dije.

Marcos soltó una risa seca.

—Claro. Compartimos. Facilísimo. Como en una merienda, pero con ahogamiento.

—¿Tienes una idea mejor?

—Sí. Que no nos hubieran secuestrado.

—Genial. Ponla en práctica.

Irene se quitó los zapatos. El agua ya le llegaba por encima de los tobillos.

—Necesitamos abrir esas válvulas antes de que el agua suba.

—Yo bajo —dijo Damián.

—Tú pesas como una nevera llena —contestó Hugo—. Si te hundes, igual descubren petróleo.

Damián le miró.

—Lo digo con respeto —añadió Hugo.

—No sabes decir nada con respeto.

—Pero lo intento con una dicción excelente.

—Basta —dije.

Me dolía todo, y aun así mi cuerpo empezó a ordenar la escena. Deformación profesional. O culpa. A veces son primas hermanas.

—Los que mejor naden bajan a por las válvulas. Los demás ayudan a los que no puedan mantenerse.

—Yo sé nadar —dijo Irene.

—Yo también —dijo Samuel.

—Yo… —Raquel miró el agua—. Yo sé, pero no bajo ahí.

Nadie la culpó.

Eso duró poco.

Hugo se quitó la corbata y la tiró al agua.

—Yo bajo si hace falta.

Damián sonrió.

—Mira. El señorito tiene pulmones.

—Hice buceo dos veranos.

—¿En Ibiza?

—En Menorca. No insultes mi formación.

Lara levantó la mano, como si estuviéramos en clase.

—Yo puedo bajar.

Marcos se volvió hacia ella.

—No.

Lara ni siquiera le miró.

—Sé nadar mejor que tú.

—No vas a meterte ahí abajo.

—Marcos.

—He dicho que no.

El agua le cubría ya los bajos del pantalón.

Lara se acercó un paso a él. Tenía los ojos hinchados de llorar, pero la voz le salió firme.

—Y yo he oído que no eres mi dueño. Debe de ser el agua, que mejora la acústica.

Hugo abrió la boca.

—No voy a decir nada porque, por una vez, no puedo mejorarlo.

Marcos se quedó quieto, tragándose algo que no sabía si era rabia, miedo o la necesidad de seguir fingiendo que protegía a alguien.

La pantalla marcaba:

10:48

El agua subía deprisa.

Demasiado deprisa.

Nos llegó a las rodillas.

Fría. Sucia. Con pequeñas cosas flotando que rozaban la piel y hacían que uno prefiriera no mirar.

En las paredes, cuatro luces rojas se encendieron bajo el agua, marcando las válvulas.

Una a cada lado de la sala.

—Voy a la primera —dijo Samuel.

No esperó permiso.

Se hundió en el agua con una limpieza casi obscena. Nadó hacia una de las luces y desapareció bajo la superficie.

Damián fue a por la segunda. No nadaba bonito, pero avanzaba como si quisiera pelearse con el agua y el agua fuera lo bastante lista para apartarse.

Irene se lanzó hacia la tercera.

Hugo miró la cuarta.

Luego me miró a mí.

—No pongas esa cara. Puedo hacerlo.

—No he dicho nada.

—Tienes cara de enfermera pensando dónde meterme una vía.

—También tengo otras caras peores.

—Eso me anima.

Se metió bajo el agua.

Por un momento solo quedaron burbujas, ruido y el golpe de las cascadas contra las paredes.

Lara se colocó junto a Esteban.

—Apóyate en mí.

—No, no, no puedo.

—Sí puedes.

—Me duele el brazo.

—Pues usa el resto del cuerpo. Lo estás pagando entero, aprovéchalo.

Esteban soltó algo parecido a una risa y un gemido juntos.

Raquel estaba quieta, mirando los tubos de aire.

—Ocho —murmuró—. Hay ocho.

—Todavía no los necesitamos —dije.

—Pero los vamos a necesitar.

No pude mentirle.

—Sí.

Samuel salió primero.

Aspiró aire con calma.

—Una abierta.

Una luz roja se apagó.

Damián apareció después, tosiendo.

—Dos.

—Estás sangrando —dije.

Tenía un corte en la ceja.

—El agua ha empezado.

—¿El agua te ha pegado?

—Había una tubería con mala actitud.

Irene tardó más.

Cuando salió, venía con la cara desencajada.

—La mía está atascada.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Mucho.

—Qué unidad de medida tan tranquilizadora —dijo Hugo, saliendo de golpe a la superficie.

Tosió, escupió agua y levantó una mano.

—Cuatro no. La mía no se mueve. Además, creo que algo me ha tocado el pie.

Damián miró el agua.

—¿Algo?

—O el pie ha tomado decisiones propias. No descarto nada.

La pantalla:

09:36

El agua ya nos llegaba a la cintura.

Esteban temblaba de frío y dolor. Lara le sujetaba por detrás, intentando mantenerle de pie. Marcos estaba cerca, demasiado cerca de Lara y demasiado lejos de Esteban.

—Tenemos que turnarnos —dije—. Samuel, tú y yo vamos a la de Irene. Damián, vuelve con Hugo a la cuarta.

—¿Tú? —preguntó Damián.

—Sí.

—Acabas de salir de un túnel que parecía el intestino de una fábrica.

—Y por eso estoy calentita.

—Eso es falso en muchos niveles.

—Ya lo sé. Vamos.

Respiré hondo.

El aire olía a moho y cloro viejo.

Me hundí.

El agua me cerró la cabeza.

La sala cambió por completo bajo la superficie. Arriba había gritos, sarcasmo, miedo. Abajo solo había presión. Un zumbido grave. Luces rojas distorsionadas. Piernas moviéndose. Burbujas subiendo como pensamientos que el cuerpo ya no podía permitirse.

Samuel nadaba a mi lado.

Demasiado bien.

Llegamos a la válvula de Irene. Era una rueda roja incrustada en la pared, cubierta de óxido. Samuel la agarró y tiró.

Nada.

Yo apoyé los pies contra la pared y empujé con las dos manos.

El dolor de las palmas me atravesó hasta los dientes.

La rueda no cedió.

Samuel señaló hacia arriba: aire.

Negué con la cabeza.

Un poco más.

Me miró.

Por un segundo pensé que iba a abandonarme allí.

No lo hizo.

Agarró la rueda conmigo.

Tiramos.

Algo crujió.

No se movió la válvula.

Se me acababa el aire.

El pecho empezó a arderme.

Subimos.

Salí a la superficie con un jadeo horrible.

El agua ya rozaba el pecho de Lara. Esteban tenía la barbilla levantada y los ojos muy abiertos.

—No puedo —decía—. No puedo, no puedo…

—Mírame —le repetía Lara—. Mírame a mí.

Raquel se había agarrado a una de las escalerillas.

Marcos nadó hacia Lara.

—Dámelo.

—¿Qué?

—Dame a Esteban. Tú vas a cansarte.

Lara dudó.

Esa duda fue suficiente para que él se enfadara.

—¡Lara!

—No me grites.

—Estoy intentando ayudarte.

—No. Estás intentando decidir.

Damián emergió al otro lado de la sala.

—La cuarta no se mueve.

Hugo salió después, escupiendo agua.

—Confirmo que sigue siendo una hija de puta.

—Tenemos dos atascadas —dijo Irene.

La pantalla:

08:02

El agua nos llegaba al pecho.

Las tomas de aire colgaban ya cerca de nuestras caras. Tubos negros, fríos, ridículos. Ocho pequeñas promesas para nueve bocas.

La voz volvió a hablar.

—Recordatorio: compartir es una habilidad básica que suele aprenderse en la infancia.

—Pues ven y enséñanos, payaso —rugió Damián.

—Algunos la olvidan al crecer —continuó la voz—. Otros la convierten en contenido.

Raquel se quedó rígida.

No hizo falta ser lista para saber que iba por ella.

Un monitor protegido tras un cristal se encendió en la pared.

La imagen apareció distorsionada por el agua y los reflejos, pero se veía.

Una pantalla de móvil.

Un directo.

Comentarios subiendo.

Corazones.

Emojis.

Una chica tosiendo en una calle, con la cara manchada de humo.

Clara.

Raquel dejó de respirar.

—No…

En el vídeo, alguien decía:

¿Estás grabando?

Y una voz más joven, más frívola, más viva, respondía:

Espera, espera, que esto se está llenando de gente.

Raquel se tapó la boca.

—No sabía…

La voz del juego la interrumpió.

—Raquel Mena. Grabar.

El agua subió otro centímetro.

Raquel empezó a llorar.

—Yo no sabía que iba a morir nadie.

Hugo, agarrado a una tubería, la miró.

—Eso va a quedar precioso en tu biografía.

—¡Cállate! —gritó ella.

—Hugo —dije—. Ahora no.

—¿Ahora no? Estamos en un tanque con ocho pajitas para nueve desgraciados. Igual no hay un momento mejor.

Damián golpeó el agua con la mano.

—¡Las válvulas!

Tenía razón.

La culpa podía esperar.

El agua no.

—Tenemos que abrir las dos que faltan —dije.

—Yo voy otra vez —dijo Lara.

Marcos la agarró del brazo.

—Ni hablar.

Ella miró su mano.

Luego a él.

—Suéltame.

—No.

Lara no gritó.

Le pegó.

Fue un bofetón limpio, seco, casi elegante. En otra situación habría sonado a drama de familia. Allí sonó a puerta cerrándose por dentro.

Marcos la soltó.

Lara respiró hondo y se hundió.

Yo fui detrás.

Damián vino conmigo.

Samuel fue a por la otra válvula con Hugo.

Bajo el agua, Lara parecía distinta. Menos frágil. Se movía con una concentración feroz, los ojos abiertos pese al escozor, el pelo flotándole alrededor de la cara como una mancha oscura. Llegó a la rueda y se colocó a un lado.

Damián, al otro.

Yo arriba, empujando.

Tiramos los tres.

La válvula no cedió.

Lara señaló una especie de pasador cubierto de suciedad.

Lo agarré.

No se movía.

Metí los dedos.

Algo afilado me abrió la uña del pulgar.

El dolor fue blanco.

Quise gritar, pero estaba bajo el agua y el cuerpo no tiene tanto sentido del espectáculo.

Tiré.

El pasador salió.

La rueda giró de golpe.

Una luz roja se apagó.

Tres.

Subimos.

El agua ya estaba a la altura del cuello.

Y las tomas de aire se convirtieron en el centro del mundo.

Cada tubo quedaba justo por encima de la superficie. Para respirar había que estirar el cuello, agarrarlo con los labios o turnarse. Ocho tubos. Nueve personas. Una aritmética sencilla y profundamente hija de puta.

Esteban empezó a hundirse.

Lara lo sujetó.

—¡Necesito aire para él!

Raquel estaba en el tubo más cercano, respirando demasiado rápido.

—Raquel —dije—. Compártelo con Esteban.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo.

—Raquel.

—No puedo, no puedo, no puedo…

El pánico le había comido la cara.

Esteban estiró el brazo sano hacia el tubo.

Raquel lo apartó con el hombro.

No fue maldad.

Fue peor.

Fue supervivencia pura. Sin frases. Sin excusas. Sin maquillaje.

—¡Raquel! —gritó Lara.

Esteban tragó agua.

Tosió. Pataleó. Su brazo roto golpeó contra la pared y soltó un alarido que se convirtió en burbujas.

Me impulsé hacia ellos.

El agua estaba fría, pero mi cuerpo ardía.

—¡Dale aire!

Raquel lloraba pegada al tubo.

—¡No puedo!

Hugo compartía el suyo con Irene. Damián tenía a Marcos sujeto por la nuca, obligándole a turnarse.

—Respiras tú, respira ella —le rugía—. Respiras tú, respira ella. No es cálculo diferencial.

Samuel estaba solo en su tubo.

Solo.

Esteban se soltó de Lara.

O Lara lo perdió.

Todo pasó en tres segundos.

Esteban, desesperado, agarró a Raquel del pelo para subir hacia el aire. Raquel gritó y tragó agua. Pataleó. Le dio una patada en la cara. Una, dos veces. La segunda sonó mal incluso bajo el ruido de la sala.

Esteban desapareció bajo la superficie.

—¡No! —grité.

Me hundí.

El agua me cerró encima.

Lo vi debajo de mí, girando torpemente, con los ojos abiertos y sangre saliéndole de la nariz en una nube lenta. No estaba muerto. Todavía no. Movía el brazo sano, buscando algo, a alguien, una superficie que ya no sabía dónde estaba.

Nadé hacia él.

Una corriente lateral me empujó.

La cuarta válvula se había abierto.

Samuel y Hugo lo habían conseguido.

Las luces rojas se apagaron todas.

El sistema empezó a drenar.

No suavemente.

Con violencia.

El agua tiró de nosotros hacia abajo, hacia unas rejillas enormes que se habían abierto en el suelo. Me golpeé contra una pared. Perdí de vista a Esteban. Vi una mano. Luego una manga de cuadros. Luego nada.

Alguien me agarró por detrás.

Damián.

Me subió a la fuerza, contra la corriente, con un brazo alrededor de mi pecho.

Salí a la superficie tosiendo agua.

—¡Esteban! —grité.

El nivel bajaba deprisa.

Demasiado deprisa.

Los tubos de aire quedaron colgando por encima de nuestras cabezas. El agua pasó del cuello al pecho, del pecho a la cintura, de la cintura a las rodillas.

Todos empezaron a aparecer.

Lara, llorando.

Marcos, pálido.

Raquel, aferrada a una tubería, con un mechón de pelo arrancado y la cara destrozada por el terror.

Hugo, respirando como si cada bocanada le molestara por vulgar.

Irene, apoyada en la pared.

Samuel, de pie, junto a la cuarta válvula.

Entero.

Otra vez.

El agua terminó de bajar hasta dejarnos sobre un suelo resbaladizo, cubierto de barro, sangre y restos oscuros.

Esteban estaba junto a una rejilla.

Tumbado boca abajo.

Muy quieto.

Corrí hacia él. Resbalé y caí de rodillas. No sentí el golpe. Le di la vuelta como pude.

Tenía los ojos abiertos.

La nariz rota.

Los labios morados.

Un hilo de agua le salía de la boca.

—No, no, no…

Empecé compresiones.

Una.

Dos.

Tres.

Mi mano se hundía en su pecho con un sonido blando, equivocado.

—Vamos, Esteban.

Otra vez.

Otra.

Otra.

—Vamos.

Raquel sollozaba detrás de mí.

—Yo no quería…

—Calla —dije.

No fue un grito.

Fue peor.

Fue frío.

Seguí.

Damián se arrodilló a mi lado.

—Nadia.

—No.

—Nadia.

—He dicho que no.

Hugo se quedó a unos metros, mirando al suelo.

Irene tenía los ojos cerrados.

Lara lloraba en silencio.

Marcos no miraba a nadie.

Samuel sí.

Samuel miraba a Esteban.

No con tristeza.

Con atención.

Como si estuviera comprobando un resultado.

Hice otra compresión.

Otra.

Otra.

El pecho de Esteban no respondió.

El agua sí.

Salió un poco más de su boca, mezclada con sangre.

Me quedé con las manos apoyadas sobre él.

De pronto, todo el cuerpo me temblaba.

No de miedo.

De rabia.

El altavoz se encendió.

—Tercera prueba completada.

Nadie levantó la cabeza.

—Resultado: ocho participantes vivos. Un participante eliminado.

Raquel se tapó la cara y empezó a repetir:

—Yo no quería, yo no quería, yo no quería…

Damián se puso de pie muy despacio.

—Era un hombre herido.

La voz respondió con una calma insoportable:

—Era un hombre culpable.

—Era un hombre —dije.

El silencio que siguió fue pequeño.

Casi humano.

Luego la voz continuó:

—Una defensa propia. Una omisión nueva. Un miedo comprensible. Una cobardía repetida.

Marcos miró hacia la cámara.

—¿Qué quieres de nosotros?

La voz tardó un segundo.

—Lo mismo que Clara pidió aquella noche.

El monitor de la pared volvió a encenderse.

La imagen del directo apareció congelada.

Clara, cubierta de humo, mirando a cámara sin saber que la cámara no era ayuda.

Debajo, una frase:

QUE ALGUIEN HAGA ALGO.

Raquel se dobló hacia delante como si la hubieran golpeado.

La cuarta puerta se iluminó al otro lado de la cisterna.

El metal se abrió con un chasquido.

Del pasillo llegó aire caliente.

No templado.

Caliente.

Seco.

Como la respiración de un horno.

Sobre la puerta había una nueva frase pintada en negro:
LA PIEL TAMBIÉN RECUERDA.
Debajo, la cuenta atrás apareció antes de que nadie se moviera.
15:00
14:59
Damián miró el cuerpo de Esteban.
Luego miró la puerta.
—¿Y ahora qué?
Hugo se pasó una mano por la cara mojada.
—Ahora supongo que hacemos lo que mejor se nos da.
—¿Qué? —preguntó Lara.
Hugo miró a Esteban.
Después a todos nosotros.
—Seguir vivos y fingir que no nos está cambiando.

Capítulo 4 — El horno

Nadie quería ser el primero en apartarse del cuerpo.

Eso también era una forma de respeto. O de miedo. En aquel sitio empezaba a costar distinguir una cosa de la otra.

Esteban seguía en el suelo, boca arriba, con la camisa de cuadros pegada al pecho y los ojos abiertos hacia un techo que ya no podía hacerle daño. Le cerré los párpados con dos dedos. Fue un gesto pequeño, casi inútil. Pero a veces una hace gestos inútiles porque los útiles ya han llegado tarde.

Raquel estaba sentada junto a una pared, abrazándose las rodillas.

—Yo no quería —susurraba—. Yo no quería, yo no quería…

Nadie le contestaba.

No porque no la oyéramos.

Porque todos habíamos querido algo distinto de lo que habíamos hecho. Allí dentro las intenciones empezaban a valer menos que una cerilla mojada.

Damián seguía de pie, mirando a Esteban.

Tenía las manos abiertas, despellejadas, con la sangre aguada secándose entre los dedos. Parecía más grande todavía, pero no más fuerte. Solo más cansado.

—Era un hombre herido —dijo otra vez.

—Sí —contesté.

—Le hemos dejado morir.

—No.

Me miró.

—Le he estado viendo hundirse, Nadia.

—Yo también.

—Entonces no me vendas consuelo.

—No te lo vendo. Está carísimo y no tengo existencias.

Damián soltó una risa que no llegó a nacer del todo.

Hugo se apoyó en la pared, empapado, con la camisa italiana convertida ya en un trapo con pasado europeo.

—Propongo no morir de culpa antes de que lo haga la arquitectura.

Lara le miró.

—Hay una persona muerta delante.

—Ya. Y una puerta abierta detrás. Adivina cuál de las dos nos permite seguir respirando.

—Eres despreciable.

Hugo asintió despacio.

—Sí. Pero soy despreciable funcional. Tiene su utilidad.

Irene estaba junto a la cuarta puerta, con el pelo pegado al rostro y la barbilla hinchada por el golpe. Miraba el pasillo caliente como si pudiese medirlo con los ojos.

—No podemos quedarnos mucho más.

Marcos, que llevaba varios minutos callado, señaló a Esteban con una mano temblorosa.

—¿Y qué hacemos con él?

Damián giró la cabeza.

—¿Ahora te preocupa alguien?

Marcos dio un paso atrás.

—Estoy preguntando.

—Preguntas mucho cuando ya no hay que tirar de nada.

Lara se colocó entre los dos.

—Basta.

—No —dijo Damián—. Basta era antes. Antes de soltar. Antes de empujar. Antes de dejar que un tío con un brazo roto se peleara por una puta pajita de aire.

Raquel levantó la cara.

Tenía el labio partido, el pelo arrancado en un lado y una mirada vacía, como si el cuerpo se le hubiera quedado allí, pero ella estuviera varios metros más atrás.

—Yo no podía respirar.

Damián la miró.

—Él tampoco.

Raquel bajó la cabeza.

Aquello fue cruel.

También fue verdad.

Y lo peor de la verdad es que no siempre viene limpia.

La cuenta atrás sobre la cuarta puerta siguió bajando.

13:41

13:40

El aire caliente salía del pasillo en oleadas. Nos golpeaba la piel mojada y la convertía en una cosa incómoda, tirante. El contraste era horrible: veníamos helados de la cisterna y ahora el calor empezaba a secarnos a la fuerza, como si alguien quisiera cocinarnos despacio.

El altavoz carraspeó.

—Los muertos no avanzan.

Damián levantó la vista hacia la cámara.

—Cierra la boca.

—Pero pesan —continuó la voz.

La cuarta puerta emitió un zumbido.

En el suelo, junto al cuerpo de Esteban, se abrió una ranura metálica. De ella salió una bandeja baja, con ruedas, como una camilla de almacén.

Encima había dos correas.

Nadie habló.

Hugo cerró los ojos.

—No.

—Para abrir la siguiente sala —dijo la voz—, deberéis llevar el peso hasta la marca roja.

Raquel empezó a negar con la cabeza.

—No, no, no…

—No es necesario que sea Esteban —continuó la voz—. Puede ser cualquiera de vosotros. La sala solo exige peso humano.

Silencio.

Un silencio perfecto.

De esos que dicen más que una confesión.

Todos miramos la bandeja.

Luego a Esteban.

Luego, sin querer, a los vivos.

Ahí estaba otra vez.

La pequeña aritmética del infierno.

Un muerto pesaba mucho, pero no protestaba. Un vivo podía caminar, pero también podía ser atado, empujado, usado. El juego no necesitaba decirlo. Lo colocaba en medio de la sala y dejaba que nosotros termináramos la frase.

—Usamos la camilla —dije.

Hugo abrió los ojos.

—¿Con Esteban?

—Sí.

—Está muerto.

—Precisamente por eso no voy a permitir que nadie decida que otro vivo sirve mejor.

Marcos apartó la mirada.

Demasiado rápido.

Lara lo vio.

Yo también.

Damián se agachó junto al cuerpo.

—Yo lo cojo.

—No tú solo —dije.

—Puedo.

—No he dicho que no puedas. He dicho que no tú solo.

Me miró como si fuera a discutirme.

Después miró a Esteban.

Y asintió.

Entre Damián, Irene y yo levantamos el cuerpo. Pesaba más de lo que esperaba. Los muertos siempre pesan más. No sé si es física, tristeza o que dejan de colaborar incluso por cortesía.

Esteban cayó sobre la bandeja con un sonido blando.

Raquel vomitó otra vez, pero ya no le quedaba casi nada dentro.

Hugo se acercó y agarró una de las correas.

Lara le miró, sorprendida.

—¿Qué?

—Voy a sujetarlo —dijo él—. Si se cae, nos harán volver a por él. Y, con todo mi cariño hacia Esteban, preferiría no repetir el paseo.

Nadie le dio las gracias.

Él tampoco parecía esperarlas.

Atamos el cuerpo.

La pantalla marcó:

12:58

La cuarta puerta terminó de abrirse.

El calor nos golpeó de lleno.

Entramos.

La sala era larga, rectangular, con el techo bajo y tuberías gruesas recorriendo las paredes. No había llamas. Habría sido demasiado sencillo, demasiado teatral. Allí no había fuego visible. Solo calor.

Calor de metal.

Calor de maquinaria.

Calor de horno cerrado.

El suelo era una rejilla industrial. Debajo, a través de las ranuras, se veía un resplandor naranja. No llamas, no exactamente. Más bien placas incandescentes. Como si la habitación entera estuviera apoyada sobre una plancha.

A los lados había seis ruedas metálicas enormes, tres a cada pared. Al fondo, una puerta negra. Delante de ella, una báscula roja pintada en el suelo.

La marca.

Sobre la puerta, una frase:

NO TODO LO QUE SE CIERRA PROTEGE.

Damián se quedó quieto.

Solo un segundo.

Pero lo vi.

El altavoz se encendió.

—Cuarta prueba. El horno.

La puerta se cerró detrás de nosotros.

Raquel gritó y se lanzó hacia atrás, pero ya era tarde. El metal encajó con un golpe sordo.

La temperatura subió.

No poco a poco. De golpe.

Como si alguien hubiese abierto la boca de un animal enorme.

—Joder —dijo Hugo, llevándose una mano al pecho—. Me estoy secando por dentro.

—El objetivo es sencillo —dijo la voz—. Llevad el peso hasta la báscula. Mantenedlo allí mientras giráis las seis ruedas hasta liberar la salida. Cada rueda abre un cierre. Cada cierre requiere dos manos.

Irene miró las ruedas.

—Seis ruedas. Ocho vivos.

—Y un peso muerto —añadió Hugo—. No olvidemos al compañero de equipo menos hablador.

Lara se volvió hacia él.

—No hagas eso.

Hugo tragó saliva.

Por una vez, pareció arrepentido antes de terminar de ser idiota.

—Perdón.

El suelo empezó a vibrar.

Las placas bajo la rejilla brillaron más.

El calor nos subió por las piernas.

—Trece minutos —dijo la voz—. Después, la sala se cerrará de forma permanente.

La pantalla se encendió junto a la puerta del fondo.

12:00

11:59

—Empujad —dije.

La bandeja no se movió.

Damián se colocó detrás y empujó con todo el cuerpo.

Las ruedas chirriaron.

El cadáver de Esteban avanzó medio metro.

El sonido fue horrible.

Metal contra rejilla.

Correas tensándose.

Un cuerpo que ya no podía quejarse atravesando una sala pensada para hacer sufrir a los que todavía sí podían.

—Va a atascarse —dijo Samuel.

Tenía razón.

La rejilla del suelo no era lisa. Las ruedas pequeñas de la bandeja se enganchaban en cada unión.

Damián empujó otra vez.

La bandeja avanzó a tirones.

—Hay que levantarla un poco —dijo Irene.

—¿Con qué? —preguntó Raquel.

—Con las manos.

Todos miramos nuestras manos.

Despellejadas. Cortadas. Temblorosas. Algunas con uñas rotas, sangre seca, piel levantada por el agua y el cuero.

Hugo suspiró.

—Bien. Antes quería conservar la dignidad. Ahora me conformo con algún dedo.

Nos repartimos alrededor de la bandeja.

—A la de tres —dije.

—Últimamente odio ese número —murmuró Lara.

—Una.

El metal de la camilla ya estaba caliente.

—Dos.

Apoyé los dedos bajo el borde. Quemaba.

No como una llama. No como una quemadura inmediata. Era peor: un calor profundo que parecía esperar medio segundo antes de entrar en la piel.

—Tres.

Levantamos.

Grité por dentro.

Puede que también por fuera.

La bandeja avanzó.

Un metro.

Dos.

El calor del suelo nos subía por las plantas de los pies. Las zapatillas estaban empapadas, pero el agua se evaporaba rápido. Sentía los calcetines calientes, pegajosos, como si alguien me hubiera metido brasas pequeñas entre los dedos.

Raquel empezó a llorar.

—Me quema.

—A todos nos quema —dijo Irene.

—No puedo.

—No lo digas todavía.

—¿Por qué?

—Porque luego quizá sea verdad.

Damián soltó una risa seca.

—Me gusta esa motivación. Muy de gimnasio barato.

—Me adapto al público —contestó Irene.

Llegamos a la mitad de la sala.

Una tubería soltó vapor junto a nosotros.

Lara gritó.

El chorro le rozó el antebrazo. La piel se le puso roja al instante, una línea viva desde la muñeca hasta el codo.

Marcos soltó la bandeja para agarrarla.

—¡Lara!

La camilla cayó de su lado.

El cuerpo de Esteban se deslizó.

—¡No sueltes! —rugió Damián.

Demasiado tarde.

Una rueda se encajó en la rejilla.

La bandeja quedó torcida.

El calor aumentó.

—Lo siento —dijo Marcos.

—Deja de sentirlo y empuja —le dije.

—Se ha quemado.

—Todos nos estamos quemando.

Lara apretó los dientes. Tenía lágrimas en los ojos, pero volvió a poner las manos en la bandeja.

—Estoy bien.

—No estás bien —dijo Marcos.

—Pues estoy útil, que ahora mismo cotiza más.

Hugo miró a Marcos.

—Tu mujer acaba de hacer más por el grupo con el brazo quemado que tú con el ego intacto.

Marcos avanzó hacia él.

—¿Qué has dicho?

Damián se interpuso.

—No. Hoy no. Peleáis cuando no estemos sobre una parrilla.

Samuel señaló el fondo.

—Nos quedan nueve minutos.

La voz del altavoz añadió, casi con ternura:

—Ocho minutos y cincuenta y seis segundos.

—Nadie te ha preguntado, tostadora con complejo de Dios —dijo Hugo.

Empujamos otra vez.

La bandeja salió del atasco con un salto.

Esteban se movió dentro de las correas. Su cabeza cayó hacia un lado.

Raquel cerró los ojos.

—Perdón —susurró.

No sé si se lo decía a él.

No sé si se lo decía a Clara.

Quizá, cuando una culpa es grande, empieza a buscar nombres como una cerilla busca oxígeno.

Llegamos a la báscula roja.

Al colocar la bandeja encima, el suelo emitió un pitido.

Una luz verde se encendió sobre la primera rueda.

—Ahora las ruedas —dijo Irene.

—¿Hay que dejarlo ahí? —preguntó Lara.

La respuesta fue la báscula apagándose un segundo.

La puerta del fondo cerró un pestillo con un golpe seco.

—Sí —dijo Samuel—. Si el peso se mueve, se reinicia.

Damián se quedó junto a la bandeja.

—Yo lo mantengo.

—Necesitamos dos manos por rueda —dije.

—Entonces que alguien se quede conmigo.

Miré al grupo.

Raquel temblaba demasiado. Lara tenía el brazo quemado. Marcos solo miraba a Lara. Hugo estaba medio doblado por el calor. Irene seguía firme, pero le sangraba la barbilla otra vez. Samuel, entero. Siempre entero.

—Marcos —dije—. Te quedas con Damián.

—¿Por qué yo?

La pregunta fue tan inmediata que nadie necesitó responderla.

Hugo levantó la mano.

—Porque, si esto fuera un colegio, ya habrías perdido el recreo.

Marcos le ignoró.

—Puedo girar una rueda.

—Puedes sujetar la camilla —dije.

—No soy menos fuerte que ella.

Señaló a Lara.

Ella se rio.

No fue una risa bonita.

—No. Solo menos fiable.

Marcos se quedó callado.

Bien.

Nos dividimos.

Irene y yo fuimos a la primera rueda. Hugo y Lara a la segunda. Samuel y Raquel a la tercera. Damián y Marcos se quedaron sujetando la bandeja sobre la báscula.

La primera rueda estaba ardiendo.

No era una forma de hablar.

El metal desprendía calor incluso sin tocarlo.

—No podemos girar esto con las manos desnudas —dijo Irene.

Me quité lo que quedaba de camiseta exterior y la enrollé alrededor de la rueda. Irene hizo lo mismo con su chaqueta mojada.

—A la de tres —dije.

—De verdad —murmuró ella—. Empieza a buscar otro número.

Tiramos.

La rueda no se movió.

El calor atravesó la tela.

Me mordí la mejilla por dentro.

—Otra vez.

Tiramos.

Nada.

Al otro lado, Hugo gritó:

—¡La nuestra tampoco se mueve!

—¡Pues insultadla menos y tirad más! —rugió Damián desde la báscula.

—¡Estoy ablandándola psicológicamente!

Lara tenía el brazo izquierdo pegado al cuerpo y empujaba con el derecho. La quemadura se le había hinchado, roja, brillante.

Raquel lloraba mientras Samuel la colocaba frente a su rueda.

—No puedo agarrar.

—Usa el antebrazo —dijo él.

—Me voy a quemar.

—Sí.

Raquel le miró, horrorizada.

Samuel no suavizó la respuesta.

—Todos nos vamos a quemar un poco.

—Qué encanto —dijo Hugo—. ¿Das charlas motivacionales o solo hundes grupos reducidos?

Samuel giró la cabeza hacia él.

—Sigue hablando. Así gastas aire.

Hugo se calló.

Eso fue nuevo.

La pantalla marcaba:

07:31

El calor ya no era solo calor. Era presencia. Una cosa que se metía en la boca, secaba la lengua, raspaba los ojos. El sudor me corría por la espalda y al llegar a las heridas del túnel me encendía la piel como alcohol.

Tiramos otra vez.

La rueda cedió un centímetro.

—¡Se mueve! —grité.

—Me alegro muchísimo por vuestra vida sentimental —dijo Hugo —. ¡La nuestra sigue muerta!

Irene y yo volvimos a empujar.

Centímetro a centímetro.

La rueda giraba con un chirrido agudo. Cada giro levantaba un pestillo en la puerta del fondo.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuando la luz verde cambió a azul, solté la rueda y me miré las manos.

La tela se había pegado un poco a la piel.

No quise tirar de ella.

Hay dolores que una prefiere dejar para más tarde, como facturas.

Corrimos a ayudar a Hugo y Lara.

—No —dijo Samuel—. La tercera primero.

Miré hacia él.

La rueda de Samuel y Raquel se había movido ya casi a la mitad. Raquel tenía la manga enrollada alrededor del antebrazo. Estaba llorando, pero empujaba.

—Bien —dije.

—No me digas bien —sollozó—. Me dan ganas de pegarte.

—Eso es energía. Úsala.

Raquel gritó y empujó con Samuel.

La tercera rueda cedió.

Dos cierres abiertos.

Faltaban cuatro.

En la báscula, Damián sujetaba la bandeja con las dos manos. Marcos también, pero se notaba que el calor le estaba comiendo la paciencia.

—Se está moviendo —dijo Damián.

La camilla vibraba con el suelo.

El cuerpo de Esteban se desplazaba milímetros hacia un lado.

—Sujétala —dije.

—¿Qué crees que hago? ¿Macramé?

Marcos resbaló.

La bandeja se desplazó.

La báscula parpadeó en rojo.

La puerta del fondo dejó caer un pestillo.

—¡Marcos! —gritó Damián.

—¡Me quema!

—¡Pues quémate!

Marcos le miró con odio.

Y entonces el altavoz habló.

—Damián Cruz. Cerrar.

Damián se quedó quieto.

No debía.

Pero lo hizo.

La bandeja volvió a moverse.

—Damián —dije.

La voz continuó:

—El veintisiete de octubre, a las dos y trece de la madrugada, cerraste la salida trasera del local La Casa Azul.

Raquel levantó la cabeza.

Irene también.

El calor pareció desaparecer durante medio segundo.

O quizá fue que todos nos quedamos fríos por dentro.

Damián no miraba a nadie.

—No —dijo.

Muy bajo.

—No cerraste para proteger —dijo la voz—. Cerraste para que nadie se colara. Cerraste porque te lo ordenaron. Cerraste porque te pagaban por no preguntar.

Damián apretó los dientes.

—No sabía que había gente dentro.

El monitor de la pared se encendió.

La imagen temblaba. Una cámara de seguridad. Un pasillo estrecho. Humo. Una puerta metálica. Una mano golpeando desde dentro.

Golpes.

Sin sonido.

Eso lo hizo peor.

La pantalla mostró a Damián al otro lado, años más joven, con una chaqueta de seguridad, colocando un candado.

Damián cerró los ojos.

—No sabía que había gente dentro —repitió.

Hugo no dijo nada.

Nadie dijo nada.

La camilla se desplazó otro centímetro.

La báscula pitó.

—¡Damián! —grité.

Él volvió en sí y empujó la bandeja contra la marca con un rugido.

—¡Girad las putas ruedas!

Eso hicimos.

Irene, Lara y yo fuimos a la segunda. Hugo vino con nosotras. Cuatro manos, luego seis, todas inútiles y doloridas y aun así necesarias.

—Tira —dije.

—Estoy tirando —jadeó Hugo.

—Tira más.

—Me encanta cómo todos asumís que tengo reservas ocultas de nobleza y bíceps.

Lara empujó con un gemido.

Su quemadura rozó el metal.

Soltó un grito seco.

La rueda giró.

Tercer cierre.

La pantalla:

05:12

El aire era insoportable.

Cada respiración quemaba un poco. No hasta matar. Solo hasta recordarte que podía hacerlo.

Fuimos a la cuarta rueda.

Samuel llegó con Raquel. Ella apenas podía mantenerse de pie.

—No puedo más —dijo.

—Un poco más —contesté.

—Siempre es un poco más.

—Sí.

—Eso no ayuda.

—No tengo nada mejor.

Raquel se rio llorando.

—Eres una enfermera horrible.

—Exenfermera.

—Pues se nota.

La cuarta rueda estaba más dura.

Mucho más.

Damián seguía junto a la báscula, pero su cabeza ya no estaba del todo allí. Miraba la pantalla apagada del monitor, como si todavía viera la mano golpeando al otro lado de la puerta.

Marcos sudaba a chorros.

—Esto se mueve.

—Sujeta —dijo Damián.

—No puedo.

Damián le miró.

—No vuelvas a decir eso delante de mí.

—¿O qué?

Damián sonrió.

No fue una sonrisa buena.

—O te enseño cómo se cierra una puerta de verdad.

Marcos tragó saliva y sujetó.

Cuarto cierre.

Nos quedaban dos ruedas.

03:49

El calor nos estaba desarmando.

Hugo se tambaleó.

Irene le sujetó por la camisa.

—No te me caigas ahora.

—¿Preocupada?

—No. Eres peso muerto y ya tenemos uno.

—Eso casi ha sido tierno.

Fuimos a la quinta.

La rueda estaba junto a una tubería que soltaba vapor a intervalos. Había que esperar el golpe de aire caliente, acercarse, empujar y apartarse antes del siguiente.

—Esto es una locura —dijo Lara.

—No —dijo Samuel—. Es ritmo.

Le miré.

—¿Qué?

Señaló la tubería.

—Cada siete segundos. Empujamos entre golpes.

Tenía razón.

Claro que tenía razón.

Y otra vez me dio miedo que la tuviera con tanta calma.

—Cuando diga ahora —dijo Samuel.

Vapor.

Esperamos.

Uno.

Dos.

Tres.

—Ahora.

Empujamos.

La rueda cedió un poco.

Nos apartamos.

El vapor salió con un rugido blanco y quemó el aire donde habían estado nuestras caras.

—Otra vez —dijo Samuel.

—Me fascina lo poco que odias esto —murmuró Hugo.

Samuel no respondió.

Vapor.

Esperar.

—Ahora.

Empujar.

El metal me arrancó algo de piel de la palma. Esta vez sí grité. No pude evitarlo. La voz me salió fea, aguda, animal.

Damián me miró desde la báscula.

—¡Nadia!

—¡Sujeta eso!

—¡Estoy sujetando!

—¡Pues sujeta preocupado!

Quinto cierre.

Faltaba uno.

02:21

El último estaba al fondo, junto a la puerta.

Era más pequeño.

Eso no nos alegró.

Nada pequeño en aquel sitio significaba bueno.

La rueda tenía una inscripción encima:

DOS MANOS. UN TURNO. SIN SOLTAR.

—¿Qué significa eso? —preguntó Raquel.

El altavoz respondió:

—Solo dos participantes podrán girar la última rueda. Si alguno suelta antes de completar el cierre, el sistema se reinicia.

—¿Todo? —preguntó Irene.

La voz no contestó.

No hacía falta.

Hugo soltó una carcajada sin aire.

—Maravilloso. Democracia directa al infierno.

Damián miró desde la báscula.

—Voy yo.

—No puedes soltar la bandeja —dije.

—Marcos puede sujetarla.

Todos miramos a Marcos.

Marcos abrió la boca.

La cerró.

Incluso él entendió que no era buena idea defenderse en voz alta.

—Voy yo —dijo Samuel.

—Y yo —añadí.

Damián negó con la cabeza.

—Tú estás destrozada.

—Todos estamos destrozados.

—Tú más.

—Qué bonito. Me lo pondré en el currículum.

Samuel ya estaba frente a la rueda.

Me coloqué a su lado.

El metal estaba rojo en algunas zonas. No al rojo vivo, no exactamente, pero sí lo bastante caliente para que el aire alrededor vibrara.

Nos envolvimos las manos con los restos de ropa que quedaban.

—Cuando empecemos no podemos soltar —dijo Samuel.

—Lo he pillado.

—Si te quemas…

—Me voy a quemar.

—Sí.

Le miré.
—Necesitas mejorar tu trato con pacientes.
—No soy médico.
—Se nota.
La pantalla:
01:44
Puse las manos sobre la rueda.
El calor atravesó la tela al instante.
Samuel hizo lo mismo.
—Ahora —dije.
Giramos.
El dolor fue inmediato.
La rueda no estaba dura.
Estaba viva.
Parecía resistirse con una intención casi humana. Cada centímetro exigía piel, fuerza y una parte pequeña de la cordura.
—No sueltes —dijo Samuel.
—No pensaba hacerlo hasta que lo has dicho.
Giramos más.
La puerta empezó a liberar el último pestillo.
Detrás de mí, la báscula pitó.
—¡Se mueve! —gritó Marcos.
Damián rugió:
—¡Sujeta!
—¡Me quema la mano!
—¡Me da igual!
La bandeja chirrió.
La luz de la báscula pasó de verde a ámbar.
—Damián —dije, sin soltar la rueda.
Él miró la camilla.
Luego la última puerta.
Luego a Marcos.
—Si esto se reinicia, te juro que te dejo en la siguiente.
Marcos apretó los dientes y empujó la bandeja con el hombro.
La luz volvió a verde.
Giramos.

La piel de mis palmas empezó a ceder.

Lo sentí.

No lo vi, pero lo sentí. La tela se pegaba. El dolor ya no era punzada. Era una sábana blanca cubriéndolo todo.

—Samuel —jadeé.

—Un poco más.

—Odio esa frase.

—Funciona.

—No funciona, solo sigue ocurriendo.

La rueda dio el último cuarto de giro.

El pestillo cayó.

La puerta del fondo se abrió.

Aire.

No fresco.

Pero aire distinto.

La pantalla se apagó.

Solté la rueda.

La tela se quedó pegada al metal.

Y parte de mí con ella.

No miré.

Hay momentos en los que una puede permitirse cobardías pequeñas.

Samuel sí miró sus manos.

Las tenía rojas, ampolladas, pero no dijo nada.

Porque claro que no.

La voz habló:

—Cuarta prueba completada.

Damián y Marcos empujaron la bandeja fuera de la báscula. La puerta de salida permaneció abierta.

—Resultado: ocho participantes vivos. Un participante muerto transportado. Cinco quemaduras leves. Dos moderadas. Una memoria abierta.

Damián se quedó mirando la cámara.

El sudor le bajaba por la cara, mezclado con sangre vieja y hollín.

—No sabía que estaban dentro.

La voz respondió sin subir el tono:

—Clara golpeó la puerta durante cuatro minutos y dieciséis segundos.

El monitor volvió a encenderse.

La mano.

El humo.

Los golpes mudos.

Damián bajó la cabeza.

Raquel se tapó los oídos.

—Parad…

Pero la imagen no paró.

No hasta que Damián habló.

—Yo la cerré.

Nadie respiró.

—Me dijeron que la salida tenía que estar controlada —dijo—. Que se colaba gente. Que robaban bebidas. Que era por seguridad.

Hugo tragó saliva.

—Siempre es por seguridad.

Damián le miró, pero no contestó.

La voz dijo:

—Por fin.

El monitor se apagó.

La puerta del fondo quedó abierta del todo.

Al otro lado había un pasillo estrecho, más oscuro que los anteriores. Frío. El contraste nos hizo temblar.

Damián miró el cuerpo de Esteban sobre la bandeja.

—¿También tenemos que llevarlo?

La voz respondió:

—No. Esteban ya ha llegado tan lejos como pudo.

Nadie dijo nada.

Damián soltó las correas con manos temblorosas.

Luego, con una delicadeza extraña en alguien tan grande, colocó bien la cabeza de Esteban. Como si fuera a dormir. Como si importara.

Y sí.

Importaba.

Salimos de la sala uno a uno.

Raquel apenas podía caminar. Lara la ayudó. Marcos intentó ponerse al otro lado, pero Lara no le dejó hueco. Hugo pasó junto a mí, cojeando un poco.

—¿Tus manos? —me preguntó.

—Mal.

—Las mías también.

—No sabía que tenías.

—Yo tampoco. Está siendo un día lleno de descubrimientos.

Avanzamos por el pasillo frío.

Detrás de nosotros, la sala del horno se cerró con Esteban dentro.

No miré atrás.

O eso me dije.

La quinta puerta apareció al fondo.

Era diferente.

No tenía metal oxidado ni pintura roja.

Era de madera.

Una puerta vieja, barnizada, casi doméstica. Una puerta que no pegaba en aquel sitio y por eso daba más miedo.

Sobre ella había una frase escrita con letra infantil:

EL HAMBRE EDUCA MEJOR QUE LA VERGÜENZA.

Debajo, la pantalla se encendió.

30:00

29:59

Hugo leyó la frase y suspiró.

—Por favor, que no sea una cena familiar.

Entonces se abrió una ranura en la puerta.

Y del otro lado llegó un olor.

Pan caliente.

Carne asada.

Café.

Chocolate.

Raquel empezó a llorar otra vez.

No de miedo.

De hambre.

Y eso, después de todo lo anterior, fue casi lo peor.

Capítulo 5 — La mesa

El olor fue lo primero que nos venció.

No el miedo. No el dolor. No la culpa.

El pan.

Dios, el pan.

Entró por el pasillo como una crueldad doméstica, caliente, dorada, casi tierna. Pan recién hecho. Café. Chocolate. Carne asada. Algo dulce, quizá manzana, quizá canela. O quizá mi cerebro, después de túneles, agua y un horno industrial, había decidido inventarse una pastelería antes de apagarse del todo.

Raquel empezó a llorar.

—No puedo más.

Nadie se rio. Ni siquiera Hugo.

El hambre no tenía gracia cuando aparecía después del miedo. Era más baja, más antigua, más humillante. Te reducía. Te quitaba las frases ingeniosas, los principios, la postura. Te dejaba mirando una puerta de madera como un perro mojado mira una carnicería.

La quinta puerta se abrió sin ruido.

Eso ya fue raro.

Todo en aquel sitio chirriaba, golpeaba, rascaba o amenazaba con matarnos en varios idiomas. Aquella puerta, en cambio, se abrió con suavidad. Como si al otro lado hubiera alguien educado esperándonos con la mesa puesta.

Y la había.

La sala parecía un comedor.

No uno bonito. Uno equivocado.

Las paredes estaban cubiertas por papel pintado antiguo, amarillento, con flores pequeñas. Había lámparas bajas, de luz cálida, una alfombra roja en el centro y, en medio de todo, una mesa larguísima de metal negro.

Sobre la mesa había comida.

Mucha.

Bandejas de pan, platos de carne, cuencos de fruta, botellas de agua, tazas de café, trozos de chocolate, sopa humeante en recipientes cerrados. Todo bajo cubiertas de cristal grueso, como piezas de museo. La mesa estaba montada sobre raíles. De cada extremo salían correas, arneses y cadenas.

Al fondo de la sala, una puerta blanca.

Delante de ella, una línea roja pintada en el suelo.

El mensaje sobre la pared decía:

NO SE COME ANTES DE SERVIR.

Hugo tragó saliva.

—Bien. Estoy dispuesto a reconocer que esto me afecta más que el ahogamiento.

Damián le miró.

—¿La comida?

—El chocolate. Tengo valores, pero tampoco tantos.

Lara avanzó dos pasos hacia la mesa. Tenía el brazo quemado pegado al cuerpo y la cara tan cansada que parecía otra persona. Raquel fue detrás, con los ojos clavados en una botella de agua.

No en el pan.

No en la carne.

En el agua.

Después de la cisterna, era lógico. También horrible.

—No toquéis nada —dije.

Raquel ni me miró.

—Solo necesito beber.

—Yo también.

—No. Tú necesitas mandar.

Me dolió más de lo que debería, quizá porque también era verdad.

La puerta se cerró detrás de nosotros.

El golpe fue suave.

Eso lo hizo peor.

La pantalla se encendió sobre la salida blanca.

30:00

29:59

El altavoz carraspeó.

—Quinta prueba. La mesa.

Damián se colocó delante de una de las cadenas.

—Dilo rápido.

—La mesa debe llegar hasta la línea roja con todos sus platos intactos. Cuando esté servida, podréis comer. Si alguien come o bebe antes de tiempo, la mesa se detendrá.

—¿Y luego? —preguntó Irene.

La voz respondió con una calma deliciosa.

—Luego tendréis que convencerla de que siga.

Hugo cerró los ojos.

—Odio cuando las mesas tienen personalidad.

La voz continuó:

—Ocho participantes. Ocho arneses. Un camino. La comida no es el premio. Es el peso. El hambre rara vez sabe contar, pero la báscula sí.

Miré la mesa con más atención.

No era solo una mesa.

Era un carro enorme, montado sobre ruedas encajadas en raíles dentados. Pesaba muchísimo. La comida, las botellas, el cristal, la estructura de metal… todo estaba calculado. Al fondo, junto a la línea roja, había una plataforma con una báscula integrada.

La idea era sencilla.

Tirar.

Empujar.

No tocar la comida.

Llegar.

Comer.

Tan sencilla que daba ganas de llorar.

—¿Y si no tiramos? —preguntó Marcos.

La voz no contestó.

No hizo falta. La cuenta atrás siguió bajando.

29:18

29:17

Además, el olor empezó a intensificarse.

Unos ventiladores ocultos lo empujaron contra nosotros. Pan caliente. Grasa. Café. Azúcar. Sal. Agua limpia.

Agua limpia.

Raquel dio un paso más.

Le agarré la muñeca.

Ella me miró como si estuviera a punto de morderme.

—Suéltame.

—Todavía no.

—No eres mi madre.

—Hoy nadie tiene tanta suerte.

Raquel tiró del brazo, pero no con fuerza. No le quedaba.

Lara se acercó a una botella cubierta por cristal. Apoyó los dedos sobre la campana transparente.

—Está fría.

—Lara —dijo Marcos.

Ella cerró los ojos.

—Está fría de verdad.

Su voz se rompió en la última palabra.

Aquello fue lo peor. No los gritos. No la sangre. No Esteban en el suelo de la cisterna. Fue esa frase pequeña, absurda, dicha delante de una botella que no podía tocar.

Está fría de verdad.

Como si el mundo normal estuviera a dos centímetros y no supiera abrir la mano.

—Arneses —dijo Samuel.

Todos le miramos.

Él ya estaba examinando los correajes. Había ocho, cada uno con una placa metálica.

NADIA. HUGO. DAMIÁN. MARCOS. LARA. RAQUEL. IRENE. SAMUEL.

—Nos colocamos —añadió.

—¿Así? ¿Sin más? —preguntó Raquel.

Samuel la miró.

—¿Tienes otro plan?

—Sí. Beber.

—Eso no es un plan. Es una consecuencia.

Hugo soltó una risa seca.

—Samuel, cariño, tienes la calidez de una notificación de Hacienda.

—Y tú hablas cuando estás asustado.

—Yo hablo siempre.

—Sí. Pero ahora más.

Hugo abrió la boca.

La cerró.

Eso también fue nuevo.

Nos colocamos los arneses.

Eran de cuero grueso y metal. Se cerraban sobre el pecho, la cintura y los hombros. Estaban pensados para repartir el peso, pero el cuerpo no entiende de diseño cuando ya viene roto de fábrica reciente. En cuanto tiré un poco, las correas me mordieron las quemaduras de la espalda. Las manos me ardían. Las rodillas me temblaban. El estómago se me cerró con una contracción dolorosa al oler la comida.

Hambre.

Sed.

Culpa.

Todo tiraba en direcciones distintas.

—A la de tres —dije.

Irene me miró.

—Voy a empezar a tener pesadillas con tu tres.

—Cuando salgamos, usaremos el cuatro.

—Qué optimismo tan agresivo.

Damián agarró la cadena principal.

—Venga.

Marcos estaba en su arnés, pero no dejaba de mirar a Lara.

—Si te mareas, me lo dices.

Lara ni giró la cabeza.

—Si me mareo, me caigo. Como todo el mundo.

—Solo intento ayudarte.

—Entonces tira.

El golpe fue limpio.

Marcos tragó saliva y miró al frente.

—Una —dije.

Los arneses se tensaron.

—Dos.

El olor a pan me llenó la boca de saliva.

—Tres.

Tiramos.

La mesa no se movió.

Ni un centímetro.

Solo conseguimos que las correas nos cortaran el cuerpo y que Hugo soltara un sonido que, en otra situación, habría merecido una explicación médica.

—Perfecto —jadeó—. La mesa tiene apego al lugar.

—Otra vez —dijo Damián.

Tiramos.

Nada.

—No es fuerza bruta —dijo Samuel.

—Me encanta que digas eso cuando estoy intentando arrancarme los hombros —gruñó Damián.

Samuel señaló los raíles.

—Va por impulso. Todos al mismo tiempo. No tiréis hacia arriba. Tirad hacia delante y abajo.

Hugo levantó una mano.

—¿Podrías explicarlo con menos tono de profesor sustituto al que nadie quiere?

—No.

—Correcto. Pregunta retirada.

Lo hicimos como Samuel dijo.

Esta vez la mesa crujió.

Un sonido profundo, de metal que despierta.

Avanzó un palmo.

Raquel empezó a llorar otra vez, pero siguió tirando.

—Bien —dije.

—No digas bien —sollozó—. Cada vez que dices bien, algo me arranca piel.

—Entonces excelente.

—Te odio.

—Eso también ayuda.

La mesa avanzó.

Poco.

A tirones.

Cada metro parecía una mudanza organizada por enemigos. Las ruedas se enganchaban en los dientes de los raíles. El suelo, cubierto por una alfombra roja, ocultaba irregularidades que nos hacían tropezar. Cada tirón sacudía las campanas de cristal. El agua dentro de las botellas se movía con un brillo obsceno.

Fría.

Limpia.

Intocable.

El cuerpo no pensaba en moral. Pensaba en agua.

25:42

El primer tramo fue recto.

Luego el suelo empezó a subir.

Una pendiente suave. Ridícula vista desde fuera. Criminal desde dentro.

Los arneses nos clavaron el peso en el pecho. Teníamos que inclinarnos hacia delante, casi cayendo, usar piernas, espalda, cuello. Mis manos, envueltas en restos de tela, no servían de mucho. Tiraba con el cuerpo entero y aun así sentía que la mesa se reía de nosotros.

—No puedo —dijo Raquel.

—Sí puedes —contestó Irene.

—De verdad, no puedo.

—Raquel, mírame.

—No quiero mirarte. Todos me miráis como si hubiera matado a Esteban.

El silencio nos tropezó a todos.

La mesa perdió impulso.

—¡No paréis! —gritó Damián.

Seguimos tirando.

Irene respiraba por la nariz, concentrada.

—Nadie ha dicho eso.

Raquel soltó una risa rota.

—No hace falta.

Hugo, sudando, con el arnés torcido y la cara roja, dijo:

—Para lo que vale mi opinión, que suele ser poco y mal recibido, Esteban estaba herido, asustado y en una trampa diseñada por un psicópata con presupuesto. Tú entraste en pánico.

Raquel le miró.

—¿Eso es defenderme?

—No te acostumbres. Me sienta fatal.

—Le di una patada.

—Sí. Y yo he defendido a gente que hizo cosas peores con zapatos más caros.

El altavoz chasqueó.

Hugo cerró los ojos.

—Ah. Claro. Tenía que abrir la boca.

La pantalla de la pared se encendió.

No la de la cuenta atrás. Otra.

Apareció una sala de juzgado.

No grande. No solemne. Una de esas salas donde las tragedias se archivan en carpetas beige. En la imagen, un Hugo más joven, impecable, con traje azul oscuro, caminaba delante de una mesa. Al fondo, una mujer lloraba. Junto a ella, una foto de Clara.

La voz dijo:

—Hugo Latorre. Defender.

Hugo dejó de tirar un segundo.

La mesa retrocedió.

—¡Tira! —rugió Damián.

Hugo volvió al arnés.

Pero sus ojos estaban en la pantalla.

En el vídeo, su propia voz sonó desde los altavoces. Más pulida. Más limpia. Más cruel.

—La señorita Beltrán había consumido alcohol aquella noche. Sus declaraciones fueron confusas, contradictorias y emocionalmente inestables.

Raquel miró a Hugo.

Lara también.

La mesa siguió subiendo, a golpes.

Hugo no dijo nada.

La grabación continuó.

—No existe prueba de que las salidas estuvieran bloqueadas en el momento de los hechos.

Damián apretó la mandíbula.

El monitor mostró una foto de la puerta cerrada.

El candado.

La mano.

Hugo tragó saliva.

—Yo no tenía ese vídeo.

La voz respondió:

—No. Pero tenías el testimonio.

En la pantalla, la madre de Clara se levantaba, rota de rabia, mientras Hugo recogía unos papeles sin mirarla.

—Tenía un trabajo —dijo Hugo.

La frase salió pequeña.

No para defenderse.

Para ver si todavía sonaba a excusa.

No sonó.

Irene le miró con una tristeza seca.

—Todos teníamos uno.

La mesa dio un salto y avanzó otro metro.

21:08

La pendiente empeoró.

Ya no olía solo a comida. Olía a nosotros. Sudor viejo, ropa mojada, quemaduras, sangre, aliento agrio. El comedor bonito se estaba convirtiendo en un establo con lámparas.

Lara empezó a quedarse atrás.

El brazo quemado le temblaba. Tiraba con el cuerpo, pero la correa le rozaba justo sobre la piel roja.

Marcos lo vio.

—Puedo tirar por ella.

—No puedes tirar por nadie —dijo Samuel—. El arnés detecta tensión individual.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Samuel señaló unas pequeñas luces verdes sobre cada placa.

—Porque miro.

Lara soltó aire por la nariz.

—A veces eso ayuda, Marcos. Mirar.

Él no contestó.

Seguimos.

La mesa llegó a una zona estrecha entre dos columnas. Los raíles pasaban justo por el centro. Había que mantenerla recta. Si se torcía, una rueda quedaba fuera y tendríamos que recolocarla.

—Despacio —dije.

—Odio cuando la gente dice despacio en una cuenta atrás —jadeó Hugo.

—Pues corre despacio.

—Eso no existe.

—Invéntalo. Eres abogado.

Entramos entre las columnas.

El lado derecho se adelantó.

—¡Izquierda! —gritó Samuel.

Damián y yo corregimos.

El lado izquierdo se fue demasiado.

La mesa golpeó una columna.

Una campana de cristal se agrietó.

Todos nos quedamos quietos.

Dentro había una botella de agua.

La grieta recorrió el cristal de arriba abajo.

Una gota apareció en el borde.

Luego otra.

Agua.

Raquel la vio.

Marcos también.

Yo también.

Durante un segundo, la sala entera se redujo a esa gota.

Cayó sobre la mesa.

Pequeña.

Perfecta.

Raquel dio un paso.

—No —dije.

—Se está perdiendo.

—No la toques.
—Se está perdiendo igual.
La voz del altavoz no dijo nada.
Eso fue peor que una advertencia.
Marcos se acercó a la campana agrietada.
—Podemos cogerla antes de que se caiga.
Lara le miró.
—Marcos.
—Es agua.
—No.
—Estás quemada. Necesitas beber.
—No uses mi sed para hacerte el héroe.
Él se quedó parado.
Pero la botella volvió a gotear.
Y el sonido fue demasiado.
Ploc.
Ploc.
Ploc.
Como una burla líquida.
Marcos rompió el cristal con el codo.
—¡No! —grité.
Agarró la botella.
El sistema chilló.
Una alarma breve, aguda.
Marcos levantó la botella hacia Lara.
—Bebe.
Lara retrocedió.
—No.
—Bebe.
—He dicho que no.
La alarma siguió.
Marcos la miró, ofendido, con la botella en la mano. Y entonces hizo lo que todos, de alguna manera, ya sabíamos que iba a hacer.
Bebió él.
Dos tragos.
Tres.

El agua le bajó por la barbilla.

Nadie habló.

Ni siquiera Hugo.

La alarma se cortó.

La voz dijo:

—Un invitado se ha servido antes de tiempo.

La mesa se bloqueó.

No poco.

Se clavó en los raíles con una violencia seca.

Los arneses tiraron de nosotros hacia delante. Raquel cayó de rodillas. Lara se golpeó el hombro contra una columna. Yo me mordí la lengua. Damián quedó frenado en seco, con las venas del cuello marcadas.

Marcos intentó soltar la botella.

Demasiado tarde.

Uno de los raíles laterales se abrió bajo sus pies.

Su pierna derecha cayó hasta la rodilla en una ranura estrecha.

La mesa, bloqueada, se desplazó medio centímetro hacia atrás.

Y una de las ruedas le atrapó el tobillo.

Marcos gritó.

Un grito limpio. Nuevo. Sin coartadas.

La botella cayó al suelo y rodó, derramando agua sobre la alfombra roja.

Lara fue hacia él.

—¡Marcos!

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna!

Damián intentó soltarse el arnés.

No pudo.

Las hebillas se habían bloqueado.

—¡Qué has hecho, imbécil!

Marcos lloraba de dolor, agarrado al borde de la mesa.

—¡Sacadme!

La cuenta atrás seguía.

18:33

18:32

La voz habló:

—La mesa no avanza hasta que el invitado vuelva a su lugar.

—¡No puedo volver a mi lugar! —gritó Marcos—. ¡Me ha atrapado!

—Entonces —dijo la voz—, tendréis que levantar la mesa.

Hugo miró la estructura de metal.

Luego a la cámara.

—No tenías bastante con secuestrarnos. También querías que hiciéramos crossfit.

—¡Calla y ayuda! —grité.

—Estoy procesando mi odio.

—Procésalo con las manos.

Nos soltaron los arneses con un chasquido.

Marcos seguía atrapado. La rueda le presionaba el tobillo contra el raíl. No quería mirar demasiado, pero vi suficiente: la pierna estaba torcida, la piel pálida alrededor de la presión, el zapato deformado.

—No tiréis de él —dije—. Hay que levantar un poco la mesa.

Damián se colocó en un lateral.

—¿Cuánto pesa?

Samuel respondió:

—Demasiado.

—Estupendo. Unidad de medida oficial de esta casa.

Lara se agachó junto a Marcos.

—Respira.

—Me duele, me duele, me duele…

—Ya lo sé.

—Haz algo.

Ella le miró.

Y por un segundo vi la frase pasarle por la cara:

¿Como tú hiciste algo?

No la dijo.

Eso fue una victoria pequeña. O una derrota grande.

Nos colocamos alrededor de la mesa.

—No vamos a poder levantarla entera —dijo Irene.

—Solo necesitamos liberar la presión —contesté.

Hugo se puso a mi lado.

Tenía la cara seria.

—¿Tus manos?

—Fatal.

—Las mías también.

—Pues empate.

—Me tranquiliza competir.

Damián metió los dedos bajo el borde.

—A la de tres.

Irene se rio sin humor.

—Ahora lo dice él.

—Una —dijo Damián.

Marcos gemía.

—Dos.

El olor a comida seguía ahí. Pan, carne, chocolate. Como si la sala tuviera el mal gusto de recordarnos que, si hacíamos todo bien, tal vez podríamos cenar encima de la sangre.

—Tres.

Levantamos.

La mesa apenas se movió.

El dolor en mis manos fue tan brutal que vi puntos blancos. La piel quemada protestó. Las heridas del túnel se abrieron. Sentí algo caliente bajándome por la espalda.

Marcos gritó.

—¡Más! —rugió Damián.

—¡No puedo! —chilló Raquel.

—¡Nadie puede! —le gritó Irene—. ¡Por eso estamos todos!

Levantamos otro poco.

Muy poco.

Pero bastó.

—¡Lara! —dije—. ¡Sácale la pierna!

Lara agarró a Marcos por debajo de los brazos.

—¡Tira tú también!

Marcos intentó moverse.

La pierna salió de la ranura con un sonido que no quise entender.

Cayó al suelo, gritando.

Soltamos la mesa.

El impacto hizo temblar todos los platos.

Una campana de cristal se rompió del todo.

Trozo a trozo.

El pan quedó al descubierto.

No una bandeja entera.

Un pan pequeño, redondo, dorado.

La sala se quedó en silencio.

Marcos lloraba en el suelo.

Raquel miraba el pan.

Hugo miraba a Raquel.

Damián miraba a Marcos con ganas de convertir el dolor en pedagogía.

La voz habló:

—Segundo aviso.

Nadie tocó el pan.

Nos quedamos quietos, respirando como animales educados a golpes.

Marcos intentó incorporarse y gritó otra vez.

Su tobillo estaba mal. Muy mal. No hacía falta ser enfermera para verlo, pero serlo no ayudaba.

—No puede tirar —dijo Samuel.

Lara levantó la cara.

—No.

—Es un hecho.

—He dicho que no.

—No he dicho que haya que dejarlo.

—Lo has pensado.

Samuel no respondió.

Hugo se pasó la mano por la cara.

—A mí me cae fatal, pero reconozco que abandonarlo ahora sería poco elegante incluso para nosotros.

Damián miró a Marcos.

—Nos ha jodido dos veces.

—Tres, si contamos su conversación general —dijo Hugo.

—Hugo —dije.

—Perdón. Dolor, hambre, sinceridad. Mala mezcla.

Lara se puso de pie.

—No vamos a dejarle.

Damián la miró.

—Después de todo, ¿todavía quieres salvarlo?

Lara bajó la vista hacia Marcos.

Él la miraba desde el suelo, sudando, roto, esperando que ella volviera a ser la mujer que él podía empujar, sujetar, decidir.

Lara tardó en responder.

—No lo salvo por él.

Eso le dolió más que el tobillo.

Se le notó.

—Lo salvo porque no pienso dejar que este sitio me diga quién soy.

Nadie dijo nada.

Luego Hugo suspiró.

—Muy bien. Me habéis convencido con la ética. Qué desagradable.

Samuel señaló la mesa.

—Si Marcos no puede tirar, tiene que ir encima.

Marcos levantó la cabeza.

—¿Qué?

—La mesa necesita el peso completo. Has retirado una botella. Has roto una campana. Has dejado de ser fuerza. Puedes ser peso.

—Ni de coña.

Damián se agachó junto a él.

—Míralo por el lado bueno. Por fin vas a ayudar sin poder soltar.

Marcos intentó apartarse.

—No podéis hacerme esto.

Lara se inclinó hacia él.

—Podemos dejarte aquí. Eso también es una opción.

Él la miró.

De pronto, entendió.

No todo.

Pero algo.

Con mucho cuidado, entre Damián y Hugo lo subieron a la mesa, en un lateral libre, lejos de los cristales. Marcos gritó al mover la pierna. Le até el tobillo como pude con restos de tela para inmovilizarlo. No era una cura. Otra vez. Solo una mentira con buena intención.

—No me dejéis caer —dijo.

Hugo ajustó una correa alrededor de su cintura.

—Después de todo lo que has hecho, si te caes, será por torpeza, no por falta de narrativa.

—¿Siempre tienes que decir algo?

—No. Pero ayuda a que no me oiga pensar.

Eso fue casi una confesión.

Volvimos a los arneses.

La mesa pesaba más.

Claro.

Ahora llevaba comida, agua, cristal, metal, culpa y un hombre que había descubierto demasiado tarde que el egoísmo también tiene articulaciones.

15:06

Empezamos otra vez.

La mesa se movió.

Peor que antes.

El tramo final de la pendiente fue una tortura lenta. Marcos se quejaba con cada sacudida. Lara tiraba con lágrimas en la cara, pero no por él o no solo por él. Raquel tenía la vista fija en el suelo, lejos del pan abierto. Irene respiraba en golpes cortos. Damián era una bestia exhausta. Samuel seguía contando los pasos.

—Cinco —decía—. Pausa. Cinco. Pausa. Cinco.

—Como vuelvas a contar en voz alta —jadeó Hugo—, me abandono al raíl.

—Cinco.

—Te odio.

—Pausa.

La mesa avanzó.

Uno de los raíles chirrió.

La báscula roja estaba cerca.

Muy cerca.

Esa cercanía volvió todo peor.

Porque cuando algo parece posible, el cuerpo empieza a pasar factura. Mis piernas temblaban. Las manos ya no dolían de forma concreta; eran dos masas calientes al final de los brazos. El estómago se me retorcía con cada olor.

Pan.

Café.

Carne.

Agua.

Agua.

Agua.

Raquel tropezó.

Su arnés perdió tensión.

La mesa se torció.

—¡Raquel! —gritó Irene.

—¡No puedo!

Damián soltó un rugido y tiró más de su lado.

—¡Sí puedes!

—¡No puedo!

—¡Raquel! —dije.

Ella me miró.

No vi culpa en sus ojos.

Vi algo peor.

Vacío.

El segundo antes de rendirse.

—No mires el pan —le dije.

—No estoy mirando el pan.

—Mírame a mí.

—Tampoco quiero.

—Pues mira a Esteban.

Fue cruel.

Lo supe al decirlo.

Raquel se rompió por dentro.

Pero tiró.

Tiró llorando, con los dientes apretados, con las piernas temblando y las palmas abiertas. Tiró como si el cuerpo de Esteban estuviera al otro lado de la cuerda.

La mesa entró en la báscula.

Pitido.

La luz se puso amarilla.

No verde.

Todos nos quedamos quietos.

—No —susurró Hugo.

La pantalla de la báscula mostró una cifra.

PESO INCOMPLETO.

Marcos, sobre la mesa, empezó a llorar más fuerte.

—Estoy encima. Estoy encima, ¿qué más quiere?

La voz respondió:

—La mesa no solo pesa. La mesa se sirve.

Las campanas de cristal se desbloquearon con un chasquido.

Todas.

El pan, el agua, la fruta, la carne, el chocolate.

Todo quedó al descubierto.

Nadie se movió.

Nadie.

Éramos ocho personas hambrientas, heridas, medio rotas, mirando comida como si fuera dinamita.

La voz dijo:

—Ahora sí.

La luz cambió a verde.

La puerta blanca se abrió.

Y entonces ocurrió algo casi peor que la violencia.

Comimos.

No como personas elegantes. No como supervivientes nobles. Comimos como cuerpos. Como bocas. Como manos temblorosas. Como hambre con nombre.

Raquel agarró una botella de agua y bebió tan rápido que se atragantó. Le quité la botella.

—Despacio.

—Dámela.

—Despacio o vomitas.

—Me da igual.

—No te da igual. Tu cuerpo no tiene tiempo para tus dramas.

Hugo cogió un trozo de pan, lo miró un segundo y luego lo partió en dos. Me dio una mitad.

—No hagas una escena.

—No iba a hacerla.

—Tienes cara de agradecer con profundidad. Me incomoda.

Cogí el pan.

Me supo a vida.

Y eso me dio rabia.

Damián bebió agua, luego le dio la botella a Lara. Lara bebió y después, contra todo pronóstico, acercó la botella a Marcos.

Él la miró desde la mesa, sudado, humillado, con la pierna inmovilizada.

—Gracias —dijo.

Lara sostuvo la botella.

—No lo estropees hablando.

Él bebió.

Samuel comió poco.

Demasiado poco.

Le observé mientras mordía una manzana con calma, como si no tuviera el cuerpo gritando. Como si pudiera administrarse incluso el hambre.

Irene también le miraba.

No fui la única.

El altavoz volvió a encenderse.

—Quinta prueba completada.

Nadie dejó de comer, pero todos escuchamos.

—Resultado: ocho participantes vivos. Un robo detectado. Una fractura probable. Una defensa desmantelada. Hambre compartida con retraso.

Hugo levantó la botella hacia la cámara.

—Ponlo en la reseña. Servicio lento, ambiente mejorable.

La voz no respondió.

En la pared, el monitor se encendió una última vez.

La imagen mostró a Hugo en la salida del juzgado. La madre de Clara le gritaba algo. No se oía. Hugo pasaba junto a ella sin detenerse.

Luego el vídeo cambió.

El Hugo de la grabación se metía en un coche.

Sacaba el móvil.

Y decía:

—Está hecho. La chica ya no es creíble.

El Hugo de ahora dejó de masticar.

El pan se le quedó en la boca como una piedra.

Nadie dijo nada.

Irene fue la primera en apartar la mirada.

Eso, de alguna manera, fue más duro que si le hubiera insultado.

Hugo tragó.

Le costó.

—Yo… —empezó.

Damián soltó una risa seca.

—No.

Hugo cerró la boca.

Por una vez, obedeció.

La puerta blanca seguía abierta.

Al otro lado había una escalera metálica que subía en espiral. Muy alta. Demasiado alta. El aire que bajaba de allí era frío y olía a polvo, a hierro viejo, a altura.

Sobre el primer escalón había una frase pintada en negro:

LOS QUE NO PUEDAN SUBIR TAMBIÉN PESAN.

Marcos miró su pierna.

Lara cerró los ojos.

Yo miré hacia arriba.

La escalera se perdía en la oscuridad.

Y desde algún punto muy alto cayó una gota.

No de agua.

Una gota roja.

Golpeó el primer escalón con un sonido mínimo.

Ploc.

Damián dejó la botella sobre la mesa.

—Decidme que eso era tomate.
Hugo miró hacia arriba y tragó saliva.
—Después de esta cena, me encantaría poder mentirte.

Capítulo 6 — La escalera

La escalera no subía.

Amenazaba.

Era una espiral metálica encajada dentro de una torre estrecha, con peldaños perforados, barandilla fina y una oscuridad arriba que parecía tener fondo propio. Cada tramo giraba sobre sí mismo y desaparecía en el siguiente, como si alguien hubiese construido un sacacorchos para abrir el cielo.

El primer escalón tenía una gota roja.

No tomate.

Eso quedó claro cuando cayó otra.

Ploc.

Damián miró hacia arriba.

—Como haya alguien desangrándose ahí, pienso quejarme formalmente.

Hugo dejó escapar un suspiro.

—Me encanta que todavía creas en la administración.

Marcos seguía encima de la mesa, con el tobillo hinchado y la cara empapada de sudor. La comida le había devuelto algo de color, pero no dignidad. Tenía la pierna inmovilizada con una venda improvisada, y aun así cada vez que intentaba moverla soltaba un sonido pequeño, como un niño intentando no llorar delante de sus amigos.

No tenía amigos allí.

Eso también dolía mirarlo.

Lara estaba a su lado, de pie, con la botella de agua en una mano y el brazo quemado pegado al cuerpo. No le acariciaba. No le consolaba. Pero tampoco se había apartado.

—No puedo subir eso —dijo Marcos.

Nadie respondió.

Porque era verdad.

La voz salió del altavoz con su calma habitual.

—Sexta prueba. La torre.

La puerta blanca se cerró a nuestra espalda.

El comedor se quedó atrás, con la mesa, las bandejas abiertas y los restos de una comida que ya olía menos a salvación y más a culpa masticada.

—La salida se encuentra al final de la escalera. Debéis llegar todos.

Damián miró a Marcos.

—Claro. Y de paso subimos un piano.

—En la base de la torre encontraréis un arnés de carga —continuó la voz—. El participante herido deberá ser transportado. Si queda atrás, la escalera se bloqueará. Si cae, la prueba termina.

Hugo levantó la mano, como si estuviera en clase.

—Cuando dices "termina", ¿te refieres a termina en plan bien o termina en plan nos convertimos en decoración?

La voz no contestó.

—Decoración, entonces —murmuró Hugo—. Qué casa más clara.

Junto a la escalera, una compuerta se abrió en la pared. Dentro había un armazón de metal con correas: una especie de camilla vertical, estrecha, con ruedas pequeñas en la parte inferior y ganchos para engancharla a un raíl que recorría el centro de la escalera.

No era una camilla.

Era una cruz con sentido práctico.

Marcos la miró.

—No.

Lara cerró los ojos.

—Marcos…

—No me vais a atar a eso.

Damián dio un paso hacia él.

—Podemos llamarlo de otra manera, si te ayuda. Trono, por ejemplo.

—No pienso subir ahí.

Hugo se inclinó hacia mí.

—Yo tampoco pensaba terminar el día haciendo mudanzas humanas, y mírame. Creciendo como persona.

La pantalla apareció en la pared interior de la torre.

25:00

24:59

El primer tramo de la escalera empezó a vibrar.

No mucho.

Lo suficiente.

—Hay que hacerlo ya —dijo Samuel.

Estaba mirando los ganchos del arnés, el raíl, los peldaños, la altura. Todo. Siempre todo. A veces tenía la sensación de que Samuel no vivía las pruebas, las leía.

Irene se acercó al armazón y tiró de una de las correas.

—Necesitamos cuatro para cargarlo hasta el primer tramo. Después el raíl ayudará.

—¿Ayudará? —preguntó Raquel—. ¿Algo aquí ayuda?

Hugo cogió una correa.

—Sí. La comida ayudaba. Hasta que Marcos decidió bautizarse con Evian.

Marcos le miró desde la mesa.

—Vete a la mierda.

—Llegaremos antes si te llevamos a hombros.

—¡Basta! —dijo Lara.

Su voz rebotó en la torre.

Todos callamos.

Ella respiró hondo. Le temblaba la barbilla, pero no bajó la mirada.

—Le atamos. Subimos. Seguimos. Luego ya os odiáis con calendario.

Eso fue tan razonable que nadie se atrevió a estropearlo.

Entre Damián y Samuel bajaron a Marcos de la mesa. Marcos gritó al apoyar la pierna, aunque intentó tragárselo a medias. Le salió peor. El dolor nunca ha sido educado.

Lo colocamos en el arnés.

—Despacio —dije.

—No me digas despacio —jadeó Marcos—. Me duele hasta el nombre.

—Entonces deja de usarlo.

Hugo ajustó una correa sobre el pecho de Marcos.

—Si te sirve de consuelo, atado pareces menos insoportable.

—Te odio.

—Es normal. Estoy muy cerca de tu cara.

Marcos intentó reírse.

No pudo.

Le sujetamos las piernas, el torso y los hombros. El arnés lo mantenía semisentado, con la pierna mala elevada. Cada movimiento le arrancaba un gemido.

Lara miraba todo sin pestañear.

Su etiqueta, medio pegada al cuello por el sudor, decía:

MIRAR.

La voz habló justo entonces.

—Primera regla: nadie suelta el arnés sin avisar.

Damián soltó una risa seca.

—Mira, esta la conocemos.

Marcos cerró los ojos.

—No empieces.

—No he empezado. Si empiezo, lo notas.

—Segunda regla —continuó la voz—: cada rellano debe cruzarse en menos de tres minutos. Después, el tramo anterior se retirará.

Raquel levantó la cabeza.

—¿Se retirará?

Un golpe metálico respondió por la voz.

El primer tramo de peldaños, detrás de nosotros, se plegó un centímetro hacia abajo.

Raquel se tapó la boca.

—No, no, no…

—Tercera regla —dijo la voz—: si alguien cae, los demás podrán intentar sujetarlo. O no.

La pantalla cambió.

24:08

24:07

El raíl del centro se encendió con una luz azul enferma.

Damián enganchó el arnés de Marcos al primer soporte.

—Arriba.

—Qué fácil suena desde tus piernas buenas —dijo Marcos.

—Mis piernas no son buenas. Son supervivientes.

Nos repartimos.

Damián y Samuel delante, tirando del armazón. Irene y yo a los lados, guiando. Hugo detrás, empujando. Lara cerca de Marcos. Raquel al final, con las manos vendadas con tiras de mantel, respirando como si la escalera ya le estuviera apretando el cuello.

Subimos el primer peldaño.

El armazón chirrió.

Marcos gritó.

—Lo siento —dije.

—No lo sientas, hazlo mejor.

Damián se volvió despacio.

—Otra frase así y te subo boca abajo para que veas mundo.

Marcos cerró la boca.

Seguimos.

El primer tramo fue una carnicería lenta.

No por sangre. Por esfuerzo.

Los peldaños eran estrechos, resbaladizos por la humedad y por algo oscuro que no quise analizar. Cada vez que el armazón golpeaba una junta del raíl, Marcos se sacudía y gritaba. Cada grito nos tensaba a todos. La torre olía a hierro, polvo, sudor y a esa gota roja que seguía cayendo desde arriba cada pocos segundos.

Ploc.

Ploc.

Ploc.

—¿Alguien quiere hablar de eso? —preguntó Hugo.

—No —dijimos Irene y yo a la vez.

—Me parece sano. La negación nos está uniendo.

Raquel subía detrás, agarrada a la barandilla.

—No mires abajo —le dijo Lara.

Raquel miró abajo.

—Joder.

—Era una instrucción sencilla.

—Lo siento. Mi cerebro ha decidido dimitir.

El tramo inferior empezó a plegarse detrás de nosotros.

Un sonido de metal desarmándose.

Raquel gritó.

—¡Se mueve!

—¡Sigue subiendo! —gritó Damián.

Llegamos al primer rellano.

El armazón encajó en una base circular con un golpe seco.

La pantalla del rellano se encendió.

03:00

02:59

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Irene.

El raíl del siguiente tramo estaba bloqueado por tres barras metálicas.

En la pared había tres manivelas.

Cada una en una posición distinta.

Una alta.

Una media.

Una baja, casi al borde del vacío.

Sobre ellas, una frase:

TRES MANOS. TRES VERDADES.

Hugo soltó aire.

—Echo de menos cuando solo nos ahogábamos.

Samuel se acercó a las manivelas.

—Hay que girarlas a la vez.

—Claro —dijo Irene—. Una persona en cada una.

La baja quedaba justo fuera de la barandilla. Para alcanzarla había que agacharse, sacar medio cuerpo al vacío y confiar en que los demás te sujetaran.

Nadie se ofreció.

La cuenta bajaba.

02:37

Damián miró la manivela baja.

—Voy yo.

—No cabes bien ahí —dije.

—Entonces me doblo.

—Damián.

—No tenemos tiempo.

Lara dio un paso.

—Voy yo.

Marcos levantó la cabeza.

—No.

Ella ni siquiera le miró.

—Soy la más ligera.

—Estás herida.

—Todos estamos heridos.

—Lara.

—Marcos, estoy empezando a descubrir que mi nombre suena peor cuando lo dices tú.

Silencio.

Hugo se acercó a la manivela alta.

—Yo la de arriba. Soy largo, elegante y claramente infrautilizado.

Irene fue a la central.

Damián se colocó detrás de Lara.

—Yo te sujeto.

Lara asintió.

Se tumbó en el suelo del rellano, sacó el brazo sano entre los barrotes de la barandilla y estiró el cuerpo hacia la manivela baja. El vacío estaba justo debajo de su cara. La torre caía en espiral hasta la sala del comedor, cada tramo más pequeño, cada peldaño más lejano.

Yo le sujeté las piernas junto a Damián.

—¿Llegas?

—Casi.

—Odio esa palabra —dije.

—Bienvenida al club.

Lara estiró más.

Sus dedos rozaron la manivela.

La quemadura del brazo malo le tiró del cuerpo y soltó un gemido, pero no retrocedió.

—La tengo.

La pantalla:

01:58

—A la de tres —dijo Irene.

La miré.

—Qué bonito. Tradición familiar.

—Uno —dijo ella.

Hugo agarró la suya.

—Dos.

Lara apretó los dedos.

—Tres.

Giraron.

Las barras se movieron un poco.

No bastó.

—Más —dijo Samuel.

—No digas más desde ahí tan cómodo —gruñó Hugo.

Volvieron a girar.

La manivela baja se resistió. Lara tuvo que sacar más el cuerpo. Damián le sujetó las piernas con tanta fuerza que le dejó marcas.

—Me vas a romper las tibias —dijo ella.

—Prefiero tus tibias a verte caer.

—Qué romántico.

—Soy un poeta de gimnasio.

Hugo jadeó.

—Por favor, no liguéis en mitad de mi muerte.

Las barras cedieron.

El raíl del siguiente tramo se iluminó.

Lara intentó volver hacia atrás.

Entonces la manivela baja dio un tirón.

Se le escapó de la mano.

Y el mecanismo la arrastró hacia fuera.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Lara gritó.

Su cuerpo se deslizó medio metro por el suelo del rellano. Damián la agarró de las piernas. Yo me lancé sobre sus tobillos. Irene soltó su manivela y se tiró encima de mí para hacer peso.

Lara quedó colgando del torso hacia el vacío.

—¡No soltéis! —gritó.

—¡No pensábamos! —rugió Damián.

Marcos, atado al armazón, empezó a gritar su nombre.

—¡Lara! ¡Lara!

—¡Cállate! —gritó ella desde abajo—. ¡Me distraes para caerme!

Hugo soltó una risa histérica.

—Eso es comunicación de pareja.

El mecanismo tiraba de la manivela. Lara tenía el brazo enganchado en ella. Si la soltábamos, caía. Si tirábamos mal, le dislocábamos el hombro.

—Lara —dije—, tienes que soltar la manivela.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No. Se me ha enganchado la manga.

Su manga quemada se había enrollado alrededor del eje.

La pantalla del rellano seguía bajando.

00:58

00:57

El tramo anterior empezó a plegarse más rápido.

Raquel estaba pegada a la pared, blanca.

—Va a caer.

—No va a caer —dijo Samuel.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la estamos sujetando.

—Eso no es saber, es desear con arrogancia.

Hugo sacó algo del bolsillo.

Un trozo de cristal de la mesa, pequeño, envuelto en tela.

Le miré.

—¿Desde cuándo tienes eso?

—Desde que pensé que un día quizá necesitaría cortar algo o amenazar a alguien con muy poca clase.

Se tumbó junto a Lara y estiró el brazo hacia la manga.

—No te muevas.

—Estoy colgando de una torre, Hugo. Mis opciones de baile son limitadas.

—Me caes mejor en peligro.

—Tú me caes igual.

—Eso duele.

Hugo cortó la tela con el cristal.

Una vez.

Dos.

La manga cedió.

Damián y yo tiramos.

Lara volvió al rellano de golpe, arrastrándose sobre el metal. Se golpeó la barbilla, tosió y se quedó boca abajo, respirando a golpes.

La manivela se soltó y giró sola.

Las barras desaparecieron del todo.

La pantalla marcó:

00:31

—Arriba —dijo Samuel.

Nadie discutió.

Seguimos.

El segundo tramo era más estrecho.

El armazón de Marcos rozaba la pared. Cada curva exigía girarlo entre todos, levantarlo, moverlo de lado, encajarlo en el raíl. Marcos estaba sudando y temblando. Ya no se quejaba tanto. Eso me preocupaba más que sus gritos.

—Marcos —dije—. Mírame.

Abrió los ojos.

—¿Qué?

—No te duermas.

—Ojalá.

—No. Ojalá no.

—Me duele mucho.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Hoy me lo estáis diciendo todos. Estoy empezando a sentirme excluida.

Sus labios intentaron una sonrisa.

Pequeña.

Rota.

Pero humana.

Seguimos subiendo.

El aire se hacía más frío a cada tramo. No agradable. Frío de altura, de metal viejo, de sitio donde las cosas se oxidan despacio y

nadie baja a buscarlas. Las gotas rojas seguían cayendo, pero ahora más cerca.

Ploc.

Una me cayó en la mano.

Era sangre.

Caliente.

Levanté la vista.

Arriba, algo se movía.

—Hay algo encima —susurré.

Damián miró.

—¿Persona o problema?

—En esta casa, supongo que ambas.

Llegamos al segundo rellano.

Otra pantalla.

03:00

Esta vez no había manivelas.

Había una puerta estrecha en la pared y, sobre ella, un monitor.

La imagen apareció antes de que hablase la voz.

Una grabación borrosa.

Una calle de noche.

Gente saliendo de un local.

Humo.

Gritos.

Luego un hombre joven corriendo.

Marcos.

No el Marcos roto y atado delante de nosotros. Otro. Entero. Con traje oscuro, pelo bien colocado y miedo suficiente para correr sin mirar atrás.

Lara se quedó inmóvil.

Marcos cerró los ojos.

La voz dijo:

—Marcos Aranda. Huir.

El monitor mostró a Marcos empujando una puerta lateral. La abría desde dentro. Salía. Detrás de él, una chica intentaba seguirle.

Clara.

Le agarraba la manga.

Marcos se soltaba.
Ella caía.
Él miraba hacia la calle.
Humo.
Gritos.
Luego echaba a correr.
—No —susurró Marcos.
Damián avanzó hacia él.
—¿La dejaste?
—No sabía quién era.
—¿La dejaste?
—Había humo. No se veía. Yo…
—¿La dejaste?
Marcos empezó a llorar.
—Creí que venía detrás.
Lara no decía nada.
Eso era lo peor.
El vídeo siguió.
Clara se levantaba. Tosía. Golpeaba la puerta por la que Marcos había salido.
La puerta no se abría desde fuera.
Él no volvía.
La pantalla se apagó.
Silencio.
La cuenta atrás bajaba.
02:14
Hugo fue el primero en hablar.
—Marcos.
Él levantó la cabeza, temblando.
—No digas nada.
—No iba a hacer un chiste.
Eso nos calló a todos.
Hugo tragó saliva.
—Iba a decir que eso no tiene defensa.
Marcos se rompió.

No de una forma bonita. No con una confesión limpia. Se rompió como se rompe la gente cobarde cuando se le acaban las puertas.

—Tenía miedo.

Damián se acercó tanto que el armazón vibró.

—Todos tenían miedo.

—¡Yo no la conocía!

Lara levantó la vista.

—Yo sí.

La torre entera pareció quedarse quieta.

Marcos la miró.

—¿Qué?

La voz del altavoz no tuvo que decir nada.

Lara habló con los ojos clavados en él.

—Yo la vi esa noche.

Marcos negó con la cabeza.

—No.

—Sí.

—Tú no estabas allí.

—Estaba en la acera de enfrente.

Su etiqueta brilló bajo la luz fría.

MIRAR.

—Había ido a buscarte —dijo Lara—. Me dijiste que estabas trabajando hasta tarde. Te vi salir. Te vi correr. Vi a una chica detrás de ti.

Marcos la miraba como si la torre acabara de desaparecer.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Lara soltó una risa sin aire.

—¿A ti?

Aquello dolió.

A todos, creo.

—La vi caer —continuó—. Vi el humo. Vi gente gritando. Y me quedé parada.

Raquel se tapó la boca.

—¿Por qué?

Lara miró el vacío de la escalera.

—Porque entendí algo antes de querer entenderlo. Que Marcos estaba allí. Que me había mentido. Que si llamaba a la policía, tendría que decir su nombre. Que si decía su nombre, se acababa todo.

Marcos lloraba en silencio.

—Lara…

—No la maté —dijo ella.

No lo dijo para defenderse.

Lo dijo porque necesitaba oírlo.

—Pero la vi.

La voz habló por fin.

—Mirar no es lo mismo que ver.

La puerta estrecha del rellano se abrió.

Detrás había el siguiente tramo de raíl.

La pantalla marcaba:

01:06

Damián agarró el armazón de Marcos.

—Seguimos.

Marcos levantó la cabeza.

—¿Vais a seguir cargando conmigo?

Damián le miró.

Durante un segundo, pensé que iba a decir que no.

Yo también lo pensé.

Y eso me dio asco.

—Sí —dijo Damián—. Pero no porque te lo merezcas.

Hugo se colocó detrás.

—Ese es, curiosamente, el lema de mi carrera.

Nadie se rio.

Pero el comentario nos permitió movernos.

A veces el humor no salva.

Solo empuja.

El tercer tramo empezó con una subida casi vertical. Los peldaños eran más altos. El armazón se atascaba cada dos escalones. Teníamos que levantarlo con las manos quemadas, empujar con los hombros, tirar con correas que nos abrían la piel del cuello.

Marcos ya no hablaba.

Lara tampoco.

Raquel iba detrás de Irene, llorando sin ruido. Samuel iba delante, marcando el ritmo. Damián tiraba como si quisiera arrancar la torre de sus cimientos. Hugo respiraba mal, pero no soltaba.

Yo empecé a marearme.

No de miedo.

De cansancio.

La comida me pesaba en el estómago como una piedra caliente. Las manos me latían. La espalda me ardía. En cada giro de la escalera veía el vacío entre los peldaños y pensaba en Esteban, en el agua saliéndole de la boca, en la caja con la foto de Clara hundiéndose en el túnel.

Codo.

Rodilla.

Agua.

Metal.

Pan.

Sangre.

—Nadia —dijo Irene.

Me sujetó del brazo.

—Estoy bien.

—No.

—Estoy funcional.

—Eso sí.

—Pues tira.

Llegamos al tercer rellano.

No hubo pantalla de tres minutos.

Solo una pasarela.

Una pasarela recta, estrecha, suspendida en mitad de la torre, que conectaba con la siguiente escalera al otro lado. No tenía barandilla.

Ninguna.

El raíl central continuaba por ella.

A ambos lados, vacío.

La pantalla al fondo decía:

CRUZAD SIN MIRAR ABAJO.

Hugo soltó una carcajada pequeña.

—Qué específico. Ahora solo puedo mirar abajo.

Raquel se agarró a la pared.

—No puedo cruzar eso.

—Sí puedes —dijo Irene.

—No. Esta vez no es frase. No puedo.

La pasarela medía quizá ocho metros.

Ocho metros de metal estrecho, con el raíl en el centro y espacio justo para poner un pie delante del otro. El armazón de Marcos podía engancharse y avanzar, pero nosotros tendríamos que ir a los lados, sujetándolo, sin barandilla.

La torre caía debajo en una espiral absurda.

Lejana.

Hambrienta.

Damián miró a Samuel.

—¿Plan?

Samuel observó la pasarela.

—Dos delante. Dos detrás. Los demás cruzan pegados al raíl. Nadie adelanta. Nadie se separa.

—Me encanta —dijo Hugo—. Simple, mortal y con posibilidades de humillación.

Raquel negó con la cabeza.

—No puedo.

Irene se puso frente a ella.

—Raquel, escúchame.

—No.

—No mires abajo.

—Ya he mirado.

—Pues mira otra cosa.

—¿Qué?

Irene le cogió la cara con las dos manos.

—Mírame a mí y camina cuando yo camine.

Raquel respiró.

Una vez.

Dos.

Asintió.

Cruzamos.

Samuel y Damián delante, guiando el armazón. Hugo y yo detrás. Marcos atado en medio, con la cara blanca y los ojos cerrados. Lara detrás de él. Irene y Raquel al final.

El primer metro fue soportable.

El segundo no.

La pasarela se movió.

No mucho.

Lo suficiente para recordarnos que el metal no tenía ningún interés personal en nuestra supervivencia.

—No miréis abajo —dijo Samuel.

—¿Sabes qué frase hace que la gente mire abajo? —jadeó Hugo.

—Hugo.

—Vale, vale.

La pasarela volvió a balancearse.

Raquel gimió.

—No puedo.

Irene le habló muy bajo.

—Un pie.

—No puedo.

—Un pie, Raquel.

—Me voy a caer.

—Entonces me caigo contigo y así no haces el ridículo sola.

Raquel soltó una risa llorosa.

—Eres horrible animando.

—Ya lo han dicho.

Seguimos.

A mitad de pasarela, el raíl del armazón se atascó.

Marcos abrió los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Lara.

—No digas nada cuando estamos colgando en una pasarela.

—Vale. Pasa algo.

—Prefiero nada.

—Pues haber elegido mejor tus frases.

Damián tiró.

El armazón no se movió.

Samuel se agachó.

—Hay un bloqueo.

—¿De qué tipo? —pregunté.

—Del tipo malo.

—Gracias. Temía que fuera uno festivo.

La pantalla al fondo cambió.

01:30

—Ah, estupendo —dijo Hugo—. La pasarela también tiene ansiedad.

Damián intentó levantar el armazón.

—No puedo solo.

—Hay que levantarlo entre cuatro —dije.

—¿Aquí? —preguntó Hugo—. ¿En esta maravillosa cinta de muerte sin barandillas?

—Aquí.

Nos colocamos como pudimos.

Un pie a cada lado del raíl.

Manos bajo el armazón.

Vacío a ambos lados.

—No miréis abajo —dijo Samuel.

—Te voy a tirar yo —murmuró Hugo.

—A la de tres —dije.

—No —dijo Irene desde atrás—. Ni se te ocurra.

—Vale. A la de dos.

—Eso es peor.

—Una.

Mis manos protestaron antes de tocar el metal.

—Dos.

Levantamos.

El armazón se soltó con un salto.

Marcos gritó.

La pasarela se balanceó.

Raquel también gritó.

Y Hugo resbaló.

Fue un movimiento mínimo. El pie derecho se le fue hacia fuera. Su cuerpo se inclinó. Soltó el armazón con una mano para agarrarse al raíl.

No llegó.

Durante un segundo, Hugo Latorre estuvo a punto de caer.

Le agarré de la camisa con una mano.

El dolor de mis dedos quemados fue tan brutal que casi le solté.

Casi.

Él me miró.

Sin sarcasmo.

Sin frase.

Solo miedo.

Damián soltó el armazón con una mano y le agarró del brazo.

Entre los dos lo subimos.

Hugo cayó de rodillas sobre la pasarela, respirando a golpes.

—Gracias —dijo.

Lo dijo tan bajo que casi no parecía suyo.

—No te acostumbres —contesté.

—No pensaba. La gratitud me queda fatal.

Pero le temblaba la voz.

El armazón volvió al raíl.

La pantalla:

00:42

Cruzamos el resto sin hablar.

Cuando llegamos al otro lado, Raquel se derrumbó contra la pared y vomitó agua, pan y miedo. Irene se sentó junto a ella. Lara apoyó la frente contra el armazón de Marcos. Marcos cerró los ojos.

Hugo seguía mirando mis manos.

—Te he abierto las heridas.

—Me has dado una excusa para insultarte luego.

—Qué detalle.

Damián miró hacia arriba.

La sangre venía de allí.

Ya no caía en gotas aisladas. Ahora resbalaba por un tubo lateral, lenta, oscura.

El último tramo de escalera se iluminó.

Arriba había una trampilla redonda.

La salida.

La pantalla final apareció junto a ella.

05:00

—Último tramo —dijo Samuel.

Nadie contestó.

Ya no había energía ni para odiarle por tener razón.

Subimos.

Cinco minutos para una escalera que, en otro mundo, habría llevado treinta segundos.

Pero allí cada peldaño era una negociación.

Marcos deliraba un poco.

—Lara…

—Estoy aquí.

—No quería dejarla.

Lara no respondió.

—No quería.

—Ya.

—No sabía que era Clara.

—Eso no la habría hecho pesar menos.

La frase le cerró la boca.

Seguimos.

La trampilla estaba a dos metros.

Uno.

El armazón volvió a atascarse.

Por supuesto.

Damián soltó un rugido.

—No. Ahora no.

Samuel miró el mecanismo.

—El raíl termina aquí. Hay que desengancharlo y subirlo a pulso.

Hugo miró la trampilla.

Luego a Marcos.

—Marcos, cariño, ha sido un placer no conocerte antes.

—No pienso caerme —murmuró Marcos.

—Esa actitud me gusta. Tarde, pero me gusta.

Desenganchamos el armazón.

El peso cayó sobre nosotros.

Marcos gritó.

Lara también, porque la estructura le golpeó el brazo quemado.

La pantalla:

01:12

—Arriba —dijo Damián.

Levantamos.

Un peldaño.

Otro.

Otro.

El cuerpo entero me temblaba. Mis manos ya no podían cerrar bien. Empujaba con las muñecas, con los antebrazos, con el hombro. Hugo estaba rojo, sudando, mordiéndose los labios. Irene tiraba desde arriba. Samuel sostenía el lado izquierdo. Raquel, contra todo pronóstico, empujaba desde abajo con las dos manos vendadas.

—No mires abajo —le dijo Hugo.

Raquel soltó una carcajada rota.

—Vete a la mierda.

—Esa es la actitud.

La trampilla se abrió.

Aire frío.

De verdad.

Nos golpeó la cara como una bofetada limpia.

00:29

Damián subió primero y tiró desde arriba.

Luego Samuel.

Luego Irene.

Entre todos levantaron el armazón de Marcos hasta el borde.

—¡Empujad! —gritó Damián.

Empujamos.

Marcos cruzó la trampilla con un grito.

Lara pasó detrás.

Raquel.

Hugo.

Quedé la última.

La escalera empezó a plegarse.

Los peldaños se cerraban desde abajo, uno tras otro, con golpes secos.

Clac.

Clac.

Clac.

Subí como pude.

Mi pie resbaló.

No caí porque Hugo me agarró del brazo desde arriba.

Hugo.

Por supuesto, el universo tenía un sentido del humor asqueroso.

—No me hagas quedar heroico —jadeó—. Tengo una imagen que mantener.

—Tira.

—Con placer.

Me sacaron justo cuando el último peldaño bajo mis pies desapareció.

Caí sobre un suelo de hormigón frío.

La trampilla se cerró.

Durante unos segundos, solo existió la respiración.

Ocho respiraciones rotas.

Ocho cuerpos vivos.

La voz habló desde algún sitio.

—Sexta prueba completada.

Nadie levantó la cabeza.

—Resultado: ocho participantes vivos. Una fractura agravada. Una confesión observada. Una huida recordada. Una caída evitada.

Hugo, tumbado de espaldas, levantó un dedo.

—Quiero que conste que casi he muerto con estilo.

Damián cerró los ojos.

—Has resbalado como un pato.

—Pero un pato caro.

Raquel se rio.

Una risa mínima.

Pero real.

Entonces se encendieron las luces.

Estábamos en una sala amplia, circular, en lo alto de la torre. Había ventanas tapiadas, polvo en el suelo y una puerta negra al fondo.

Delante de la puerta había ocho cajas metálicas.

Una para cada uno.

Con nuestros nombres.

Nadia. Hugo. Damián. Marcos. Lara. Raquel. Irene. Samuel.

Sobre la pared, una frase escrita en letras blancas:

ALGUNAS COSAS PESAN MÁS CUANDO SE ABREN.

La nueva cuenta atrás apareció encima de las cajas.

20:00

19:59

Irene se puso de pie muy despacio.

—¿Y ahora qué?

La voz respondió:

—Ahora vais a elegir qué queréis cargar.

Las ocho cajas se abrieron a la vez.

Dentro de la mía había una llave.

Y una fotografía de Clara mirándome desde una cama de hospital.

Esta vez, debajo de la foto, había una frase escrita a mano.

Te lo dije.

Capítulo 7 — Las cajas

La fotografía estaba dentro de la caja como si llevara años esperándome.

Clara en una cama de hospital.

La cara pálida. Los ojos abiertos. Una mascarilla de oxígeno bajo la nariz. El pelo pegado a la frente. Una manta azul hasta el pecho. Y aun así, incluso así, tenía la mirada de alguien que todavía confiaba en que el mundo podía hacer lo correcto si se le explicaba con suficiente claridad.

Debajo, la frase escrita a mano.

Te lo dije.

Me temblaron los dedos.

No de frío.

La sala estaba helada, sí. Veníamos del horno, de la escalera, de la sangre, y el frío de aquella torre se nos metía por la ropa mojada como una lengua sucia. Pero no era eso.

Era la frase.

Tres palabras.

No hacía falta más.

Recordé su voz.

No como un recuerdo claro, sino como un golpe desde dentro.

Hay más chicas ahí.

No pueden salir.

Por favor.

Y yo le había dicho que descansara.

Siempre hay frases que una aprende para calmar a los demás y que, años después, descubres que solo servían para callarlos con educación.

Cerré la caja de golpe.

La llave quedó dentro.

—¿Qué hay en la tuya? —preguntó Hugo.

Le miré.

Él estaba arrodillado frente a su caja. Dentro había una carpeta de juzgado, una llave pequeña y una cinta de casete antigua. Por supuesto que alguien capaz de secuestrarnos en una torre con pasarelas mortales también tenía afición por los formatos obsoletos. La maldad, a veces, es muy nostálgica.

—Nada que quiera enseñarte —dije.

—Eso suele ser lo interesante.

—Hugo.

—Vale.

Por una vez no insistió.

Damián había abierto la suya y se había quedado mirando un candado oxidado. Uno grande. Negro. Con marcas en el metal. Lo sostenía con las dos manos, como si pesara más que la caja entera.

Raquel tenía un móvil dentro de la suya. La pantalla estaba rota, pero encendida. Reproducía en bucle un vídeo detenido justo antes de que Clara empezara a toser.

Lara había encontrado un espejo pequeño, de bolso, partido por la mitad. En la parte trasera había una pegatina de un bar.

LA CASA AZUL.

Marcos, atado todavía al armazón de carga, no podía inclinarse bien para ver su caja. Samuel la abrió por él.

Dentro había una chaqueta de hombre, quemada en un lateral.

Marcos se quedó sin color.

—Esa no es mía.

Lara cerró los ojos.

—Sí lo es.

Él la miró.

—No.

—La llevabas esa noche.

Marcos tragó saliva.

—No me acuerdo.

Lara soltó una risa seca.

—Qué suerte.

Irene estaba frente a su caja.

No la abría.

Tenía la mano apoyada sobre la tapa, quieta, como si debajo hubiera un animal dormido.

—Ábrela —dijo Samuel.

Ella giró apenas la cabeza.

—No me des órdenes.

—La cuenta atrás ya lo hace por mí.

La pantalla seguía bajando.

18:42

18:41

Irene apretó la mandíbula.

Abrió.

Dentro había un periódico doblado, una grabadora digital y una llave. En la portada del periódico, el titular ocupaba media página:

TRAGEDIA EN LOCAL ILEGAL: LA JOVEN QUE MINTIÓ ANTES DEL INCENDIO

Raquel se llevó una mano a la boca.

Hugo murmuró:

—Joder.

Irene no dijo nada.

No hizo falta. La etiqueta le colgaba del cuello como una sentencia pequeña.

MENTIR.

Samuel abrió su caja el último.

Dentro había una llave.

Nada más.

Ni fotografía. Ni objeto. Ni periódico. Ni sangre. Ni memoria empaquetada.

Solo una llave.

Demasiado limpia.

Damián lo vio también.

—Qué casualidad.

Samuel cerró la caja.

—Parece.

—He dicho casualidad, no milagro.

—Lo he oído.

—Entonces contesta.

Samuel le miró.

—No sé qué quieres que conteste.

Damián dio un paso hacia él.

—Quiero que contestes por qué el resto tenemos una caja llena de mierda y tú una llave como si fueras el conserje.

Hugo levantó un dedo.

—En defensa de los conserjes, suelen ser más simpáticos.

—Hugo —dije.

—Perdón. El miedo me da clase social.

Samuel sostuvo la mirada de Damián sin moverse.

—Mi etiqueta dice olvidar.

—Pues ya has olvidado bastante pronto.

El altavoz chasqueó.

Todos nos quedamos quietos.

La voz habló:

—Séptima prueba. La carga.

La pared negra del fondo se abrió hacia los lados.

Detrás apareció una galería larga, mucho más estrecha que la sala. Un pasillo suspendido. No tenía suelo normal, sino placas metálicas rectangulares, separadas por juntas negras. A ambos lados había paredes de cristal grueso. Detrás del cristal no se veía nada.

Solo oscuridad.

Encima del pasillo colgaban barras pesadas, horizontales, como péndulos detenidos. Algunas tenían bordes dentados. Otras eran lisas. Todas estaban manchadas de óxido y de algo más oscuro.

Al fondo, una puerta con ocho cerraduras.

Ocho llaves.

—Cada participante deberá llevar su caja hasta la puerta final —dijo la voz—. Las ocho llaves abren la salida. Las cajas no pueden arrastrarse. No pueden abandonarse. No pueden intercambiarse.

Marcos levantó la cabeza.

—Yo no puedo llevar nada.

La voz respondió enseguida:

—Marcos puede ser llevado con su caja. O dejado con ella.

Lara cerró los ojos.

Damián soltó una risa baja, sin alegría.

—Qué generoso.

La voz continuó:

—El pasillo mide treinta metros. Cada cinco metros, los sensores comprobarán el peso. Si una caja no avanza con su dueño, el tramo se cerrará.

—¿Y las barras del techo? —preguntó Irene.

Por primera vez, su voz sonó menos firme.

—Se mueven con el miedo —dijo la voz.

Hugo miró hacia arriba.

—Eso no es una explicación técnica.

—Es suficiente.

La primera barra se desplazó apenas unos centímetros.

Lenta.

Pesada.

Un aviso.

—No —susurró Raquel—. No, no, no…

El monitor del pasillo se encendió.

20:00

19:59

Yo abrí otra vez mi caja.

La llave estaba sujeta al fondo con una cadena corta. No podía sacarla. Había que llevar la caja entera hasta la puerta para usarla.

Por supuesto.

La levanté.

Pesaba muchísimo.

No lo parecía. Era una caja metálica de tamaño mediano, pero al separarla del suelo sentí un tirón en la espalda, en los hombros, en las manos quemadas. Dentro debía de haber plomo, cemento o el alma entera de alguien con mala leche.

—Me cago en todo —susurré.

—Eso suele ayudar —dijo Hugo, levantando la suya—. Aporta solemnidad.

Él también se dobló un poco al cargarla.

Damián levantó su caja con un gemido.

Si Damián gemía, los demás estábamos jodidos.

Raquel intentó levantar la suya y no pudo.

La caja ni se movió.

—No puedo.

Irene se acercó.

—Usa las piernas.

—No me quedan piernas.

—Entonces usa el odio.

Raquel lloró de rabia, se agachó, abrazó la caja contra el pecho y tiró hacia arriba.

La levantó.

Un centímetro.

Dos.

Luego se le cayó.

El golpe retumbó en la sala.

Una de las barras del pasillo se movió.

Raquel gritó.

—¡No puedo!

Damián dejó su caja en el suelo con cuidado y se acercó a ella.

—Mírame.

—No.

—Raquel.

Ella le miró.

—No puedes llevarla con las manos. La llevas pegada al cuerpo.

—Me va a aplastar.

—No. Te va a doler. Es distinto.

—Eso no ayuda.

—Nada ayuda. Pero funciona.

Damián cogió una de las correas que había dentro del compartimento de las cajas y se la pasó alrededor del pecho.

—Todos tienen correas —dijo Samuel.

Abrimos los laterales. Era verdad. Cada caja tenía un arnés plegado, pensado para colgarla contra el torso, como si fuéramos repartidores de culpa a domicilio.

—Qué detalle —dijo Hugo—. Ergonomía del tormento.

Nos colocamos los arneses.

Fue una pesadilla.

Las correas pasaban por encima de las quemaduras, las heridas, los moratones. La caja quedaba pegada al pecho y al abdomen, obligándonos a respirar contra su peso. Cada bocanada tenía que negociar espacio.

Marcos miraba la suya desde el armazón.

—Yo no puedo.

Lara no dijo nada.

Cogió la caja de Marcos.

Intentó levantarla.

No pudo.

Damián fue a ayudarla.

La voz habló:

—No pueden intercambiarse.

Damián se quedó quieto.

—No la estoy intercambiando. La estoy ayudando.

—La caja debe tocar a su dueño.

—Su dueño está atado a una cosa con ruedas porque tu mesa le ha destrozado el tobillo, pedazo de…

La caja de Marcos emitió un pitido.

El armazón también.

Samuel se agachó junto a Marcos.

—Hay que sujetarla a él.

—¿Dónde? —preguntó Lara.

—En el pecho.

Marcos negó con la cabeza.

—No puedo respirar con eso.

—Entonces respira menos —dijo Hugo.

Todos le miramos.

Hugo levantó las manos.

—Perdón. Ha sonado peor fuera de mi cabeza.

—No —dijo Lara—. Ha sonado exactamente igual.

Entre Damián, Samuel y yo colocamos la caja sobre el torso de Marcos. La sujetamos con correas al armazón. Marcos gritó cuando la caja presionó su pecho.

—Me está aplastando.

—Te está tocando —dije—. No es lo mismo.

—Me duele.

—Ya lo sé.

—¡Deja de decir que lo sabes!

Me callé.

Tenía razón.

Yo no sabía cómo dolía su tobillo. Ni su vergüenza. Ni la caja de su huida apretándole el pecho. Cada dolor tiene su propio idioma, y allí todos estábamos hablando sin traductor.

18:03

Nos colocamos frente a la galería.

Ocho personas.

Ocho cajas.

Un hombre atado a un armazón.

Una puerta con cerraduras al fondo.

Y encima, aquellas barras quietas que parecían estar esperando el primer error con educación de carnicero.

—Vamos juntos —dije.

Hugo soltó aire por la nariz.

—Me tranquiliza que sigas creyendo en conceptos.

—Vamos juntos —repetí—. Cinco metros. Paramos. Respiramos. Seguimos.

—¿Y las barras?

Samuel miró el techo.

—No corráis. No os separéis. Las placas detectan ritmo. Si alguien acelera o se queda atrás, se activa el tramo.

Damián giró la cabeza hacia él.

—¿Lo estás deduciendo o lo sabes?

Samuel no respondió enseguida.

—Lo estoy viendo.

—Ya.

Damián no le creyó.

Yo tampoco del todo.

Pero la pantalla bajaba.

17:31

Entramos.

La primera placa se hundió un milímetro bajo mis pies.

El sonido fue pequeño.

Clac.

La caja me apretó el pecho. El primer paso ya me hizo entender que la prueba no iba de llegar al final. Iba de no dejar de respirar antes.

Uno.

Dos.

Tres.

La caja golpeaba mis costillas. Las correas rozaban las heridas de la espalda. Las manos colgaban a los lados, inútiles, hinchadas. No podía usarlas bien para equilibrarme porque cualquier movimiento de brazos tiraba de la piel quemada.

A mi izquierda, Hugo respiraba por la boca.

—¿Sabes qué es lo peor?

—No.

—Que esto no es ni de lejos lo peor.

—Gracias.

—De nada. Me gusta aportar perspectiva.

Raquel iba detrás de Irene, con la caja pegada al pecho y los ojos muy abiertos. Damián empujaba el armazón de Marcos, pero no podía cargar su caja ni su peso. Solo guiarlo. Marcos respiraba a golpes bajo la caja, los labios entreabiertos.

Lara caminaba junto a él.

No tocaba el armazón.

Solo estaba allí.

A veces eso pesa más.

Llegamos a la primera marca.

Una línea roja en el suelo.

Al pisarla, las placas emitieron un pitido.

Una luz verde.

Luego otra.

Luego otra.

Ocho luces.

La primera barra del techo se movió.

Bajó lentamente.

No sobre nosotros.

Delante.

Cortando el paso.

—Agachaos —dijo Samuel.

Nos agachamos como pudimos.

Con las cajas, aquello era casi una broma. Una broma cruel y mal escrita. La barra pasó por encima de nuestras espaldas, rozando la caja de Hugo con un chirrido.

Él cerró los ojos.

—Me ha tocado.

—A la caja —dije.

—Yo soy muy de identificarme con mis pertenencias.

La barra volvió a subir.

Seguimos.

Segundo tramo.

El pasillo se estrechó.

Las paredes de cristal se acercaban. Detrás, la oscuridad parecía moverse. No había nada, probablemente. Pero el cuerpo no necesita pruebas para tener miedo. Le basta con sospechas.

La caja de Nadia Vidal pesaba demasiado.

Sí.

Pensé en mí en tercera persona porque a veces una necesita separarse un poco de su propio cuerpo para seguir usándolo.

Nadia Vidal calló.

Nadia Vidal descansó a una chica que no necesitaba descansar.

Nadia Vidal eligió el silencio porque estaba cansada, porque el médico de guardia dijo que no era asunto nuestro, porque la policía complicaba el parte, porque Clara olía a humo, a alcohol y a problema.

La caja me apretó más.

No era posible.

Lo pareció.

—Nadia —dijo Irene.

—Estoy.

—No, no estás.

Parpadeé.

Me había quedado parada.

El grupo entero se había tensado detrás de mí.
—Perdón.
—No pidas perdón. Camina.
Caminé.
La segunda marca llegó con un pitido.
Esta vez la barra no bajó.
Se balanceó.
Primero a la izquierda.
Luego a la derecha.
Como un péndulo.
Pesado.
Lento.
Demasiado lento.
—Hay que pasar entre golpes —dijo Samuel.
Damián le miró.
—Me estás tocando los huevos.
—Ahora no es el momento.
—Ese es mi secreto. Siempre es el momento.
El péndulo golpeó la pared de cristal.
El sonido nos atravesó el cráneo.
Raquel gritó.
El cristal no se rompió.
Pero quedó una marca blanca.
—De uno en uno —dijo Samuel—. Cuando vuelva a la izquierda, cruzamos.
—¿De uno en uno? —preguntó Lara—. ¿Y Marcos?
El armazón no cabía bien si el péndulo se movía.
Samuel miró la distancia.
—Hay que empujarlo fuerte en el intervalo.
Marcos levantó la cabeza.
—No.
Damián se colocó detrás.
—Sí.
—Me vais a tirar.
—No si pesas lo suficiente.
—No tiene gracia.

—No era un chiste.

El péndulo volvió a golpear.

Izquierda.

Derecha.

Izquierda.

—Ahora —dijo Samuel.

Pasó él primero.

Luego Irene.

Luego Raquel, casi cayéndose, pero Irene la agarró desde el otro lado.

Yo pasé después. La barra me rozó la caja al volver. El impacto me empujó contra la pared de cristal. Me golpeé el hombro. El dolor me mordió, pero no caí.

Hugo pasó con una especie de salto torpe.

—No digáis nada.

—No iba a decir nada —dijo Damián.

—Tu cara sí.

Quedaban Damián, Marcos y Lara.

El péndulo golpeó.

Volvió.

Damián respiró hondo.

—Cuando diga ya, empujo.

Lara se puso delante, al otro lado, preparada para tirar del armazón.

—No —dijo Marcos—. Lara, no te pongas ahí.

—Cállate.

—Te va a golpear.

—Entonces no falles.

Damián miró el péndulo.

—Ya.

Empujó.

El armazón de Marcos cruzó el tramo con un chirrido salvaje. Las ruedas saltaron sobre la junta. Lara agarró las correas delanteras y tiró con todo el cuerpo. El péndulo volvió demasiado rápido.

—¡Lara! —grité.

Ella se apartó.

Casi.

La barra le golpeó el hombro.

El sonido fue seco.

Lara salió despedida contra la pared y cayó al suelo.

—¡Lara! —gritó Marcos.

Por primera vez, su grito no sonó a posesión.

Sonó a miedo puro.

Damián cruzó justo después, rozando la barra con la espalda.

Nos lanzamos hacia Lara.

Estaba consciente. Los ojos abiertos. La boca también, pero no salía sonido.

—Respira —dije.

Ella intentó hacerlo.

No pudo al principio.

El golpe le había vaciado el pecho.

—Respira, Lara.

Inhaló de golpe.

El aire entró con un gemido.

—Bien.

—No digas… bien —susurró.

Casi sonreí.

Casi.

Tenía el hombro mal. No sabía si roto, luxado o simplemente furioso. Lo sostuvo contra el cuerpo, con lágrimas silenciosas en los ojos.

—Puedo seguir —dijo.

Marcos lloraba atado al armazón.

—Lo siento.

Lara le miró desde el suelo.

—No lo gastes ahora.

—¿Qué?

—El perdón. No lo gastes en frases pequeñas.

Nadie habló.

El péndulo se detuvo.

La tercera marca se encendió al fondo.

13:12

Seguimos.

Lara caminaba peor, pero caminaba.

Raquel se quedó a su lado sin que nadie se lo pidiera. Le sujetó la caja un segundo desde abajo, solo un poco, lo suficiente para aliviarle el golpe.

La caja de Raquel pitó.

La voz habló:

—No pueden intercambiarse.

Raquel levantó la cara hacia el techo.

—No la estoy llevando por ella. Estoy recordando que tiene hombro, imbécil.

El sistema no respondió.

Tampoco la castigó.

Hugo murmuró:

—Crecimiento personal. Qué agotador.

El tercer tramo fue peor.

Las placas del suelo empezaron a calentarse.

No como el horno, no tan brutal, pero suficiente para que las plantas de los pies protestaran. Teníamos que avanzar rápido, pero no demasiado. Cada paso hacía que la caja golpeara el pecho.

La respiración se volvió un trabajo.

Inhalar.

Dolor.

Exhalar.

Más dolor.

Inhalar.

Caja.

Exhalar.

Culpa.

Al llegar a la tercera marca, el monitor de la pared se encendió.

Esta vez no fue mi foto.

Ni Hugo.

Ni Damián.

Fue Irene.

Ella se detuvo.

En la pantalla apareció una redacción. Ordenadores. Gente hablando. Café. Prisa. Una Irene más joven, con el pelo recogido y la mirada afilada, escuchaba a un hombre al otro lado de una mesa.

El hombre decía:

—Si publicamos lo de las salidas cerradas, nos meten en un lío.

Irene respondía:

—Si no lo publicamos, enterramos la parte importante.

El hombre deslizaba una carpeta hacia ella.

—La parte importante es la que podemos demostrar.

La voz del juego habló:

—Irene Barroso. Mentir.

Irene cerró los ojos.

El vídeo siguió.

Ella, delante del ordenador.

Borrando un párrafo.

Escribiendo otro.

La joven presentaba un estado alterado y ofreció versiones contradictorias sobre lo ocurrido.

Raquel la miró.

—Fuiste tú.

Irene no contestó.

La caja le tiraba del cuerpo, pero ella seguía erguida.

—Tú escribiste eso —dijo Hugo.

Irene le miró con un asco tranquilo.

—Tú lo usaste.

Hugo se calló.

La voz continuó:

—Una mentira impresa pesa menos que una puerta cerrada. Pero llega más lejos.

En el monitor apareció la madre de Clara leyendo el periódico en una cafetería. Se tapaba la boca. Una mujer mayor a su lado le tocaba el hombro.

Irene apartó la mirada.

—No sabía todo.

—Pero sabías suficiente —dije.

No quise decirlo.

Salió.

Ella me miró.

—Sí.

La honestidad, allí, no limpiaba nada.

Solo quitaba vendas.

La caja de Irene emitió un pitido y se volvió más pesada.

Lo vimos.

Literalmente.

Su cuerpo se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasa? —preguntó Raquel.

Irene apretó los dientes.

—Pesa más.

La voz habló:

—Algunas cosas pesan más cuando se abren.

La caja de Irene había desbloqueado un compartimento inferior. Algo dentro cayó con un golpe. Plomo, quizá. O una metáfora con mala leche.

Irene intentó dar un paso.

Casi cayó.

Hugo se movió hacia ella.

—No puedes ayudarme —dijo ella.

—No iba a hacerlo. Solo quería ver si caías con dignidad.

Irene le miró.

Hugo suspiró.

—Vale. Sí iba.

—No puedes.

—Ya lo sé.

Damián señaló la cuarta marca.

—Entonces camina tú sola.

Irene asintió.

Lo hizo.

Paso.

Respiración.

Paso.

Temblor.

Paso.

La caja le aplastaba el pecho. El sudor le bajaba por la cara. La barbilla le sangraba otra vez. Pero avanzó.

Todos nos movimos a su ritmo.

Eso fue raro.

No bonito.

Raro.

El grupo entero, por primera vez, se adaptó al que iba peor sin discutir.

Hugo lo notó también.

—Qué incómodo —murmuró.

—¿Qué? —pregunté.

—Ser decente en grupo. Suda mucho.

Llegamos a la cuarta marca.

09:24

El pasillo cambió.

Las paredes de cristal se abrieron un poco y dejaron al descubierto unas ranuras laterales. De ellas salieron cables con ganchos, balanceándose como colas de escorpión.

—No me gusta eso —dijo Raquel.

—Por fin coincidimos en algo obvio —contestó Hugo.

La voz habló:

—Tramo de descarga. Si una caja toca el suelo, el gancho la retirará.

—¿Y la persona? —preguntó Lara.

La voz guardó silencio.

Damián escupió al suelo.

—La persona también.

Los ganchos empezaron a moverse.

No rápido.

Peor.

A tirones. Impredecibles. Uno subía. Otro bajaba. Uno se acercaba a la pared. Otro cruzaba a la altura de las rodillas.

Con las cajas pegadas al pecho, apenas podíamos esquivar.

—Hay que pasar agachados cuando suban —dijo Samuel.

Damián le agarró del brazo.

—Antes de seguir, vas a decirme una cosa.

—No tenemos tiempo.
—Siempre dices eso cuando te conviene.
Samuel miró la mano de Damián sobre su brazo.
—Suéltame.
—Tu caja estaba vacía.
—Tenía una llave.
—Sabes demasiado.
—Observo demasiado.
—No. Observas antes de que pasen las cosas.
El grupo se quedó quieto.
Los ganchos siguieron moviéndose.
La cuenta siguió bajando.
Samuel habló bajo:
—Si quieres pegarme, hazlo después del tramo.
—Quiero saber quién eres.
Samuel sostuvo su mirada.
—Ahora mismo, alguien con una caja y una llave. Igual que tú.
—No igual que yo.
—No. Tú cerraste una puerta.
Damián le soltó.
Muy despacio.
Le habría pegado.
Lo sé.
Pero no allí.
No todavía.
—Pasa —dijo.
Samuel pasó primero.
Los ganchos se movieron a su alrededor.
Él avanzó con una precisión que no parecía humana. Un paso, pausa, agacharse, girar la caja, avanzar. Ni una duda. Ni un roce.
Raquel susurró:
—No puede ser.
Hugo, a mi lado, dijo:
—Ojalá supiera hacer eso con Hacienda.
—Hugo.
—Lo sé. Pero estoy nervioso.

Pasamos los demás.

Irene casi cayó cuando un gancho rozó su caja pesada. Damián la sujetó por el hombro sin cargar con la caja.

—No cuenta —gruñó hacia el techo—. La estoy sujetando a ella, no a su mierda.

El sistema no pitó.

Lara pasó con el hombro lesionado pegado al cuerpo. Un gancho le cortó el muslo. No profundo, pero la sangre apareció enseguida, bajándole por la pierna.

Marcos gritó más que ella.

El armazón fue el peor.

Los ganchos se enganchaban en las correas. Damián empujaba. Hugo y yo guiábamos. Samuel, desde delante, liberaba los cables con movimientos secos.

Uno de los ganchos atrapó la caja de Marcos.

El armazón se frenó.

Marcos empezó a gritar.

—¡Quitadlo!

El gancho tiró hacia la pared.

La caja, sujeta a su pecho, tiró de él.

El armazón se inclinó.

—¡Se va! —gritó Lara.

Damián agarró la estructura.

Yo metí las manos en el gancho.

Mala idea.

El metal se me clavó en los dedos quemados. El dolor me dejó sin voz.

Hugo sacó el trozo de cristal otra vez.

—Ya casi le tengo cariño a esta porquería.

Cortó una de las correas exteriores.

El gancho soltó.

Pero al soltarse, golpeó la caja de Marcos.

La tapa se abrió.

La chaqueta quemada cayó al suelo.

El sistema chilló.

—No —dijo Samuel.

Uno de los ganchos bajó hacia la chaqueta.

Lara se lanzó.

—¡Lara! —grité.

Cogió la chaqueta del suelo justo antes de que el gancho la atrapara.

Pero al incorporarse, otro gancho le cruzó el hombro.

El lesionado.

El grito de Lara fue tan brutal que Marcos se quedó mudo.

Cayó de rodillas, abrazada a la chaqueta quemada, con la caja golpeándole el pecho y lágrimas en la cara.

El sistema se calmó.

No había soltado la carga.

No del todo.

Damián le tendió una mano.

—Vamos.

Lara respiró.

Una vez.

Dos.

—No puedo mover el brazo.

—No te he preguntado eso.

Ella soltó una risa que era casi un llanto.

—Cada vez animáis peor.

—Aprendemos del entorno.

Llegamos al final del tramo.

05:18

La puerta de ocho cerraduras estaba cerca.

Muy cerca.

Demasiado.

El último tramo no tenía péndulos ni ganchos.

Solo suelo.

Un suelo negro, liso, con ocho círculos blancos pintados delante de la puerta.

Cada círculo tenía un nombre.

La voz habló:

—Colocad las cajas en vuestros círculos. Usad las llaves. Si una caja no está completa, la cerradura no abrirá.

Fuimos dejando las cajas.

Una a una.

El alivio al quitarme la mía fue tan fuerte que casi caí. De pronto respirar parecía un lujo obsceno. Me dolía el pecho donde la caja me había presionado. Tenía marcas rojas bajo las correas, sangre en las manos, el cuerpo entero convertido en una queja.

Hugo dejó la suya.

—Creo que he perdido dos centímetros de altura y varias capas de soberbia.

—Sigues teniendo reservas —dijo Irene.

—Gracias. Me esfuerzo.

Raquel dejó la caja y se abrazó a sí misma, temblando.

Damián colocó la suya con el candado dentro.

Irene, la suya con el periódico.

Lara metió la chaqueta quemada de Marcos de nuevo en su caja antes de colocarla sobre el círculo de él.

Marcos la miró.

—Gracias.

Ella no respondió.

Samuel dejó su caja.

Ligera.

Demasiado ligera.

Entonces ocurrió.

Todas las cerraduras se iluminaron en verde.

Menos una.

La de Samuel.

Roja.

Damián sonrió sin alegría.

—Vaya.

Samuel miró la luz.

Por primera vez, no parecía tener una respuesta preparada.

El altavoz chasqueó.

—Caja incompleta.

Raquel retrocedió.

—Pero no tenía nada.

La voz respondió:

—Exacto.

Damián se acercó a Samuel.

—¿Qué falta?

Samuel no contestó.

La cerradura roja empezó a pitar.

La cuenta atrás cambió.

02:00

01:59

—¿Qué falta? —repetí.

Samuel miró su caja.

Luego la puerta.

Luego a la cámara.

Y por primera vez desde que habíamos despertado, vi miedo en su cara.

No mucho.

Lo justo para demostrar que era humano.

O que acababa de recordar cómo se fingía.

La voz habló, más baja:

—Samuel Ríos. Olvidar.

La caja de Samuel se abrió sola.

El fondo metálico subió lentamente.

Debajo había un compartimento oculto.

Dentro, una pulsera.

Una pulsera fina, de hilo rojo, con una pequeña pieza de plata.

Lara soltó un sonido ahogado.

Raquel se tapó la boca.

Hugo susurró:

—Clara.

Samuel no se movió.

Yo miré la pulsera.

No sabía por qué, pero el cuerpo se me llenó de frío.

La voz dijo:

—Algunas personas olvidan para sobrevivir. Otras fingen olvidar para poder mirar a los culpables desde dentro.

Damián dio un paso atrás.

—Hijo de puta.

Samuel levantó despacio la cabeza.
La cerradura roja siguió pitando.
01:21
01:20
Samuel cogió la pulsera.
Le temblaban los dedos.
No mucho.
Pero le temblaban.
—No era parte del juego —dijo.
Su voz sonó distinta.
Más joven.
Más rota.
—¿Qué? —pregunté.
Samuel miró la pulsera como si fuera una cosa viva.
—Yo no quería que apareciera esto.
Damián le agarró por la pechera y lo estampó contra la pared.
—¿Quién eres?
Samuel no se defendió.
No del todo.
Solo cerró los dedos alrededor de la pulsera.
—Su hermano.
El mundo se quedó sin sonido.
O quizá fue la alarma, que empezó a gritar demasiado fuerte.
00:58
00:57
Hugo abrió la boca.
No dijo nada.
Por una vez, no encontró ni una frase.
Damián apretó más.
—¿Tú has montado esto?
Samuel le miró.
Y no respondió.
Eso fue peor que un sí.
La puerta final bloqueó tres pestillos.
La voz del altavoz habló:
—La caja está completa. La llave puede girar.

—No hemos terminado —rugió Damián.

—Sí —dijo Samuel.

Su voz ya no era tranquila.

Era cansada.

—Si no abrimos, morimos aquí.

—Me vale —dijo Damián.

Lara, desde el suelo, con la chaqueta quemada en una mano y el hombro destrozado, levantó la cabeza.

—A mí no.

Damián no la miró.

—Es su hermano.

—Y yo estoy viva —dijo ella—. De momento. Me gustaría seguir con esa manía.

La alarma siguió.

00:32

Damián soltó a Samuel.

No porque quisiera.

Porque no tenía tiempo para matarlo con la dedicación que merecía.

Todos cogimos nuestras llaves.

Las metimos en las cerraduras.

Ocho manos.

Ocho llaves.

Ocho respiraciones.

—A la de tres —dijo Hugo.

Le miré.

Él se encogió de hombros.

—Era inevitable.

Nadie se rio.

Pero giramos.

Una.

Dos.

Tres.

Las cerraduras se abrieron.

La puerta negra se deslizó hacia arriba.

Aire.

Oscuridad.
Y, al otro lado, una sala inmensa.
Vacía en apariencia.
En el centro, bajo un foco blanco, había una sola silla.
Con correas.
Sobre la pared del fondo, una frase:
TODOS QUERÍAN QUE ALGUIEN HICIERA ALGO.
Debajo, otra línea, más pequeña:
AHORA ELEGID A QUIÉN.
La cuenta atrás se apagó.
La voz habló una última vez antes de dejarnos entrar:
—Octava prueba. El voluntario.

Capítulo 8 — El voluntario

La silla estaba sola en el centro de la sala.

Eso ya la hacía peor.

Una cosa peligrosa, cuando está rodeada de cables, cuchillas, agua o fuego, parece parte de un sistema. Una cosa peligrosa colocada bajo un único foco blanco parece una decisión.

La sala era enorme. Un antiguo almacén circular, tal vez. El techo se perdía en la oscuridad. Había raíles oxidados sobre nuestras cabezas, cadenas colgando, paredes de hormigón y siete puertas metálicas repartidas alrededor, cada una con una palabra pintada encima.

CALLAR. DEFENDER. CERRAR. GRABAR. MENTIR. MIRAR. HUIR.

Siete puertas.

Siete culpables.

Samuel no tenía puerta.

Samuel tenía la silla.

Estaba atornillada al suelo. Tenía correas en los brazos, en el pecho, en los muslos y en los tobillos. A ambos lados del respaldo había dos palancas negras, largas, con empuñaduras rojas. De las palancas salían cables que se extendían hacia el techo y luego se repartían por las siete puertas como venas metálicas.

El mensaje de la pared seguía iluminado.

TODOS QUERÍAN QUE ALGUIEN HICIERA ALGO.

Debajo:

AHORA ELEGID A QUIÉN.

Damián no apartaba los ojos de Samuel.

Samuel seguía con la pulsera roja de Clara en la mano. La sujetaba como si fuese lo único real de toda la habitación. Como si el resto, las puertas, las cadenas, nosotros, fuesen decorado.

—Su hermano —repitió Hugo.

No lo dijo con sarcasmo.

Eso fue lo inquietante.

Raquel retrocedió un paso.

—Tú… ¿tú sabías?

Samuel no contestó.

Damián se acercó a él despacio.

—Te ha hecho una pregunta.

Samuel levantó la vista.

—Sabía vuestros nombres.

Silencio.

La frase cayó al suelo y se rompió allí, entre todos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Irene.

—Significa lo que significa.

Damián le agarró del cuello de la camiseta y lo empujó contra una columna.

—No. Aquí las frases misteriosas se han acabado. ¿Sabías nuestros nombres?

Samuel no se defendió.

Tenía la cara pálida, pero no asustada del todo. Lo suyo era otra cosa. Cansancio. Vergüenza. O una de esas mezclas que salen cuando una persona lleva demasiado tiempo alimentando una venganza y descubre tarde que también engorda por dentro.

—Sí.

Damián apretó más.

—¿Nos trajiste tú aquí?

Samuel tardó en responder.

Demasiado.

—Ayudé.

Lara cerró los ojos.

Raquel empezó a llorar otra vez, pero sin ruido. Ya no le quedaba fuerza ni para hacer de su dolor algo molesto.

Hugo dio un paso hacia Samuel.

—¿Ayudaste?

—Clara murió y nadie pagó.

—Eso no responde.

—Sí responde —dijo Damián—. Solo que no te gusta.

—A mí no me gusta casi nada desde que desperté —contestó Hugo—, pero intento mantener cierto método.

Marcos, aún sujeto al armazón de carga, respiraba mal. La caja ya no estaba sobre su pecho, pero parecía que el peso seguía allí. Tenía la pierna hinchada, el rostro gris y los ojos clavados en Samuel.

—Nos has metido aquí.

Samuel le miró.

Y por primera vez sonrió.

No fue una sonrisa feliz. Fue una herida con forma de boca.

—Tú saliste de allí.

Marcos se quedó callado.

Eso dolió más que cualquier respuesta.

El altavoz chasqueó.

La voz llenó la sala.

—El tiempo de la conversación es una de las pocas cosas que todavía no sangra. No lo malgastéis.

Las siete puertas emitieron un golpe metálico.

En el suelo, delante de cada una, apareció una línea roja. En la silla, las correas se abrieron con un clic.

—Octava prueba —dijo la voz—. El voluntario.

La pantalla sobre la silla se encendió.

18:00

17:59

—Un participante deberá sentarse y mantener accionadas las dos palancas. Mientras lo haga, las siete puertas permanecerán abiertas. Cada uno de los demás deberá entrar por su puerta, llegar hasta el interruptor del fondo y mantenerlo pulsado durante diez segundos. Cuando los siete interruptores estén activados, la puerta final se abrirá.

Hugo miró las palancas.

—¿Y qué pasa con el voluntario?

La voz contestó:

—Sostendrá el peso de los demás.

Damián soltó una risa seca.

—Muy poético.

—Muy literal —dijo Samuel.

Todos le miramos.

Él ya estaba observando los cables, las poleas, las puertas.

Damián apretó los puños.

—Claro. Porque tú entiendes cómo funciona.

—No todo.

—Pero bastante.

Samuel no lo negó.

La voz continuó:

—Si el voluntario suelta una palanca, la puerta correspondiente se cerrará. Si alguien está dentro, tendrá que salir por sus propios medios. Si el voluntario suelta ambas, la prueba termina.

—¿Y morimos? —preguntó Raquel.

La voz tardó un segundo.

—Termina.

Hugo suspiró.

—Cada vez que evita una respuesta, me apetece menos conocerla.

Marcos miró la silla.

—Tiene que ser él.

Nadie preguntó a quién se refería.

Damián seguía mirando a Samuel.

—Sí.

Lara dio un paso adelante.

—No.

Damián giró hacia ella.

—¿Perdona?

—No se elige así.

—¿Estás defendiendo al infiltrado?

—Estoy diciendo que si le obligamos, esto deja de ser un voluntario.

Damián soltó una carcajada sin alegría.

—Lara, cariño, llevamos horas siendo obligados a todo.

—Pues precisamente.

—Nos ha vendido.

—Y tú cerraste una puerta.

La frase le cruzó la cara.

Damián se quedó quieto.

Lara no retrocedió.

Tenía el hombro destrozado, el brazo quemado, el muslo sangrando y aun así parecía más entera que muchos de nosotros.

—No digo que le perdonemos —continuó—. Digo que no nos convirtamos en eso con la excusa de sobrevivir.

Hugo levantó un dedo.

—Me molesta mucho estar de acuerdo con la parte moralmente sólida del grupo.

Damián miró a Samuel.

—¿Y tú qué dices?

Samuel seguía con la pulsera en la mano.

La enrolló despacio alrededor de sus dedos.

—Me siento.

Nadie habló.

—No porque me lo pidáis —añadió—. No porque lo merezca. Me siento porque Clara pidió que alguien hiciera algo y yo llevo tres años haciendo lo único que sabía hacer: odiar.

Me miró.

No sé por qué a mí.

Quizá por mi etiqueta.

Quizá porque Clara había hablado conmigo.

—Y no ha servido.

Damián soltó aire por la nariz.

—No me des pena.

—No lo intento.

—Bien. Porque no te sale.

Samuel caminó hasta la silla.

Cada paso sonó demasiado claro.

Clac.

Clac.

Clac.

Se sentó.

Las correas se cerraron sobre él de golpe.

Muñecas.

Brazos.

Pecho.

Piernas.

Tobillos.

Samuel apretó los dientes, pero no gritó.

Las palancas rojas bajaron hasta quedar al alcance de sus manos.

—Cuando las agarres, empieza —dijo la voz.

Samuel levantó la vista hacia la cámara.

—¿Quién eres?

La sala quedó en silencio.

La voz no respondió.

Samuel sonrió apenas.

—Claro.

Damián se inclinó hacia él.

—¿No sabes quién es?

—No.

—Mentira.

—Ojalá.

Hugo se acercó a una de las puertas. Encima ponía DEFENDER.

—Vamos a dejar la reunión familiar para después, ¿sí? Estoy empezando a echar de menos cuando solo nos ahogábamos.

Me puse delante de mi puerta.

CALLAR.

La palabra parecía más grande ahora. Más negra. Como si la hubieran repintado con algo vivo.

Irene se colocó frente a MENTIR.

Raquel, frente a GRABAR.

Damián, frente a CERRAR.

Hugo, frente a DEFENDER.

Lara, frente a MIRAR.

Marcos miraba su puerta desde el armazón.

HUIR.

Estaba a unos diez metros de él.

Diez metros imposibles.

—No puede hacerlo —dijo Lara.

La voz respondió:

—Puede.

Marcos negó con la cabeza.

—No puedo ni ponerme de pie.

—Entonces —dijo la voz—, tendrás que arrastrarte.

El silencio fue brutal.

Damián miró a Marcos.

—No.

Marcos levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué?

—No vas a poder llegar solo.

—Pero ha dicho…

—Me da igual lo que ha dicho la radio asesina.

El altavoz no respondió.

Samuel habló desde la silla.

—La puerta detectará su cuerpo. No dice que nadie pueda empujar el armazón hasta la línea. Solo que él debe entrar.

Damián le miró.

—¿Ves? Sabes demasiado.

—Lo suficiente para que no muramos en esta prueba.

—Qué alivio. Me encanta tener de asesor al tipo que nos metió en ella.

Samuel no contestó.

Colocamos el armazón de Marcos frente a su puerta, lo más cerca posible de la línea roja. Las ruedas chirriaron. Él tenía los labios apretados y las manos cerradas sobre los laterales.

—Cuando se abra, te empujamos hasta dentro —dije—. Luego tendrás que llegar al interruptor.

—¿Cómo?

Miré sus piernas.

Una inútil. La otra temblando.

—Con los brazos.

Marcos soltó una risa hueca.

—Perfecto. Igual después me apunto a una maratón.

Hugo le miró.

—No prometas cosas que hagan feliz al universo.

Lara se agachó junto a Marcos.

—No tienes que correr.

Él la miró.

—No puedo hacerlo.

Lara tardó un segundo.

Luego dijo:

—Eso ya no te sirve.

Marcos tragó saliva.

Samuel agarró las palancas.

La pantalla volvió a marcar el tiempo.

18:00

—Preparados —dijo.

Damián apretó la mandíbula.

—No des órdenes.

—Entonces muere desorganizado.

Hugo abrió los ojos.

—Vaya. El infiltrado tiene humor. Odio que sea decente.

Samuel tiró de las palancas.

Las siete puertas se abrieron a la vez.

Y la silla le mordió.

No hay otra palabra.

Las correas del pecho se tensaron de golpe. Los cables del techo tiraron hacia atrás. Los brazos de Samuel quedaron abiertos, sujetando las palancas con fuerza. Se le marcó el cuello. Cerró los ojos.

No gritó.

Pero el sonido que hizo al respirar fue suficiente.

—¡Ahora! —grité.

Entré por mi puerta.

La puerta CALLAR se cerró detrás de mí hasta quedar abierta solo por una ranura. No bloqueada, no del todo. Pero lo bastante estrecha para recordarme que salir iba a depender de las manos de Samuel.

Mi pasillo era bajo.

Otra vez.

Claro.

Pero no como el túnel. Este era seco, blanco, con luces frías en el techo y paredes acolchadas, casi de hospital. Eso lo hizo peor. El

horror industrial al menos tenía el detalle de parecer horror. Aquello parecía limpio.

Demasiado limpio.

Al fondo había un interruptor rojo protegido por una tapa transparente.

Entre él y yo, el suelo estaba cubierto de pequeñas piezas de metal, como lengüetas afiladas, colocadas de canto. No cuchillas grandes. No espectáculo. Solo lo suficiente para que cada paso fuese una decisión.

Me quité lo que quedaba de tela de las manos y me la enrollé en los pies como pude. Ridículo. Insuficiente. Humano.

Detrás, a través de la pared, oí los primeros gritos.

Raquel.

Luego Damián.

Luego Marcos.

No podía ayudarles.

Ese era el truco.

Todos teníamos que hacer algo solos para que el conjunto sobreviviera.

Di el primer paso.

El metal atravesó la tela.

—Joder.

El segundo fue peor.

Las plantas de los pies, ya castigadas por el horno, se abrieron en líneas pequeñas. No profundas. Peores: finas, constantes, diseñadas para convertir cada centímetro en una blasfemia.

En la pared apareció una pantalla.

Clara en la cama de hospital.

La misma foto de la caja.

Luego un audio.

Mi voz.

Está desorientada. Lo mejor es que descanse.

Caminé.

Otro paso.

Otro corte.

Si llamamos a la policía por cada chica que llega asustada de una fiesta, no damos abasto.

No recordaba haber dicho eso.

Sí lo recordaba.

Las dos cosas eran verdad.

—Calla —susurré.

No sé a quién.

A la pantalla.

A mí.

El interruptor estaba a tres metros.

Dos.

Uno.

Levanté la tapa transparente.

Debajo había una inscripción:

PULSA Y HABLA.

—No.

El altavoz de mi pasillo se encendió.

—Diez segundos.

Puse la mano sobre el botón.

No bastó.

El sistema no se activó.

—Habla —dijo la voz.

Noté la rabia subir desde el estómago.

—Hay más chicas dentro.

El botón se iluminó.

—Más alto.

Apreté hasta que las quemaduras de la palma gritaron.

—¡Hay más chicas dentro!

La cuenta empezó.

10

Detrás de mí, la puerta vibró.

Samuel seguía sosteniendo.

9

Las plantas de mis pies sangraban.

8

Clara me miraba desde la pantalla.

7

—Lo siento —dije.

La cuenta se detuvo.

No.

No.

El botón se apagó.

La voz susurró:

—Eso no abre puertas.

Me quedé helada.

Entendí.

No quería arrepentimiento.

Quería acción.

Apreté de nuevo.

—¡Hay más chicas dentro! ¡Hay que avisar a la policía! ¡Hay que sacar a todo el mundo de allí!

La cuenta empezó otra vez.

10

Esta vez no pedí perdón.

9

No me expliqué.

8

No me hice pequeña.

7

Grité.

6

Hasta quedarme sin aire.

5

Hasta que la garganta me raspó.

4

Hasta que Clara dejó de ser una foto y volvió a ser una chica en una cama diciéndome la verdad.

3

2

1

El botón se puso verde.

La puerta se abrió de golpe.

Salí cojeando, con sangre en los pies.

La sala central era un desastre.

Hugo acababa de salir de su puerta con la cara llena de polvo blanco y un papel pegado al pecho. Irene estaba de rodillas junto a la suya, respirando como si le hubieran apretado los pulmones. Damián seguía dentro. Raquel también.

Lara estaba a medio camino de su pasillo, avanzando con una mano en la pared.

Marcos no había entrado todavía.

Seguía en el suelo, fuera del armazón, intentando arrastrarse hacia la línea roja de su puerta.

Damián había empujado el armazón hasta la entrada, pero luego tuvo que correr a su propia puerta. Marcos estaba solo.

—Marcos —grité.

Él me miró.

Tenía la cara empapada.

—No puedo.

La silla del centro chirrió.

Samuel soltó un gemido.

Las correas de su pecho se tensaron más. Una línea de sangre le bajaba desde la muñeca derecha. Los cables tiraban de sus brazos hacia atrás, obligándole a mantener las palancas abiertas.

—¡Moveos! —rugió.

Su voz ya no era tranquila.

Era humana.

Hugo llegó hasta Marcos.

—Vamos, campeón de la huida.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No puedo.

Hugo se agachó.

—Escúchame. Me caes mal. Muchísimo. En una escala del uno al diez, eres una denuncia administrativa con zapatos. Pero tu mujer acaba de meterse en una puerta que pone MIRAR con un hombro hecho mierda. Así que tú vas a arrastrarte hasta esa puerta aunque sea para mantener cierto equilibrio estético.

Marcos soltó una carcajada rota.

Luego gritó al apoyarse en los brazos.

Se arrastró.

Un palmo.

Dos.

La pierna mala se le movió y casi se desmayó.

Hugo intentó empujarle.

La puerta de Marcos pitó.

La voz habló:

—Huir no se delega.

Hugo levantó las manos.

—No le estoy huyendo por él. Le estoy dando ambiente.

La puerta volvió a pitar.

Hugo se apartó.

Marcos quedó solo.

Al otro lado de la sala, Raquel salió de su puerta con los brazos llenos de pequeños cortes. Llevaba el móvil de su caja apretado contra el pecho. Lo tiró al suelo y lo pisó una vez. Luego otra. Luego otra, hasta que la pantalla se apagó.

—Ya no graba —susurró.

Cayó de rodillas.

Irene salió después, con tinta negra en las manos y la cara. En su pasillo, supuse, había tenido que corregir algo, escribir algo, cargar algo. No pregunté. No había tiempo para comparar infiernos.

La silla volvió a chirriar.

Samuel gritó.

Esta vez sí.

Un grito breve, seco, que intentó cortar antes de que pareciera dolor.

No pudo.

Damián salió de su puerta tambaleándose.

Tenía las manos cubiertas de grasa negra y sangre. En la palma llevaba un candado abierto.

Lo tiró al suelo con rabia.

—La he abierto —dijo, mirando a Samuel—. ¿Contento?

Samuel no podía responder.

Sus brazos temblaban. Las palancas empezaban a subir milímetro a milímetro.

—¡Marcos! —grité.

Él estaba a la entrada de su puerta.

A medio cuerpo.

Dentro, su pasillo se iluminó.

No tenía obstáculos visibles.

Solo una línea recta hasta el interruptor.

Eso lo hizo cruel de otra manera.

Para alguien que huía, el castigo no era la trampa.

Era tener que avanzar.

Marcos entró arrastrándose.

Hugo, desde fuera, apretó los dientes.

—Vamos.

Lara seguía en su puerta.

La vi a través de una rendija: estaba frente a una pared de espejos. Todos reflejaban algo distinto. Ella miraba uno, luego otro, luego otro, con la cara rota de dolor. Su interruptor estaba al fondo, pero cada espejo parecía encenderse al pasar.

No podía ayudarla.

Marcos avanzaba con los codos.

Dentro de su pasillo, una pantalla se encendió en la pared.

La grabación de él saliendo de La Casa Azul.

Clara cayendo.

Él corriendo.

El vídeo se reprodujo delante de su cara, una y otra vez.

Marcos se tapó los ojos.

—No.

La puerta de su pasillo empezó a bajar.

—¡Mira! —grité.

—No puedo.

—¡Mira y avanza!

—No puedo verla.

Lara salió de su puerta justo entonces.

Venía llorando.

No sé qué había visto allí dentro.

Pero venía viva.

Cruzó la sala tambaleándose.

—Marcos.

Él levantó la cabeza.

—Lara…

—Mírala.

—No.

—Mírala.

—No puedo.

Lara se agachó fuera de la línea, sin tocarle.

—Yo la vi. Y me callé. Tú la dejaste. Los dos vamos a tener que vivir con eso si salimos.

Marcos lloraba.

—No quiero.

—Ya. Yo tampoco quería muchas cosas y mira qué día tan completo.

Hugo, detrás de ella, murmuró:

—Sigue. Ese tono funciona.

Lara no le hizo caso.

—Mira la pantalla, Marcos.

Él miró.

El vídeo volvió.

Clara cayendo.

Él corriendo.

Clara golpeando la puerta.

Él no volviendo.

Marcos soltó un sonido que no era un grito ni un llanto. Era algo más bajo. Algo que salía cuando una persona se ve por fin sin los decorados que le había puesto a su propia memoria.

Luego avanzó.

Un codo.

Otro.

La pierna mala arrastrando detrás, inútil, hinchada.

La silla del centro volvió a tensarse.

Samuel ya no podía disimular.

Tenía la cara empapada en sudor, los dientes apretados y los brazos abiertos en un ángulo horrible. Una de las correas del pecho le había cortado la camiseta. Había sangre en sus muñecas.

—No aguanto —dijo.

Tres palabras.

De Samuel.

Eso nos dio más miedo que cualquier alarma.

Damián corrió hasta la silla.

—Aguanta.

Samuel soltó una risa rota.

—Qué original.

—Aguanta, hijo de puta.

—Eso ya tiene más personalidad.

Las palancas subieron otro poco.

Una de las puertas empezó a cerrarse.

La de Marcos.

—¡Marcos! —grité.

Él estaba a un metro del interruptor.

Un metro.

Pero su cuerpo no daba más.

—No puedo.

—¡Sí puedes!

—¡No!

—¡Marcos! —gritó Lara.

Él levantó la vista.

—No lo hagas por mí —dijo ella.

Eso le frenó.

—Hazlo por una vez sin usarme de excusa.

Marcos apoyó las manos en el suelo.

Las venas del cuello se le marcaron.

Avanzó.

Medio metro.

La puerta bajaba.

Samuel rugió y tiró de las palancas hacia abajo con todo lo que le quedaba. El pecho se le arqueó contra las correas.

La puerta volvió a subir unos centímetros.

Marcos llegó al botón.

La inscripción de su pared decía:

NO CORRAS. VUELVE.

Pulsó.

Nada.

—¿Qué pasa? —gritó Hugo.

Marcos miró la pantalla.

El vídeo de Clara seguía.

—No funciona.

La voz del pasillo dijo algo que solo él oyó.

Marcos cerró los ojos.

Después los abrió.

Y gritó:

—¡La dejé allí!

El botón se encendió.

Marcos apretó con las dos manos.

—¡La dejé allí! ¡Pude volver y no volví!

La cuenta empezó.

10

Lara se tapó la boca.

9

Damián sujetaba a Samuel por los hombros, como si eso pudiera ayudar.

8

Raquel lloraba en el suelo.

7

Hugo no decía nada.

6

Marcos gritaba con la cara pegada al botón.

5

—¡Me dio miedo y corrí!

4

La puerta bajaba.

3

—¡Corrí!

2

1

Luz verde.

La puerta de Marcos se abrió.

La silla del centro soltó un golpe seco.

Las palancas quedaron bloqueadas abajo.

Samuel cayó hacia delante todo lo que le permitieron las correas.

Durante un segundo, pensé que había muerto.

No.

Respiró.

Feo, roto, pero respiró.

Las siete puertas se apagaron.

La puerta final apareció en la pared opuesta, donde antes no había nada. Se abrió una línea vertical de luz.

No blanca.

No roja.

Verde.

Verde de salida de emergencia.

Verde de mundo normal.

Verde de mentira preciosa.

Las correas de Samuel se soltaron.

Damián le sujetó antes de que cayera al suelo.

Samuel se desplomó contra él.

—No me toques —murmuró.

Damián le sostuvo igual.

—Cállate. Pesas menos cuando no hablas.

Samuel soltó una risa que se convirtió en tos.

Yo me acerqué cojeando.

—Déjame ver las muñecas.

—No.

—No era una pregunta.

Me dejó.

Tenía cortes profundos en la piel, pero no parecían haber tocado nada vital. O eso quise creer. Le temblaban las manos. Le temblaba todo, en realidad.

—¿Tú organizaste esto? —le pregunté.

Samuel miró la puerta verde.

Tardó en responder.

—Yo encontré los nombres.

—Eso ya lo has dicho.

—Pensé que habría una confesión. Una cámara. Una sala. Pensé que os harían hablar.

Hugo soltó una risa sin humor.

—Qué decepción. Nos han añadido deporte.

Samuel cerró los ojos.

—No sabía las pruebas.

Damián le agarró del cuello otra vez, pero con menos fuerza. Quizá porque él también estaba roto. Quizá porque después de sujetar a alguien para que no cayera cuesta volver a odiarlo con limpieza.

—¿Quién las sabía?

Samuel no respondió.

La voz lo hizo por él.

—Octava prueba completada.

Todos miramos al techo.

—Resultado: ocho participantes vivos. Un voluntario aceptado. Siete acciones realizadas. Una venganza insuficiente.

Samuel levantó la cabeza.

—No.

La voz continuó:

—Una mentira del infiltrado parcialmente corregida.

Damián miró a Samuel.

—¿Qué mentira?

Samuel tenía los ojos clavados en la cámara.

—No…

La puerta verde terminó de abrirse.

Al otro lado había un pasillo estrecho, iluminado por luces de emergencia. En las paredes se veían señales blancas:

SALIDA.

SALIDA.

SALIDA.

La palabra repetida tantas veces parecía una burla.

Marcos salió de su puerta arrastrándose. Hugo y Lara fueron a por él. Entre los dos lo levantaron como pudieron. Marcos no miró a Lara. No todavía.

Raquel se puso de pie apoyándose en Irene.

Damián soltó a Samuel, pero no se alejó de él.

Yo miré el pasillo.

Quería correr.

Todos queríamos.

Se notaba en el cuerpo. En las rodillas preparadas. En la respiración. En esa parte idiota del cerebro que, después de todo, todavía cree que una señal de salida significa salida.

Sobre el marco de la puerta verde se encendió una última frase.

NOVENA PRUEBA. LA SALIDA.

Debajo, otra línea apareció lentamente, letra a letra.

NO TODOS LOS QUE LLEGAN FUERA ESCAPAN.

Hugo tragó saliva.

—Por supuesto.

Del pasillo llegó aire nocturno.

Frío.

Real.

Y, muy lejos, casi imposible, el sonido de una sirena.

Capítulo 9 — La salida

La palabra SALIDA debería haber significado algo.

Debería haber sido una promesa.

Una palabra verde, sencilla, luminosa. Una de esas palabras que una sigue en hospitales, parkings, centros comerciales, teatros. Una palabra civilizada. Una palabra que existe para que nadie tenga que pensar demasiado cuando el humo empieza a subir.

Pero allí no significaba nada bueno.

Allí SALIDA era solo otra forma de decir: corre, imbécil, a ver qué pierdes por el camino.

El pasillo se extendía delante de nosotros, estrecho, largo, iluminado por luces de emergencia que teñían las paredes de un verde enfermizo. El suelo estaba cubierto de polvo y marcas de arrastre. Había señales repetidas cada pocos metros.

SALIDA.

SALIDA.

SALIDA.

Como si alguien tuviera miedo de que nos olvidásemos de desearla.

El aire era distinto.

Frío.

No el frío de la torre. No el frío metálico de un sitio cerrado. Este venía de fuera. Traía humedad, noche y algo parecido a lluvia.

Raquel empezó a caminar.

Despacio al principio.

Luego más rápido.

—Raquel —dije.

No se detuvo.

—Raquel.

—Está ahí —susurró.

La puerta del fondo estaba abierta.

Solo un poco.

Una rendija negra. Por ella entraba aire real.

Raquel avanzó como si no oyera nada más.

Hugo la agarró del brazo.

—No.

Ella se volvió con una violencia súbita.

—¡Suéltame!

—No.

—¡Está abierto!

—Precisamente por eso.

Raquel intentó zafarse, pero apenas le quedaba fuerza. Tenía los ojos llenos de esa esperanza fea que aparece cuando una persona ya no puede permitirse otra cosa.

—No voy a hacer otra prueba —dijo—. No voy a hacerla. No puedo. No puedo más.

—Nadie puede más —contestó Irene.

—¡Pues que se muera otro!

La frase salió de ella como vómito.

Y se quedó.

Raquel se tapó la boca enseguida, horrorizada por sí misma. Pero ya estaba dicha. Ya tenía cuerpo.

Damián la miró.

—Eso pensaste en el agua.

Raquel se rompió.

—Sí.

Silencio.

—Sí —repitió, llorando—. Lo pensé. Pensé que si tenía que ahogarse alguien, que no fuera yo. ¿Contentos? ¿Ya está? ¿Eso queríais? ¿Que lo dijera?

Nadie contestó.

Porque todos habíamos pensado alguna versión de eso en algún momento.

Quizá no con esas palabras.

Quizá más elegante.

Más cobarde.

Pero lo habíamos pensado.

Samuel estaba apoyado contra la pared, con las muñecas vendadas con tiras de tela. Tenía la cara gris y los labios partidos. La

pulsera roja de Clara seguía enrollada en sus dedos.

—La salida no va a estar abierta sin precio —dijo.

Damián giró hacia él.

—Tú cállate.

Samuel asintió.

—Vale.

Eso enfadó más a Damián que si hubiera discutido.

Marcos estaba en el suelo, fuera ya del armazón, con la pierna mala inmovilizada y el rostro cubierto de sudor. Hugo y Lara le habían arrastrado hasta el pasillo usando una de las correas del arnés. Cada metro había sido una tortura. Marcos ya ni gritaba. Solo respiraba mal.

Lara estaba junto a él, con un hombro inútil, el brazo quemado, el muslo sangrando y la mirada más clara que al principio.

Parecía una persona distinta.

O quizá era la misma, pero sin el miedo ocupando todo el sitio.

El altavoz chasqueó.

Todos nos quedamos quietos.

La voz habló.

—Novena prueba. La salida.

La puerta del fondo se abrió un poco más.

La rendija dejó ver una línea de noche.

Raquel hizo un sonido pequeño, casi animal.

La voz continuó:

—Hay dos formas de salir.

Las paredes del pasillo se iluminaron.

A la izquierda, a mitad del recorrido, apareció una puerta estrecha que no habíamos visto. Sobre ella, una luz blanca.

Encima se encendió una palabra:

UNO.

A la derecha, otra puerta más grande, oxidada, pesada, con una rueda metálica en el centro.

Sobre ella:

TODOS.

Hugo soltó aire muy despacio.

—Qué sutil.

La voz siguió:

—La puerta UNO conduce directamente al exterior. Se abre desde dentro y se cierra desde fuera. Solo una persona puede cruzarla.

Raquel dejó de respirar.

Marcos también.

—La puerta TODOS conduce al patio de salida. Deberéis cruzarlo juntos. La verja final solo se mantiene abierta si alguien acciona la palanca interior.

Damián cerró los ojos.

—Claro.

—La palanca debe mantenerse abajo hasta que el último participante cruce.

Irene levantó la vista.

—¿Y el que la sostiene?

La voz tardó un segundo en responder.

—El que la sostiene decide.

Hugo se rio.

No con humor.

Con agotamiento puro.

—Me gustaría conocer al arquitecto de esta casa para preguntarle cómo duerme.

—No duerme —dijo Samuel.

Todos le miramos.

Él no apartó los ojos de la puerta TODOS.

—Nadie que haya hecho esto duerme.

Damián dio un paso hacia él.

—No me des frases bonitas.

—No era bonita.

La pantalla se encendió al fondo del pasillo.

15:00

14:59

La puerta UNO se abrió con un clic.

Del otro lado llegó aire fresco.

Más limpio.

Más cercano.

Un trozo de cielo oscuro.

La puerta TODOS permaneció cerrada.

—Para elegir —dijo la voz—, solo tenéis que caminar.

La pantalla siguió bajando.

Raquel miraba la puerta UNO.

No intentaba disimular.

Tampoco Marcos.

Hugo lo notó.

—Ni se os ocurra.

Marcos levantó la cabeza.

—Tú no sabes lo que es no poder moverte.

—No. Pero empiezo a saber lo que es no poder soportarte y sigo aquí.

—Hugo —dije.

—¿Qué? ¿También tengo que ser amable en el final? Me estáis pidiendo demasiado desarrollo de personaje.

Raquel dio un paso hacia la puerta UNO.

Irene se puso delante.

—No.

—Apártate.

—No.

—Tú mentiste sobre Clara. No me des lecciones.

Irene encajó la frase sin moverse.

—Precisamente por eso.

Raquel la empujó.

No fuerte.

Pero la empujó.

Damián avanzó, pero yo le detuve con una mano.

—Espera.

Raquel respiraba rápido. Miraba la puerta blanca como si al otro lado estuvieran todos los días de su vida anteriores al agua.

—Yo no soy como vosotros —dijo.

Nadie habló.

—Yo no cerré una puerta. No defendí a nadie. No escribí una mentira. No dejé a una chica atrás. Yo solo grabé.

Hugo bajó la mirada.

Damián apretó la mandíbula.

Lara dijo, muy bajo:

—Ese es el problema.

Raquel la miró con odio.

—¿Qué?

—Que solo grabaste.

Raquel abrió la boca.

La cerró.

La puerta UNO emitió un pitido suave.

Invitador.

Casi amable.

Samuel habló desde la pared.

—Si alguien cruza esa puerta, las demás se cerrarán.

—Eso no lo ha dicho —dijo Raquel.

—No hace falta.

—Tú qué sabes.

Samuel la miró.

—Sé cómo piensa alguien que quiere castigar sin mancharse las manos.

Damián soltó una risa amarga.

—Eso sí que lo sabes, ¿no?

Samuel no respondió.

La pantalla:

13:21

La puerta TODOS emitió un golpe interno. La rueda metálica se desbloqueó.

Hugo se acercó.

—La grande, entonces.

Raquel negó con la cabeza.

—No.

Irene la sujetó por los hombros.

—Raquel.

—No puedo más.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. Estoy harta de que todos sepáis todo. Estoy harta de que me digáis que puedo cuando no puedo.

Irene la miró.

—Entonces no puedas sola.

Raquel se quedó quieta.

Aquello le llegó.

No como una frase bonita.

Como una cuerda.

Damián agarró la rueda de la puerta TODOS.

—¿Alguien más va a tener una crisis ética o abrimos?

Hugo levantó la mano.

—Yo estoy teniendo varias, pero puedo caminar con ellas.

Damián giró la rueda.

El metal chilló.

La puerta TODOS se abrió hacia dentro.

El aire que entró no fue limpio.

Fue exterior, sí.

Pero traía lluvia, barro, óxido y humo.

Humo.

El cuerpo entero se me tensó.

Al otro lado había un patio.

Grande.

Abandonado.

Un patio industrial cercado por muros altos y alambradas. La lluvia caía fina, oblicua, casi invisible bajo los focos. Había charcos negros, restos de maquinaria, bidones, cadenas, cristales, barro y una verja enorme al fondo. Más allá de la verja se veía una carretera.

Una carretera real.

Con farolas.

Y, muy lejos, una luz azul que parpadeaba.

Sirenas.

No una grabación.

No podía ser una grabación.

O sí.

Ya no sabía nada.

Entre nosotros y la verja había unos treinta metros de patio.

Treinta metros de barro, chatarra y zanjas cubiertas por tablones.

En la verja final había una palanca amarilla, situada del lado de dentro.

Grande.

Pesada.

A su lado, un cartel:

MANTENER BAJADA.

Debajo, otra frase:

CERRAR TAMBIÉN ES UNA ELECCIÓN.

Damián la leyó.

No dijo nada.

La lluvia le golpeó la cara como si intentara despertarle.

La voz habló desde altavoces ocultos en el patio.

—Todos los participantes deberán cruzar la línea exterior. La verja se cerrará si la palanca se suelta.

—¿Y si la bloqueamos con algo? —preguntó Hugo.

—La palanca detecta pulso.

Hugo miró al cielo.

—Por supuesto. Una palanca con necesidades afectivas.

Marcos miró la distancia hasta la verja.

—Yo no puedo cruzar eso.

Nadie lo contradijo.

Porque no podía.

No arrastrándose sobre barro, cristales y metal. No con una pierna rota. No en quince minutos. No en ningún mundo decente.

Pero aquel no era un mundo decente.

—Lo llevamos —dijo Lara.

Damián la miró.

—No con ese hombro.

—Pues lo lleváis vosotros.

—Nos va a retrasar.

Marcos cerró los ojos.

La frase ya no parecía ofenderle.

Quizá porque era verdad.

Quizá porque por fin había entendido que ser una carga no duele solo por el peso, sino porque uno empieza a escuchar cómo los demás calculan cuánto vales.

—Dejadme —dijo.

Lara se volvió hacia él.

—No.

—Lara.

—No.

—No voy a pasar.

—Cállate.

—No lo digo para que me consueles.

—Y yo no te contesto para consolarte.

La lluvia empezó a entrar en el pasillo.

Fría.

Bendita.

Horrible.

Damián arrancó dos barras metálicas sueltas de la pared del corredor y las colocó junto al armazón de carga.

—Improvisamos camilla.

Hugo miró las barras.

—Qué bien. Manualidades del trauma.

—Tú atas.

—¿Por qué yo?

—Porque tienes manos de no haber trabajado nunca y aún te funcionan algo.

Hugo levantó sus palmas vendadas, quemadas y llenas de cortes.

—Me encanta que mi privilegio haya sobrevivido a esto.

Entre Hugo, Irene y yo atamos las barras al arnés con correas. Marcos quedó sujeto en una especie de camilla rígida, más estrecha, más ligera. No cómoda. Nada era cómodo. Pero podía ser levantada por cuatro.

Damián delante.

Hugo al otro lado.

Irene detrás.

Yo en el cuarto punto.

Lara caminando junto a Marcos.

Raquel y Samuel quedarían libres para despejar el camino.

Samuel apenas podía cerrar las manos.

Raquel apenas podía mirar al frente.

Un equipo precioso.

La pantalla del patio marcaba:

11:42

Damián miró a todos.

—Escuchad. Sin heroicidades.

Hugo se rio.

—Vienes tarde. Aquí ya estamos todos muy mal escritos.

—Si alguien cae, se levanta. Si no puede levantarse, lo levantamos. Si alguien intenta correr solo…

Miró a Raquel.

Ella bajó la vista.

Damián terminó:

—…lo arrastramos también.

Raquel susurró:

—Gracias, supongo.

—No era cariño.

—Lo sé.

—Bien.

Salimos al patio.

La lluvia nos golpeó como una bendición con mal genio.

Durante un segundo, solo un segundo, casi lloré.

Lluvia.

Aire.

Cielo.

No techo.

No altavoces.

No luces rojas.

Cielo.

Luego el barro me entró en los cortes de los pies y la realidad volvió con los dientes.

—Joder —grité.

—Qué bonito verte emocionada —dijo Hugo, tirando de la camilla.

—Camina.

—Estoy caminando. Con dolor, elegancia y una creciente demanda de terapia.

Avanzamos.

El patio era una trampa larga.

El primer tramo era barro espeso. Nos hundíamos hasta los tobillos. Cada paso chupaba las zapatillas, tiraba de las piernas, nos frenaba. La camilla de Marcos se balanceaba. Él apretaba los dientes para no gritar, pero a veces el cuerpo le ganaba.

Raquel iba delante, apartando trozos de chapa y cables sueltos.

Samuel miraba el suelo.

—No piséis las placas claras.

—¿Qué placas? —preguntó Irene.

Un foco se encendió sobre el barro.

Debajo del lodo se veían cuadrados metálicos, casi ocultos.

—Sensores —dijo Samuel.

Damián gruñó.

—Claro. El patio también quiere opinar.

—Izquierda —dijo Samuel—. Por las piedras.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—No.

—Qué gusto de liderazgo.

Nos movimos hacia las piedras.

Resbalaban.

Por supuesto.

La camilla se inclinó.

Marcos gritó.

Lara se lanzó a sujetarle con el brazo bueno.

—¡No toques la camilla! —gritó Samuel.

Demasiado tarde.

El sistema pitó.

Una luz roja se encendió bajo los pies de Lara.

Ella se quedó inmóvil.

—No te muevas —dijo Samuel.

Lara no respiró.

La lluvia le bajaba por la cara. Tenía barro en la mejilla y sangre en el muslo. La luz roja brillaba bajo su bota.

—¿Qué pasa si se mueve? —preguntó Hugo.

—No lo sé.

—Estupendo. Me encanta cuando el desconocimiento viene con pitido.

Damián intentó dejar la camilla.

—No —dijo Samuel—. Si bajáis el peso sobre el sensor, puede activarse.

—¿Entonces?

Samuel miró alrededor.

—Hay que levantar el pie despacio y poner peso equivalente.

Hugo cerró los ojos.

—Por favor, que no sea una metáfora.

Raquel vio un bloque de cemento a un lado.

—Eso.

—Pesa demasiado —dije.

—Lo empujo.

Raquel se movió por el barro, resbalando. Cogió el bloque con las dos manos. O lo intentó. Las heridas de sus palmas se abrieron. Gritó, pero no soltó.

Damián la miró.

—Raquel…

—No digas nada.

—No iba a decir nada malo.

—Pues cállate igual, que me desconcentras.

Hugo murmuró:

—Crecimiento personal con carácter. Me gusta.

Raquel arrastró el bloque hasta el pie de Lara.

Samuel se agachó.

—Cuando yo diga, levantas el pie. Raquel mete el bloque.

Lara asintió.

—No tiembles —dijo Samuel.

Lara soltó una risa mínima.

—Claro. Ahora mismo soy una columna griega.

—Una —dije.

Irene me miró.

—Otra vez no.

—Perdón. Costumbre.

Samuel respiró.

—Ahora.

Lara levantó el pie.

Raquel empujó el bloque.

El sensor pitó más rápido.

Luego se calmó.

La luz pasó de roja a verde.

Todos soltamos aire a la vez.

Lara apoyó el pie fuera del sensor.

—Gracias —dijo.

Raquel tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No me abraces. Estoy hecha de barro y vergüenza.

Lara casi sonrió.

Seguimos.

08:57

El segundo tramo era una zona de chatarra. Chapas, cables, vigas caídas. Había que levantar la camilla por encima de obstáculos, bajar, girar, volver a levantar. El cuerpo ya no respondía como cuerpo. Respondía como deuda.

Mis manos estaban muertas y vivas a la vez.

Cada vez que agarraba la barra, la piel quemada protestaba. Cada vez que la soltaba, dolía más. El barro se mezclaba con sangre, lluvia y algo oscuro que no quería pensar.

Hugo resbaló.

Esta vez no cayó.

Irene le sujetó del cinturón.

—No te me mueras ahora.

—Empiezo a pensar que me tienes cariño.

—Te tengo utilidad.

—Es un comienzo.

Una sirena sonó más cerca.

Todos miramos hacia la carretera.

Luz azul.

Otra vez.

Más clara.

Raquel empezó a llorar.

—Nos han encontrado.

Samuel no dijo nada.

Eso me gustó poco.

—Samuel —dije.

Él miraba la luz azul.

—Puede ser real.

—¿Puede?

—No lo sé.

Damián se volvió hacia él.

—¿No lo sabes o no quieres decirlo?

Samuel le sostuvo la mirada bajo la lluvia.

—No lo sé.

Por una vez, le creí.

Y eso también me dio miedo.

Llegamos a la última zanja.

Era estrecha, pero profunda. Un canal de drenaje que cortaba el patio de lado a lado. Había varios tablones encima, podridos, mojados, colocados como puentes.

Al fondo, la verja.

La palanca amarilla.

La carretera.

06:22

—Uno a uno —dijo Samuel.

—Con Marcos no podemos uno a uno —contestó Irene.

El puente de tablones no soportaría a cuatro personas y la camilla.

Damián miró la zanja.

—Pasamos la camilla primero. Dos delante, dos detrás. Rápido.

Hugo miró los tablones.

—Me encantaría que "rápido" no fuese siempre el primo idiota de "mortal".

Raquel cruzó primero sin carga.

Luego Samuel.

Lara después, sujetándose el hombro, con los dientes apretados.

Quedábamos la camilla y nosotros cuatro.

Damián delante a la izquierda.

Hugo delante a la derecha.

Irene detrás a la izquierda.

Yo detrás a la derecha.

Marcos cerró los ojos.

—No me dejéis caer.

Damián le miró.

—Te estamos llevando desde que decidiste beberte media botella. Relájate.

—Era una botella pequeña —murmuró Hugo.

—Hugo.

—Perdón. Tensión.

Pusimos el primer pie sobre los tablones.

Crujieron.

Nadie respiró.

Segundo paso.

El barro resbalaba bajo la suela.

La lluvia hacía que las barras de la camilla se volvieran jabón.

Tercer paso.

La zanja debajo olía a agua podrida y metal.

Cuarto.

Un tablón se partió bajo el pie de Hugo.

Él cayó hasta la rodilla.

La camilla se inclinó.

Marcos gritó.

—¡Arriba! —rugió Damián.

Hugo tenía la pierna atrapada entre dos maderas.

—No puedo sacarla.

—¡Sácala!

—Qué idea tan fresca, Damián. Voy a probar.

Irene y yo intentamos compensar el peso. Mis brazos temblaban. La camilla se inclinaba hacia Hugo. Marcos se agarraba a las correas con las manos blancas.

Raquel, desde el otro lado, gritó:
—¡Soltadlo!
Nadie supo si hablaba de Hugo.
De Marcos.
De todos.
Damián tiró de la camilla hacia arriba.
—¡Hugo!
—¡Estoy atascado!
Samuel volvió hacia el borde de la zanja.
—No piséis el centro. Se hunde.
—¡Ya nos hemos suscrito a esa información! —gritó Hugo.
El tablón bajo Irene empezó a crujir.
Yo miré a Hugo.
Él me miró a mí.
Y esta vez vi la decisión antes de que la dijera.
—No —dije.
Hugo tragó saliva.
—No he dicho nada.
—Tienes cara de estar haciéndolo por dentro.
Intentó sonreír.
—Me has cogido cariño.
—No te emociones.
El tablón de Irene cedió otro poco.
Hugo soltó una mano de la camilla.
—No —repetí.
—Si no suelto, caemos todos.
—Cállate.
—Normalmente me lo tomo mal cuando me lo dicen, pero hoy lo entiendo.
Damián rugió:
—¡No sueltes!
Hugo respiró hondo.
Y soltó la camilla.
El peso se nos vino encima.
Irene gritó.
Damián tiró con todo el cuerpo.

Yo sentí que algo en mi hombro se rompía o se rendía.

La camilla saltó hacia delante.

Samuel y Raquel la agarraron desde el otro lado.

Lara también, con un grito que le vació la cara.

Marcos cruzó.

La camilla cayó al barro del otro lado.

Hugo quedó atrás, con la pierna hundida en el tablón roto y el agua negra de la zanja subiéndole hasta el muslo.

—¡Hugo! —grité.

Él levantó una mano.

—Estoy bien.

Nadie le creyó.

Damián dejó la camilla y volvió al borde.

—Dame la mano.

Hugo intentó sacar la pierna.

No pudo.

El tablón roto se había cerrado alrededor de su rodilla como una trampa absurda y vieja.

La pantalla junto a la verja marcaba:

04:11

La voz del altavoz habló:

—La verja final se cerrará en cuatro minutos.

Damián se agachó.

—Dame la mano.

—No vas a llegar a la palanca si me sacas.

—Dame la puta mano.

Hugo le miró.

La lluvia le aplastaba el pelo sobre la frente. Tenía barro en la cara y la camisa rota pegada al cuerpo. Ya no parecía caro. Ya no parecía cínico. Parecía una persona.

Una persona muerta de miedo que aun así estaba calculando.

Eso era casi peor.

—Damián —dijo—. No seas imbécil.

—Tarde.

—Hay que abrir la verja.

—Te saco y luego la abrimos.

—No hay tiempo.

—Entonces lo hacemos rápido.

Hugo sonrió.

Muy poco.

—Me gustaría, por una vez, que tuvieras razón.

Damián se inclinó más.

El tablón bajo él crujió.

—¡Damián! —grité.

Él no se movió.

Hugo le miró con una seriedad nueva.

—Ciérrala bien esta vez.

Damián entendió.

Se le cambió la cara.

—No.

Hugo levantó el trozo de cristal que aún llevaba guardado. El mismo con el que había cortado la manga de Lara, las correas, la historia entera a pedazos pequeños.

Lo usó para cortar la correa que le unía al grupo.

—Hugo —dije.

—Nadia.

Me miró.

Había barro, lluvia, sangre y una especie de paz horrible en su cara.

—No hagas una escena. Te queda fatal con los pies sangrando.

Luego empujó a Damián hacia atrás con una fuerza inesperada.

Damián cayó de espaldas en el barro del lado de la verja.

El tablón cedió.

Hugo bajó medio cuerpo dentro de la zanja.

No desapareció.

No del todo.

Se quedó agarrado a una viga lateral, con el agua negra golpeándole el pecho.

—¡Corred! —gritó.

Damián se levantó como un animal.

—¡No!

—¡Corred, joder!

La pantalla:

03:28

La verja emitió un golpe metálico.

La palanca amarilla se iluminó.

Hugo seguía agarrado a la viga.

Pero la zanja tiraba de él.

No miré más.

No porque no me importara.

Porque si miraba, no corría.

Y si no corría, su gesto no servía para nada.

—Vamos —dije.

Damián no se movía.

—¡Damián!

Él miraba a Hugo.

Hugo, desde la zanja, gritó:

—¡Cierra la puerta bien, segurata!

Damián soltó un sonido que no era humano.

Luego corrió hacia la verja.

Todos lo hicimos.

Con Marcos en la camilla.

Con Lara cojeando.

Con Raquel llorando.

Con Irene tirando de mí cuando mis pies dejaron de entender el suelo.

Con Samuel tambaleándose, las muñecas abiertas, la pulsera roja de Clara apretada contra el pecho.

Llegamos a la verja.

La palanca estaba del lado de dentro.

Damián la agarró con las dos manos.

Tiró hacia abajo.

La verja empezó a subir.

Lenta.

Pesada.

Demasiado lenta.

—Pasad —rugió.

La abertura era estrecha.

Primero Raquel.
Se tiró al suelo y reptó bajo la verja hacia la carretera.
Luego Irene.
Luego Samuel.
Lara se volvió hacia Marcos.
—Tú.
—No.
—Marcos.
—Tú primero.
Ella le miró.
El tiempo se acababa.
Él tragó saliva.
—Por una vez, Lara. Tú primero.
Ella no dijo nada.
Pasó.
Después empujamos la camilla de Marcos.
La verja le rozó la pierna mala y gritó, pero cruzó.
Quedábamos Damián y yo.
Y Hugo al otro lado de la zanja.
O dentro.
No sabía.
No quería saber.
La pantalla:
01:12
Damián seguía sujetando la palanca.
Los músculos de sus brazos temblaban.
—Pasa —me dijo.
—No.
—Nadia.
—Si sueltas, se cierra.
—Lo sé.
—Entonces pasa tú.
Damián me miró.
La lluvia le bajaba por la cara, pero sus ojos estaban secos.
—Yo cerré una puerta.
—Damián.

—Esta la mantengo abierta.

No había grandeza en su voz.

Eso lo hizo insoportable.

No sonaba como un héroe.

Sonaba como un hombre cansado que por fin había encontrado una acción lo bastante simple para no ensuciarla con excusas.

—Pasa —dijo.

—No pienso dejarte.

—No tienes que dejarme. Tienes que salir.

La verja tembló.

La palanca le estaba arrancando fuerza a tirones.

Detrás de mí, Lara gritó desde fuera:

—¡Nadia!

Samuel también:

—¡La verja va a bloquearse!

—¡Cállate! —gritó Damián.

No a Samuel.

Al mundo entero.

Me empujó con el hombro.

No fuerte.

Lo justo.

Me agaché bajo la verja.

El metal me rozó la espalda.

Salí al otro lado.

Carretera.

Asfalto.

Lluvia limpia.

Aire sin techo.

Me volví enseguida.

Damián seguía dentro, con la palanca abajo.

—¡Ahora tú! —grité.

Él miró la palanca.

Luego la abertura.

Si soltaba, quizá le daba tiempo.

Quizá.

La peor palabra del mundo.

00:34

Damián respiró hondo.

Entonces, desde la zanja, llegó un grito.

Hugo.

—¡Damián!

Todos miramos.

Hugo estaba al borde del canal, empapado, con una pierna arrastrando, medio fuera, medio dentro. Había logrado salir parcialmente. No sé cómo. No quería saber cómo. Tenía la cara blanca y los ojos enormes.

Seguía vivo.

Damián le vio.

Y el mundo se volvió todavía más cruel.

La palanca.

Hugo.

La verja.

Nosotros fuera.

Damián dentro.

—No —susurré.

La voz habló por los altavoces del patio:

—El que sostiene la salida decide.

Damián cerró los ojos.

Solo un segundo.

Luego levantó la cabeza.

—Hugo, corre.

Hugo se rio desde la zanja.

Una risa rota, mojada, absurda.

—No puedo correr ni de mis impuestos.

—¡Arrástrate!

Hugo empezó a moverse.

Despacio.

Demasiado despacio.

La pantalla:

00:19

Damián sujetaba la palanca con todo el cuerpo.

La verja temblaba.

Hugo se arrastraba por el barro hacia nosotros.

Cada metro era una vida.

—Vamos —susurró Raquel—. Vamos, vamos, vamos…

Irene tenía las manos en la verja, sin poder ayudar.

Lara lloraba en silencio.

Marcos, desde el suelo, miraba a Hugo como si estuviera viendo algo que no entendía.

Samuel no miraba a Hugo.

Miraba la cámara del patio.

—No la sueltes —dijo.

Damián rugió:

—¡Ya lo sé!

00:08

Hugo llegó a la verja.

Se tiró al suelo.

—No me hagáis parecer digno —jadeó—. Lo odio.

Le agarré de las muñecas.

Irene también.

Tiramos.

La verja bajó un centímetro.

Damián gritó.

Hugo pasó los hombros.

Luego el pecho.

La pierna atrapada llegó torcida, sangrando, empapada.

—¡Tirad! —grité.

Tiramos.

Hugo cruzó.

Cayó sobre el asfalto.

Damián soltó la palanca.

Y corrió.

La verja empezó a caer.

No despacio.

Como una sentencia que había perdido la paciencia.

Damián se lanzó al suelo.

Se deslizó bajo el metal.

La verja le golpeó la espalda.

No de lleno.

Pero lo atrapó por la chaqueta.

—¡Damián! —grité.

Él rugió y tiró hacia delante.

La chaqueta no cedía.

El metal bajó más.

Samuel se lanzó desde fuera y agarró la tela con las dos manos vendadas.

Hugo, tirado en el suelo, sacó el cristal.

Otra vez.

—De verdad —jadeó—. Me voy a casar con este trozo de mierda.

Cortó la chaqueta.

Damián salió justo cuando la verja cayó del todo.

El golpe contra el suelo hizo vibrar el asfalto.

Silencio.

Lluvia.

Respiraciones.

Sirenas.

Reales.

Ahora sí.

Dos coches de policía se detuvieron a unos cincuenta metros. Luces azules. Puertas abriéndose. Voces.

Voces humanas.

No altavoces.

No juegos.

Humanas.

Raquel empezó a sollozar.

Irene se sentó en el suelo.

Lara se tumbó junto a Marcos, sin tocarlo, mirando el cielo.

Hugo respiraba boca arriba, con una pierna mal, una risa pequeña y lágrimas mezcladas con lluvia.

—¿Veis? —murmuró—. Casi muero con estilo.

Damián, tumbado boca abajo, dijo:

—Has salido como una bolsa de basura.

—Pero una bolsa cara.

Y entonces, contra todo pronóstico, nos reímos.

No todos.

No mucho.

Pero algo.

Una risa rota, enferma, mojada, imposible.

Una risa de gente que aún no sabe si ha sobrevivido o solo ha sido aplazada.

Yo miré hacia el edificio.

Al otro lado de la verja, las luces del patio empezaron a apagarse una a una.

La voz habló por última vez.

No desde dentro.

Desde algún altavoz oculto cerca de la carretera.

Muy bajo.

Casi íntimo.

—Novena prueba completada.

Los policías corrían hacia nosotros.

—Resultado: ocho participantes fuera. Un participante muerto. Dos voluntarios detectados. Una salida abierta. Ningún inocente.

Samuel levantó la cabeza.

—¿Quién eres? —gritó.

La respuesta llegó con una interferencia suave.

—Alguien que también pidió ayuda.

La línea se cortó.

Y entonces lo vi.

No sé cómo no lo habíamos visto antes.

Al otro lado de la carretera, bajo una farola rota, había una figura de pie.

Pequeña.

Inmóvil.

Con una capucha empapada por la lluvia.

Los policías no la miraban.

Nadie la miraba.

Solo yo.

La figura levantó una mano.

En la muñeca llevaba una pulsera roja.

Igual que la de Clara.

Samuel se puso de rodillas.
Su cara perdió toda la sangre.
—No puede ser.
La figura retrocedió hacia la oscuridad.
Y desapareció.

Capítulo 10 — La carretera

La lluvia sabía a mundo.

No a óxido. No a humo. No a agua estancada con cosas flotando que nadie quería nombrar.

A lluvia.

Agua cayendo del cielo, sin instrucciones, sin altavoces, sin una pantalla contando cuánto tiempo nos quedaba para fallar como personas.

Me habría gustado disfrutarla.

Pero tenía los pies abiertos, las manos quemadas, la espalda hecha una geografía del dolor y una figura con una pulsera roja acababa de desaparecer bajo una farola rota como si la noche se la hubiera tragado.

Samuel seguía de rodillas en el asfalto.

—No puede ser —repitió.

Nadie le oyó.

O sí, pero todos estábamos demasiado ocupados en seguir vivos con poca elegancia.

Los policías llegaron corriendo.

Dos coches. Cuatro agentes. Luego una furgoneta. Luego, a lo lejos, una ambulancia con la sirena desgarrando la carretera. Las luces azules convertían la lluvia en agujas. Los charcos brillaban como cristales rotos.

—¡Al suelo! —gritó un agente.

Hugo, tumbado boca arriba, levantó una mano.

—Voy por delante del protocolo.

—¡Manos visibles!

Damián, tirado junto a la verja, soltó una risa ronca.

—Compañero, si levanto las manos, igual se me caen.

El policía se quedó un segundo parado al vernos de verdad.

Eso fue casi reconfortante.

Su cara cambió.

Ya no veía sospechosos. Veía cuerpos. Sangre. Barro. Gente rota saliendo de un sitio del que nadie debería salir así.

—Necesitamos sanitarios aquí —dijo por la radio—. Varios heridos. Repito, varios heridos.

Raquel empezó a llorar con más fuerza.

No como antes.

Antes lloraba desde el miedo. Ahora lloraba desde el cuerpo. Como si al ver uniformes, coches, luces, carretera, su organismo hubiera decidido que ya podía romperse entero.

Irene se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

Raquel no se apartó.

Curioso.

Una hora antes habría matado por una toma de aire. Ahora aceptaba un abrazo de la mujer que había ayudado a convertir a Clara en una mentira impresa.

La supervivencia no perdona.

Pero cansa tanto que a veces aplaza el juicio.

Lara estaba de rodillas junto a Marcos. Él temblaba. La pierna mala tenía una forma horrible bajo la tela, hinchada y torcida, pero sus ojos estaban clavados en ella.

—Lara…

—No hables.

—Solo quería…

—He dicho que no hables.

—Vale.

Calló.

Por una vez, Marcos obedeció como si hubiera entendido que el silencio también podía ser una forma mínima de respeto.

Hugo intentó incorporarse.

No pudo.

Soltó un gemido muy poco heroico y volvió a caer sobre el asfalto.

—Bien —dijo—. Confirmo que mi pierna se ha independizado.

Me arrastré hacia él.

No caminé. Eso habría sido optimismo, y el optimismo me parecía una falta de respeto a mis pies.

—No te muevas.

—Esa orden me encanta. Es compatible con mis aspiraciones actuales.

Le palpé la pierna por encima del pantalón. Estaba atrapada por barro, sangre y una postura que no prometía nada bueno.

—Puede estar rota.

—Qué sorpresa tan vulgar.

—O luxada.

—Eso suena más de clase media alta. Prefiero luxada.

—Hugo.

—¿Qué?

—Cállate un poco.

Me miró.

Tenía la cara cubierta de lluvia, barro y una palidez nueva. Aun así sonrió.

—Me alegra que hayamos sobrevivido para que vuelvas a decírmelo.

No contesté.

No porque no tuviera nada que decir.

Porque de pronto noté que, si decía algo amable, iba a llorar.

Y no quería llorar por Hugo.

No por principios.

Por higiene emocional.

Damián llegó hasta nosotros arrastrando una pierna. No sabía cómo seguía moviéndose. Tenía la espalda marcada por la verja, las manos destrozadas, un corte en la ceja y la expresión de un hombre que acababa de sujetar una puerta abierta contra todo lo que había sido antes.

Miró a Hugo.

—Estás vivo.

Hugo cerró los ojos.

—No suenes tan decepcionado.

Damián se agachó junto a él.

—Has hecho una gilipollez.

—Sí.

—Una gilipollez enorme.

—Sí.
—Una gilipollez útil.
Hugo abrió un ojo.
—¿Eso ha sido cariño?
—No te pases.
—Lo guardaré como si lo fuera.
Un agente se acercó a nosotros con una manta térmica.
—¿Podéis decirme cuántos sois?
Nadie respondió enseguida.
La pregunta era sencilla.
Demasiado sencilla.
Yo miré alrededor.
Raquel. Irene. Lara. Marcos. Hugo. Damián. Samuel. Yo.
Ocho.
Luego pensé en Esteban.
Nueve.
Luego pensé en Clara.
Diez.
Luego en la figura bajo la farola.
No supe qué número decir.
—Ocho fuera —respondí al fin—. Uno dentro. Muerto.
El agente tragó saliva.
—¿Dentro del edificio?
Miré la verja cerrada.

El edificio se levantaba detrás, negro, enorme, casi invisible bajo la lluvia. Desde fuera parecía una fábrica abandonada. Una cosa muerta. Una cosa que nadie miraría dos veces.

Qué fácil es esconder el horror si le pones encima suficiente óxido.

—Sí —dije—. Dentro.
—¿Hay alguien más?
Samuel levantó la cabeza.
—Sí.
Todos le miramos.
El agente también.

Samuel tenía los labios morados y las muñecas vendadas con tela empapada. En la mano seguía apretando la pulsera roja.

—Había alguien en la carretera —dijo—. Hace un momento. Bajo aquella farola.

El agente miró hacia donde señalaba.

Farola rota.

Oscuridad.

Lluvia.

Nada.

—No veo a nadie.

—Estaba ahí.

Damián lo miró.

—¿Quién?

Samuel se puso de pie con dificultad. Se tambaleó. Raquel hizo ademán de ayudarle, pero se detuvo a medio gesto, como si hubiera recordado que él era dos cosas a la vez: salvador reciente y traidor completo.

—No lo sé.

—Has dicho "no puede ser" —dije.

Samuel me miró.

Durante un segundo volvió a parecer el hombre frío del túnel. Luego ese hombre se cayó de su cara.

—Clara tenía una pulsera igual.

—La de tu caja —dijo Irene.

Él asintió.

—Pero no era única.

Las luces de la ambulancia aparecieron al fondo de la carretera.

Azules.

Rojas.

Blancas.

Humanas.

Eso ya no tranquilizaba del todo.

—Había otra chica —dijo Samuel.

La frase hizo que la lluvia pareciera más fría.

Hugo cerró los ojos.

—Por supuesto que había otra chica.

Samuel apretó la pulsera.

—Clara no estaba sola aquella noche.

Nadie habló.

Ni siquiera los policías.

—¿Otra víctima? —pregunté.

Samuel negó con la cabeza.

—Otra superviviente.

El silencio se volvió enorme.

Damián fue el primero en reaccionar.

—¿Y lo dices ahora?

Samuel le miró.

—Yo no sabía que seguía viva.

Damián dio un paso hacia él.

Un agente se interpuso.

—Eh, tranquilo.

Damián lo miró como si acabara de descubrir un mueble en mitad del camino.

—No te metas.

—Señor, necesito que se aparte.

Hugo, desde el suelo, levantó la mano.

—Agente, consejo amistoso: no le llame señor. Lo envejece y lo pone violento.

Damián no apartó los ojos de Samuel.

—¿Quién era?

Samuel respiró.

—Vera.

Lara levantó la cabeza.

—¿Vera?

—Vera Beltrán.

Raquel se tapó la boca.

—¿Hermana?

—Prima —dijo Samuel—. Vivían juntas. Clara era como su hermana mayor.

La ambulancia frenó con un chirrido.

Puertas abiertas.

Sanitarios corriendo.

Voces.

Guantes.

Camillas.

Órdenes.

Pero nosotros seguimos mirando a Samuel.

Porque hay dolores que llegan tarde y aun así empujan a todos los demás.

—Vera estaba allí aquella noche —dijo Samuel—. Clara consiguió sacarla por una ventana del baño antes de volver a buscar a las demás.

—¿Y Vera sobrevivió? —pregunté.

—Sí.

—¿Y tú no lo sabías?

Samuel soltó una risa seca.

—Yo tenía diecinueve años. Me dijeron que había desaparecido. Que se había ido. Que no quería declarar. Que estaba rota.

Hugo murmuró:

—Qué conveniente.

Samuel le miró.

—Sí.

La palabra no fue acusación.

Fue veneno.

Un sanitario se arrodilló junto a mí.

—Necesito ver esas manos.

—Hay gente peor.

—Eso no hace que usted esté bien.

—No he dicho que esté bien. He dicho que hay gente peor.

El sanitario me miró con cansancio profesional.

—Y yo he dicho que necesito ver esas manos.

Tuve ganas de abrazarlo.

No por ternura.

Porque alguien me estaba dando una orden normal.

Una orden sin cuenta atrás.

Le tendí las manos.

Al quitar las vendas improvisadas, parte de la tela se quedó pegada a la piel. El dolor me subió hasta la nuca. Apreté los dientes

y no grité.

Hugo, a dos metros, dijo:

—Si quieres gritar, grita. Yo he hecho ruidos muy poco seductores y sigo teniendo encanto.

—Eso habría que votarlo —dijo Irene.

Hugo giró la cabeza hacia ella.

—Estás viva. Me alegro.

Irene le miró.

La frase la pilló sin defensa.

—Yo también —dijo.

—¿De estar viva o de que yo lo esté?

—No estropees el momento.

—Perdón. Es mi talento.

Un policía se acercó a Samuel.

—Necesito su nombre.

Damián soltó una risa áspera.

—Ah, ese tiene varios.

Samuel cerró los ojos.

—Samuel Ríos.

—¿Documento?

—No lo tengo.

—¿Puede explicar qué ha pasado aquí?

Samuel miró hacia el edificio.

Luego hacia nosotros.

Luego hacia la carretera donde había desaparecido la figura.

—No todo.

El policía frunció el ceño.

—Empiece por lo que pueda.

Samuel abrió la boca.

Pero el edificio habló antes.

No con la voz.

No con altavoces.

Con una explosión.

No fue enorme. No fue de película. No levantó una bola de fuego perfecta ni nos tiró a todos al suelo con elegancia. Fue un golpe seco, profundo, desde dentro de la fábrica. Las ventanas tapiadas

temblaron. La verja vibró. Una bocanada de humo negro salió por una rendija alta y se mezcló con la lluvia.

Todos nos agachamos.

Los policías levantaron las armas.

Raquel gritó.

Marcos intentó incorporarse y volvió a caer.

Damián se puso delante de Hugo sin pensarlo.

Hugo, desde el suelo, dijo:

—Qué detalle más masculino e inútil.

—Cállate.

—Sí.

Eso también fue nuevo.

Otra explosión, más pequeña.

Luego el edificio empezó a apagarse.

Literalmente.

Las luces del patio ya estaban muertas, pero ahora se fueron apagando pequeños puntos dentro. Ventanas internas. Señales. Focos. Uno tras otro, como si alguien borrara la casa desde dentro.

Samuel avanzó hacia la verja.

Un agente le agarró del brazo.

—No puede acercarse.

—Tiene que haber servidores, cámaras, pruebas…

Damián soltó un gruñido.

—¿Ahora te preocupan las pruebas?

Samuel tiró del brazo.

—Si se quema todo, no habrá nada.

Irene se puso de pie con dificultad.

—Tiene razón.

Hugo levantó la cabeza.

—Odio cuando el infiltrado tiene razón. Ya van demasiadas veces.

El policía habló por la radio.

—Posible incendio interior. Necesitamos bomberos. Mantengan perímetro.

Perímetro.

La palabra sonó insultantemente normal.

Dentro del edificio estaba Esteban.

Dentro estaba la mesa.

El horno.

La cisterna.

La silla.

Las cajas.

Todas nuestras culpas convertidas en escenografía.

Y ahora, quizá, en ceniza.

—No quieren que quede nada —dijo Irene.

Raquel la miró.

—¿Quiénes?

Irene no contestó.

Miró a Samuel.

Samuel miraba el humo.

—No era solo uno —dijo él.

Damián cerró los ojos.

—Me cago en Dios.

Un sanitario intentó llevarse a Marcos en camilla. Lara caminó junto a él.

Marcos la buscó con la mano.

Ella la vio.

No se la cogió.

Pero tampoco se alejó.

—Lara —dijo él.

—Ahora no.

—Pensé que si decía la verdad, me odiarías.

Ella le miró.

La lluvia le bajaba por la cara, pero ya no lloraba.

—Marcos, te odio mucho más por todo lo que hiciste para no decirla.

Él cerró los ojos.

No tuvo respuesta.

Bien.

Algunas frases merecen quedarse solas.

Raquel estaba siendo atendida por otra sanitaria. Le limpiaban las manos. Ella miraba el móvil roto que había traído de su caja. No

sé cuándo lo había recogido. Lo tenía sobre las rodillas, apagado, aplastado, inútil.

—No lo necesito —dijo.

La sanitaria creyó que hablaba con ella.

—¿El qué?

Raquel levantó el móvil.

—Esto.

Lo dejó caer al suelo.

Luego lo empujó con el pie hacia una alcantarilla.

El móvil cayó.

Un golpe pequeño.

Adiós.

Hugo lo vio.

—Dramático, pero efectivo.

Raquel le miró.

—Gracias.

—No era una burla.

—Ya.

—Me preocupa que empieces a entenderme.

—A mí también.

Damián seguía frente a Samuel.

No le tocaba.

Eso ya era un esfuerzo.

—Quiero todo —dijo—. Nombres. Sitios. Quién te contactó. Quién construyó esto. Quién puso mi vídeo en esa sala.

Samuel lo miró.

—Yo también.

Damián se rio.

—No estamos en el mismo lado.

Samuel bajó la vista a la pulsera.

—No.

—Bien.

—Pero quizá estamos mirando hacia el mismo sitio.

Damián se acercó un paso.

—No me vendas alianza, chaval.

—No la vendo. La necesito.

—Pues peor.

Un agente se interpuso de nuevo.

—Los dos van a tener que declarar.

Hugo, desde la camilla, murmuró:

—Por fin una actividad que se me da bien.

El sanitario intentaba inmovilizarle la pierna.

—No se mueva.

—Me encantaría obedecerle por principios, pero ahora mismo es más por incapacidad.

—¿Dolor del uno al diez?

Hugo miró a Damián.

Luego a mí.

Luego al edificio humeante.

—Creativo.

El sanitario parpadeó.

—Eso no es un número.

—Nueve y medio, pero con aspiraciones.

Damián bufó.

La risa casi le salió.

Casi.

La policía empezó a alejarnos de la verja. Nos envolvieron en mantas térmicas. Nos sentaron en el arcén. Nos separaron por prioridad médica, no por culpa, que era otra lista mucho más complicada.

Yo no dejaba de mirar la farola rota.

Nada.

Oscuridad.

Lluvia.

Ninguna figura.

Ninguna pulsera roja.

Pero la sensación seguía ahí. La certeza de haberla visto. Una mano levantándose. Un gesto no de saludo. De despedida. O de aviso.

Samuel se sentó a mi lado porque un sanitario lo empujó allí, no porque ninguno de los dos lo quisiera.

Durante un rato no hablamos.

El edificio soltó otra bocanada de humo.

Más negra.

Más espesa.

—¿Era ella? —pregunté.

Samuel no me miró.

—No lo sé.

—Pero lo piensas.

—Pienso muchas cosas.

—Elige una útil.

Apretó la pulsera en su mano.

—Vera tenía una igual. Clara hizo dos. Una para ella y otra para Vera. Decía que eran para no perderse.

Sentí un escalofrío.

No por el frío.

—¿Y por qué estaba en tu caja la de Clara?

Samuel tragó saliva.

—Porque la encontraron en el cuerpo.

La lluvia cayó entre nosotros.

Durante un segundo, el mundo se redujo a eso.

Una pulsera encontrada en un cuerpo.

Otra en una muñeca bajo una farola.

Dos niñas prometiendo no perderse.

Una perdida en el fuego.

La otra, quizá, convertida en algo que sabía abrir puertas, encender pantallas y hacer que nueve culpables se arrastraran por el infierno.

—Samuel —dije—. ¿Tú ayudaste a crear el juego?

Cerró los ojos.

—Ayudé a encontrarlos.

—Eso no responde.

—Es la única respuesta que todavía sé dar.

—Pues busca otra.

Me miró.

Tenía los ojos rojos, no de llanto, sino de humo, cansancio y algo que parecía miedo de sí mismo.

—Hace seis meses recibí un correo.

—¿De quién?

—No lo sé.

—Mentira.

—No lo sé —repitió—. Sin nombre. Solo una frase.

—¿Cuál?

Samuel miró el edificio.

La lluvia le pegaba el pelo a la frente.

—Si quieres que confiesen, deja de buscar justicia y empieza a buscar culpables.

No dije nada.

Él siguió:

—Había archivos. Vídeos. Documentos. Direcciones. Vuestros nombres. Todo lo que la policía nunca encontró o nunca quiso encontrar.

—¿Y aceptaste?

—Clara llevaba tres años muerta.

La frase salió como si eso explicara algo.

Y lo explicaba.

No lo justificaba.

Pero lo explicaba.

—Pensé que iba a ser una encerrona —dijo—. Una confesión grabada. Una amenaza. No esto.

—Pero entraste con nosotros.

—Me dijeron que tenía que estar dentro para asegurarme de que nadie se libraba.

—¿Quién te lo dijo?

Samuel miró la farola rota.

—La misma persona que sabía lo de Vera.

Un policía volvió a acercarse.

—Señora Vidal.

La palabra me golpeó más que el apellido.

Señora.

Vidal.

Normalidad administrativa.

—Necesitamos trasladarla.

—¿A dónde?

—Hospital.

—No.

El agente parpadeó.

—Tiene heridas importantes.

—No me voy hasta que entre alguien ahí.

—Ya están llegando bomberos.

—Esteban está dentro.

El agente bajó un poco la mirada.

—Lo sabemos.

—No. No lo sabe. Sabe que hay un cuerpo. No sabe que se llamaba Esteban Noguera, que era un cobarde, que firmó algo que no debía, que hizo un chiste malísimo antes de morir y que tiró de una cadena con un brazo roto para que yo saliera de un túnel.

Me tembló la voz al final.

No lo había previsto.

El agente se quedó callado.

Hugo, desde la camilla cercana, dijo:

—Fue un chiste decente. Tampoco exageremos con la santificación.

Me reí.

Lloré.

No sé.

Las dos cosas salieron casi iguales.

El agente asintió.

—Vamos a sacarlo.

No sabía si podía prometerlo.

Pero lo dijo bien.

A veces eso basta durante cinco segundos.

Los bomberos llegaron poco después.

Más luces.

Más voces.

Más normalidad intentando cubrir algo que no cabía en ningún parte.

La fábrica seguía humeando.

Un bombero se acercó a la verja, miró el cierre, habló con otro. Cortaron la cadena exterior. Entraron con linternas.

Damián no apartó la vista.

Hugo tampoco.

Raquel rezaba, creo. O repetía palabras sin orden. Irene miraba el edificio como una periodista que ya no sabía si tenía derecho a contar nada. Lara estaba subida a una ambulancia, al lado de Marcos, pero con el cuerpo girado hacia nosotros. Samuel seguía sentado, con la pulsera.

Y yo seguía viendo la farola.

Nada.

Nada.

Nada.

Hasta que algo brilló en el suelo.

Muy poco.

Un destello rojo, junto al bordillo.

Me levanté.

El sanitario que me vendaba las manos protestó.

—¡Eh!

No le hice caso.

Caminé como pude.

Cada paso fue una pequeña guerra.

La lluvia me golpeaba la cara. El asfalto estaba frío bajo mis pies destrozados. Me acerqué a la farola rota, a ese punto donde había estado la figura.

No había nadie.

Solo una cosa en el suelo.

Una tira de hilo rojo.

Cortada.

Atada a una pequeña pieza de plata.

Una pulsera.

La recogí con dos dedos vendados.

En la pieza plateada había una inicial grabada.

No era una C.

Era una V.

Samuel apareció detrás de mí.

No sé cómo había caminado tan rápido.

Al ver la pulsera, se quedó sin aire.

—Vera —susurró.

Entonces, desde el bolsillo de mi pantalón roto, sonó algo.

Me quedé inmóvil.

No tenía móvil.

Nos lo habían quitado todo.

Todo.

El sonido volvió.

Un pitido breve.

Metí la mano despacio.

Saqué un teléfono pequeño, negro, que no era mío.

La pantalla se encendió sola.

Un mensaje.

Sin número.

Solo una línea.

Ocho salieron. Ahora veremos cuántos dicen la verdad.

Debajo, una cuenta atrás.

No de minutos.

De horas.

23:59:59

23:59:58

Samuel miró la pantalla.

Damián gritó mi nombre desde la carretera.

Hugo intentó incorporarse en la camilla.

Irene se puso de pie.

Raquel dejó de llorar.

La lluvia siguió cayendo.

Y yo entendí, con una claridad horrible, que habíamos salido del edificio.

Pero no del juego.

Capítulo 11 — Veinticuatro horas

El teléfono no pesaba nada.

Eso fue lo absurdo.

Después de las cajas, de la camilla, de la mesa, de la puerta, de Marcos, de Hugo, de Esteban muerto sobre una bandeja de metal, aquel teléfono negro debería haber pesado como una piedra de tumba.

Pero era ligero.

Pequeño.

Casi ridículo.

Una cosa que cabía en mi mano vendada y que, aun así, consiguió que todos volviéramos a quedarnos sin aire.

La pantalla seguía contando.

23:59:41

23:59:40

23:59:39

Samuel estaba a mi lado, con la pulsera de Vera en la mano y la cara de alguien que acababa de descubrir que su infierno particular tenía una segunda planta.

—Dámelo —dijo.

No se lo di.

—Ni de broma.

—Nadia.

—No sabes ni quién te metió aquí dentro.

—Pero sé más que tú.

—Eso no es mérito. Acabo de descubrir que llevo un móvil ajeno en el pantalón y tengo los pies abiertos como una sandía.

Samuel tragó saliva.

No sonrió.

El humor se le estaba acabando.

Mala señal. Hasta Hugo, medio roto en una camilla, seguía intentando parecer imbécil. Cuando alguien como Samuel dejaba de

controlar el tono, significaba que la cosa se nos estaba cayendo otra vez encima.

Damián llegó cojeando, empapado, con la manta térmica colgándole de los hombros como una capa de rey destronado en un vertedero.

—¿Qué es eso?

Le enseñé la pantalla.

Leyó el mensaje.

No dijo nada durante tres segundos.

Eso, viniendo de Damián, era casi una tesis doctoral.

—Me cago en todo —dijo al fin.

—Resumen correcto —murmuró Hugo desde la camilla, a unos metros—. Con matices, pero correcto.

Irene se acercó detrás de él. Tenía una manta sobre los hombros y la barbilla vendada. La lluvia le había borrado la sangre de la cara, pero no el cansancio.

—¿Quién lo ha puesto en tu bolsillo?

Miré hacia la farola rota.

La pulsera de Vera seguía entre mis dedos.

—Supongo que quien estaba ahí.

Samuel apretó los labios.

—Vera.

Damián se giró hacia él.

—No vuelvas a decir su nombre como si eso explicara algo.

—Era su pulsera.

—También eras tú el hermano de Clara y mira qué fiesta nos has organizado.

Samuel se quedó quieto.

La frase le dolió.

Bien.

Algunas frases tenían que doler.

Un policía se acercó rápido. El mismo agente que me había preguntado cuántos éramos. Llevaba la gorra empapada y la expresión de un hombre al que le habían entregado un caso imposible en mitad de la noche y sin café suficiente.

—¿Qué ocurre?

Irene señaló el teléfono.

—Ha aparecido esto.

El agente extendió la mano.

—Necesito verlo.

Cerré los dedos alrededor del móvil.

—Espere.

—Señora Vidal.

—No me llame señora ahora mismo. Me añade veinte años y una hipoteca.

Hugo, desde la camilla, levantó una mano.

—Estoy con ella. Es una crueldad innecesaria.

El agente no sonrió.

—Ese dispositivo puede ser una prueba.

—Ya lo sé.

—Entonces entréguemelo.

La pantalla vibró.

Todos lo oímos.

Un sonido pequeño.

Un mosquito eléctrico.

Miré.

El mensaje había cambiado.

SI LO ENTREGAS ANTES DE LEER, OTRO CONTARÁ POR TI.

Debajo, un icono.

Un sobre.

Damián soltó aire por la nariz.

—Claro. El móvil también tiene carácter.

El agente miró la pantalla.

—¿Qué significa eso?

—Ojalá supiera responderle con algo que no diera asco —dije.

El sobre parpadeó.

Samuel dio un paso.

—Ábrelo.

Damián le miró.

—Tú no mandas.

—No estoy mandando. Estoy intentando que no perdamos información.

—Te encanta llamarlo información cuando huele a trampa.

—Porque probablemente lo es.

Hugo levantó la cabeza lo justo para vernos.

—Como abogado, recomiendo no tocar nada. Como persona que acaba de sobrevivir a nueve pruebas diseñadas por un resentido con buen presupuesto, recomiendo tocarlo ya, porque si no, seguro que explota algo, metafóricamente o no. Últimamente las metáforas vienen fuertes.

El agente volvió a extender la mano.

—Necesito confiscarlo.

La pantalla vibró otra vez.

Nuevo mensaje.

UNO DE VOSOTROS YA ESTÁ MINTIENDO.

Todos nos miramos.

Fue inmediato.

Feo.

Humano.

La carretera entera pareció estrecharse a nuestro alrededor.

Raquel, sentada junto a la ambulancia, levantó la cara.

—¿Qué?

Irene se volvió hacia ella.

—Nada.

—No digas nada así. Ya no.

Marcos, en la camilla, intentó incorporarse. Lara le puso una mano en el pecho para que no lo hiciera. No fue una caricia. Fue una orden.

—Quieto.

—¿Qué pone? —preguntó él.

Nadie respondió.

El móvil vibró una tercera vez.

Esta vez se abrió solo.

La pantalla mostró ocho nombres.

NADIA VIDAL

HUGO LATORRE

DAMIÁN CRUZ

RAQUEL MENA

IRENE BARROSO
LARA SANZ
MARCOS ARANDA
SAMUEL RÍOS
Junto a cada nombre había un círculo gris.
Menos uno.
El de MARCOS ARANDA parpadeaba en rojo.
Lara miró a Marcos.
Marcos se quedó blanco.
—Yo no he dicho nada.
—Todavía —dijo Hugo.
—Cállate.
—Ojalá, pero me inquieta lo del círculo rojo.
El agente se inclinó hacia la pantalla.
—¿Qué es esto?
El teléfono reprodujo un audio.
No pedí que lo hiciera.
No toqué nada.
La voz de Marcos salió del altavoz pequeño, débil pero clara.
Yo no conocía a esa chica. No sabía quién era. No tuve nada que ver.
La grabación era de hacía minutos.
De cuando los sanitarios lo estaban subiendo a la camilla.
Lara cerró los ojos.
Marcos miró alrededor, desesperado.
—Eso no es…
El móvil reprodujo otro fragmento.
La voz de Marcos, dentro de la prueba, rota por el dolor:
¡La dejé allí! ¡Pude volver y no volví!
Silencio.
La lluvia siguió cayendo.
A veces la naturaleza tiene muy poca sensibilidad dramática.
El círculo rojo junto a su nombre cambió.
MENTIRA DETECTADA.
Marcos empezó a llorar.
—No lo dije así.

Hugo le miró.

—Curioso. Parecía tu voz, tus palabras y tu cobardía con el mismo timbre.

—¡Estaba asustado!

Damián soltó una carcajada seca.

—Todos estamos asustados, Marcos. Algunos estamos intentando no convertirlo en profesión.

Lara no dijo nada.

Eso fue mucho peor.

Marcos la buscó con la mirada.

—Lara…

—No.

—Déjame explicarlo.

—No.

—Solo quería ganar tiempo.

Ella le miró al fin.

Tenía los ojos secos.

—Eso es lo único que has querido desde que te conozco.

Marcos cerró la boca.

El móvil vibró.

23:53:12

DECID LA VERDAD ANTES DE QUE LA VERDAD OS ELIJA.

Debajo apareció otra frase:

HOSPITAL SAN TELMO. SALA 3. UNA HORA.

El agente la leyó en voz alta.

—Hospital San Telmo.

Irene levantó la vista.

—Es adonde nos llevan.

El agente frunció el ceño.

—Eso no lo sabía nadie.

Samuel miró hacia las ambulancias.

—Alguien sí.

Damián se giró hacia los sanitarios, los policías, las luces, la lluvia, la carretera. De pronto, todos los uniformes parecieron menos tranquilizadores.

—¿Hay alguien de los suyos aquí?

El agente tensó la mandíbula.

—No sabemos quiénes son "los suyos".

—Pues empiece a sospechar de todo el que respire.

Hugo levantó una mano desde la camilla.

—Yo respiro fatal, por si ayuda a descartarme.

El policía habló por la radio. Se apartó unos metros, pero no demasiado. Nos seguía mirando. Ya no como víctimas. Tampoco como culpables. Como piezas de algo que todavía se estaba moviendo.

Un sanitario volvió a intentar llevarme hacia la ambulancia.

—Tiene que subir.

—No.

—Señora…

Le miré.

—Una vez más con "señora" y me arranco las vendas para darle trabajo.

Parpadeó.

Hugo dijo:

—Yo le haría caso. Tiene cara de cumplir promesas horribles.

El sanitario suspiró.

—Nadia. Tiene quemaduras, cortes profundos y posible lesión en el hombro. Puede discutir conmigo dentro de la ambulancia.

Eso sonó razonable.

Me molestó.

—Vale.

Samuel se acercó.

—Voy contigo.

Damián lo agarró del brazo.

—Tú vienes conmigo.

—No.

—Sí.

Samuel no se soltó.

—Necesito estar cerca del teléfono.

—Y yo necesito estar cerca de ti por si decides tener otra idea brillante.

—Yo no puse ese móvil en su bolsillo.

—Pero abriste la puerta al que sí lo hizo.

Samuel bajó la mirada.

No tuvo respuesta.

El agente intervino.

—Van separados.

Damián soltó una risa.

—No.

—No es una sugerencia.

Damián se inclinó hacia él. Sangrando, quemado, cojeando y aun así intimidando como un muro con mal día.

—Escúchame. Uno de nosotros ha muerto dentro. Hemos salido de un edificio lleno de cámaras, pruebas y trampas. Alguien ha metido un teléfono en su bolsillo en una escena llena de policías. Si nos separáis sin saber quién está mirando, sois más optimistas que competentes.

El agente no se movió.

—Precisamente por eso no puedo dejaros juntos sin control.

Hugo levantó la cabeza.

—Tiene lógica policial. Qué desagradable.

Irene intervino.

—Llévennos al mismo hospital, pero con custodia en la misma planta. Nadie entra sin identificación. Nadie sale. Y ese teléfono lo mira delitos informáticos delante de nosotros.

El agente la miró.

—¿Y usted quién es?

Irene tardó medio segundo.

—Alguien que mintió por escrito y sabe lo que pasa cuando se pierde el control de una historia.

No fue una presentación bonita.

Fue útil.

El agente habló otra vez por radio.

Al final asintió.

—Mismo hospital. Planta custodiada. El teléfono se queda en una bolsa de pruebas, pero no se apaga y nadie lo manipula sin testigos.

La pantalla vibró.

ACEPTABLE.

Raquel, que lo vio desde la ambulancia, empezó a reírse.

Una risa mal hecha, casi histérica.

—Le parece aceptable —dijo—. Al móvil le parece aceptable. Menos mal. Ya puedo relajarme.

—No te relajes mucho —murmuró Hugo—. Igual luego nos pide valorar la experiencia.

Nos trasladaron en tres ambulancias.

A mí me tocó con Hugo.

No sé quién decidió aquello. Probablemente alguien con sentido del humor o con ganas de castigar a los sanitarios.

Hugo iba en una camilla, con la pierna inmovilizada, una vía en el brazo y la cara más blanca de lo que quería admitir. Yo iba sentada en el banco lateral, con las manos vendadas de nuevo, los pies envueltos y una manta térmica que sonaba cada vez que respiraba.

El teléfono iba dentro de una bolsa transparente, sobre una bandeja metálica, junto al agente.

La pantalla seguía encendida.

23:41:08

23:41:07

—Odio las cuentas atrás —dijo Hugo.

—Original.

—Me estoy quedando sin repertorio. Casi morir desgasta.

El sanitario le ajustó la vía.

—Voy a darle algo para el dolor.

Hugo levantó un dedo.

—¿Algo legal?

El sanitario le miró.

—Soy sanitario.

—Eso no responde exactamente.

—Hugo —dije.

—Perdón. Viejas costumbres. Si me dan una sustancia, pregunto por responsabilidad profesional.

—Eres abogado, no químico.

—Soy curioso con receta.

El sanitario le inyectó el analgésico.

Hugo cerró los ojos.

Durante unos segundos no habló.

Me preocupó.

Luego murmuró:

—Qué maravilla. Me arrepiento de no haberme lesionado antes.

—Tienes la pierna destrozada.

—Pero con perspectiva.

Miré por la ventanilla trasera.

La fábrica se alejaba entre lluvia y luces. Bomberos. Policía. Humo. Oscuridad.

Y allí dentro, Esteban.

Cerré los ojos.

—¿Le mentí? —preguntó Hugo.

Le miré.

Tenía los ojos cerrados, pero no dormía.

—¿A quién?

—A la policía. Cuando me preguntaron quién era. Dije mi nombre. Dije abogado. No dije "defendí al tipo que ayudó a tapar lo de Clara".

—Acabas de salir arrastrándote de una zanja.

—No es una absolución muy sólida.

—No soy juez.

Abrió un ojo.

—Menos mal. Tienes mal carácter.

—Y tú mal todo lo demás.

Sonrió apenas.

Luego la sonrisa se le fue.

—En el juicio sabía que la chica no mentía.

No dije nada.

La ambulancia siguió moviéndose.

Sirena.

Lluvia.

Luces pasando por el techo.

—No sabía todo —continuó—. Eso es verdad. Pero sabía que no mentía. Había una diferencia en cómo hablaba su madre. En cómo

se contradecían los testigos. En cómo mi cliente sonreía cuando nadie le miraba.

Tragó saliva.

—Yo no defendí la duda. La fabriqué.

El teléfono vibró dentro de la bolsa.

El agente, sentado al fondo, se incorporó.

El círculo de Hugo en la pantalla cambió de gris a verde.

VERDAD ACEPTADA.

Hugo lo vio.

Soltó una risa pequeña.

—Mira. Después de años, alguien valora mi sinceridad.

—No te emociones.

—No. Es horrible.

El sanitario no preguntó.

Profesional inteligente.

El hospital San Telmo apareció veinte minutos después.

Urgencias era luz blanca, puertas automáticas y gente normal teniendo la peor noche de su vida sin saber que la nuestra les ganaba por goleada.

Nos metieron por una entrada lateral.

Había policías en el acceso. Más sanitarios. Camillas. Preguntas. Guantes. Ruido.

El mundo normal era escandaloso.

Demasiado abierto.

Demasiado lleno de lugares donde alguien podía esconderse sin necesidad de apagar las luces.

Me separaron de Hugo en el pasillo.

—Nadia —dijo.

Me volví.

Estaba en la camilla, medio drogado, con la pierna inmovilizada y el pelo pegado a la frente.

—¿Qué?

—Si me duermo, no dejes que Damián me dibuje nada en la escayola.

—Todavía no tienes escayola.

—Por eso mismo. Hay que prevenir.

Casi sonreí.

—Descansa.

—Qué palabra tan rara.

Se lo llevaron.

A mí me metieron en un box.

Me limpiaron las heridas.

Eso fue una prueba nueva.

Sin altavoces, sin cámaras, sin frases pintadas en la pared. Solo una enfermera joven retirándome tela pegada a la piel, lavando cortes, revisando quemaduras y diciendo "lo siento" cada vez que me hacía daño.

Ese "lo siento" casi me destruía más que el dolor.

Porque era humano.

Porque no pedía nada.

Porque llegaba a tiempo para lo único que podía llegar: una gasa, una venda, una mano cuidadosa.

—¿Quiere que pare un momento? —me preguntó.

Estuve a punto de decir que no.

Luego pensé en Clara.

En descansar.

En callar.

En seguir adelante porque era más fácil que detenerse y escuchar a alguien.

—Sí —dije.

La enfermera paró.

Solo eso.

Paró.

Y durante diez segundos nadie me pidió que sobreviviera a nada.

Lloré entonces.

No mucho.

Lo justo para que me diera rabia.

La enfermera fingió no verlo.

Eso también fue bondad.

Cuando terminaron de vendarme, un agente me llevó por un pasillo hasta una sala acristalada. Sala 3.

El teléfono estaba en el centro de una mesa, dentro de su bolsa transparente. Dos policías. Un técnico con portátil. Irene sentada en una silla, con una manta sobre los hombros. Raquel junto a ella, las manos vendadas. Damián de pie, porque al parecer sentarse le parecía una derrota personal. Samuel en una esquina. Lara en una silla de ruedas. Marcos en camilla. Hugo llegó el último, empujado por un celador, medio colocado por la medicación.

—Perdonad el retraso —dijo—. Me estaban ofreciendo drogas institucionales.

Damián bufó.

—Sigues vivo.

—Y tú sigues decepcionado. Nuestra relación es estable.

La sala tenía un reloj en la pared.

Uno normal.

El teléfono, otro.

22:58:03

22:58:02

El técnico se sentó frente al dispositivo.

—Voy a aislarlo de la red y duplicar el contenido.

La pantalla vibró.

NO.

El técnico se quedó quieto.

Hugo levantó una ceja.

—Qué carácter para no tener pulgares.

El agente jefe se inclinó hacia el móvil.

—No vamos a obedecer mensajes de un teléfono.

La pantalla cambió.

Apareció un vídeo.

Una cámara de hospital.

El pasillo donde estábamos.

En directo.

Nos vimos a nosotros mismos desde arriba.

La sala 3.

La mesa.

El teléfono.

Nosotros.

Raquel soltó un gemido.

—Nos están viendo.

La imagen cambió.

Otra cámara.

Urgencias.

Luego otra.

El aparcamiento.

Luego otra.

La entrada de ambulancias.

En una esquina de la pantalla apareció una figura con bata sanitaria, mascarilla y gorro. Caminaba por el pasillo con una bandeja en la mano.

La cámara hizo zoom.

No por tecnología del hospital.

Por el teléfono.

La figura levantó la vista.

Ojos oscuros.

Muy jóvenes.

En la muñeca, bajo el guante, asomaba un hilo rojo.

Samuel se puso de pie.

—Vera.

La figura miró directamente a la cámara.

Luego a la bandeja.

Encima había una jeringa.

Y una etiqueta con un nombre.

MARCOS ARANDA.

Marcos dejó de respirar.

Lara se levantó de golpe de la silla de ruedas, casi cayéndose.

—¡Marcos!

La pantalla mostró el pasillo en directo.

La figura giró hacia nuestra sala.

La puerta de la Sala 3 estaba cerrada.

Pero el picaporte empezó a moverse.

Capítulo 12 — La jeringa

El picaporte se movió.

Una vez.

Despacio.

Luego otra.

Nadie respiró.

Fue ridículo, si se piensa bien. Habíamos cruzado agua hasta el cuello, un horno, una torre, una pasarela sin barandillas y un patio lleno de barro y sensores. Habíamos visto morir a Esteban. Habíamos salido de una fábrica que parecía construida con la mala conciencia de todos.

Y aun así, aquel picaporte blanco, limpio, de hospital, consiguió que el cuerpo se me quedara helado.

Porque no había cuenta atrás.

Porque no había música.

Porque estábamos en un sitio donde se suponía que la gente entraba para curarte.

El agente sacó el arma.

—Atrás.

Damián, por supuesto, no se apartó.

—Ni de coña.

—Atrás, he dicho.

—Tengo problemas con la autoridad desde hace unas tres horas.

Hugo, desde la camilla, levantó un dedo.

—Técnicamente han sido más. El secuestro empezó antes.

—Hugo —dije.

—Perdón. Los calmantes me han vuelto puntual.

El picaporte bajó del todo.

Lara intentó ponerse de pie, pero la pierna le falló. Irene la sujetó antes de que cayera.

—No entres —susurró Lara.

No sé si se lo decía a Vera.

A la puerta.

Al mundo.

El agente hizo una seña a los otros dos policías. Uno se colocó junto a la pared. Otro se acercó por el lado opuesto. El técnico informático se había quedado sentado frente al portátil con las manos levantadas, como si el móvil pudiera dispararle por Bluetooth.

El teléfono vibró dentro de la bolsa.

En la pantalla apareció una frase.

NO LA DETENGÁIS ANTES DE ESCUCHARLA.

Damián soltó una risa ronca.

—Claro. El móvil ahora modera debates.

La puerta se abrió.

No entró Vera.

Entró una enfermera.

Una mujer de unos sesenta años, pelo gris recogido, gafas colgando del cuello y cara de no tener paciencia ni para secuestros, ni para policías, ni para pacientes con vocación de espectáculo. Llevaba una bandeja metálica en la mano.

El agente le apuntó.

Ella se quedó quieta.

—Baje eso —ordenó él.

La enfermera miró el arma.

Luego nos miró a nosotros.

Luego al agente.

—Hijo, llevo treinta y siete años trabajando de noche. O bajas eso tú o te lo bajo yo con la bandeja.

Hugo cerró los ojos.

—Creo que me he enamorado.

—No es ella —dijo Samuel.

Se había puesto de pie. Temblaba, pero seguía de pie.

El agente no bajó el arma.

—Identifíquese.

—Carmen Villar. Supervisora de planta. Y como esto sea una broma, os voy a poner a todos dieta blanda.

—No es ella —repitió Samuel.

La enfermera miró hacia él.

—¿Ella quién?

El teléfono volvió a vibrar.

La imagen de la pantalla cambió.

Mostró el pasillo.

La figura con bata, gorro y mascarilla no estaba en la puerta.

Estaba al fondo.

Se alejaba.

Con la bandeja.

Con la jeringa.

Con la etiqueta de Marcos.

—¡Mierda! —gritó Damián.

Salió disparado.

O lo intentó.

Dio dos pasos, la espalda le falló y casi se estampó contra el marco. No cayó porque Irene y yo lo sujetamos por puro reflejo.

—No puedes correr —dije.

—Pues me arrastro con intención.

—Damián.

—¡Va a por Marcos!

Todos miramos hacia la camilla.

Marcos estaba blanco. Literalmente blanco. Tenía la boca entreabierta, los ojos clavados en la pantalla y el cuerpo tan quieto que por un segundo pensé que ya le había pasado algo.

—No me dejéis solo —dijo.

Lara le miró.

No con amor.

No con odio.

Con cansancio.

—Ahora no empiezas tú con frases razonables.

La supervisora Carmen dejó la bandeja sobre una mesa.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Hugo levantó la mano desde la camilla.

—Resumen breve: secuestro, pruebas mortales, culpa colectiva, posible vengadora infiltrada en el hospital y una aplicación móvil con delirios de juez. Bienvenida.

Carmen lo miró.

—¿Le han dado morfina?

—Algo precioso.

—Se nota.

El agente habló por radio.

—Posible sospechosa con uniforme sanitario en pasillo norte, bata, gorro, mascarilla, bandeja metálica. Bloqueen salidas.

El teléfono vibró.

TARDE.

La luz de la sala parpadeó.

Una vez.

Dos.

Luego se apagó.

Todo quedó a oscuras.

Raquel gritó.

Al instante entró la iluminación de emergencia: una luz roja, baja, horrible. El hospital dejó de parecer hospital. Pasó a parecer otro nivel del edificio.

—No —susurré.

No quería volver allí.

No quería que una luz roja me dijera qué hacer.

No quería que una puerta normal se convirtiera en trampa.

Pero el cuerpo no negocia con lo que quiere.

El cuerpo oye un apagón y recuerda.

Agua.

Metal.

Pasillos.

Cuentas atrás.

El teléfono seguía encendido.

22:44:09

22:44:08

Apareció un nuevo mensaje.

SALA 3 BLOQUEADA. PUERTA AUXILIAR EN 02:00.

Y debajo, otra línea:

MARCOS DECIDE SI VIVE COMO TESTIGO O MUERE COMO MENTIROSO.

Marcos empezó a llorar.

—No, no, no…

Lara giró hacia él.

—Marcos.

—No puedo.

—No sabes ni qué te van a pedir.

—Sí lo sé.

Porque todos lo sabíamos.

La verdad.

Otra vez.

Siempre parecía tan sencilla cuando la exigían otros.

El agente intentó abrir la puerta de la sala.

Nada.

La cerradura electrónica no respondió. La puerta principal se había bloqueado con nosotros dentro.

—¡Abrid! —gritó, golpeando el cristal.

Desde fuera se veían sombras moviéndose en el pasillo. Policías. Personal sanitario. Alguien intentando forzar el acceso.

El móvil emitió un pitido.

01:43

01:42

—La puerta auxiliar —dijo Samuel.

Señaló el lateral de la sala. Había una salida de servicio, una puerta estrecha junto a un armario de material médico. También estaba cerrada. Encima, una luz roja parpadeaba.

—¿Y qué hay detrás? —preguntó Raquel.

—Otro pasillo —dijo Carmen—. Comunicación interna con boxes y quirófanos menores.

Hugo suspiró.

—Maravilloso. Más pasillos. Les he cogido muchísimo asco.

Damián avanzó hacia la puerta auxiliar.

—Cuando se abra, salgo.

—No —dijo el agente.

—Sí.

—Está herido.

—Todos estamos heridos.

—No sabemos si hay más amenazas.

Damián se volvió hacia él.

—Por eso salgo.

El agente lo miró como si quisiera discutir, pero el tiempo no le ayudó.

01:16

Irene se acercó al móvil.

—No quiere matarnos aquí.

—Qué tranquilizador —dijo Raquel.

—Quiere algo de Marcos.

Marcos negó con la cabeza.

—No tengo nada.

Lara habló muy bajo:

—Tienes lo único que has estado escondiendo.

Él la miró.

—Ya lo dije.

—En una prueba. Para sobrevivir. Ahora hay que decirlo fuera. A la policía. Con tu nombre. Sin humo. Sin dolor. Sin una puerta bajándote encima.

Marcos tragó saliva.

—Me van a meter en la cárcel.

Hugo levantó la cabeza.

—No necesariamente.

Todos le miramos.

Él hizo una mueca.

—Vale. Probablemente sí. Pero como frase de abogado era mi deber intentarlo.

—No puedo —dijo Marcos.

Damián se acercó a su camilla.

—Entonces, ¿qué? ¿Esperamos a que venga Vera con una jeringa porque te da vergüenza firmar tu miseria?

—Tú cerraste la puerta.

Damián no se movió.

—Sí.

La respuesta seca cortó a Marcos mucho más que una amenaza.

Damián se inclinó hacia él.

—Y voy a decirlo. A la policía. Al juez. A quien haga falta. Cerré una puerta. Clara golpeó desde dentro. Yo no abrí. No sabía todo,

pero supe suficiente tarde y aun así he vivido tres años contando la versión cómoda.

Marcos le miró, temblando.

—No es lo mismo.

—No. Lo mío no te absuelve.

La luz roja siguió parpadeando.

00:42

Hugo cerró los ojos.

—Qué día más largo para descubrir que la verdad es contagiosa.

Raquel levantó la cara.

—Yo también lo diré.

Su voz sonó pequeña.

Pero limpia.

—Diré que grabé. Que escuché a una chica pedir ayuda y pensé en números. En visitas. En que si lo subía rápido, alguien lo vería. Y lo vio mucha gente. Lo vio todo el mundo menos yo.

Irene se sentó despacio.

—Yo firmaré mi rectificación.

Hugo la miró.

—Eso queda pequeño.

—Entonces mi confesión.

Él asintió.

—Mejor.

Lara miraba a Marcos.

—Todos estamos perdidos ya. La diferencia es si seguimos mintiendo mientras nos hundimos.

El teléfono pitó.

00:09

00:08

Damián se colocó delante de la puerta auxiliar.

—Cuando abra, apartaos.

—No estás en condiciones —dije.

—Nadia, cariño, nadie en esta sala está en condiciones ni de comprar pan.

Hugo levantó un dedo.

—Confirmo.

00:03
00:02
00:01
La puerta auxiliar se desbloqueó.
No se abrió.
Solo hizo clic.
Damián la empujó.
Del otro lado había oscuridad roja.
Y un olor.
No a humo.
A desinfectante.
A hospital.
Eso casi lo hizo peor.

El agente entró primero, arma levantada. Damián detrás, como si el concepto "detrás" le pareciera ofensivo. Samuel fue tras ellos. Yo no sé en qué momento decidí seguirles. Solo sé que mis pies se movieron y el dolor me recordó que todavía tenía pies, aunque él y yo no estuviéramos en buenos términos.

—¡Nadia! —gritó Carmen.

—Luego me regaña.

—Te voy a regañar ahora.

—No hay tiempo.

—Siempre decís eso antes de hacer una estupidez.

Hugo, desde su camilla, murmuró:

—Está aprendiendo rápido.

El pasillo auxiliar era estrecho. Camas plegables contra una pared. Carros metálicos. Puertas numeradas. Luces de emergencia. Sombras largas.

Al fondo, una figura con bata giró a la derecha.

—¡Alto! —gritó el agente.

La figura no corrió.

Eso fue lo que más miedo dio.

Se movió rápido, sí, pero sin pánico. Sin desesperación. Como alguien que conocía el sitio. Como alguien que sabía exactamente cuánto tiempo tenía.

Damián aceleró.

—¡Vera!

La figura se detuvo.

Solo un segundo.

Lo suficiente para confirmar que el nombre le había llegado.

Luego desapareció por una puerta lateral.

El agente corrió detrás.

Damián también.

Samuel intentó seguir, pero la pierna le falló. Se apoyó en la pared, respirando mal.

—No puedes —le dije.

—Es Vera.

—Y tú estás a punto de caerte.

—No entiendes.

—Empiezo a estar harta de esa frase.

Le agarré del brazo.

—Si te desmayas, no sirves para nada. Ni para Clara, ni para Vera, ni para nadie.

Eso le frenó.

No porque fuera amable.

Porque era verdad.

Avanzamos como pudimos.

Al llegar a la puerta lateral, el agente estaba parado frente a un quirófano menor.

Vacío.

La ventana estaba abierta.

No al exterior.

A un patio interno.

La lluvia entraba en diagonal.

Sobre la bandeja metálica, apoyada junto a la ventana, estaba la jeringa.

Y la etiqueta de Marcos.

El agente se acercó con cuidado.

—No tocar.

Damián golpeó la pared con el puño.

—¡Joder!

Samuel miraba la ventana abierta.

—Ha estado aquí.

—Brillante —dijo Damián—. Por un segundo pensé que la jeringa se había puesto bata sola.

En la bandeja, junto a la jeringa, había una nota doblada.

El agente la abrió con guantes.

Leyó en voz alta:

—"No quería matarle. Quería saber si alguien correría para salvarle."

Damián se quedó quieto.

Samuel cerró los ojos.

Yo sentí que el hospital entero respiraba encima de nosotros.

No quería matar a Marcos.

No todavía.

Quería probar algo.

Otra vez.

Siempre otra vez.

Debajo de la frase había otra línea:

—"Y habéis corrido."

Damián bajó la cabeza.

—Hija de puta.

No sonó como insulto.

Sonó casi como alivio.

El teléfono de la Sala 3 vibró tan fuerte que lo oímos desde el pasillo.

Volvimos.

Cuando entramos, todos miraban la pantalla.

El círculo de Marcos seguía rojo.

Pero al lado había aparecido un botón.

DECLARAR.

Marcos lloraba en la camilla.

Lara estaba a su lado, de pie, muy recta.

—Hazlo —dijo ella.

—No puedo.

Lara le cogió la mano.

Esta vez sí.

No como perdón.

Como despedida.

—Hazlo.

Marcos la miró.

—¿Te vas a quedar?

Ella tardó.

—Durante la declaración, sí.

Él cerró los ojos.

Esa respuesta le dolió.

Pero también le sostuvo.

El agente activó una grabadora oficial. Otro policía empezó a tomar nota. El técnico colocó una cámara del hospital apuntando a Marcos, por orden del agente. Todo se volvió absurdo y solemne a la vez.

Una confesión improvisada en una sala de hospital bloqueada, con un móvil psicópata vigilando desde una bolsa de pruebas.

España tiene burocracias para muchas cosas.

No para eso.

Marcos respiró.

Una vez.

Dos.

—Me llamo Marcos Aranda —dijo.

Su voz temblaba.

—Hace tres años estuve en La Casa Azul la noche del incendio. Mentí cuando dije que no conocía el local. Mentí cuando dije que no sabía nada. Estaba allí.

Lara cerró los ojos.

Raquel lloraba en silencio.

Irene miraba la mesa.

Hugo, desde su camilla, no hizo ningún comentario.

Eso, en él, fue casi un rezo.

Marcos siguió:

—Había humo. Gente gritando. Yo encontré una salida lateral. Una chica intentó salir detrás de mí. Me agarró. Yo… yo me solté. Ella cayó. Yo salí.

Se le quebró la voz.

—No volví.

Nadie habló.

—Pude volver —dijo—. No sé si la habría salvado. No sé si habría podido. Pero no volví. Corrí. Y después mentí. A Lara. A la policía. A todos. Dije que no estaba allí.

Tragó saliva.

—La chica era Clara Beltrán. Y yo la dejé dentro.

La pantalla del móvil parpadeó.

El círculo de Marcos pasó de rojo a verde.

VERDAD ACEPTADA.

Marcos se tapó la cara con las manos y empezó a llorar como si por fin el dolor hubiera encontrado la puerta correcta.

Nadie lo abrazó.

Nadie le aplaudió.

Nadie le dijo que todo iría bien.

Porque no iría bien.

Pero algo se había movido.

A veces la verdad no libera.

Solo desbloquea la siguiente puerta.

El móvil vibró.

Apareció otro nombre en rojo.

IRENE BARROSO.

Irene soltó una risa mínima, casi sin aire.

—Claro.

Hugo la miró.

—¿Estás lista?

Ella le devolvió la mirada.

—No.

Se puso de pie.

—Pero parece que eso ya no importa.

Antes de que pudiera hablar, la puerta principal de la sala se desbloqueó con un golpe.

Todos nos giramos.

Al otro lado del cristal apareció una mujer joven.

Sin bata.

Sin mascarilla.

Empapada por la lluvia.

No tendría más de veinticinco años. Pelo oscuro pegado a la cara. Ojos hundidos. Una cicatriz pequeña en la mandíbula, fina, blanca, como un hilo de luz mal cosido. En la muñeca no llevaba pulsera.

Porque la pulsera estaba conmigo.

Vera Beltrán nos miró desde el pasillo.

Samuel dio un paso hacia ella.

—Vera.

Ella no le miró.

Miró a Marcos.

Luego a Irene.

Luego a mí.

Sus ojos se detuvieron en mis manos vendadas.

Y entonces habló.

Su voz no salió de un altavoz.

No sonó distorsionada.

No sonó como un monstruo.

Sonó como una chica cansada.

—Ahora sí —dijo—. Ahora empezamos.

El agente levantó el arma.

—¡Al suelo!

Vera no se movió.

Solo levantó un pequeño mando negro.

El móvil de la mesa vibró.

Todas las luces del hospital parpadearon.

Y el reloj de la pared, el normal, el humano, se detuvo.

Capítulo 13 — Vera

El reloj se detuvo a las 03:17.

No fue dramático.

No hubo un trueno, ni un golpe de música, ni un cristal estallando para avisarnos de que la realidad acababa de ponerse de rodillas otra vez.

Solo la aguja.

Quietud.

Un reloj barato de hospital clavado en una hora cualquiera, como si el tiempo hubiera decidido lavarse las manos.

Las luces parpadearon una vez más.

Rojo.

Blanco.

Rojo.

Luego volvieron.

No del todo.

La sala quedó iluminada por una mezcla enferma de emergencia y fluorescente, una luz que hacía que todos pareciéramos cadáveres con trámites pendientes.

El agente seguía apuntando a Vera.

—¡Suelte eso!

Vera no obedeció.

El mando negro cabía en su mano. Era pequeño. Demasiado pequeño para el miedo que había metido en la sala.

—Si disparas —dijo ella—, se bloquea todo.

El agente apretó la mandíbula.

—Suelte el mando.

—No.

Damián dio un paso adelante.

—No la apuntes.

El agente le miró de reojo.

—Atrás.

—He dicho que no la apuntes.

—Y yo he dicho atrás.

Hugo, desde la camilla, levantó una mano con una lentitud casi diplomática.

—Propongo una opción intermedia: nadie dispara, nadie activa mandos, nadie se desmaya hasta que entendamos qué parte del infierno hemos importado al hospital.

Vera lo miró.

Por primera vez.

No con odio.

Con reconocimiento.

—Hugo Latorre.

Él cerró los ojos.

—Genial. Otra fan.

—Tú ayudaste a que nadie creyera a Clara.

—Sí.

La respuesta salió limpia.

Sin broma.

Sin escudo.

Vera parpadeó.

Creo que esperaba otra cosa. Una excusa, quizá. Una versión reducida de la cobardía. Algo a lo que poder morder.

Pero Hugo solo dijo sí.

Y se quedó ahí, tumbado, roto, sin adornar la basura.

Vera miró a Damián.

—Damián Cruz.

Él sostuvo la mirada.

—Sí.

—Cerraste la puerta.

—Sí.

—Clara golpeó hasta que se quedó sin fuerza.

Damián tragó saliva.

—Sí.

Vera giró hacia Raquel.

—Raquel Mena.

Raquel empezó a temblar.

—No…

—Grabaste.

—Sí.

—Subiste el vídeo.

Raquel lloró.

—Sí.

—Lo monetizaron otros. Lo comentaron otros. Se rieron otros. Pero tú fuiste la primera.

Raquel cerró los ojos.

—Sí.

Vera miró a Irene.

—Irene Barroso.

Irene estaba de pie junto a la mesa. No se había sentado cuando apareció su nombre en rojo. Tenía la manta térmica sobre los hombros, la cara hinchada, la barbilla vendada y una dignidad cansada que ya no parecía orgullo, sino escombros bien colocados.

—Escribí una mentira —dijo.

Vera ladeó la cabeza.

—No. Escribiste muchas. Una por frase.

Irene encajó aquello sin apartar la mirada.

—Sí.

Luego Vera me miró a mí.

No dijo mi nombre al principio.

Eso fue peor.

Miró mis manos vendadas. Mis pies. Mi cuello, donde ya no llevaba la etiqueta, pero yo seguía sintiéndola.

CALLAR.

—Nadia Vidal.

No contesté.

Tenía la boca seca.

Qué ironía más pobre, después de tanta agua.

—Ella te lo dijo —dijo Vera.

Asentí.

—Sí.

—Te pidió ayuda.

—Sí.

—Y tú le dijiste que descansara.

La frase me golpeó más allí, en el hospital, que dentro del túnel. Quizá porque allí ya no había dientes metálicos sobre mi espalda. Ya no podía usar el dolor físico como coartada. Solo estaba yo, en una sala con olor a desinfectante, mirando a una chica que había sobrevivido al incendio que otra no había sobrevivido.

—Sí —dije.

Vera apretó el mando.

No lo activó.

Solo lo apretó.

Los nudillos se le pusieron blancos.

Samuel dio un paso hacia ella.

—Vera.

Ella levantó la mano sin mirarle.

—Tú no.

Samuel se detuvo como si la orden le hubiera golpeado en el pecho.

—Creí que estabas muerta.

—Qué cómodo.

—No.

—Sí.

Samuel cerró los ojos.

—Te busqué.

Vera soltó una risa pequeña.

Sin humor.

Sin vida.

—Me buscaste cuando necesitabas que mi dolor confirmara el tuyo. No cuando desaparecí. No cuando no declaré. No cuando me encerraron en un centro donde nadie quería escuchar a una chica que gritaba por las noches.

Samuel palideció.

—No lo sabía.

—Nadie sabía nada. Es la frase favorita de este grupo.

Damián bajó la mirada.

Hugo también.

Marcos, en la camilla, respiraba muy rápido. Lara estaba junto a él, pero sus ojos no se apartaban de Vera.

La policía seguía allí, demasiado real y demasiado inútil.

El agente principal habló despacio:

—Vera Beltrán, necesitamos que suelte el mando.

Ella sonrió apenas.

—Claro.

No lo soltó.

—¿Qué controla? —preguntó Irene.

Vera la miró.

—Ahora sí preguntas antes de publicar.

Irene no bajó los ojos.

—Sí.

A Vera le tembló algo en la cara.

No sé si rabia.

No sé si cansancio.

—Controla la puerta, las cámaras y el teléfono. Nada más.

—¿Nada más? —dijo Hugo—. Perdona que dude de la definición después de una noche tan creativa.

—No hay bombas en el hospital, si es lo que te preocupa.

—Me preocupan muchas cosas, pero esa estaba en el podio.

El agente no bajó el arma.

—Está rodeada.

Vera lo miró casi con pena.

—No, agente. Estoy cansada.

Aquello nos calló a todos.

Porque sonó verdadero.

No grandilocuente. No vengativo. No como la voz del edificio.

Sonó a una chica que había llevado una bolsa demasiado pesada durante demasiados años y ahora no sabía dónde dejarla sin que aplastara a alguien.

El móvil vibró dentro de la bolsa de pruebas.

En la pantalla, el nombre de Irene seguía en rojo.

IRENE BARROSO. DECLARAR.

Vera señaló el teléfono con el mando.

—Sigue.

Irene respiró hondo.

—¿Ahora?

—Ahora.

El agente intervino:

—No va a obligar a nadie a declarar bajo amenaza.

Vera giró hacia él.

—No les amenazo. Les estoy dando lo que nunca tuve.

—¿Qué?

—Un público que no pueda mirar hacia otro lado.

Silencio.

Hugo murmuró:

—Eso ha dolido más de lo necesario.

Irene se acercó a la mesa.

El técnico seguía sentado frente al portátil, paralizado, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Carmen, la supervisora, estaba en la puerta, con los brazos cruzados y una cara de furia maternal muy poco recomendable.

—¿Esto se está grabando? —preguntó Irene.

El agente tardó en responder.

—Sí.

—Bien.

Miró a Vera.

Luego al teléfono.

Luego a nosotros.

—Me llamo Irene Barroso. Hace tres años cubrí el incendio de La Casa Azul para el periódico donde trabajaba. Recibí información sobre salidas bloqueadas, negligencias previas y testimonios de víctimas que aseguraban que había personas atrapadas dentro.

Vera no se movía.

Irene siguió:

—Mi primer borrador incluía esos datos. También incluía el testimonio de Clara Beltrán. Lo retiré después de hablar con mi editor y con una fuente relacionada con la defensa del local.

Hugo cerró los ojos.

Irene lo miró apenas.

—Acepté publicar una versión que presentaba a Clara como una joven alterada, contradictoria y poco fiable. Sabía que eso desviaba

la atención de los responsables reales. Sabía que su familia iba a quedar marcada por esa mentira.

La voz le tembló.

Muy poco.

Pero le tembló.

—Lo hice porque quería conservar el puesto. Porque quería la firma. Porque me convencí de que si no lo escribía yo, lo escribiría otro. Y eso fue verdad. Lo habría escrito otro.

Miró a Vera.

—Pero lo escribí yo.

El móvil parpadeó.

El círculo de Irene pasó de rojo a verde.

VERDAD ACEPTADA.

Irene se sentó.

No con alivio.

Con agotamiento.

Vera la observó durante unos segundos.

—Mi tía guardó ese artículo.

Irene levantó la mirada.

—¿La madre de Clara?

Vera asintió.

—Lo dobló y lo metió en un cajón. Decía que si lo tiraba era como aceptar que vosotros habíais ganado.

Irene cerró los ojos.

—Lo siento.

Vera se tensó.

—No.

Irene abrió los ojos.

—No lo digo para que me absuelva.

—Entonces no lo digas.

—Lo digo porque es verdad.

Vera apretó los labios.

El móvil vibró otra vez.

Esta vez el nombre en rojo fue:

RAQUEL MENA.

Raquel soltó un sollozo.

—No.

Vera se volvió hacia ella.

—Sí.

—Ya lo dije.

—No fuera.

—No puedo.

Damián se acercó a Raquel.

Ella se encogió, como si esperara un golpe.

Damián lo vio.

Y se detuvo.

—No tienes que hacerlo sola —dijo.

Raquel le miró.

—Tú me odias.

—Sí.

La honestidad fue tan brusca que Hugo levantó una ceja.

Damián continuó:

—Pero no quiero que te mueras ni que sigas escondiéndote detrás de un móvil roto.

Raquel lloró más fuerte.

—Eso no es consuelo.

—No tengo de eso. Tengo brazos y mala leche.

Hugo murmuró:

—Y, sorprendentemente, algo de ternura mal empaquetada.

Damián no le hizo caso.

Raquel se levantó.

Le costó. Las piernas le temblaban. Tenía las manos vendadas, los ojos hinchados y la cara de una persona que había envejecido varios años en una noche.

—Me llamo Raquel Mena —dijo.

Su voz apenas salía.

Carmen, desde la puerta, habló con firmeza:

—Más alto, niña.

Raquel la miró.

Carmen no sonrió.

—Si vas a romperte, rómpete con volumen.

Raquel respiró.

—Me llamo Raquel Mena. La noche del incendio de La Casa Azul estaba en la calle, grabando un directo. Había humo. Gente gritando. Clara Beltrán salió pidiendo ayuda. Dijo que había más chicas dentro. Dijo que no podían salir.

Tragó saliva.

—Yo seguí grabando.

Nadie dijo nada.

—No llamé a emergencias en ese momento. No la ayudé. No corté el directo. Vi que subían los espectadores. Vi comentarios. Vi gente compartiendo. Y pensé… pensé que si había tanta gente mirando, alguien haría algo.

Lara cerró los ojos.

—Nadie hizo nada —dijo Raquel—. Y yo tampoco.

La pantalla cambió a verde.

VERDAD ACEPTADA.

Raquel se tapó la cara.

Vera no se acercó.

No la consoló.

Solo dijo:

—Mi tía vio tu vídeo.

Raquel dejó de respirar.

—No.

—Sí.

—No sabía…

—Siempre llegáis tarde a lo que no sabíais.

Raquel se dobló hacia delante, como si fuese a vomitar, pero no salió nada.

Damián le puso una mano en la espalda.

Torpe.

Enorme.

Ella no se apartó.

El móvil vibró.

DAMIÁN CRUZ.

Damián miró su nombre.

Luego a Vera.

—Esto ya lo dije.

—Dilo como si Clara pudiera escucharlo —contestó ella.

Damián se quedó quieto.

La frase le atravesó.

Se acercó a la mesa.

No se sentó.

No habría sabido confesar sentado.

—Me llamo Damián Cruz. Trabajaba de seguridad en La Casa Azul. Me ordenaron cerrar la salida trasera porque se colaba gente y porque faltaba bebida. La cerré con un candado.

Se le marcó la mandíbula.

—Durante el incendio vi humo. Oí golpes.

El silencio fue absoluto.

—Tardé en abrir. Tardé porque pensé que era gente intentando salir sin pagar. Tardé porque no quería problemas con mis jefes. Tardé porque me dije que seguro que habría otra salida.

Miró a Vera.

—No la había.

Vera no parpadeó.

—Cuando abrí, ya era tarde para algunos. Para Clara, no sé. No sé si podía haberla salvado. Pero sé que golpeó una puerta que yo había cerrado.

Respiró.

—Y llevo tres años diciendo que yo solo seguía órdenes. Mentira. También seguí el miedo.

El círculo pasó a verde.

VERDAD ACEPTADA.

Damián no se movió.

Vera sí.

Solo un paso.

—Yo estaba detrás de esa puerta antes de que Clara me sacara por la ventana.

Damián perdió toda la fuerza de la cara.

—¿Qué?

—La oí golpearte. La oí gritar que abrieras. La oí decir que había una niña dentro.

Damián cerró los ojos.

—No la oí.

—Ya.

—No la oí.

Vera lo miró con algo que no era perdón.

Pero tampoco era solo odio.

—Ese es el problema, Damián. Todos oísteis lo justo para poder decir después que no era suficiente.

Damián bajó la cabeza.

No dijo nada más.

El móvil vibró.

NADIA VIDAL.

El nombre rojo me pareció más grande que los demás.

Qué estupidez.

Todos los nombres ocupaban el mismo espacio.

Pero el mío llenó la sala.

Me acerqué a la mesa.

Las manos vendadas me dolían. Los pies me ardían. La espalda me tiraba con cada movimiento. Pero todo eso era ruido. Ruido útil, incluso. El dolor físico siempre intenta convencerte de que es lo único importante.

No lo era.

Vera me miraba.

Muy quieta.

Casi no parecía respirar.

—Me llamo Nadia Vidal —dije.

Mi voz salió baja.

Carmen carraspeó desde la puerta.

No necesitó hablar.

Le hice caso.

—Me llamo Nadia Vidal. Era enfermera de urgencias cuando Clara Beltrán llegó al hospital después del incendio de La Casa Azul. Tenía quemaduras leves, intoxicación por humo y una crisis de ansiedad. Dijo que había más chicas atrapadas. Dijo que las salidas estaban cerradas. Pidió que avisáramos a la policía.

La garganta se me cerró.

No quería seguir.

Por eso seguí.

—Yo no avisé.

Vera apretó los labios.

—El médico responsable dijo que Clara estaba alterada, que había bebido, que no era momento de montar un problema con la policía sin pruebas. Yo sabía que algo no encajaba. Sabía que ella no estaba inventando.

Tragué saliva.

—Pero callé. Le dije que descansara. Dejé que su testimonio se perdiera entre partes médicos, turnos, órdenes y cansancio.

Miré a Vera.

—Y cuando murió, me convencí de que mi silencio no había cambiado nada. Porque eso era más fácil que aceptar que quizá sí.

La pantalla tardó un segundo.

Luego mi círculo cambió a verde.

VERDAD ACEPTADA.

No sentí alivio.

Ni siquiera un poco.

Vera se acercó a mí.

El agente tensó el arma.

Ella no le hizo caso.

Se detuvo a menos de un metro.

Era más baja que yo. Más joven. Mucho más joven de lo que parecía cuando la habíamos visto bajo la lluvia. Tenía ojeras hondas y una cicatriz en la mandíbula. Olía a agua, a pasillo de hospital y a algo que me recordó al humo sin ser humo.

—Yo estaba en el hospital esa noche —dijo.

Me quedé sin aire.

—¿Qué?

—Me llevaron después. A otro box. No hablaba. No quería que me tocaran. Clara preguntó por mí.

No lo recordaba.

Eso fue lo peor.

No lo recordaba.

Para ella era la noche que partió su vida.

Para mí, entre partes, turnos y voces, se había convertido en una sombra borrosa.

—No lo sabía —dije.

Vera cerró los ojos.

—Ya.

Dos letras.

Nada más.

Suficiente para hundirme.

El móvil vibró.

HUGO LATORRE. VERDE.

MARCOS ARANDA. VERDE.

IRENE BARROSO. VERDE.

RAQUEL MENA. VERDE.

DAMIÁN CRUZ. VERDE.

NADIA VIDAL. VERDE.

Quedaban dos nombres grises.

LARA SANZ.

SAMUEL RÍOS.

Lara levantó la cabeza.

Samuel no se movió.

Vera miró a Lara.

—Tú miraste.

Lara asintió.

—Sí.

—Pero todavía no has dicho qué viste después.

Marcos abrió los ojos.

—¿Después?

Lara respiró despacio.

—Vera…

—Dilo.

—No.

—Dilo.

Marcos miró a Lara, confundido, asustado, agotado.

—¿Qué viste?

Lara no quería mirar a nadie.

Por primera vez desde que la había visto enfrentarse a Marcos, a la torre, a los espejos y a sí misma, parecía pequeña otra vez.

—Vi a alguien más —dijo.

Samuel levantó la cabeza.

Vera no se movió.

—Cuando Marcos salió corriendo —continuó Lara—, yo estaba al otro lado de la calle. Lo vi. Vi a Clara caer. Vi humo. Vi gente gritando.

Tragó saliva.

—Y vi a otra chica salir por una ventana lateral.

La sala entera cambió.

Samuel dio un paso.

—¿Vera?

Lara asintió muy despacio.

—Creo que sí.

Vera no dijo nada.

Marcos miraba a Lara como si no entendiera qué podía empeorar todavía.

Lara siguió:

—La chica estaba quemada, sangrando. Clara la empujó desde dentro. La chica cayó al suelo. Intentó levantarse. Nadie la ayudó al principio.

Vera cerró los ojos.

—Tú estabas allí.

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

Lara tardó.

Ahí estaba la confesión.

No en haber mirado.

En lo que hizo con lo que vio.

—Nada —dijo.

Vera abrió los ojos.

—No.

Lara la miró.

—Nada al principio. Luego… cuando llegó una ambulancia, me acerqué. Dije que había una chica en el suelo. No dije que había

visto a Marcos. No dije que había visto a Clara. No dije nada que pudiera arrastrarme a mí con él.

El círculo de Lara seguía gris.

No aceptaba medias verdades.

Lara lo vio.

Cerró los ojos.

—Y después fui al hospital.

Marcos se incorporó un poco en la camilla.

—¿Qué?

Lara no le miró.

—Fui al hospital. Pregunté por la chica que habían sacado por la ventana. Me dijeron que no podían darme información. Esperé en el pasillo. Te vi a ti, Vera.

Vera no respiraba.

—Estabas sedada. Una mujer te acariciaba el pelo. Creo que era tu tía. Yo tenía el móvil en la mano. Podía haber llamado a la policía. Podía haber dicho: "Sé quién salió antes que Clara. Sé quién puede declarar". Pero no lo hice.

—Porque querías proteger a Marcos —dijo Vera.

Lara miró a Marcos.

—No.

La respuesta dejó a Marcos sin nada.

—Porque quería proteger la vida que yo creía tener —dijo Lara —. Marcos era parte de eso, sí. Pero no lo hice por amor. Lo hice por miedo a que todo se rompiera y yo tuviera que mirarme sin decorado.

El círculo de Lara cambió a verde.

VERDAD ACEPTADA.

Marcos lloró en silencio.

Lara no le tocó.

Vera la observó.

—Tú fuiste la única que volvió al hospital.

—Y aun así no hice suficiente.

—No.

Lara asintió.

Aceptó el golpe.

El móvil vibró.

Quedaba un solo nombre.

SAMUEL RÍOS.

La sala entera se giró hacia él.

Samuel estaba junto a la pared, con las muñecas vendadas, la camiseta rota y la pulsera de Clara apretada en la mano.

Vera lo miró por fin.

De verdad.

—Tu turno.

Samuel tragó saliva.

—Vera…

—No.

Él se calló.

—No me hables como si aún fuéramos familia —dijo ella.

Aquello le dolió más que cualquier correa.

—Clara era mi hermana.

—Clara también era mía.

—Lo sé.

—No. Tú la convertiste en una causa. Yo la enterré todos los días.

Samuel dio un paso hacia la mesa.

Damián se tensó, pero no lo detuvo.

—Me llamo Samuel Ríos —dijo.

Su voz salió distinta.

Sin el tono frío.

Sin la calma.

—Clara Beltrán era mi hermana. Después de su muerte investigué durante años lo ocurrido en La Casa Azul. Busqué responsables. Nombres. Pruebas. Testimonios. No conseguí nada suficiente.

Vera lo miraba sin pestañear.

—Hace seis meses recibí un correo anónimo con archivos: vídeos, documentos, direcciones, nombres. Los nombres de todos vosotros. Me dijeron que podían ayudarme a conseguir una confesión.

Damián apretó los puños.

—Acepté —dijo Samuel—. No pregunté lo suficiente. No quise preguntar. Di información. Confirmé datos. Ayudé a contactar con algunos de vosotros. Pensé que os llevarían a un sitio donde os obligarían a hablar frente a una cámara.

Hugo soltó una risa seca.

—Qué ingenuidad tan selectiva.

Samuel no se defendió.

—Sí.

La pantalla seguía gris.

No bastaba.

Samuel lo sabía.

Vera también.

—Continúa —dijo ella.

Samuel cerró los ojos.

—Supe que podía haber violencia.

La sala se quedó quieta.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Dos días antes. Recibí un plano parcial. Había sistemas de cierre, presión, agua. No entendí todo. O no quise entenderlo.

Damián avanzó un paso.

—Hijo de puta.

El agente levantó una mano para frenarlo.

Samuel siguió, más rápido, como si, si paraba, ya no pudiera volver.

—Pude avisar. Pude cancelar. Pude ir a la policía. Pero pensé que si avisaba, todo se perdería. Que volveríais a libraros. Que Clara volvería a quedarse sin voz.

Vera tenía los ojos llenos de lágrimas.

No las dejaba caer.

—Así que entraste con ellos —dijo.

Samuel asintió.

—Entré para asegurarme de que nadie escapaba sin confesar.

—¿Y Esteban? —preguntó Raquel.

Samuel cerró la boca.

Raquel se levantó.

—¿Y Esteban?

Samuel la miró.

—No quería que muriera.

—Pero sabías que podía.

Samuel no contestó.

Eso era respuesta.

Raquel le cruzó la cara de una bofetada.

No fuerte.

No espectacular.

Sus manos estaban vendadas y apenas le quedaba fuerza.

Pero sonó.

Samuel no se movió.

—Esteban murió —dijo Raquel—. Y yo le di una patada. Y voy a vivir con eso. Pero tú nos metiste allí sabiendo que podía pasar.

Samuel bajó la mirada.

—Sí.

La pantalla seguía gris.

Vera habló:

—Falta algo.

Samuel levantó la cabeza.

—No sé qué más quieres.

Vera sacó algo del bolsillo.

Una fotografía pequeña.

La dejó sobre la mesa.

La imagen mostraba a Clara y Vera, años antes. Más jóvenes. Sentadas en una terraza. Cada una llevaba una pulsera roja. Clara sonreía. Vera también. Una sonrisa amplia, fácil, de antes de que el mundo tuviera dientes.

Samuel miró la foto.

Se le rompió la cara.

—Tú también me dejaste sola —dijo Vera.

—Pensé que no querías verme.

—No querías verme tú.

Samuel negó con la cabeza.

—No.

—Sí. Porque yo había sobrevivido y Clara no. Porque mirarme era aceptar que la historia no era limpia. Que Clara no era solo una

mártir perfecta. Que también había salvado a alguien que luego no supo vivir con eso.

Samuel lloró.

En silencio.

Sin apartarse.

—Tienes razón —dijo.

La pantalla parpadeó.

Samuel respiró.

—No busqué justicia solo por Clara. La busqué porque necesitaba que mi dolor tuviera enemigos. Necesitaba culpables porque no sabía qué hacer con una muerte que también me había dejado vivo a mí. Y cuando me ofrecieron este juego, acepté porque quería veros sufrir.

Damián no se movió.

—Quería que tuvierais miedo —dijo Samuel—. Quería que supierais lo que ella sintió. Lo que Vera sintió. Lo que yo imaginaba cada noche. Y aunque no diseñé cada prueba, aunque no quise la muerte de Esteban…

Miró a Raquel.

—Una parte de mí creyó que, si alguien moría, el mundo por fin estaría equilibrando algo.

Vera cerró los ojos.

El círculo de Samuel pasó a verde.

VERDAD ACEPTADA.

El móvil se apagó.

No la pantalla.

El contador.

22:12:44 desapareció.

En su lugar apareció una sola frase:

TODOS HAN HABLADO.

Luego otra:

AHORA PUEDEN EMPEZAR A PAGAR.

El agente se abalanzó sobre Vera.

Ella soltó el mando.

Cayó al suelo.

No explotó nada.

No se cerró ninguna puerta.

No se apagó ninguna luz.

Solo cayó.

Un trozo de plástico negro contra el suelo de un hospital.

El agente la redujo contra la pared. Vera no se resistió. Otro policía le esposó las manos.

Samuel dio un paso hacia ella.

—Vera…

Ella le miró desde la pared, con la mejilla pegada al cristal.

—No lo hice por ti.

—Lo sé.

—No lo sabes.

—No.

Vera respiró temblando.

—Yo no construí la fábrica.

La sala volvió a quedarse sin aire.

Damián se giró.

—¿Qué?

Vera miró al agente.

Luego a nosotros.

—Yo encontré a Samuel. Yo le di algunos archivos. Yo quería que confesaran.

—¿Pero las pruebas? —preguntó Irene.

Vera negó con la cabeza.

—No eran mías.

Hugo cerró los ojos.

—Por favor, decidme que esto es por los calmantes.

Vera siguió:

—El juego ya existía cuando yo llegué.

Samuel la miró, horrorizado.

—No.

—Sí.

—¿De quién?

Vera sonrió.

No fue una sonrisa de triunfo.

Fue de miedo.

—De alguien que lleva mucho más tiempo haciendo esto.

El móvil, que se había apagado, volvió a encenderse.

Solo un segundo.

La pantalla mostró una imagen.

No un mensaje.

Una fotografía en blanco y negro.

Nueve sillas vacías en una sala distinta.

Sobre la pared, otra frase:

LOS CULPABLES CAMBIAN. EL JUEGO NO.

Luego el teléfono murió.

De verdad.

Pantalla negra.

Silencio.

El reloj de la pared volvió a moverse.

03:18.

Un minuto perdido.

O encontrado.

Vera, esposada, cerró los ojos.

—Ahora ya lo sabéis —susurró.

Y por primera vez desde que había aparecido, pareció tener miedo de verdad.

Capítulo 14 — El juego no termina

El teléfono murió.

Y aun así todos seguimos mirándolo.

La pantalla negra parecía más peligrosa que encendida. Antes, al menos, nos insultaba con claridad. Ahora era un rectángulo mudo sobre una mesa de hospital, dentro de una bolsa de pruebas, como si no hubiera acabado de decirnos que el infierno tenía franquicias.

Vera estaba esposada contra la pared.

No se resistía. No lloraba. No gritaba. Eso la hacía parecer más pequeña. Ya no era la figura bajo la farola, ni la sombra con bata, ni la voz que nos había obligado a escupir verdades delante de policías, sanitarios y fluorescentes.

Era una chica mojada, delgada, agotada, con una cicatriz en la mandíbula y las muñecas atrapadas por unas esposas demasiado grandes.

Samuel la miraba como si no supiera si acercarse o arrodillarse.

—¿Quién? —preguntó.

Vera no contestó.

Damián dio un paso hacia ella.

El agente se interpuso.

—Quieto.

Damián le miró.

—No voy a tocarla.

—Eso ya me lo han dicho otros antes de tocar a alguien.

—Tiene que hablar.

—Hablará en comisaría.

Hugo, desde la camilla, levantó la cabeza con esfuerzo.

—Agente, con todo mi respeto hacia el procedimiento, que en este momento es más fe que conocimiento, igual conviene que hable antes de que el señor "el juego ya existía" decida convertir el hospital en una escape room con goteros.

Carmen, la supervisora, cruzó los brazos.

—Como alguien convierta mi planta en nada, le arranco los ojos con una pinza de curas.

Hugo la miró con ternura química.

—Cada frase suya me reconcilia con la sanidad pública.

—Tú duérmete.

—No puedo. La trama no me deja.

Nadie se rio.

Bueno.

Raquel un poco.

Una risa mínima, casi rota, pero ahí estaba. Había algo perverso en que todavía fuésemos capaces de reír, aunque fuera como quien tose sangre. Quizá el humor negro no era una elección. Quizá era solo la última muleta antes de caer de cara.

El agente jefe se agachó frente a Vera.

—Nombre completo.

—Vera Beltrán Soler.

—¿Quién organizó las pruebas?

Vera bajó la mirada.

—No lo sé.

Damián soltó aire por la nariz.

—Otra vez.

Vera le miró.

—Si lo supiera, lo diría.

—Claro. Porque has sido transparente desde el principio.

—No he sido transparente. He sido útil.

—Esteban no opinaría lo mismo.

La frase la golpeó.

Se le notó en los ojos.

Bien.

O mal.

Ya no sabía qué hacer con el dolor ajeno cuando era merecido y aun así dolía verlo.

Vera tragó saliva.

—Yo no sabía que iban a morir.

Raquel se levantó de golpe.

—¡Siempre decís eso!

La sala se quedó quieta.

Raquel temblaba. Las vendas de sus manos estaban manchadas de sangre fresca. Tenía la cara hinchada de llorar, los labios partidos, el pelo pegado a la frente.

—No sabía, no sabía, no sabía… —dijo—. Todos igual. Yo no sabía. Nadia no sabía. Damián no sabía. Samuel no sabía. Tú no sabías. ¿Sabes quién sí sabía algo? Esteban. Sabía que se estaba ahogando.

Vera cerró los ojos.

—Lo siento.

Raquel rio.

Una risa fea.

—No. No hagas eso. No me quites mi frase. Yo también la he usado y no sirve para nada.

Irene se acercó a Raquel y le puso una mano en el hombro.

Raquel no se apartó.

El agente habló por radio.

—Necesito traslado inmediato de detenida. Custodia reforzada. Y quiero que revisen todo el sistema del hospital. Cámaras, accesos, planta eléctrica, comunicaciones. Todo.

Carmen bufó.

—Eso lo dije yo hace diez minutos.

El agente la miró.

—Señora…

—Carmen. Y si vas a llamarme señora, hazlo con miedo.

Hugo cerró los ojos.

—Qué mujer.

Damián se volvió hacia Vera.

—Dijiste que el juego ya existía.

Vera asintió.

—Sí.

—¿Dónde?

—En archivos.

—¿Qué archivos?

Ella dudó.

Samuel dio un paso.

—Vera.

Esta vez ella sí le miró.

—Me llegaron vídeos. Carpetas. Nombres. Había otros casos. No iguales. Parecidos. Gente encerrada. Pruebas. Confesiones. Castigos.

—¿Muertos? —pregunté.

Vera me sostuvo la mirada.

—Sí.

La palabra nos volvió a meter frío en los huesos.

Hugo murmuró:

—Qué maravilla. Somos parte de una colección.

Carmen le señaló con un dedo.

—Tú, callado o te bajo la medicación.

—No se atrevería.

—Pruébame.

Hugo cerró la boca.

Carmen era, oficialmente, la persona más peligrosa del hospital.

El técnico informático, que llevaba varios minutos intentando hacer algo con el portátil sin tocar el móvil, levantó la cabeza.

—Agente.

Todos le miramos.

—¿Qué?

El técnico tragó saliva.

—El teléfono está muerto, pero ha enviado algo justo antes de apagarse.

Irene se acercó a él.

—¿A dónde?

—No lo sé todavía. Hay tráfico saliente, pero está enmascarado. No parece una sola dirección. Parece…

—Dilo —ordenó Carmen.

—Difusión.

La palabra cayó en la mesa como una botella rota.

Hugo abrió los ojos.

—No.

El portátil del técnico pitó.

Luego el móvil de uno de los policías.

Luego otro.

Luego, desde el pasillo, empezaron a sonar más.

Notificaciones.

Una tras otra.

Un murmullo electrónico creciendo al otro lado del cristal.

Raquel se llevó las manos a la boca.

—No.

El agente sacó su teléfono. Miró la pantalla.

Su cara cambió.

—Joder.

Irene se lo quitó casi de las manos.

—¿Qué es?

El agente no protestó.

Mala señal.

Irene miró la pantalla y se quedó inmóvil.

Luego me la enseñó.

Había un vídeo.

El título ya estaba circulando por redes, por mensajería, por algún canal que no quería existir y existía igual.

EL JUEGO DE LOS CULPABLES: CONFESIONES COMPLETAS.

Debajo, miniaturas.

Marcos confesando.

Irene confesando.

Raquel confesando.

Damián confesando.

Yo.

Mi cara.

Mi voz.

Le dije que descansara.

Sentí que el suelo se me movía.

No por miedo a que la verdad saliera.

Eso ya había pasado.

Por la violencia de verla convertida en contenido.

Otra vez.

Clara pidiendo ayuda en un vídeo.

Nosotros pagando en otro.

El círculo no se cerraba.

Se retransmitía.

Raquel lo vio.

Algo en ella se apagó.

—No —susurró—. No, no, no…

Irene apretó el móvil.

—Lo han subido.

Hugo cerró los ojos.

—Claro que lo han subido.

—No puede estar pasando —dijo Marcos desde la camilla.

Lara le miró.

—Sí puede. Ha pasado siempre. Solo que ahora estamos dentro.

El agente recuperó su teléfono.

—Bloquead acceso a prensa. Nadie entra en la planta. Nadie se acerca a los pacientes.

Carmen se asomó al pasillo.

Desde fuera empezaban a llegar voces. Personal sanitario mirando sus móviles. Policías hablando por radio. Un murmullo que crecía con esa velocidad sucia que solo tiene la vergüenza ajena cuando se comparte.

Raquel se puso de pie.

—Lo están viendo.

—Raquel —dijo Irene.

—Lo están viendo todos.

—Siéntate.

—No puedo.

—Raquel.

—¡Yo hice eso!

El grito nos paró.

Raquel temblaba de arriba abajo.

—Yo cogí el dolor de Clara y lo convertí en algo que la gente podía mirar entre dos tonterías. Y ahora alguien ha hecho lo mismo con nosotros.

Hugo la miró.

—Sí.

Raquel se volvió hacia él, furiosa.

—¿Eso es todo?

—No tengo nada mejor.

—Pues cállate.

—Vale.

Y se calló.

El agente ordenó que sacaran a Vera.

Samuel avanzó.

—No.

Dos policías lo frenaron.

—Apártese.

—No pueden llevársela sola.

Vera rio sin ganas.

—Samuel, por favor. No empieces a protegerme ahora. Llegas tarde y con mala postura.

Él encajó el golpe.

—Te van a matar.

La sala se quedó quieta.

Vera también.

—¿Qué?

Samuel miró hacia el pasillo, hacia las cámaras, hacia los móviles sonando, hacia el mundo normal convertido en un escenario lleno de ojos.

—Si tú no construiste el juego, eres una pieza suelta. Y las piezas sueltas hablan.

Damián maldijo entre dientes.

—Tiene razón.

El agente apretó la mandíbula.

—Irá custodiada.

—Como nosotros en la carretera —dije.

El agente me miró.

No le gustó.

Porque también tenía razón.

Una alarma sonó en el hospital.

No la del juego.

Una alarma real, grave, intermitente.

Carmen se giró hacia el pasillo.

—No me jodas.

Una voz por megafonía anunció:

—Código rojo en archivo clínico. Código rojo en archivo clínico.

Carmen abrió la puerta de la sala.

—Eso es incendio.

El agente habló por radio.

—Confirmad.

La respuesta llegó con interferencias.

—Humo en planta baja. Zona de archivo. Evacuación parcial.

Vera cerró los ojos.

—Está borrando.

Samuel se volvió hacia ella.

—¿Qué?

—Archivos. Cámaras. Registros. Todo lo que pueda unirle al hospital.

—¿Al hospital? —pregunté.

Vera me miró.

—El primer correo que recibí salió desde una terminal pública de este hospital.

Carmen dio un paso hacia ella.

—¿Qué has dicho?

—San Telmo aparecía en los metadatos. No sabía si era real. Pensé que era un señuelo.

Hugo soltó una risa débil.

—Nada como descubrir que el monstruo también tenía cita previa.

El agente ordenó algo a sus compañeros. La sala se llenó de movimiento.

Movimiento malo.

Policías sacando a Vera. Carmen gritando instrucciones. El técnico guardando el portátil. Raquel temblando. Lara sujetándose a la silla para no caer. Marcos pidiendo que no lo dejaran. Hugo intentando incorporarse otra vez y fallando con poca dignidad.

Damián se acercó a la puerta.

—Voy al archivo.

—No —dije.

—Sí.

—Estás reventado.
—Ya lo sé. Por eso voy despacio.
Carmen le bloqueó el paso.
—Tú no vas a ninguna parte.
Damián la miró.
Ella ni pestañeó.
—He dicho que no.
—Hay pruebas ardiendo.
—Hay bomberos, seguridad y policías.
—Y aun así Vera entró con una jeringa.
Carmen apretó los labios.
Eso le molestó porque era verdad.
—Si bajas, te caes en la escalera.
—Entonces uso ascensor.
—Está bloqueado por protocolo de incendio.
—Pues me caigo en la escalera con tradición.
Hugo levantó la mano.
—Yo votaría por dejarle ir. Es imposible razonar con una nevera enfadada.
—Tú no votas —dijo Carmen.
—España ha caído.
Samuel se puso al lado de Damián.
—Voy contigo.
Damián lo miró.
—Ni de coña.
—Sé qué buscar.
—Sabes demasiado tarde.
—Pero sé.
Damián no contestó.
Me miraron los dos.
No sé por qué.
O sí.
Porque yo seguía de pie.
Porque una parte idiota de mí quería ir también.
Porque Clara había llegado a ese hospital y, años después, alguien estaba quemando algo en sus entrañas.

Miré mis pies vendados.

Mis manos.

Mi cuerpo entero suplicando cama.

Luego miré a Vera.

Esposada, custodiada, con miedo por primera vez.

—¿Qué buscamos? —le pregunté.

El agente negó con la cabeza.

—No va a ir nadie.

Vera habló rápido:

—Un expediente antiguo. No de Clara. De otro paciente.

—¿Nombre?

—No lo sé.

—Vera.

—No lo sé. Solo vi una referencia en uno de los archivos. Sala 3. San Telmo. Año 2018. Código interno: J-0.

Irene levantó la cabeza.

—Jota cero.

Vera asintió.

—Creo que era el origen.

El agente se quedó helado.

No mucho.

Pero lo vi.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Él cerró la expresión enseguida.

Tarde.

Damián lo señaló.

—Tú sabes algo.

—No.

—Tienes cara de saber algo.

Hugo, desde la camilla, murmuró:

—Como experta en caras, Nadia ya ha establecido jurisprudencia en ese campo.

El agente apretó la mandíbula.

—J-0 no es un código de expediente médico.

Carmen frunció el ceño.

—¿Entonces?

El agente dudó.

—Es una referencia policial antigua. Juez cero.

Silencio.

—¿Juez cero? —repitió Irene.

—Un nombre que apareció en varios casos no resueltos. Hace años. Amenazas, secuestros breves, confesiones forzadas. Nunca se probó nada. Se consideró una teoría de prensa.

Hugo miró a Irene.

—Iba a hacer un chiste sobre teorías de prensa, pero es tu noche de confesión y me parecería feo.

Irene no le hizo caso.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque no tenía relación confirmada.

Damián se acercó a él.

—Nos acaban de meter en una fábrica para culpables y te parecía que "Juez cero" no venía a cuento.

—No sabía que el código existía aquí.

La alarma siguió sonando.

El olor llegó un minuto después.

Humo.

No mucho.

Suficiente.

Todos lo olimos.

Y todos dejamos de ser hospital por dentro.

Volvimos a ser fábrica.

Cisterna.

Horno.

Puerta cerrada.

Raquel empezó a hiperventilar.

Irene la agarró.

—Mírame.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No.

—Raquel, mírame.

Raquel la miró.

Irene habló muy despacio:

—Esto es un hospital. Hay salidas. Hay gente. Hay protocolos. El humo no manda aquí.

El altavoz del pasillo chisporroteó.

La megafonía falló un segundo.

Luego, en vez del aviso oficial, sonó una voz.

No la de Vera.

No la de Samuel.

No la del edificio, exactamente.

Era más vieja.

Más ronca.

Más tranquila.

—El humo siempre manda donde alguien tiene miedo.

Carmen se quedó blanca.

El agente levantó la radio.

—Corten megafonía. Ahora.

La voz continuó:

—Buenas noches, supervivientes.

Hugo cerró los ojos.

—No. No. Me niego a que tenga saludo.

—Habéis hablado —dijo la voz—. Eso os honra menos de lo que creéis.

Vera cerró los ojos.

—Es él.

Samuel la miró.

—¿Le reconoces?

—No.

—Entonces…

—Es él.

El humo llegó más fuerte.

La alarma sonaba.

El hospital se movía.

Gente corriendo en el pasillo. Camillas. Puertas. Voces.

Y esa voz por encima, serena, casi aburrida.

—El juego nunca fue una fábrica. La fábrica solo era un escenario. El juego sois vosotros.

Damián rugió hacia el techo:

—¡Da la cara!

La voz hizo una pausa.

—La cara es la parte más mentirosa del cuerpo, Damián.

Hugo murmuró:

—Qué pereza de villano con frases.

La voz siguió:

—Veinticuatro horas. Ocho confesiones. Una ciudad mirando. La verdad ya no os pertenece.

El agente gritaba órdenes por la radio.

La megafonía se cortó.

Silencio.

Solo alarma.

Humo.

Respiración.

Luego el móvil muerto de la bolsa vibró una última vez.

Pantalla negra.

Una línea blanca apareció sin encender del todo.

PRUEBA 10: LOS TESTIGOS.

Y después:

NO DEJÉIS QUE VERA SALGA DEL HOSPITAL.

Vera abrió los ojos.

—No…

El agente dio una orden inmediata:

—Traslado cancelado. Custodia aquí. Nadie mueve a la detenida.

Damián miró al agente.

—Acabas de obedecerle.

El agente se quedó quieto.

Tenía razón.

El mensaje podía ser una advertencia.

O una trampa.

Si la movían, quizá la mataban.

Si no la movían, quizá hacían justo lo que él quería.

Hugo soltó una carcajada amarga.

—Me encanta. Ahora el asesino nos da instrucciones y nosotros hacemos debate parlamentario.

Raquel susurró:

—¿Qué hacemos?

Nadie contestó.

Porque por primera vez desde que habíamos salido de la fábrica, no había puerta marcada, ni palanca, ni cuenta atrás clara.

Solo humo.

Un hospital.

Una chica esposada.

Un nombre antiguo.

Y una decisión que podía matar a alguien hiciéramos lo que hiciéramos.

Entonces Carmen agarró el mando de apertura manual de la puerta de la sala.

—Hacemos lo único sensato.

Todos la miramos.

—¿Qué? —preguntó Damián.

Carmen abrió la puerta.

El pasillo estaba lleno de humo bajo, luces rojas y gente corriendo.

—No obedecemos a un psicópata —dijo—. Ni a vosotros. Ni a la policía si se queda pensando demasiado.

Miró a Vera.

—La chica se queda conmigo.

El agente parpadeó.

—Eso no es posible.

Carmen le sostuvo la mirada.

—Hijo, llevo treinta y siete años sacando borrachos, parturientas, señores desnudos y familiares violentos de sitios donde no querían salir. Si crees que un asesino con megafonía me va a explicar cómo evacuar mi planta, ponte a la cola.

Hugo abrió los ojos, emocionado.

—Definitivamente enamorado.

Carmen señaló a Damián y a Samuel.

—Vosotros dos, si vais a ser idiotas, al menos llevad extintor.

Luego me miró.

—Tú, ni se te ocurra.

—Carmen…

—Ni se te ocurra.

El humo entró en la sala.

Y con él, desde el pasillo, llegó un grito.

No de miedo.

De dolor.

Un celador cayó al suelo a unos metros de la puerta, agarrándose el cuello.

Detrás de él, entre el humo, una silueta con bata blanca se quedó quieta.

No Vera.

No una enfermera.

Alguien más alto.

Más ancho.

Con mascarilla quirúrgica.

Y una tarjeta colgada en el pecho.

La tarjeta giró con el movimiento.

Solo pude leer una palabra.

JUEZ.

Damián cogió el extintor de la pared.

—Ahora sí —dijo.

Y salió al pasillo.

Capítulo 15 — Código rojo

Damián salió al pasillo con un extintor en las manos y la expresión de alguien que llevaba toda la noche esperando una excusa sencilla.

Por fin no había una palanca, ni una válvula, ni una puerta que interpretar.

Había una silueta.

Y Damián era mucho mejor con las siluetas.

—¡Alto! —gritó el agente.

Damián no se detuvo.

La figura de bata blanca permaneció quieta entre el humo. Alta. Ancha. Mascarilla quirúrgica. Gorro. Guantes. Tarjeta colgada del pecho.

JUEZ.

La palabra se balanceaba con cada paso que daba hacia nosotros.

El celador seguía en el suelo, agarrándose el cuello, intentando respirar. Carmen salió de la sala como un rayo.

—¡Apartaos!

Se arrodilló junto a él sin esperar permiso de nadie, porque Carmen parecía de esa clase de personas que habían nacido antes que la autoridad.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté.

—No lo sé. Y si me dejáis trabajar, igual lo averiguo antes de jubilarme.

El celador intentó hablar.

Solo salió un ruido áspero.

Damián levantó el extintor.

—¡He dicho alto!

La figura dio un paso hacia atrás.

No huyó.

Eso fue lo que lo hizo peor.

No parecía un asesino escapando.

Parecía alguien calculando cuánto queríamos acercarnos.

Samuel salió detrás de Damián, apoyándose en la pared. Las muñecas vendadas le sangraban otra vez.

—No te acerques.

Damián no le miró.

—Qué buena idea. Me lo dice el experto en no acercarse a problemas hasta que tienen nueve víctimas.

Samuel encajó la frase y siguió avanzando.

Yo salí también.

Porque, al parecer, mi capacidad para obedecer órdenes médicas había muerto en algún punto entre el túnel y la carretera.

—¡Nadia! —gritó Carmen sin levantar la vista del celador—. Como te caigas, te dejo en el suelo por tonta.

—Apuntado.

Hugo, desde dentro de la sala, levantó la cabeza.

—Yo también quiero participar.

—Tú no puedes ni participar en una siesta —le dijo Irene.

—Qué falta de fe.

El humo bajaba por el pasillo como una manta sucia. No era muy denso todavía, pero sí suficiente para borrar formas, deformar luces y devolvernos a todos al mismo sitio del que acabábamos de salir.

Rojo.

Humo.

Puertas.

Una figura esperando.

Raquel empezó a hiperventilar en la sala.

—No puedo. No puedo. No puedo…

Irene la sujetó por los hombros.

—Mírame.

—Otra vez humo no.

—Es un hospital. No una fábrica.

—Huele igual.

—No.

—Sí.

Irene no discutió más.

La abrazó.

Eso fue más útil.
El agente apuntó a la figura.
—¡Identifíquese!
La figura levantó una mano.
Despacio.
En la mano no llevaba arma.
Llevaba una tarjeta.
La dejó caer al suelo.
Damián se acercó un paso más, extintor en alto.
—Ni se te ocurra hacer algo raro.
Hugo gritó desde la sala:
—Define raro, que hoy está el listón altísimo.
La figura inclinó la cabeza hacia él.
Lo oyó.
Eso me dio un escalofrío idiota.
Luego señaló al celador.
Carmen palpaba el cuello del hombre.
—Tiene algo clavado.
—¿Qué? —pregunté.
—No lo sé. Algo pequeño.
El agente tensó la mano en el arma.
—¡Al suelo!
La figura no se tiró al suelo.
Se giró.
Y corrió.
Damián salió detrás.
—¡No! —grité.
Demasiado tarde.
Damián lanzó el extintor.
No como se lanza una cosa.
Como se lanza una sentencia.

El cilindro rojo cruzó el humo y golpeó a la figura en la espalda. El impacto sonó seco, brutal. La figura cayó contra una camilla vacía, rebotó y terminó en el suelo, derribando un carro metálico.

Todo el pasillo se llenó de bandejas, gasas, instrumental y un ruido que habría despertado a un muerto con horario flexible.

Damián llegó hasta él y lo puso boca arriba.

—¡No se mueva! —gritó el agente.

Pero Damián ya estaba arrancándole la mascarilla.

Debajo no había un monstruo.

Había un hombre joven.

Demasiado joven.

Veinticinco, quizá. Treinta como mucho. Pelo rapado, cara llena de pecas, ojos abiertos de puro terror.

Tenía cinta adhesiva sobre la boca.

Damián se quedó helado.

—Mierda.

Samuel se agachó junto al hombre y le quitó la cinta.

El joven aspiró aire como si lo hubieran sacado del fondo de una piscina.

—No… no me matéis…

Damián apartó las manos.

—Joder.

—¿Quién eres? —preguntó el agente.

El joven temblaba.

—Residente. Soy residente. Me llamo Álvaro. Me han… me han obligado.

Carmen levantó la cabeza desde el celador.

—¿Álvaro Ruiz?

El chico la miró, llorando.

—Sí.

—¿Qué haces vestido así?

—No quería. Me pusieron la bata. La tarjeta. Me dijeron que caminara hasta la sala.

Damián cogió la tarjeta del suelo.

La miró.

Era una credencial vieja, plastificada.

No tenía foto.

Solo una palabra.

JUEZ.

Y, debajo, un número.

0

El agente se la quitó.

—¿Quién te lo dijo?

Álvaro empezó a negar con la cabeza.

—No lo vi.

—¿Hombre? ¿Mujer?

—No lo sé. Voz distorsionada. Me cogieron en el vestuario. Me taparon la cara. Me pusieron algo en el cuello.

Carmen maldijo.

—Como al celador.

Me acerqué al hombre del suelo. Carmen había retirado ya una especie de pequeño parche o aguja adhesiva del lateral del cuello. No sabía qué era y no quise saberlo demasiado. El celador respiraba, pero estaba mareado, sudando y con los ojos perdidos.

—¿Está vivo? —preguntó Damián.

Carmen le lanzó una mirada.

—De momento. A pesar de vuestra estupenda estrategia de resolverlo todo a extintorazos.

Damián bajó la vista hacia Álvaro.

Por una vez, parecía avergonzado de una forma limpia.

—Pensé que eras él.

Álvaro empezó a reírse.

No porque tuviera gracia.

Porque estaba al borde de romperse.

—Yo también.

El humo aumentó.

La alarma seguía sonando.

Por el pasillo empezaron a llegar más sanitarios, policías y personal de seguridad. La planta era un caos organizado a medias. Pacientes siendo trasladados, puertas abiertas, carros moviéndose, voces que se pisaban.

La megafonía volvió un segundo.

Solo un segundo.

—Los testigos siempre miran hacia donde se les señala.

Luego se cortó.

Damián cerró los ojos.

—Era un señuelo.

Samuel se volvió hacia la Sala 3.

—Vera.

El corazón me cayó al estómago.

Volvimos corriendo.

O caminando rápido, que era lo máximo que nuestros cuerpos podían fingir.

La sala seguía allí.

Hugo en su camilla.

Raquel con Irene.

Marcos tumbado.

Lara junto a él.

El técnico.

Dos policías.

Y Vera.

Esposada.

Sentada.

Respirando.

Todavía.

Samuel soltó aire.

—Está aquí.

Vera lo miró.

—Claro que estoy aquí.

Damián señaló hacia el pasillo.

—El de la tarjeta era un residente.

Vera cerró los ojos.

—Os ha sacado de la sala.

—No a todos —dijo Irene.

Hugo levantó una mano.

—Gracias a mi invalidez estratégica.

El teléfono muerto vibró sobre la mesa.

Todos nos giramos.

La pantalla se encendió a medias, como si tuviera que esforzarse.

LOS TESTIGOS NO SOLO ESTÁN EN LA SALA.

Luego apareció una imagen.

No del hospital.

De fuera.

La entrada principal.

Docenas de personas empezaban a agolparse en la acera. Algunas con móviles levantados. Otras con paraguas. Había cámaras de televisión. Periodistas. Curiosos. Gente que había visto el vídeo y había venido a mirar el lugar donde los culpables sangraban en directo.

Raquel se puso blanca.

—No.

Irene apretó la mandíbula.

—Lo han filtrado todo.

La imagen cambió.

Otra cámara.

La puerta de urgencias.

Alguien empujando para entrar.

Un policía intentando contener a varios periodistas.

Otra imagen.

El aparcamiento.

Una furgoneta blanca.

Una persona con gorra bajaba algo del maletero.

Una caja.

Metálica.

Pequeña.

Hugo susurró:

—No me gustan las cajas.

La persona de la gorra dejó la caja junto a una ambulancia y se alejó.

La cámara hizo zoom.

Sobre la caja había una palabra.

TESTIGO.

La pantalla se apagó.

El agente gritó por radio:

—¡Revisad aparcamiento! Caja sospechosa junto a ambulancias. Nadie se acerque sin artificieros.

Damián se volvió hacia la puerta.

—Voy.

Carmen le bloqueó el paso otra vez.

—Tú no vas.

—Carmen.

—No.

—Hay una caja.

—Y hay policías.

—Acabas de ver a un residente disfrazado de Juez.

—Y tú acabas de tirar un extintor a un residente, así que no estás precisamente en tu mejor racha táctica.

Hugo cerró los ojos.

—Carmen, no sé si estoy alucinando por la medicación, pero cada vez la admiro más.

La supervisora le señaló.

—Tú, quieto.

—Con placer.

El agente dio órdenes rápidas. Más policía al aparcamiento. Evacuación parcial. Custodia a Vera. Cerrar accesos. Bloquear prensa.

Todo sonaba correcto.

Y aun así, nada se sentía seguro.

Porque el juego ya había demostrado algo horrible: no necesitaba fuerza si sabía mover a la gente. Una tarjeta, una jeringa, un mensaje, una caja. Bastaba con señalar un punto y todos corríamos hacia él.

Los testigos siempre miran hacia donde se les señala.

Miré a Vera.

Ella estaba mirando la imagen congelada del móvil, aunque la pantalla ya estaba negra.

—¿Qué hay en la caja? —pregunté.

—No lo sé.

—Vera.

—No lo sé.

—Pero lo imaginas.

Ella tragó saliva.

—Sí.

—Dilo.

—Algo que quiere que todos vean.

Irene respiró despacio.

—Un archivo.

Vera asintió.

—O un cuerpo.

Raquel se tapó la boca.

Marcos cerró los ojos.

Lara susurró:

—No.

Hugo abrió un ojo.

—Voy a votar por archivo, si se permite cierto optimismo desesperado.

Samuel se acercó a Vera.

—¿Quién más sabía lo de los archivos?

Ella no le miró.

—No empieces.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Siempre hay alguien que sabe dónde está la puerta antes de que se cierre.

Vera levantó la cabeza.

La frase le molestó.

—No uses lo de Clara para interrogarme.

—No estoy usando a Clara.

—Llevas años usándola.

Samuel retrocedió como si le hubiera pegado.

Damián intervino:

—Basta. Los dos.

—No te metas —dijo Vera.

Damián se inclinó hacia ella.

—Chica, llevo toda la noche metido en cosas donde no cabía. Ya me da igual.

Vera le miró.

Durante un segundo pensé que iba a insultarle.

Pero solo bajó la mirada.

El técnico del portátil habló de pronto:

—Agente.

—¿Qué?

—La transmisión no viene del teléfono.

Todos nos quedamos quietos.

—¿Entonces?

El técnico tragó saliva.

—El teléfono solo recibe. O recibía. La señal está entrando por la red interna del hospital.

Carmen apretó los dientes.

—¿Desde dónde?

—Estoy intentando localizarlo.

Tecleó.

El humo seguía entrando por debajo de la puerta, aunque menos. Olía a plástico quemado, a papel, a memoria reducida a ceniza.

—Planta baja no —dijo el técnico—. Tampoco administración.

—Rápido —ordenó el agente.

—Estoy intentando hacerlo rápido sin convertirme en mago.

Hugo murmuró:

—Me cae bien.

El técnico siguió tecleando.

Luego se quedó quieto.

—No puede ser.

—Cada vez que alguien dice eso, muere una esperanza —dijo Hugo.

El agente se acercó.

—¿Dónde?

El técnico levantó la vista.

—Sale de esta planta.

Carmen se tensó.

—¿De qué sala?

El técnico miró la pantalla.

Luego la puerta.

Luego a nosotros.

—De la Sala 3.

Silencio.

Nadie se movió.

Ni siquiera Hugo.

La Sala 3.

Nuestra sala.

El lugar donde estábamos.

El lugar que creíamos escenario.

No.

No escenario.

Antena.

El agente miró alrededor.

—Revisen todo. Paredes, techo, armarios, mesa, cámaras.

Los policías empezaron a moverse.

Carmen abrió armarios con una violencia administrativa admirable. Irene revisó debajo de la mesa. Raquel se apartó a una esquina. Lara miró las rejillas de ventilación. Samuel observó el techo.

Damián miró a Vera.

—¿Lo sabías?

—No.

—Vera.

—No.

Y esta vez sonó a verdad.

El agente desmontó una pequeña carcasa junto a la cámara de la sala.

Nada.

El técnico siguió mirando el portátil.

—La señal es muy cercana. Dos metros. Uno y medio.

—¿Del teléfono? —pregunté.

—No. Del centro de la sala.

Todos miramos la mesa.

Encima estaba el teléfono en la bolsa.

La grabadora policial.

El portátil.

Y, debajo de la mesa, un soporte metálico.

Irene se agachó.

—Hay algo pegado aquí.

El agente se inclinó.

—No lo toque.

Irene retiró la mano.

—No pensaba hacerlo. Ya he aprendido algo, gracias.

El agente miró debajo.

Había un dispositivo pequeño, negro, adherido con cinta al centro de la mesa. Tenía una luz diminuta, casi invisible, parpadeando en verde.

—Cámara —dijo el técnico.

—Y transmisor —añadió el agente.

Carmen soltó una blasfemia tan creativa que Hugo abrió los ojos.

—Eso ha sido precioso.

La pregunta llegó sola.

Fea.

Simple.

¿Quién lo había puesto allí?

Todos habíamos llegado después.

La sala estaba preparada.

O alguien del hospital la había preparado.

Carmen se quedó muy quieta.

—Esta sala estaba cerrada antes de que llegarais.

El agente la miró.

—¿Quién tenía acceso?

—Personal de planta. Limpieza. Seguridad. Mantenimiento. Médicos. Media humanidad con tarjeta y sueño atrasado.

El dispositivo emitió un pitido.

La luz pasó de verde a rojo.

La pantalla del portátil del técnico se llenó de líneas.

—Está enviando algo.

—Córtelo.

—No puedo.

—¡Córtelo!

—¡No puedo sin tocarlo!

El teléfono muerto se encendió otra vez.

Esta vez con una imagen en directo.

Nosotros.

La sala vista desde la mesa.

Todos mirando hacia abajo como idiotas asustados.

Luego apareció texto sobre nuestra propia imagen:

PRUEBA 10 EN CURSO.

OBJETIVO: COMPROBAR SI LOS CULPABLES SIGUEN PROTEGIÉNDOSE CUANDO TODOS LOS VEN.

Debajo, una pregunta:

¿QUIÉN ENTRÓ PRIMERO EN LA SALA 3?

Todos nos miramos.

No entendí al principio.

Luego sí.

Antes de que nos trajeran.

Antes de que el teléfono llegara.

Antes de Vera.

¿Quién había preparado la sala?

El agente miró a Carmen.

Carmen lo miró a él.

—Yo no fui.

—No he dicho nada.

—Tu cara sí. Y tengo treinta y siete años leyendo caras de familiares que roban sábanas.

Hugo susurró:

—Yo quiero llegar a viejo con esa precisión.

Irene habló:

—Nos trajeron aquí por orden policial.

El agente se tensó.

—Por seguridad.

—¿Quién eligió la sala?

Silencio.

El agente no contestó.

Damián avanzó.

—¿Quién eligió la sala?

—Yo autoricé el traslado a esta planta.

—No he preguntado eso.

El agente tragó saliva.

—La sala estaba disponible.

—¿Quién lo dijo?

El agente miró hacia la puerta.

—Un inspector.

—¿Nombre?

El móvil vibró.

La pantalla cambió.

Mostró una foto.

Un hombre de unos cincuenta años. Pelo canoso, traje oscuro, expresión amable. Una credencial policial.

Debajo:

INSPECTOR MATEO SALVAT.

El agente se quedó sin color.

—No.

Hugo cerró los ojos.

—Otra vez la frase.

Irene se acercó a la imagen.

—¿Quién es?

El agente tardó en responder.

—Mi superior.

Damián soltó una risa baja.

—Claro.

—No —dijo el agente—. Salvat dirigía la investigación antigua de Juez Cero. Lleva años detrás de esa sombra.

Samuel levantó la cabeza.

—O delante.

El agente le miró con rabia.

—Cuidado.

—No amenaces al infiltrado —dijo Hugo—. Todavía no sabemos si esta vez tiene razón.

Carmen fue hasta el teléfono fijo de la sala y marcó un número interno.

Esperó.

Nada.

Marcó otro.

Nada.

—La línea está caída.

El agente habló por radio.

—Localizad al inspector Salvat. Ahora. Quiero ubicación exacta.

Estática.

Luego una voz respondió:

—El inspector Salvat acaba de entrar en el edificio. Va hacia su planta.

El móvil mostró otra imagen.

El ascensor principal.

Las puertas abriéndose.

El hombre de la foto saliendo.

Mateo Salvat.

Traje oscuro.

Pelo canoso.

Expresión amable.

En la mano llevaba una carpeta.

No una pistola.

No una caja.

Una carpeta.

Eso lo hizo casi peor.

Miró directamente a la cámara del ascensor.

Sonrió.

Y levantó la carpeta para que se leyera la portada.

J-0

Luego la imagen se cortó.

El agente apuntó hacia la puerta.

—Todos atrás.

Damián cogió el extintor.

Carmen le miró.

—Ni se te ocurra tirar otro médico.

—Si este es médico, me retiro.

Hugo levantó una mano desde la camilla.

—Que conste que, pese a mi pierna, mis calmantes y mi opinión general sobre la vida, voy a necesitar estar despierto para esto.

La puerta de la Sala 3 se abrió.

No de golpe.

No con violencia.

Con llave.

El inspector Mateo Salvat apareció en el umbral.

Alto, impecable, ligeramente mojado por la lluvia, como si acabara de entrar desde una noche normal y no desde la boca de otra trampa.

Miró la sala.

A Vera esposada.

A Samuel.

A nosotros.

A su propio agente apuntándole.

Y sonrió con una tristeza perfectamente ensayada.

—Bajad las armas —dijo—. El Juez Cero está aquí.

Nadie se movió.

Salvat dejó la carpeta sobre la mesa.

Luego añadió:

—Y no soy yo.

Capítulo 16 — El inspector

Nadie bajó las armas.

Eso fue lo primero decente que pasó en la sala.

El inspector Mateo Salvat permaneció en el umbral con las manos visibles, la carpeta J-0 sobre la mesa y una sonrisa triste en la cara. Era una sonrisa muy limpia para aquella noche. Demasiado limpia. De esas que una aprende a desconfiar porque parecen preparadas frente a un espejo.

El agente que nos había traído desde la carretera seguía apuntándole.

—Inspector.

Salvat le miró con calma.

—Rivas.

Ahora el agente tenía nombre.

Rivas.

Me habría gustado conocerlo en una situación donde no estuviera decidiendo si disparar a su superior en una sala de hospital con un transmisor pegado debajo de la mesa.

—Baje el arma —dijo Salvat.

—No.

Una palabra pequeña.

Perfecta.

Hugo levantó una mano desde la camilla.

—Por una vez, apoyo al hombre armado.

Salvat giró apenas la cabeza hacia él.

—Hugo Latorre.

—Presente. Dañado, medicado y cada vez más incómodo.

—Siempre tuvo facilidad para hablar cuando otros necesitaban silencio.

Hugo parpadeó.

La frase entró muy suave.

Y cortó igual.

—Vaya —dijo—. Usted también trae etiqueta.

Damián apretó el extintor con las dos manos.

—Ha dicho que el Juez Cero está aquí.

—Sí.

—Y que no es usted.

—También.

—Pues empiece a señalar, porque se me está cansando la paciencia y el extintor pesa.

Carmen, desde la puerta, murmuró:

—Como vuelvas a lanzar eso, te ingreso por gilipollas.

—Ahora no, Carmen.

—Ahora sí. Estoy harta de hombres grandes creyendo que los cilindros rojos son argumentos.

Salvat la miró por primera vez.

—Carmen Villar.

Ella alzó la barbilla.

—Y tú debes de ser el inspector que ha decidido ensuciarme la planta.

—No he decidido nada.

—Eso dicen todos los que la ensucian.

El humo seguía entrando por el pasillo. Menos denso que antes, pero presente. Una capa baja, gris, deslizándose por el suelo como un animal cansado. La alarma de incendio sonaba de fondo. Las luces rojas seguían pintándonos la piel.

Vera estaba esposada junto a la pared.

No apartaba los ojos de Salvat.

Samuel, a medio camino entre ella y nosotros, parecía a punto de romperse por otro sitio nuevo.

—¿Quién es? —preguntó Vera.

Salvat la miró con algo parecido a pena.

—Eso venía a preguntarte.

Vera soltó una risa breve.

—Claro.

—No eres la primera a la que utilizó.

La frase cayó con peso.

Vera dejó de reírse.

—¿Qué?

Salvat señaló la carpeta sobre la mesa.

—Ábrela, Rivas.

El agente no se movió.

—Ábrala usted.

Salvat bajó la mirada hacia el arma.

—Si me acerco a la mesa, me disparas.

Rivas no contestó.

—Eso es un sí bastante profesional —murmuró Hugo.

Irene se acercó a la carpeta.

—Yo la abro.

—No —dijo Rivas.

—Estoy cansada de que todo el mundo me diga no después de haber publicado uno demasiado tarde.

Rivas dudó.

Carmen chasqueó la lengua.

—Por Dios, que alguien abra la dichosa carpeta antes de que me dé tiempo a jubilarme.

Irene la abrió.

Dentro había fotografías.

No muchas.

Las suficientes.

Una sala con sillas vacías.

Un almacén abandonado.

Un hombre arrodillado delante de una cámara.

Una mujer con las manos atadas a una tubería.

Pantallas con frases.

Cuentas atrás.

Etiquetas.

No nuestras.

Otras.

ROBAR. CALLAR. VENDER. GOLPEAR. NEGAR.

Raquel se tapó la boca.

—No…

Hugo cerró los ojos.

—Era verdad.

Irene pasó una hoja.

Había informes policiales. Recortes de prensa. Capturas de vídeos. Nombres tachados. Fechas.

Y ahora nosotros.

—Juez Cero no empezó con Clara —dijo Salvat—. Empezó antes. Mucho antes de que Vera recibiera sus archivos. Mucho antes de que Samuel decidiera jugar a la justicia con las manos de otro.

Samuel encajó la frase sin defenderse.

Vera respiraba demasiado rápido.

—No.

—Sí —dijo Salvat—. Tú pensabas que estabas usando sus recursos para llegar a ellos.

Nos señaló.

—Pero él te estaba usando a ti para perfeccionar el espectáculo.

Damián dio un paso.

—¿Él quién?

Salvat le miró.

—No lo sé.

Damián soltó una carcajada furiosa.

—Me cago en…

—No lo sé —repitió Salvat—. Y llevo ocho años intentando saberlo.

Rivas seguía apuntándole.

—Inspector, ¿por qué no informó de la conexión con San Telmo?

Salvat se volvió hacia él.

—Porque no la tenía confirmada.

—Hay un transmisor en una sala de hospital.

—Lo sé.

—Una detenida ha entrado con identidad falsa.

—Lo sé.

—Un residente ha sido usado como señuelo.

—Lo sé.

Rivas apretó el arma.

—Entonces sabe demasiado tarde.

Aquello hizo que todos miráramos a Samuel.

No por justicia.

Por reflejo.

Samuel bajó la cabeza.

Salvat se dio cuenta.

—El patrón es ese —dijo—. Siempre llegamos tarde. Siempre nos deja llegar tarde. Lo justo para ver la consecuencia, no para evitarla.

El móvil muerto vibró.

La pantalla no se encendió.

Solo vibró una vez.

Como una risa sin boca.

Hugo se incorporó un poco y soltó un gemido.

—Ese aparato me cae peor que la mayoría de mis clientes.

—Quieto —dijo Carmen.

—Estoy quieto con aspiraciones.

Irene sacó otra hoja de la carpeta.

Se quedó mirándola.

—Aquí hay una lista.

Salvat asintió.

—Posibles víctimas. Posibles culpables. Posibles escenarios.

—Hay nombres marcados.

—Sí.

Irene levantó la vista.

—El nuestro está marcado en rojo.

Nadie habló.

No hacía falta.

La carpeta no era una investigación.

Era un mapa de caza.

Salvat dio un paso muy pequeño hacia la sala. Rivas tensó el arma.

—Quieto.

Salvat se detuvo.

—Mira la última página.

Irene pasó las hojas.

La última era una fotografía.

No de una víctima.

No de una sala.

De nosotros.

La carretera.

Hacía menos de una hora.

Ocho cuerpos bajo la lluvia, junto a la verja.

La imagen estaba tomada desde lejos.

Desde un ángulo elevado.

No podía ser de la policía.

No podía ser de una cámara fija.

Alguien había estado allí.

Mirándonos salir.

La foto tenía una frase escrita debajo:

LOS QUE SOBREVIVEN HABLAN MÁS ALTO SI CREEN QUE YA HA TERMINADO.

Raquel empezó a llorar otra vez.

—Nos estaba mirando.

Damián apretó el extintor.

—Sigue mirándonos.

El técnico del portátil habló desde la mesa:

—La transmisión continúa.

Rivas se volvió hacia él.

—¿Desde el dispositivo?

—No. Desde varios puntos. Hay cámaras replicando señal. Sala, pasillo, aparcamiento, entrada principal. Está usando la red interna y móviles externos. Cada vez que cortamos una ruta, aparece otra.

Hugo miró a Irene.

—Esto es lo que pasa cuando el infierno descubre internet.

Raquel cerró los ojos.

—No digas eso.

—Perdón.

—No, no. Es que tienes razón.

Esa pequeña concesión pareció dolerles a los dos.

El móvil vibró otra vez.

Esta vez sí se encendió.

La pantalla mostró nuestra sala desde arriba.

Luego apareció texto.

EL INSPECTOR HA ENTRADO.

Debajo:

LOS TESTIGOS DECIDIRÁN SI CREEN EN ÉL.

Salvat miró el teléfono.

Por primera vez, perdió algo de calma.

No mucho.

Lo justo para que supiéramos que también podía sangrar por dentro.

La pantalla cambió.

Apareció una votación en directo.

No entre nosotros.

Fuera.

La gente que veía el vídeo estaba votando.

¿SALVAT ES JUEZ CERO?

Sí: 61 %

No: 39 %

El número subía y bajaba.

Miles de personas mirando.

Miles de dedos decidiendo si un hombre era monstruo desde una pantalla, sin oler el humo, sin ver las manos de Raquel, sin saber cómo sonaba Esteban cuando intentaba respirar agua.

Raquel se levantó.

—Apágalo.

El técnico la miró, impotente.

—No puedo.

—¡Apágalo!

Irene la sujetó.

—Raquel.

—¡No! ¡Otra vez no! ¡Otra vez gente mirando y opinando y compartiendo como si esto fuera…!

No terminó.

No le hizo falta.

Vera observaba la pantalla con los ojos muy abiertos.

—Eso es lo que quiere.

Salvat asintió despacio.

—Sí.

—Que todos participen.

—Sí.

Hugo cerró los ojos.

—No es un asesino. Es un director de audiencia.

Carmen se acercó a la mesa y tapó el teléfono con una bandeja metálica.

El sonido se apagó un poco.

No la transmisión.

Solo nuestra vista.

—Ya está —dijo—. Si el mundo quiere mirar, que mire una bandeja.

Hugo suspiró.

—Carmen, cásese conmigo.

—Tú sobrevive primero, encanto.

—Haré lo posible.

El gesto fue pequeño.

Absurdo.

Y aun así nos devolvió un poco de aire.

Entonces la bandeja vibró.

Debajo, el teléfono seguía vivo.

La pantalla emitió luz por los bordes.

Rivas se acercó a Salvat sin bajar del todo el arma.

—Inspector, necesito que entregue su arma y su placa.

Salvat metió dos dedos despacio en la chaqueta.

Damián levantó el extintor.

—Despacio.

Salvat sacó la placa.

Luego la pistola, cogiéndola por la empuñadura con dos dedos, apuntando al suelo.

La dejó sobre una silla.

—No soy él.

—Tendrá ocasión de demostrarlo.

—No. Ese es el problema.

Rivas frunció el ceño.

Salvat miró la bandeja que tapaba el móvil.

—Juez Cero no quiere que se demuestre nada. Quiere que se dude. La duda es su puerta. En cuanto entramos, él cierra desde fuera.

La frase nos dejó quietos.

Porque era verdad.

Lo había hecho con todos.

Con Clara.

Con Vera.

Con Marcos.

Con Hugo.

Con Samuel.

Con Salvat.

Con nosotros.

Siempre lo mismo: colocar una puerta entre la verdad y el miedo, y esperar a ver quién tenía fuerza para abrirla.

O quién prefería cerrarla.

El móvil volvió a vibrar.

La bandeja metálica se desplazó un centímetro.

Carmen la apretó con la mano.

—Quieto ahí, demonio de bolsillo.

El técnico habló:

—Hay otra señal.

—¿Dónde? —preguntó Rivas.

—En la carpeta.

Todos miramos la carpeta J-0.

Irene apartó las manos.

Salvat cerró los ojos.

—No.

Damián dio un paso atrás.

—¿Qué hay en la carpeta?

El técnico tragó saliva.

—Un emisor. O algo parecido.

Salvat negó con la cabeza.

—La revisaron antes de entregármela.

Rivas le miró.

—¿Quién?

Salvat no respondió enseguida.

Muy mala señal.

—¿Quién? —repitió Damián.

Salvat habló bajo:

—Mi compañero.
—Nombre.
—Ortega.
Rivas habló por radio de inmediato.
—Localizad al subinspector Ortega.
Estática.
Luego una voz.
—Negativo. Ortega no responde. Última ubicación: aparcamiento.
Todos pensamos en la caja.
Al mismo tiempo.
La pantalla del portátil cambió.
Una cámara del aparcamiento.
La caja metálica seguía junto a la ambulancia.
Varios policías la rodeaban a distancia.
Un artificiero se acercaba con traje protector.
De pronto, la caja se abrió sola.
No explotó.
No salió humo.
No saltó nada.
Solo se abrió.
Dentro había un móvil.
Uno igual al nuestro.
La cámara hizo zoom.
En la pantalla del móvil del aparcamiento se veía la Sala 3.
Nosotros.
Mirando la cámara que miraba la caja que miraba la sala.
Hugo se tapó la cara con una mano.
—Me mareo y no es por la pierna.
En la pantalla del portátil apareció una frase desde la caja:
LOS TESTIGOS TAMBIÉN PUEDEN SER CULPABLES.
Luego otra:
PREGUNTADLE A RIVAS POR LA LLAMADA.
El agente Rivas se quedó inmóvil.
Todo el mundo le miró.
Él palideció.

—No.
Damián giró hacia él.
—¿Qué llamada?
—No.
Salvat le miró con una dureza nueva.
—Rivas.
El agente bajó el arma apenas.
—No tiene que ver con esto.
Hugo soltó una risa seca.
—Frase desafortunada número uno en contextos de culpa.
Rivas cerró los ojos.
El móvil de la mesa, debajo de la bandeja, emitió un pitido.
La bandeja vibró.
En el portátil apareció el nombre:
DANIEL RIVAS.
Rojo.
Irene susurró:
—Prueba diez.
Vera dijo:
—Los testigos.
Rivas respiraba mal.
—No soy culpable.
Damián avanzó hacia él.
—Eso lo decidimos después de oír qué hiciste.
—No hice nada.
El teléfono pitó otra vez.
MENTIRA DETECTADA.
Rivas apuntó de nuevo, pero no a Salvat.
Al suelo.
A nadie.
A todos.
—Bajen las manos —dijo, aunque nadie las tenía levantadas.
Su voz temblaba.
Carmen murmuró:
—Ay, hijo.
No lo dijo con ternura.

Lo dijo como quien ve a alguien elegir mal una puerta.

Salvat habló despacio:

—Daniel. ¿Qué llamada?

Rivas tragó saliva.

—La noche de La Casa Azul.

Todo se cerró.

Otra vez Clara.

Otra vez fuego.

Otra vez la raíz.

—Yo estaba en centralita —dijo Rivas—. Era agente recién salido. Turno de noche. Entró una llamada desde un móvil. Una chica. Gritaba. Decía que había fuego. Que estaban encerradas.

Vera dejó de respirar.

Samuel también.

—¿Clara? —pregunté.

Rivas negó con la cabeza.

—No lo sé.

Vera dio un paso.

Las esposas sonaron.

—¿Una chica joven?

—Sí.

—¿Tosía?

—Sí.

Vera se quedó muy quieta.

—Era yo.

Rivas la miró.

La cara se le rompió.

—No lo sé.

—Era yo —repitió Vera—. Clara me dio su móvil cuando me sacó por la ventana. Me dijo que llamara. Llamé.

Rivas se llevó una mano a la boca.

—No había ubicación precisa.

—¿Qué hiciste? —preguntó Damián.

Rivas miró el humo del pasillo.

Luego a Vera.

Luego a Salvat.

—Derivé la llamada.

—¿A quién?

—A emergencias locales. Bomberos. Policía municipal. No sé. Seguí el protocolo.

El teléfono pitó.

MENTIRA DETECTADA.

Rivas cerró los ojos.

—La dejé en espera.

El silencio fue tan duro que hasta la alarma pareció alejarse.

—Había varias llamadas esa noche —dijo—. Accidentes. Una pelea. Un aviso por intoxicación. Y pensé… pensé que era otra cría borracha. Estaba gritando, no se le entendía. Dijo un nombre mal. Dijo "Casa Azul", pero en el sistema no aparecía. Pensé que era una broma o una llamada duplicada.

Vera tenía lágrimas en los ojos.

—Me dejaste en espera.

—Fueron segundos.

El teléfono pitó.

Rivas apretó los dientes.

—Fueron casi cuatro minutos.

Damián soltó un sonido bajo.

Raquel se sentó de golpe.

Irene se tapó la boca.

Hugo no dijo nada.

Rivas siguió, como si ya no pudiera parar:

—Cuando volví a la línea, no contestaba nadie. Solo se oía ruido. Luego se cortó.

Vera bajó la cabeza.

—Yo me desmayé.

Rivas cerró los ojos.

—No supe que eras tú. No supe que había pasado de verdad hasta después.

—Pero no lo dijiste —dijo Salvat.

Rivas negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya habían muerto. Porque era nuevo. Porque me dijeron que no complicara el informe con una llamada mal registrada. Porque…

Se le quebró la voz.

—Porque tuve miedo de perderlo todo por cuatro minutos.

El teléfono quedó en silencio.

Luego, en el portátil, su nombre pasó de rojo a verde.

VERDAD ACEPTADA.

Nadie se movió.

Rivas bajó el arma del todo.

La dejó en el suelo.

—Lo siento —dijo mirando a Vera.

Vera no respondió.

No tenía por qué.

De pronto, el concepto de "testigos" se abrió como una herida.

No éramos solo nosotros.

Había más.

Siempre había más.

El que recibió la llamada.

El que archivó el informe.

El que miró el vídeo.

El que compartió.

El que dudó.

El que dijo que no era asunto suyo.

El que esperó a que otro hiciera algo.

La Sala 3 se llenó de una verdad incómoda: la culpa no era una mesa de ocho sillas.

Era un auditorio.

El móvil vibró otra vez.

Carmen quitó la bandeja.

La pantalla mostró un nuevo mensaje:

BIEN.

Luego:

YA HABÉIS ENTENDIDO LA PRUEBA.

La imagen cambió a la cámara del aparcamiento.

El móvil dentro de la caja mostraba otra frase.

AHORA SALVAD A UN TESTIGO.

La cámara se movió hacia la entrada principal del hospital.

Afuera, la multitud seguía creciendo.

Periodistas.

Curiosos.

Móviles.

Gente empujando para ver.

En medio del tumulto, una mujer mayor estaba de pie bajo la lluvia, con un abrigo oscuro y un pañuelo en la cabeza.

Vera soltó un grito.

—No.

Samuel se acercó a la pantalla.

—¿Quién es?

Vera no podía hablar.

Yo lo entendí por su cara.

Por la forma en que el dolor la dejó pequeña, niña, incendio otra vez.

—Mi tía —susurró.

La madre de Clara.

La mujer que había guardado el artículo en un cajón.

La mujer que había visto el vídeo de Raquel.

La mujer que había enterrado a una hija y recogido los pedazos de la otra.

En la imagen, alguien se acercaba a ella por detrás.

Un hombre con capucha.

No se le veía la cara.

Llevaba una mano en el bolsillo.

La pantalla mostró una cuenta atrás.

02:00

01:59

Y una frase:

LOS TESTIGOS MIRAN. LOS CULPABLES ACTÚAN.

Vera tiró de las esposas.

—¡Soltadme!

Rivas cogió su arma del suelo.

Salvat sacó la radio.

Damián agarró el extintor otra vez.
Carmen le gritó:
—¡Ese no baja contigo!
Damián miró la pantalla.
La mujer bajo la lluvia.
El hombre acercándose.
La cuenta atrás.
—Esta vez no llegamos tarde —dijo.
Y echó a correr.

Capítulo 17 — La multitud

Damián echó a correr.

O lo más parecido a correr que podía hacer un hombre con la espalda marcada por una verja, las manos abiertas, la ceja partida y el cuerpo entero pidiendo una silla, una ambulancia y posiblemente una vida nueva.

No llegó muy lejos antes de doblarse.

—¡Joder!

Se apoyó en la pared del pasillo, respirando como si le hubieran clavado el aire entre las costillas.

Carmen apareció detrás de él.

—¿Ves? Te lo dije.

—No es momento de disfrutarlo.

—Siempre es momento de tener razón.

Rivas pasó a su lado con el arma en la mano.

—Yo bajo.

Salvat fue detrás.

—Yo también.

Damián intentó seguirles.

Carmen le agarró del brazo.

—Tú no.

—Suéltame.

—No.

—Carmen…

—Si bajas así, te conviertes en otro problema que alguien tendrá que salvar.

Aquello le dolió más que si le hubiera pegado.

Se le vio en la cara.

Damián miró hacia la Sala 3, hacia la pantalla donde la cuenta atrás seguía bajando.

01:38

01:37

La tía de Vera seguía bajo la lluvia, en mitad de la multitud. Una mujer mayor, pequeña, con el abrigo oscuro empapado y el pañuelo pegado a la cabeza. A su alrededor, la gente levantaba móviles. Algunos ni siquiera sabían qué estaban grabando. Eso era lo peor. La curiosidad ya no necesitaba entender. Solo enfocar.

El hombre de la capucha seguía acercándose por detrás.

Despacio.

Demasiado.

Vera tiró de las esposas.

—¡Es mi tía! ¡Soltadme!

Nadie la soltó.

Samuel estaba junto a ella, pálido.

—Mercedes —susurró.

Así se llamaba.

Mercedes.

Por fin la madre de Clara tenía un nombre dentro de aquella noche.

Mercedes.

No "la madre".

No "la familiar".

No "la testigo".

Mercedes.

Hugo, desde la camilla, levantó la cabeza.

—¿Por qué nadie está bajando por el ascensor?

Carmen le miró.

—Porque hay un incendio, genio.

—Ya, pero hay ascensores de servicio para emergencias, ¿no?

Carmen abrió la boca para decirle que se callara.

Se quedó quieta.

—Mierda.

Hugo sonrió un poco.

—Me encanta ser útil desde la horizontalidad.

Carmen se volvió hacia Rivas, que ya estaba a punto de desaparecer por el pasillo.

—¡Rivas! ¡Montacargas de quirófano! ¡Al fondo a la derecha! Baja directo a la planta cero, salida lateral de ambulancias.

Rivas asintió y cambió de rumbo.

Salvat fue con él.

Damián intentó moverse otra vez.

Carmen le bloqueó el paso.

—He dicho que tú no.

—No pienso quedarme mirando.

Raquel, que estaba en la puerta de la sala, habló de pronto:

—Yo tampoco.

Todos la miramos.

Tenía las manos vendadas, los ojos rojos, la cara rota de miedo y esa expresión exacta de alguien que sabe que está a punto de hacer lo contrario de lo que su cuerpo le suplica.

—¿Qué? —dijo Damián.

Raquel tragó saliva.

—La multitud está grabando. Nadie va a apartarse si no entiende que está pasando algo real.

Irene se incorporó.

—Raquel…

—No. Eso lo sé hacer.

Hugo abrió un ojo.

—¿Gritar a desconocidos con móvil?

—No. Hacer que miren donde yo quiero.

La frase quedó flotando.

Vera la miró con algo que podría haber sido odio o esperanza. A veces, de lejos, se parecen demasiado.

Raquel entró en la Sala 3, cogió el teléfono del agente que seguía conectado a la cámara exterior y lo levantó.

—Necesito que me oigan fuera.

El técnico la miró.

—No puedo acceder al sistema de megafonía externa.

—No he dicho megafonía.

Raquel señaló la transmisión.

—La gente está viendo esto en directo. ¿Puedes meter audio desde aquí?

El técnico parpadeó.

—¿En la señal?

—Sí.

—Eso sería alimentar la transmisión.

—Ya está alimentada. Ahora vamos a meterle algo útil.

Irene la miró.

—Raquel.

—¿Qué?

—Hazlo.

Raquel respiró hondo.

El técnico tecleó con dedos torpes. El humo entraba por debajo de la puerta. La alarma seguía sonando. El mundo se acababa con burocracia y wifi.

—Tienes audio —dijo él—. Creo.

Raquel se quedó quieta.

Por primera vez en toda la noche, nadie la empujó.

Nadie le dijo que podía.

Nadie le dijo que debía.

Ella miró la pantalla.

A Mercedes.

Al hombre con capucha.

A la multitud.

A los móviles.

Luego habló.

—Soy Raquel Mena.

Su voz salió temblorosa.

El técnico levantó el pulgar.

La señal la estaba sacando.

Raquel cerró los ojos un segundo.

Luego los abrió.

—Dejad de grabar.

En la pantalla, algunos móviles bajaron apenas.

No muchos.

Raquel apretó los dientes.

—No, no lo digo por quedar bien. No es una frase bonita. Dejad de grabar ahora mismo. Hay una mujer en la entrada del hospital. Abrigo oscuro. Pañuelo en la cabeza. Se llama Mercedes. Está en peligro.

La multitud en la pantalla empezó a moverse.

Algunos miraban sus móviles.

Otros miraban alrededor.

El hombre de la capucha se detuvo un segundo.

—No miréis la pantalla —dijo Raquel—. Miradla a ella. Y si estáis cerca, haced algo. Apartadla. Haced un cordón. Gritad. Empujad. Lo que sea. Pero haced algo.

Hugo susurró desde la camilla:

—Bien.

Raquel le oyó.

Le tembló la boca.

—No digas bien.

—Perdón.

En la pantalla, una chica joven con paraguas bajó el móvil.

Luego un hombre.

Luego una mujer con uniforme de limpieza que estaba fuera fumando bajo un toldo.

Tres personas.

Solo tres al principio.

Pero tres ya era una multitud distinta.

La chica del paraguas gritó algo hacia Mercedes.

Mercedes se volvió.

El hombre de la capucha aceleró.

—¡Ahí! —gritó Vera—. ¡Es él!

Rivas apareció en la imagen desde una puerta lateral, corriendo bajo la lluvia, arma baja pero lista. Salvat venía detrás, más lento, hablando por radio. Dos agentes salieron por otra entrada.

El hombre de la capucha metió la mano en el bolsillo.

Mercedes no lo vio.

La chica del paraguas sí.

Se lanzó hacia ella.

No con gracia.

No con fuerza de heroína.

Con torpeza.

Con miedo.

Con humanidad.

Le agarró del brazo y tiró.

Mercedes trastabilló.

El hombre de la capucha sacó algo pequeño y metálico.

La multitud gritó.

Por fin.

No "oh" de espectáculo.

No murmullo de vídeo viral.

Grito de gente presente.

Rivas levantó el arma.

—¡Policía! ¡Al suelo!

El hombre de la capucha no se tiró.

Corrió hacia Mercedes.

Damián soltó un rugido detrás de mí.

—¡No llegan!

Y entonces hizo lo único que Carmen no había previsto.

No corrió hacia las escaleras.

Agarró una silla de ruedas vacía del pasillo, se sentó en ella de golpe y se impulsó con los pies.

—¡Damián! —gritó Carmen.

—¡Tú dijiste que no corriera!

Hugo abrió los ojos, admirado.

—Eso es interpretación creativa de instrucciones.

Damián avanzó por el pasillo como un armario con ruedas, chocando contra una papelera, rozando una camilla y llevándose por delante un carrito de sábanas.

Carmen se quedó un segundo mirándolo.

Luego gritó:

—¡Al montacargas, animal! ¡A la derecha!

Damián levantó una mano sin mirar atrás.

—¡Gracias, cariño!

—¡Cariño tu padre!

El técnico siguió mostrando la cámara exterior.

00:52

El hombre de la capucha estaba a dos metros de Mercedes.

La chica del paraguas intentó interponerse.

Él la empujó.

Cayó al suelo.

Ese empujón cambió algo.

La gente lo vio.

No en la pantalla.

Allí.

Delante.

Un hombre con mochila agarró al de la capucha por la espalda. Otro le sujetó el brazo. La mujer de limpieza golpeó la mano que llevaba el objeto metálico con el palo del paraguas cerrado.

El objeto cayó al suelo.

No era una pistola.

Era una jeringa.

Otra.

Vera soltó un sonido pequeño.

Rivas llegó entonces.

Redujo al hombre contra el suelo con la ayuda de los dos desconocidos. Salvat apartó a Mercedes y la cubrió con su propio cuerpo mientras la multitud gritaba, empujaba, grababa, ayudaba, estorbaba y respiraba todo a la vez.

La cuenta bajó.

00:31

Mercedes estaba viva.

Pero el teléfono no se apagó.

Eso fue lo peor.

Raquel seguía hablando al audio, con la voz rota.

—No la rodeéis. Dejad pasar a la policía. Bajad los móviles. Bajadlos, por favor.

Algunos obedecieron.

Otros no.

Siempre había otros.

El móvil de la Sala 3 vibró.

La pantalla cambió.

Ya no mostraba a Mercedes.

Mostró el montacargas.

Damián dentro de la silla de ruedas, bajando solo, apretando los dientes mientras el ascensor descendía.

En la esquina de la imagen apareció una frase:
UN CULPABLE ACTUANDO TARDE SIGUE SIENDO UN CULPABLE.
Damián no podía ver la frase.
Nosotros sí.
Carmen la vio.
Su cara cambió.
—No.
La pantalla mostró otra imagen.
El panel del montacargas.
Las luces parpadearon.
El ascensor se detuvo entre plantas.
Damián levantó la cabeza.
—¿Qué pasa?
La pantalla añadió:
SEGUNDO TESTIGO.
Debajo, otra cuenta atrás.
03:00
La puerta del montacargas no se abría.
Damián golpeó el panel.
—¡No, no, no! ¡Ahora no!
Carmen se volvió hacia el técnico.
—¡Abre ese montacargas!
—No controlo los ascensores.
—Pues aprende.
Samuel dio un paso.
—Está entre plantas. Si bloquea el sistema…
—Se queda atrapado —dije.
Hugo cerró los ojos.
—Y el humo sube.
Carmen ya estaba corriendo.
No hacia la pantalla.
Hacia el pasillo.
—¡Carmen! —grité.
—¡No me grites en mi planta!
La seguimos.

Samuel, yo, Irene. Raquel se quedó junto al técnico, todavía con el teléfono, todavía hablando a la multitud. Hugo intentó levantarse de la camilla.

Lara le puso una mano en el pecho.

—Ni se te ocurra.

—Estoy empezando a sentirme excluido de las estupideces heroicas.

—Sobrevivirás.

—Ese es el problema. Lo estoy haciendo con poca participación.

Corrimos como pudimos.

O caminamos con urgencia de cadáveres recientes.

Carmen llegó al cuarto de servicio junto al montacargas. Abrió una caja de emergencia con una llave que sacó de algún bolsillo invisible. Dentro había un panel manual.

—Vamos, vamos…

En la pantalla del pasillo, el contador de Damián seguía bajando.

02:24

La cámara del montacargas lo mostraba sentado en la silla, mirando hacia arriba.

—¡Damián! —gritó Carmen hacia la puerta cerrada del ascensor.

La voz de él llegó amortiguada.

—¡Estoy bien!

—¡No mientas en mi hospital!

—¡Estoy fatal!

—¡Mejor!

El humo entraba por la zona alta del hueco. Poco, pero entrando.

Carmen manipuló el panel.

Nada.

—Han bloqueado el circuito.

Samuel miró el mecanismo.

—Hay que cortar la alimentación secundaria.

Carmen lo miró.

—¿Tú sabes de ascensores?

—No.

—Entonces me encanta tu seguridad.

—Sé de sistemas de bloqueo.

—Qué currículum más preocupante.

Irene llegó detrás de nosotros, sin aliento.

—¿Qué hacemos?

Carmen abrió otro compartimento.

Dentro había una palanca manual.

—Esto libera la puerta de planta, pero si el ascensor no está alineado, puede quedar hueco.

—¿Cuánto hueco? —pregunté.

Carmen me miró.

—Del tipo que mata idiotas.

Damián golpeó la puerta desde dentro.

—¡Os oigo!

—¡Pues deja de ser descriptivo y apártate de la puerta! —gritó Carmen.

01:49

Samuel se puso junto a la palanca.

—Yo tiro.

Carmen se rio sin humor.

—Con esas muñecas, tú no tiras ni de una cortina.

—Entonces tire usted y yo guío el cierre.

—No me hables de usted en una crisis, que me dan ganas de abofetearte.

—Vale.

Yo me coloqué al lado de Carmen.

—Ayudo.

Ella miró mis manos vendadas.

—Tú ayudas moralmente.

—Carmen.

—No puedes agarrar.

Tenía razón.

La odié un poco.

Irene se colocó al otro lado.

—Yo sí.

Carmen asintió.

—A la de tres.

Me miró de reojo.

—No digas nada.

—No iba a decir nada.

—Tu cara sí.

Hugo habría estado orgulloso.

Carmen e Irene tiraron de la palanca.

El mecanismo respondió con un gemido.

La puerta exterior del montacargas se abrió unos diez centímetros.

Humo.

Oscuridad.

Un hueco negro.

Damián estaba dentro, medio metro más abajo del nivel de planta.

No mucho.

Lo suficiente para que salir en silla fuera imposible.

—Tienes que subir —dijo Samuel.

Damián miró el desnivel.

—Gracias. Pensé cavar.

La pantalla del pasillo:

01:16

Carmen mantuvo la puerta abierta con una barra metálica.

—Escucha. Te levantas de la silla, apoyas las manos en el borde y subes.

Damián levantó sus manos vendadas, abiertas, destrozadas.

—Planazo.

—Pues lo haces con los codos.

—Me encanta tu ternura.

—Mi ternura está en descanso.

Damián intentó ponerse de pie.

La espalda le falló.

Cayó de rodillas dentro del ascensor.

El hueco se llenó de un sonido seco y de una blasfemia.

—¡Estoy bien! —gritó.

Carmen se inclinó.

—¡Te he dicho que no mientas!

—¡Estoy hecho mierda!

—¡Mejor!

Samuel se agachó y metió los brazos por el hueco.

—Dame el antebrazo.

Damián le miró desde abajo.

—Ni de coña.

—Damián.

—No me vas a sacar tú.

—Entonces te quedas.

El silencio duró un segundo.

Damián soltó una risa furiosa.

—Qué asco das cuando tienes razón.

Le dio el antebrazo.

Samuel apretó los dientes al sujetarlo. Las vendas de sus muñecas se mancharon de rojo al instante.

Irene agarró a Samuel por la cintura para que no cayera.

Yo agarré a Irene con lo poco que podía.

Carmen sujetaba la puerta con una mano y la palanca con la otra.

Una cadena humana lamentable.

Perfecta para morir con mala postura.

—Tira —dijo Samuel.

—No puedo —gruñó Damián.

—Sí puedes.

—Si me dices eso, te rompo algo cuando salga.

—Entonces sal.

Damián empujó con los pies.

Samuel tiró.

El cuerpo de Damián subió unos centímetros.

Luego resbaló.

El hueco le golpeó las costillas.

Gritó.

El contador:

00:43

El humo aumentó dentro del montacargas.

Damián tosió.

Carmen gritó:

—¡Otra vez!

—¡No puedo!

—¡Me da igual!

—¡Eso no ayuda!

—¡Ayuda a que no piense en lo mucho que pesas!

Damián soltó una carcajada que se rompió en tos.

Volvió a empujar.

Samuel tiró con todo.

Esta vez sus muñecas cedieron antes que su voluntad. La sangre atravesó las vendas. Vi cómo apretaba los dientes para no gritar.

—Samuel —dije.

—No.

Irene tiró de él.

Yo tiré de Irene.

Carmen mantuvo la puerta abierta.

Damián subió hasta el borde.

Le agarré de la camiseta con las manos vendadas.

Dolió como si alguien me hubiera metido fuego bajo las uñas.

No solté.

—Vamos —susurré.

No sé si se lo dije a él.

A mí.

A Clara.

A todos.

Damián sacó un hombro.

Luego el otro.

Cayó sobre el suelo del pasillo como un saco de cemento vivo.

La puerta del montacargas se cerró de golpe detrás de él.

El contador llegó a cero.

Dentro, el ascensor descendió solo.

Vacío.

Silencio.

Carmen se dejó caer contra la pared.

—Como vuelvas a coger una silla de ruedas sin permiso, te la grapó a la espalda.

Damián, boca abajo en el suelo, levantó un dedo.

—Anotado.

Samuel se sentó contra la pared, blanco, con las muñecas sangrando.

Damián giró la cabeza hacia él.

Tardó.

Pero lo dijo.

—Gracias.

Samuel cerró los ojos.

—No lo estropees repitiéndolo.

—Ni de coña.

En la Sala 3, Raquel seguía hablando a la transmisión.

Cuando volvimos, la pantalla mostraba la entrada del hospital.

Mercedes estaba sentada en una silla, rodeada de policías. Viva. Empapada. Con las manos temblando. Vera, desde la sala, la miraba como si verla fuera una forma de respirar.

El hombre de la capucha estaba reducido en el suelo.

Rivas lo desenmascaró.

No era el Juez Cero.

Claro que no.

Era otro señuelo.

Un hombre de mediana edad, llorando, repitiendo:

—Me dijeron que si no lo hacía, sacaban el vídeo de mi hija. Me dijeron que solo tenía que asustarla. Solo asustarla.

Hugo cerró los ojos.

—Nunca es solo.

La pantalla del teléfono cambió.

PRUEBA 10 COMPLETADA.

Luego:

RESULTADO: UN TESTIGO SALVADO. UN CULPABLE AUXILIADO. MULTITUD PARCIALMENTE ÚTIL.

Raquel soltó una risa sin fuerza.

—Parcialmente útil. Qué generoso.

El mensaje desapareció.

En su lugar apareció una lista.

No de nosotros.

De nombres nuevos.

Muchos.
Demasiados.
LOS TESTIGOS DE LA CASA AZUL.
Camareros.
Policías.
Médicos.
Vecinos.
Clientes.
Bomberos.
Periodistas.
Inspectores.
Gente que llamó.
Gente que no respondió.
Gente que borró.
Gente que cobró.
Gente que miró.
La lista bajaba y bajaba.
La culpa ya no era una habitación.
Era una ciudad entera con mala memoria.
Irene se acercó a la pantalla.
—Esto no es una prueba.
Salvat, que había permanecido junto a Rivas, respondió:
—Es una amenaza.
El teléfono mostró una última frase:
VEINTICUATRO HORAS PARA QUE TODOS HABLEN.
Debajo:
O HABLARÉ YO.
La pantalla se apagó.
Esta vez no volvió a encenderse.
Durante un segundo nadie hizo nada.
Luego Vera habló.
—No va a parar.
Mercedes apareció en la puerta de la Sala 3 escoltada por dos policías.
Vera se puso de pie de golpe.
—Tía…

Mercedes entró despacio.

Era más pequeña de lo que parecía en la pantalla. O quizá la noche la había encogido. Tenía el pañuelo empapado, la cara gris y los ojos de alguien que había llorado tanto en la vida que ya no necesitaba hacerlo para que se notara.

Miró a Vera.

Luego a Samuel.

Luego a nosotros.

Se detuvo en Raquel.

Después en Irene.

En Damián.

En Hugo.

En mí.

No dijo nada durante varios segundos.

Nadie se atrevió a moverse.

Finalmente, Mercedes habló.

—Mi hija pidió ayuda.

La frase no fue un reproche.

Fue peor.

Fue una verdad desnuda.

Nadie contestó.

Mercedes miró a Vera, esposada.

—Y tú has pedido venganza.

Vera bajó la cabeza.

—Sí.

—¿Te ha servido?

Vera empezó a llorar.

Hasta ese momento no lo había hecho.

No así.

—No.

Mercedes se acercó a ella y le tocó la cara con las dos manos.

Los policías dudaron, pero no la apartaron.

—Claro que no, niña.

Vera se dobló hacia ella.

No podía abrazarla bien por las esposas, pero Mercedes la rodeó igual.

La sala entera se quedó quieta.

Incluso Hugo calló.

Incluso Damián bajó la mirada.

Incluso Samuel, que parecía hecho de culpa y huesos, dejó de respirar.

Mercedes acarició el pelo mojado de Vera.

—Ahora vamos a hacer lo que Clara pidió.

Vera lloró más fuerte.

Mercedes levantó la vista hacia todos nosotros.

—Vamos a hacer algo.

Nadie tuvo una frase para eso.

Ni falta que hacía.

A veces una frase sencilla puede abrir más puertas que todas las palancas del mundo.

Capítulo 18 — La lista

Mercedes dijo:

—Vamos a hacer algo.

Y por un segundo nadie discutió.

Ni Damián, que discutía con puertas, ascensores, agentes, sillas de ruedas y probablemente con las señales de tráfico si le pillaban cansado.

Ni Hugo, que parecía tener una frase preparada incluso para los silencios.

Ni Salvat.

Ni Rivas.

Ni Vera.

Ni Samuel.

Nadie.

Porque Mercedes no lo dijo como una arenga. No lo dijo como una madre heroica ni como una viuda de guerra ni como uno de esos personajes que, en mitad del horror, encuentran una frase perfecta para que los demás respiren mejor.

Lo dijo como alguien que llevaba tres años esperando una acción sencilla.

Hacer algo.

No mirar.

No grabar.

No cerrar.

No callar.

No defender lo indefendible.

No firmar.

No huir.

Hacer algo.

La frase se quedó sobre la mesa, junto al teléfono muerto, la carpeta J-0, las vendas manchadas, el humo y todas nuestras vergüenzas recién estrenadas.

Carmen fue la primera en moverse.

—Bien —dijo—. Entonces empezamos por sacar a los pacientes de mi planta antes de que el humo nos convierta a todos en fiambre con pulsera identificativa.

Hugo levantó un dedo desde la camilla.

—A mí me gustaría constar como fiambre premium.

—Tú vas a constar como pesado si no te callas.

—Me parece justo.

Carmen señaló a dos celadores que acababan de llegar.

—A este me lo lleváis a radiología en cuanto el pasillo esté limpio. A la chica de la silla, a curas. Al de la pierna rota, traumatología. A la detenida…

Vera seguía abrazada a Mercedes como podía, con las manos esposadas por delante.

Carmen miró a Rivas.

—A la detenida no me la paseáis por medio hospital como si fuera una bandeja de café.

Rivas, pálido todavía por su propia confesión, asintió.

—Se queda custodiada aquí hasta que aseguremos traslado.

Damián soltó una risa seca desde el suelo, donde seguía sentado después del numerito del montacargas.

—Qué bien. Ahora obedecemos al móvil muerto, pero con voz de procedimiento.

Rivas lo miró.

—No estoy obedeciendo al móvil.

—Claro. Y yo no he usado una silla de ruedas como patinete.

Carmen le lanzó una mirada.

—Tú no hables de eso si quieres conservar las dos orejas.

Damián cerró la boca.

Milagro.

El técnico informático seguía inclinado sobre el portátil. Tenía la cara cada vez más gris.

—La lista se está replicando.

Irene se acercó a él.

—¿Dónde?

—En todas partes.

—Eso no es una respuesta técnica.

—Es la única que tengo sin llorar.

Hugo murmuró:

—Me cae muy bien este hombre.

El técnico giró el portátil hacia nosotros.

En la pantalla aparecía la lista que habíamos visto antes. Pero ahora se estaba ordenando sola.

Nombres.

Cargos.

Fechas.

Acciones.

No era una lista de víctimas.

Era una lista de omisiones.

MATEO SALVAT — INVESTIGACIÓN J-0 — ARCHIVO PARCIAL.

DANIEL RIVAS — LLAMADA EN ESPERA — 03:48 MIN.

PABLO ORTEGA — CADENA DE CUSTODIA ALTERADA.

MARTA REY — INFORME DE INSPECCIÓN RETIRADO.

JULIÁN VERA — LICENCIA MUNICIPAL.

SILVIA NARBONA — PROTOCOLO DE URGENCIAS.

TOMÁS LEDESMA — PROPIETARIO TESTAFERRO.

CLIENTE 112 — VÍDEO COMPARTIDO 14.203 VECES.

La lista siguió bajando.

Y bajando.

Y bajando.

Raquel se tapó la boca.

—Dios.

—No metas a Dios en esto —dijo Hugo—. Bastante mala prensa tiene hoy.

Mercedes miraba la pantalla sin parpadear.

—Todos esos nombres…

Salvat respondió:

—No sé si todos son culpables.

Damián lo miró.

—¿Después de todo vas a ponerte fino con la palabra?

—Sí —dijo Salvat—. Precisamente después de todo.

Aquello nos calló.

Salvat recogió la carpeta J-0 y la apoyó contra su pecho, como si pesara.

—Juez Cero mezcla verdades con sospechas. Datos con interpretaciones. Culpas con errores. Si aceptamos la lista entera sin revisar, hacemos su trabajo.

Vera soltó a Mercedes despacio.

—¿Y si no la aceptamos?

Salvat la miró.

—Entonces quizá dejamos que alguien que sí fue culpable se esconda entre los matices.

—Qué cómodo.

—No —dijo Irene—. Cómodo era antes. Esto es otra cosa.

Todos la miramos.

Irene se había quitado la manta térmica. Tenía el pelo pegado a la cara, la barbilla vendada y los ojos de alguien que ya no quería volver a escribir una frase con miedo.

—Si la lista se ha filtrado, la prensa la va a devorar. Nombres, cargos, capturas, titulares. Van a elegir culpables antes de que nosotros sepamos quién hizo qué.

Hugo levantó una ceja.

—¿Acabas de criticar a la prensa en general? Qué noche de crecimiento.

—Hugo.

—Perdón. Sigue. Me gusta esta versión.

Irene respiró hondo.

—Hay que tomar el control de la historia.

Raquel se puso rígida.

—No.

Irene la miró.

—No digo convertirlo en espectáculo.

—Eso siempre empieza así.

Raquel no gritó. Eso lo hizo más fuerte.

—Siempre empieza con alguien diciendo que hay que mostrarlo para que se sepa. Que hay que compartirlo para que no se olvide. Que hay que verlo para entenderlo. Y luego Clara se convierte en un vídeo. Nosotros en otro. Mercedes en otro. Todo en otro.

Irene bajó la mirada.

—Tienes razón.

Raquel parpadeó, desarmada por no tener que pelear la frase.

Irene siguió:

—Entonces no lo convertimos en espectáculo. Lo convertimos en declaración. Oficial. Completa. Sin cortes. Sin música. Sin miniaturas. Sin que nadie pueda elegir solo el trozo que le conviene.

Hugo soltó aire despacio.

—Una rueda de prensa.

—No —dijo Salvat—. Todavía no. Es demasiado pronto.

Irene lo miró.

—Es demasiado tarde desde hace tres años.

La frase se quedó allí.

Salvat no contestó.

Porque no podía.

Entonces el teléfono muerto vibró.

Nadie lo tocó.

La pantalla se encendió bajo la bandeja de Carmen, proyectando una luz blanca por los bordes.

El técnico la levantó con cuidado.

Apareció un nuevo mensaje.

PRUEBA 11: LA LISTA.

Debajo:

EL PRIMER NOMBRE YA ESTÁ ELIGIENDO.

La pantalla cambió.

Una cámara.

No del hospital.

Un despacho.

Oscuro.

Una mesa volcada.

Archivadores.

Un hombre sentado en el suelo, con la espalda contra una puerta, la cara ensangrentada y las manos atadas con cinta.

Pablo Ortega.

No lo conocía, pero Salvat sí.

Su cara lo dijo antes que su boca.

—Ortega.

Damián se incorporó de golpe y volvió a doblarse.

—Me cago…

Carmen le apuntó con un dedo.

—Tú quieto.

El vídeo mostraba a Ortega respirando con dificultad. Tenía una mordaza alrededor de la boca. Junto a él, en el suelo, había una caja metálica abierta.

Dentro no había explosivos.

Había papeles.

Cintas.

Un disco duro.

Y una pequeña pantalla con una cuenta atrás.

09:59

09:58

Sobre la pared del despacho, escrito con rotulador negro:

EL QUE ALTERÓ LA CADENA PUEDE ROMPERLA.

Salvat se acercó a la pantalla.

—¿Dónde es?

Rivas respondió:

—Comisaría central. Archivo de evidencias.

—¿Está allí ahora?

—Ortega estaba de guardia esta noche.

Hugo cerró los ojos.

—Estupendo. El juego ha salido de excursión.

El móvil siguió mostrando el despacho.

Ortega intentó hablar bajo la mordaza. Solo salieron sonidos.

La pantalla añadió:

EL ARCHIVO CONTIENE PRUEBAS DE J-0.

LA PUERTA SE ABRE DESDE FUERA.

LA CAJA SE ABRE DESDE DENTRO.

SI SALVÁIS A ORTEGA, PERDERÉIS EL ARCHIVO.

SI SALVÁIS EL ARCHIVO, ORTEGA SE QUEDA.

Raquel susurró:

—No.

Damián golpeó el suelo con el puño.

—Otra vez no.

Otra vez la misma trampa.

Persona o prueba.

Cuerpo o verdad.

Vida o justicia.

Como si el mundo solo pudiera sostener una cosa a la vez.

Salvat ya estaba hablando por radio.

—Unidad a archivo de evidencias. Ortega está retenido. Posible amenaza activa. Necesito equipo allí ya.

La radio devolvió estática.

Luego una voz:

—Inspector, hay alarma de incendio en el archivo. Rociadores activados. Acceso bloqueado por seguridad.

Salvat cerró los ojos.

—No…

El teléfono pitó.

09:12

Carmen miró a Salvat.

—¿Cuánto se tarda en llegar?

—Desde aquí, en coche, ocho minutos si no hay tráfico.

Hugo se rio sin humor.

—Qué precisión tan cruel.

Rivas habló rápido:

—Puedo avisar a la comisaría.

—Ya lo he hecho —dijo Salvat—. Está bloqueado.

—Bomberos.

—Tardarán.

—Seguridad interna.

—Si el sistema lo ha bloqueado, no entrarán sin autorización.

Damián gruñó:

—Pues autoriza.

Salvat no contestó.

Damián lo entendió.

—No puedes.

Rivas tragó saliva.

—El archivo de evidencias requiere doble validación. Salvat y Ortega.

En la pantalla, Ortega seguía atado al otro lado de la puerta.

La doble validación estaba sentada en el suelo, sangrando, con la boca tapada.

Mercedes habló.

No fuerte.

Pero todos la oímos.

—Se salva al hombre.

Salvat la miró.

—Si perdemos ese archivo, quizá perdamos la única forma de llegar a Juez Cero.

Mercedes le sostuvo la mirada.

Era pequeña.

Estaba empapada.

Había perdido a Clara, casi había perdido a Vera y acababa de ver su dolor convertido en una lista pública.

Aun así, no tembló.

—Mi hija pidió ayuda —dijo—. No pidió que guardaran papeles.

Nadie dijo nada.

Hugo cerró los ojos.

—Pues ya está.

Salvat le miró.

—No es tan simple.

—Sí que lo es —dijo Lara desde la silla de ruedas.

La voz le salió débil, pero firme.

—No fácil. Simple.

Marcos, en la camilla, la miró como si no supiera qué hacer con esa mujer nueva que había salido de la noche con todos los huesos morales rotos y recolocados.

—Si elegimos el archivo —dijo Lara—, el juego gana aunque atrapemos al que lo hizo.

Irene asintió.

—Porque volvemos a hacer lo mismo. Convertir a una persona en coste.

Raquel se abrazó a sí misma.

—No más.

Damián intentó ponerse de pie.

—Entonces vamos.

Carmen lo empujó de vuelta al suelo con dos dedos en el hombro.

—Tú no.

—Carmen…

—No. Tú ya has hecho bastante el imbécil con ruedas. Ahora haces algo mucho más difícil.

—¿Qué?

—Quedarte.

Damián la miró como si le hubiera pedido que se arrancara una pierna.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No me digas eso.

—Te lo digo porque te fastidia y porque es verdad.

El teléfono pitó.

08:01

Salvat cogió la carpeta J-0.

—Voy yo.

Rivas se colocó a su lado.

—Voy contigo.

Salvat le miró.

—Daniel…

—No.

La palabra sonó igual que antes.

Pequeña.

Perfecta.

Rivas respiró hondo.

—Dejé una llamada en espera. No voy a dejar a un compañero detrás de una puerta porque el sistema diga que espere.

Salvat asintió.

—Bien.

Samuel dio un paso.

—Voy.

Damián se volvió hacia él.

—Tú tampoco.

—Sé cómo piensa el sistema.

—El sistema te usó.

—Por eso.

Vera levantó la cabeza.

—Samuel.

Él la miró.

—No lo hago por ti.

Ella soltó una risa amarga.

—Menos mal.

—Lo hago porque Mercedes tiene razón.

Mercedes cerró los ojos un instante.

Como si esa frase le pesara más de lo que esperaba.

Carmen miró a Samuel de arriba abajo.

—Tú estás sangrando por las muñecas.

—Puedo hablar mientras sangro.

—Qué habilidad más inútil.

—Quizá no.

Samuel se volvió hacia Salvat.

—Si Juez Cero les plantea dos opciones, ninguna es la buena. La caja no es el archivo. La caja es el anzuelo.

Salvat se detuvo.

—Explícate.

Samuel señaló la pantalla.

—Dice que si salváis a Ortega perdéis el archivo. Eso es lo que quiere que creamos. Pero el archivo físico puede ser copia, cebo o basura. Lo importante es Ortega.

—¿Por qué?

—Porque Ortega sabe algo.

Rivas apretó la mandíbula.

—O porque Ortega es culpable.

—También.

El teléfono pitó.

07:21

Hugo levantó la cabeza.

—Sugiero añadir al equipo a alguien que no esté desangrándose, quemado, esposado o moralmente destruido.

Todos se miraron.

No había muchas opciones.

Carmen suspiró.

—Voy yo.

—No —dijimos varios a la vez.

Ella nos miró con una ofensa magnífica.

—Perdón, ¿me ha negado algo un grupo de personas que acaba de sobrevivir gracias a una señora con llaves de hospital?

Hugo sonrió.

—Tiene un punto.

—Tengo todos los puntos, cariño.

Salvat negó con la cabeza.

—Es peligroso.

—Esto es un hospital en código rojo con un psicópata usando nuestra red interna y medio país mirando vídeos de gente ensangrentada. Lo peligroso ya ha fichado.

Carmen cogió una bolsa médica de emergencia de la pared.

—Además, si Ortega está herido, vais a necesitar a alguien que sepa mantenerlo vivo hasta que deje de ser un problema administrativo.

Damián la miró.

—Carmen.

—Tú cállate. Te he salvado del ascensor y ya me tienes cariño. No lo hagas incómodo.

—No iba a decir eso.

—Tu cara sí.

Hugo se emocionó un poco.

—Estoy viendo nacer una escuela.

Raquel, que seguía junto al técnico, levantó la mano.

—Yo puedo ayudar desde aquí.

Todos la miramos.

—La transmisión sigue abierta —dijo—. Si la gente está mirando, podemos usar eso. Otra vez.

Irene se acercó.

—¿Para qué?

Raquel tragó saliva.

—Para pedir a quienes estén cerca de comisaría que se aparten. Que no bloqueen entradas. Que no graben la intervención. Que dejen pasar.

Hugo asintió.

—Convertir espectadores en algo ligeramente menos inútil.

—Sí.

—Me gusta.

Raquel no sonrió.

—A mí no. Pero sirve.

Irene puso una mano sobre el respaldo de su silla.

—Lo hacemos juntas.

Raquel la miró.

—¿Tú y yo?

—Tú sabes que miren. Yo sé redactar sin que parezca que estamos suplicando a idiotas.

—Eso ha sonado soberbio.

—Estoy en rehabilitación, no curada.

Raquel casi sonrió.

Casi.

El teléfono pitó.

06:34

Salvat tomó una decisión.

—Rivas, conmigo. Carmen, si insiste, venga. Samuel, habla desde aquí. No te mueves.

Samuel abrió la boca.

Salvat le cortó:

—No lo discutas. Necesito tu cabeza, no tu cadáver.

Damián se rio desde el suelo.

—Te lo han dicho bonito.

Samuel no respondió.

Salvat miró a Vera.

—Usted queda custodiada.

Vera levantó las manos esposadas.

—No pensaba hacer turismo.

Mercedes se sentó a su lado.

—Yo me quedo con ella.

Nadie se atrevió a negárselo.

Salvat, Rivas y Carmen salieron.

El pasillo se tragó sus pasos.

Durante unos segundos solo quedó la pantalla.

Ortega.

Atado.

La cuenta atrás.

06:02

Y nosotros.

Un grupo de culpables, supervivientes, testigos, restos humanos mal vendados, intentando decidir cómo se salva a alguien cuando la culpa ya no tiene una sola puerta.

Raquel empezó a hablar a la transmisión.

Esta vez no tembló tanto.

—Irene, dime cómo.

Irene se colocó a su lado.

—Frases cortas. Sin espectáculo.

Raquel asintió.

Miró la cámara improvisada.

—Soy Raquel Mena. Si estáis viendo esto y estáis cerca de comisaría central, apartaos de las entradas. No grabéis a la policía. No bloqueéis ambulancias ni bomberos. Hay una persona atrapada. Esta vez, mirar no basta.

La transmisión tardó unos segundos en reaccionar.

En el portátil aparecieron comentarios.

Muchos.

Demasiados.

Algunos insultaban.

Otros preguntaban si era real.

Otros mandaban emojis.

Raquel cerró los ojos.

—No puedo leer eso.

Irene giró el portátil.

—No los leas.

—Pero están ahí.

—Que estén. Tú habla.

Raquel respiró.

—Si compartís algo, compartid esto: dejad pasar. No os acerquéis. No juguéis a ser parte de algo que no entendéis. Ayudad apartándoos.

Hugo murmuró:

—Nunca pensé que "quitaos de en medio" pudiera sonar tan noble.

La pantalla de Ortega cambió.

La cámara se acercó a su cara.

Alguien estaba controlando el zoom.

Ortega miró hacia la cámara con los ojos abiertos de miedo.

El teléfono mostró una nueva frase:

EL CULPABLE TAMBIÉN PUEDE PEDIR AYUDA.

Mercedes la leyó.

Y dijo:

—Entonces se le ayuda.

Samuel la miró.

—¿Aunque haya alterado pruebas?

Mercedes le devolvió la mirada.

—Sobre todo si queremos que lo diga vivo.

Eso era una inteligencia que el dolor no había conseguido quitarle.

El teléfono pitó.

04:47

Salvat llamó desde el manos libres de Rivas. El técnico conectó el audio a la sala.

—Estamos en camino. Cuatro minutos.

—Quedan cuatro cuarenta —dijo Samuel.

—Tráfico cortado. La multitud se está apartando.

Raquel soltó aire.

No alivio.

No todavía.

Pero algo.

Rivas añadió:

—Hay gente fuera de comisaría bajando los móviles.

Hugo sonrió.

—Parcialmente útil, segunda parte.

El audio se llenó de sirena.

Luego la voz de Carmen:

—Y decidle al grandullón que como intente levantarse mientras no estoy, le pongo pañal.

Damián cerró los ojos.

—Está enamorada de mí.

Hugo negó con la cabeza.

—No confundas amenaza con deseo. Nos pasa mucho a los hombres.

Lara habló desde su silla:

—Demasiado.

Marcos no dijo nada.

Bien.

La pantalla volvió a Ortega.

03:58

Entonces apareció otra cámara.

El coche de Salvat.

Dentro, Rivas conduciendo. Salvat mirando el móvil. Carmen en el asiento trasero, con la bolsa médica sobre las rodillas y una cara que anunciaba que, si sobrevivía, iba a presentar quejas a departamentos que aún no existían.

La señal saltó.

Ahora veíamos la calle.

La comisaría central.

Gente apartándose.

Algunos seguían grabando, claro.

Siempre.

Pero otros empujaban a los curiosos hacia los lados. Una mujer gritaba: "¡Dejad pasar!". Un repartidor movía su moto para liberar la entrada. Dos chicos apartaban una valla.

Raquel se tapó la boca.

—Están ayudando.

Irene asintió.

—Sí.
Raquel lloró.
Esta vez no sonó igual.
El coche frenó delante de comisaría.
03:11
Salvat, Rivas y Carmen bajaron.
Corrieron hacia la entrada.
La cámara de Juez Cero los siguió desde algún punto alto.
El teléfono escribió:
AHORA ELEGID BIEN.
Samuel se inclinó hacia la pantalla.
—No vayan directo al archivo.
El técnico activó el audio.
—Inspector, Samuel dice que no vayan directo al archivo.
Salvat respondió, jadeando:
—¿Por qué?
Samuel miró a Ortega en la pantalla.
—Porque quiere que lleguen a la puerta. Ahí estará la trampa. Busquen el control de rociadores o el cuadro de bloqueo.
Carmen, desde el audio, dijo:
—Cuarto técnico. Pasillo lateral.
Salvat dudó.
Rivas preguntó:
—¿Y si Ortega no tiene tiempo?
Samuel cerró los ojos.
—Si van a la puerta, perderán más.
Damián, desde el suelo, gruñó:
—Hazle caso. Esta vez suena menos imbécil.
Salvat cambió de rumbo.
La cámara lo siguió.
El teléfono no mostró mensaje.
Eso fue buena señal.
O mala.
Ya no sabía.
02:26

Salvat y Rivas llegaron al cuarto técnico. La puerta estaba cerrada con tarjeta.

Carmen sacó un manojo de llaves.

Rivas la miró.

—¿También tiene llaves de comisaría?

—Tengo llaves emocionales, hijo. La puerta es la misma marca que las de quirófano.

Probó una.

Nada.

Otra.

Nada.

Otra.

La puerta abrió.

Hugo susurró:

—Carmen debería gobernar.

Dentro, paneles eléctricos, tuberías, controles antiincendios.

Rivas iluminó con una linterna.

—No sé qué buscar.

Samuel habló a través del audio:

—Busquen un módulo añadido. Algo que no pertenezca al panel. Negro, probablemente. Luz verde.

Carmen encontró algo.

—Aquí.

Un dispositivo pequeño, pegado detrás de una caja de relés.

Igual al de la mesa de la Sala 3.

01:51

—No lo arranquéis —dijo Samuel—. Si está conectado al bloqueo, puede cerrar todo.

—¿Entonces? —preguntó Salvat.

Samuel miró al técnico.

El técnico tragó saliva.

—Hay que puentear la señal.

—¿Desde aquí? —pregunté.

—Puedo guiarles.

El técnico empezó a dar instrucciones.

Cables.

Colores.

Relés.

Carmen insultando cada vez que una tapa no salía.

Rivas sudando.

Salvat sujetando la linterna.

Ortega en la otra pantalla, respirando peor.

01:12

Raquel hablaba a la transmisión:

—No os acerquéis a la puerta. Dejad espacio. Si estáis allí, escuchad a la policía. Haced algo útil por una vez.

Irene le susurró:

—Quita "por una vez".

Raquel lo pensó.

—No. Que duela un poco.

Irene asintió.

—Vale.

00:47

Carmen unió dos cables siguiendo las indicaciones del técnico.

Saltó una chispa.

—¡La madre que…!

La cámara tembló.

El bloqueo del archivo hizo un ruido en la otra pantalla.

Ortega levantó la cabeza.

La puerta detrás de él seguía cerrada.

—No ha funcionado —dijo Rivas.

El teléfono mostró:

00:31

Samuel golpeó la mesa con la mano vendada.

—No es el bloqueo de la puerta. Es el peso de la caja.

—¿Qué? —preguntó Salvat por el audio.

—La puerta abre desde fuera, la caja desde dentro. Dijo eso. Ortega tiene que abrir la caja.

—Está atado —dijo Rivas.

—No las manos —dijo Samuel—. Mirad bien.

La cámara enfocó.

Ortega tenía las muñecas atadas, sí, pero los dedos libres. Cerca de su rodilla había un tirador metálico de la caja.

—Ortega —gritó Salvat por el audio del sistema—. ¡Ortega, escúcheme! ¡La caja! ¡Tiene que abrir la caja!

Ortega miró a la cámara.

No oía.

El móvil escribió:

00:19

Raquel se levantó.

—Métanle audio por la transmisión.

El técnico tecleó.

—No sé si llegará.

—Hazlo.

Salvat gritó:

—¡Ortega! ¡La caja! ¡Con los dedos! ¡Abra la caja!

En la pantalla, Ortega parpadeó.

Lo había oído.

Se movió.

Despacio.

Demasiado despacio.

Atado, herido, con la boca cubierta, empezó a arrastrar la mano hacia el tirador.

00:11

—Vamos —susurró Mercedes.

00:10

Ortega tocó el tirador.

00:09

Los dedos le resbalaron.

00:08

Damián rugió:

—¡Agarra, cabrón!

00:07

Ortega volvió a intentarlo.

00:06

Enganchó dos dedos.

00:05

Tiró.

La caja se abrió.

No explotó.

No quemó papeles.

No soltó gas.

Se abrió.

Dentro había una llave.

Ortega la cogió con dificultad.

Y la dejó caer por debajo de la puerta.

Del otro lado, la llave salió al pasillo.

Salvat la vio.

00:02

Rivas la agarró.

00:01

La metió en la cerradura.

El contador llegó a cero.

La puerta se abrió.

No pasó nada.

Durante un segundo, no pasó nada.

Luego Carmen entró como una tormenta y se arrodilló junto a Ortega.

—Respira, corazón. Ya está. Ya está. No te mueras ahora, que me complicas la noche.

Ortega empezó a llorar bajo la mordaza.

Salvat se apoyó en la pared.

Rivas cerró los ojos.

En la Sala 3, nadie habló.

El teléfono mostró:

PRUEBA 11 COMPLETADA.

Debajo:

RESULTADO: UN CULPABLE VIVO. UN ARCHIVO ABIERTO. MULTITUD ÚTIL.

Raquel se sentó despacio.

Irene le tocó la mano vendada.

Raquel no se apartó.

Hugo soltó una risa pequeña.

—Mirad eso. Hemos salvado a un culpable y no se ha caído el techo.

Damián miró a Mercedes.

Mercedes no sonrió.

Pero asintió.

Y aquel gesto, pequeño, sobrio, casi invisible, valió más que cualquier absolución falsa.

En la pantalla de la comisaría, Ortega, ya sin mordaza, intentó hablar.

Carmen le decía que callara.

Ortega no calló.

—El archivo… —jadeó—. Juez Cero…

Salvat se inclinó hacia él.

—Ahora no.

—Sí… ahora.

La cámara tembló.

Ortega miró hacia arriba, hacia algún punto donde sabía que estábamos mirando.

—No es uno.

La Sala 3 se quedó helada.

Ortega respiró con dificultad.

—Juez Cero no es una persona.

Carmen le sujetó la cara.

—Calla.

Pero Ortega siguió.

—Es una red.

La pantalla del teléfono se apagó.

La alarma de incendio del hospital se cortó al fin.

Y el silencio que quedó fue mucho peor.

Capítulo 19 — La red

El silencio después de la alarma fue peor que la alarma.

La alarma, al menos, tenía una función. Molestar, avisar, taladrar el cráneo con la insistencia de una máquina convencida de estar salvando vidas. Pero el silencio no avisaba de nada. Solo dejaba espacio.

Y en ese espacio cabía la frase de Ortega.

Juez Cero no es una persona. Es una red.

Nadie se movió.

Ni siquiera Hugo.

Eso ya era casi antinatural.

En la pantalla, Ortega seguía tumbado en el suelo del archivo de evidencias, con Carmen arrodillada a su lado y Salvat inclinado sobre él. Rivas estaba en la puerta, arma en mano, mirando hacia el pasillo como si de pronto todo el edificio policial pudiera tener dientes.

—Repítelo —dijo Salvat.

Carmen le lanzó una mirada asesina.

—Como le hagas repetir algo antes de que compruebe si se nos muere, te meto la placa por la garganta.

Ortega rio.

O tosió.

El resultado fue el mismo: sangre en la comisura del labio y Carmen poniéndose de peor humor, que ya era decir mucho.

—Estoy bien —murmuró Ortega.

—Otra mentira y te sedo por aburrimiento —dijo ella.

Hugo cerró los ojos, emocionado desde la camilla.

—Carmen es la única institución que todavía respeto.

Damián estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, las piernas estiradas y una manta térmica sobre los hombros. Parecía un oso atropellado por un camión de mudanzas. Aun así, levantó la cabeza hacia la pantalla.

—¿Qué red?

Ortega nos oyó por el sistema de audio. Giró los ojos hacia la cámara con esfuerzo.

—No sé todos los nombres.

—Empieza por los que sí —dijo Irene.

Su voz había cambiado. Ya no sonaba a periodista buscando una cita. Sonaba a alguien que quería dejar de escribir encima de tumbas ajenas.

Ortega tragó saliva.

—Policías. Funcionarios. Técnicos. Abogados. Sanitarios. Gente con acceso a cosas pequeñas.

Raquel se abrazó a sí misma.

—¿Cosas pequeñas?

Ortega asintió apenas.

—Una cámara. Una llave. Un informe. Una llamada. Una puerta. Un turno. Una dirección. Nadie monta todo el juego. Nadie lo sabe todo. Cada uno hace una parte.

Hugo soltó aire muy despacio.

—Así nadie se siente monstruo.

—Exacto —dijo Ortega.

Damián cerró los ojos.

—La misma mierda de siempre.

Nadie se lo discutió.

Porque ahí estaba la raíz, otra vez. No una mente genial encerrada en una guarida, acariciando un gato y diseñando frases para paredes oxidadas. Eso habría sido casi cómodo. Un malo. Una cara. Un sitio donde poner el odio.

Pero no.

Era una cadena.

Y las cadenas, como ya habíamos aprendido con sangre, solo necesitaban que cada eslabón hiciera lo suyo.

Vera seguía esposada junto a Mercedes. Parecía más joven que nunca. No débil. Joven. Como si el disfraz de vengadora se le hubiera caído al suelo y debajo solo quedara una chica que había sobrevivido demasiado pronto.

—Yo recibía los archivos por partes —dijo—. Nunca de la misma cuenta. Nunca con la misma firma. Pensé que era una persona

cuidándose.

Samuel la miró.

—No pensaste. Querías que fuera una persona.

Ella le sostuvo la mirada.

—Tú también.

Samuel no contestó.

Hugo levantó la mano.

—Perdonad que interrumpa este precioso intercambio de traumas familiares, pero si Juez Cero es una red, entonces cualquiera puede estar escuchando esto.

Todos miramos la sala.

La cámara.

El teléfono apagado.

El transmisor bajo la mesa.

Las rejillas.

Los móviles de los policías.

Las puertas.

Todo parecía sospechoso otra vez.

Carmen, desde la pantalla, señaló a Salvat sin dejar de presionar una gasa contra el cuello de Ortega.

—Pues dejad de hablar en una sala que ya os han pirateado tres veces, criaturas.

Damián murmuró:

—Me cae bien porque siempre insulta con razón.

Salvat tomó el mando.

—Cortamos la transmisión. Oficialmente. Ahora.

El técnico de la Sala 3, que parecía haber envejecido unos seis años en veinte minutos, levantó las manos.

—Lo he intentado.

—No lo intentes. Corta la red física de la sala.

—Eso implica apagar sistemas.

Carmen gritó desde la pantalla:

—¡Apaga lo que haga falta menos respiradores, puertas de evacuación y mi cafetera!

—No sé cuál es su cafetera.

—Pues por tu bien, no la apagues.

El técnico miró a Rivas a través de la videollamada.

Rivas asintió.

—Hazlo.

El técnico se agachó debajo de la mesa, siguió cables, abrió una tapa de conexiones y empezó a desconectar líneas con un cuidado que me puso nerviosa. Cuando alguien manipula cables en una noche así, una espera que el techo se cierre o que el suelo decida tener opinión.

Nada ocurrió.

Una pantalla se apagó.

Luego otra.

El portátil perdió señal.

La imagen de Ortega se congeló.

Carmen quedó inmortalizada en una postura perfecta: ceño fruncido, una mano manchada de sangre y cara de estar a punto de pegar a la muerte con una carpeta.

Después, negro.

La Sala 3 se quedó más pequeña.

Sin pantallas, sin mensajes, sin cuentas atrás, de pronto volvimos a ser solo personas heridas en una habitación de hospital.

Eso tampoco fue tranquilizador.

—Ya está —dijo el técnico.

Hugo lo miró.

—¿Seguro?

—No.

—Agradezco la sinceridad y la detesto.

Raquel se sentó en una silla. Tenía las manos vendadas sobre las rodillas y la mirada fija en el suelo. Irene estaba a su lado, pero no la tocaba. Había aprendido rápido: a veces acompañar era no invadir.

Lara seguía junto a Marcos.

Marcos no hablaba.

Desde que Mercedes había entrado, desde que Vera había llorado, desde que Rivas había confesado, algo en él se había encogido hasta volverse casi invisible. La fractura de su pierna, la sangre, la humillación de haber sido llevado como peso sobre una

mesa: nada parecía importarle tanto como lo que Lara ya no le decía.

—Tenemos que declarar todo —dijo Irene.

Salvat no estaba, pero Rivas sí había vuelto por audio interno unos segundos antes de que cortaran la red. Ahora solo quedaban dos agentes en la sala, nerviosos, demasiado jóvenes para lo que estaba ocurriendo.

Uno de ellos, una agente de pelo corto, respondió:

—Ya están preparando toma de declaración formal.

Hugo soltó una risa.

—Formal. Qué palabra tan mona. ¿Trae silla que no intente matarnos?

La agente lo ignoró con profesionalidad admirable.

—Pero antes tienen que ser atendidos.

—No —dijo Damián.

Todos le miramos.

Carmen no estaba para callarlo, así que me tocó a mí.

—Sí.

—No voy a una cama.

—No te he preguntado.

—Nadia.

—Damián, tienes la espalda como si te hubiera planchado un portón, las manos abiertas, cortes, contusiones y una relación tóxica con los extintores. Te vas a una cama aunque haya que arrastrarte.

Hugo levantó un dedo.

—Yo puedo redactar una autorización para arrastrarle con fines terapéuticos.

Damián le miró.

—Tú estás peor que yo.

—Sí, pero con mejor actitud horizontal.

Damián quiso responder.

No pudo.

La puerta de la Sala 3 se abrió y entró Carmen.

La pantalla la había hecho grande, pero en persona era peor. Peor en el mejor sentido. Venía con la bata manchada, el pelo gris

escapándose del moño y una expresión capaz de apagar un incendio por decepción.

—A ver —dijo—. Se acabó el congreso del trauma. Cada uno a su sitio.

Nadie se movió.

Carmen señaló a Hugo.

—Tú, radiología.

—Sí, mi general.

—No me coquetees con sedantes encima. Es feo.

—Sin sedantes también.

—Eso ya lo veremos si sobrevives a tu personalidad.

Se volvió hacia Damián.

—Tú, camilla.

—No.

Carmen caminó hasta él, se inclinó un poco y le habló con una dulzura horrible:

—He tenido esta conversación con niños de seis años, ancianos de noventa, borrachos desnudos y un señor que juraba ser Napoleón. Todos acabaron en camilla. Tú no eres especial.

Damián la miró.

—¿Napoleón se resistió?

—Menos que tú y con mejor sombrero.

Damián cerró la boca.

La sala casi aplaudió.

Carmen me señaló.

—Tú, curas completas. Y después traumatología.

—Estoy bien.

Carmen giró lentamente hacia mí.

Me arrepentí antes de que hablara.

—Mira, Nadia. Sé que fuiste enfermera, así que voy a decirte esto con cariño profesional: sois los peores pacientes del planeta. Os pensáis que saber nombrar una herida os da permiso para ignorarla. No. Te sientas, te callas y dejas que alguien te cure, que bastante daño ha hecho ya todo el mundo intentando hacerlo solo.

No tuve defensa.

Porque no había defensa contra una verdad dicha con cara de haber dormido poco.

—Vale —dije.

—Milagro —murmuró Hugo.

Carmen señaló a Raquel e Irene.

—Vosotras, manos y contusiones. Lara, hombro y quemadura. Marcos, cirugía traumatológica en cuanto baje la inflamación o en cuanto traumatología deje de llorar, lo que ocurra primero. Vera…

Miró a la chica esposada.

Mercedes la sujetaba por los hombros.

—Vera va a una sala custodiada, pero le revisan la quemadura vieja y cualquier herida nueva. Y le quitáis esas esposas delante o llamo al juez de guardia, al ministro y a mi primo Julián, que no sirve para nada pero grita mucho.

La agente dudó.

—Está detenida.

—Y tiene muñecas. Una cosa no cancela la otra.

Mercedes miró a Carmen como si acabara de encontrar otra persona real en medio de la noche.

—Gracias.

Carmen se encogió de hombros.

—No me las des. Me enfada.

La organización empezó.

Eso debería haber dado calma.

No la dio.

Nos separaron en boxes cercanos, con custodia en la puerta y agentes entrando y saliendo. El hospital intentaba volver a ser hospital, pero la noche se había metido en las paredes. En cada pitido de monitor, yo escuchaba una cuenta atrás. En cada puerta que se cerraba, veía un peso cayendo. En cada bandeja metálica, una mesa. En cada tubo, aire para ocho bocas y nueve personas.

Me limpiaron de nuevo los pies.

Grité.

Esta vez sí.

No mucho. Lo justo para que la enfermera joven me apretara el tobillo con una mano firme y dijera:

—Ya está. Ya está.

No estaba.

Pero la frase servía para seguir los siguientes diez segundos.

Me vendaron cortes, quemaduras y rozaduras. Me inmovilizaron parcialmente el hombro. Me dieron analgésicos. Me hicieron preguntas. Muchas preguntas.

Nombre.

Edad.

Profesión.

Dirección.

Alergias.

¿Qué ocurrió?

Esa última pregunta era una trampa sin mala intención.

¿Qué ocurrió?

—No sé por dónde empezar —dije.

La agente que tomaba nota levantó la mirada.

Era joven. Demasiado joven para cargar con aquella noche.

—Por donde pueda.

Por donde pueda.

Empecé por la bombilla.

La sala.

La etiqueta.

CALLAR.

La mesa con anillas.

Esteban.

El túnel.

Clara.

Cada palabra salía con algo adherido. Barro, sangre, culpa, miedo. La agente escribía rápido. A veces levantaba la vista. A veces se obligaba a no levantarla.

Cuando llegué a la cisterna y dije que Esteban se había ahogado, me detuve.

—¿Quiere parar? —preguntó.

Me acordé de Clara.

De descansar.

De lo fácil que era detener lo incómodo con una frase amable.

—No —dije—. Si paro ahora, luego no sé si sigo.

Así que seguí.

Hablé hasta que la garganta empezó a dolerme más que las manos.

Cuando terminé, la agente dejó el bolígrafo sobre la carpeta.

—Gracias.

La palabra me pareció absurda.

No dije nada.

Ella salió.

Me quedé sola durante tres minutos.

Tres minutos sin voces, sin pantallas, sin pruebas.

No sabía qué hacer con ellos.

Entonces alguien llamó al cristal del box.

Hugo.

En camilla.

Empujado por un celador.

La pierna izquierda inmovilizada, una manta hasta la cintura, un gotero y una sonrisa insoportable.

—¿Te dejan circular? —pregunté.

—No. Me trasladan. Pero he sobornado al celador con mi encanto y una futura demanda que no presentaré.

El celador, un chico enorme con cara de sueño, dijo:

—Me ha dado pena.

Hugo lo miró.

—Eso también es una forma de encanto.

El celador nos dejó un segundo en la puerta.

—Tengo fractura —dijo Hugo.

—Qué sorpresa tan vulgar.

Sonrió.

—Has usado mi frase.

—Era buena.

—No digas eso. Me emociono y la medicación me vuelve sincero.

Nos quedamos mirándonos.

Había demasiadas cosas para decir y ninguna cabía bien.

Al final él habló.

—He declarado lo de Clara. Todo.

—Bien.

—No lo digas con tono de enfermera satisfecha. Me da ansiedad.

—Lo has hecho bien.

—Eso es peor.

Miró hacia el pasillo.

Luego volvió a mí.

—¿Crees que sirve de algo?

La pregunta era demasiado grande para ese box, para sus calmantes, para mis vendas.

—No lo sé.

—Respuesta honesta. Un asco.

—Sí.

Hugo asintió.

—Mejor que otra cosa.

El celador empezó a mover la camilla.

—Nos vemos en el juicio —dijo Hugo.

—¿Como acusado o abogado?

—Conociendo mi vida, quizá ambas.

Lo llevaron.

Casi sonreí.

Luego la puerta del box se abrió de nuevo.

Esta vez entró Mercedes.

Sin Vera.

Sin Samuel.

Sin policías dentro, aunque uno se quedó en la puerta.

Mercedes llevaba una manta sobre los hombros y un vaso de plástico con agua entre las manos. No había dormido. Eso se veía en cada centímetro de su cara. Pero sus ojos estaban claros.

—¿Puedo? —preguntó.

Me incorporé un poco.

—Sí.

Entró.

Se sentó en la silla junto a la cama.

Durante unos segundos no dijo nada.

Yo tampoco.

No sabía si pedir perdón otra vez. No sabía si tenía derecho. No sabía si el perdón, repetido demasiado pronto, se convertía en una forma elegante de pedirle a la otra persona que cargara también con tu alivio.

Mercedes bebió un sorbo de agua.

Luego dijo:

—Clara siempre hablaba mucho.

La frase me sorprendió tanto que la miré.

Mercedes tenía la vista en el vaso.

—De pequeña hablaba incluso dormida. Su padre decía que si algún día se quedaba muda, habría que llamar a emergencias porque el mundo se habría roto.

Respiró.

—Esa noche, cuando me dijeron que había intentado avisar a todos… pensé: claro. Mi Clara, hablando hasta el final.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

No las merecía, pero vinieron igual.

Mercedes me miró.

—No he venido a perdonarte.

Asentí.

—Lo sé.

—No sé si podré.

—Lo entiendo.

—No. No lo entiendes.

La frase no fue cruel.

Fue exacta.

—No puedes entender lo que es que una hija no vuelva. Y ojalá nunca lo entiendas.

Tragué saliva.

—Sí.

Mercedes apretó el vaso con las dos manos.

—Pero has hablado.

—Tarde.

—Sí.

No suavizó nada.

Gracias a Dios.

—Pero has hablado —repitió—. Y ahora vas a seguir hablando. En comisaría, ante el juez, ante quien haga falta. No por ti. No para que duermas mejor. Por ella.

Sentí que algo dentro de mí se colocaba en un sitio doloroso, pero más firme.

—Lo haré.

Mercedes me miró con una dureza serena.

—Más te vale.

Se levantó.

Yo pensé que se iba.

Pero se detuvo en la puerta.

—Y otra cosa.

—Sí.

—No dejéis que conviertan a mi hija en una bandera.

Me quedé callada.

—Ni en una santa. Ni en un vídeo. Ni en una excusa para que otros hagan daño. Clara era Clara. Era pesada, cabezota, buena para algunas cosas y torpe para otras. Se reía muy alto. Dejaba tazas por toda la casa. No era un símbolo.

La voz se le quebró un poco.

No mucho.

—Era mi hija.

No supe qué decir.

Así que por primera vez en mucho tiempo hice algo útil con el silencio.

Lo dejé estar.

Mercedes salió.

Y el box se quedó lleno de ella.

Pasó una hora.

O diez minutos.

El tiempo en los hospitales nocturnos es una pasta rara.

Me llevaron a otra sala para más pruebas. En el pasillo vi a Damián en una camilla. Carmen le estaba ajustando una vía mientras él parecía discutir con la bolsa de suero.

—No necesito eso.

—Tú necesitas una madre, una cama y una revisión psicológica. De momento tengo suero.

—Me siento raro.

—Eso es porque no estás haciendo una estupidez.

Damián me vio pasar.

—Nadia.

—¿Sigues vivo?

—Carmen no me deja morirme.

—Carmen no deja hacer nada divertido —dijo él.

Ella le dio un golpecito en la frente con dos dedos.

—Exacto.

Más allá, Raquel e Irene estaban sentadas juntas en un banco. Raquel tenía la cabeza apoyada en la pared. Irene sostenía un móvil, pero no miraba redes. Estaba escribiendo. Raquel la vigilaba con desconfianza.

—¿Qué escribes? —pregunté al pasar.

Irene levantó la vista.

—La primera frase de la declaración pública.

Raquel añadió:

—La estoy censurando.

—La está mejorando —dijo Irene.

—He quitado "tragedia".

—Porque dice que suena a titular.

Raquel me miró.

—Lo suena.

—Tiene razón —dije.

Irene suspiró.

—Lo sé.

Al fondo del pasillo, en una sala custodiada, vi a Vera y Samuel separados por una mesa.

Mercedes estaba con Vera.

Samuel estaba solo.

No hablaban.

Quizá ya no les quedaban palabras que no dolieran.

O quizá por fin estaban usando el silencio para no hacerse más daño.

Me hicieron radiografías.

Nada roto en el hombro.

Una lesión fea, pero no rota.

Qué generoso el universo. Solo había intentado desmontarme, no terminar el trabajo.

Cuando volví al box, la agente joven estaba esperándome.

—Hay una novedad.

Me senté despacio.

—Qué frase tan peligrosa.

No sonrió.

—Han confirmado que el archivo de Ortega contiene copias de casos anteriores de Juez Cero. Vídeos, listas, correos, pagos.

—¿Pagos?

—Pequeños. Muchos. A cuentas distintas. Personal sanitario, policía, administración, seguridad privada.

La red.

Cada uno hacía una parte.

Cada uno podía decir que no sabía todo.

Cada uno podía dormir sobre una almohada hecha de matices.

—¿Y la fábrica? —pregunté.

—Los bomberos han controlado el fuego. Han encontrado el cuerpo de Esteban.

Cerré los ojos.

La agente continuó, más bajo:

—Lo han sacado.

No dije nada.

No pude.

—También han encontrado restos de dispositivos, cámaras, mecanismos. Mucho se ha quemado. Pero no todo.

—¿Y Juez Cero?

La agente bajó la mirada.

—Nada todavía.

Claro.

Por supuesto.

Las sombras no se esposan con tanta facilidad.

El día empezó a entrar por las ventanas del hospital como si no tuviera vergüenza.

Una luz gris, lavada por la lluvia. El tipo de amanecer que no celebra nada. Solo aparece.

A media mañana, nos reunieron otra vez.

No en la Sala 3.

Carmen se negó.

—Esa sala la clausuro yo aunque tenga que ponerle cemento.

Nos llevaron a una sala de reuniones más grande, sin cámaras visibles, revisada dos veces por técnicos y una tercera por Carmen porque "los técnicos son majos, pero yo confío más en mi mala leche".

Estábamos todos.

Vivos.

Esa palabra seguía siendo rara.

Hugo en silla de ruedas, con la pierna inmovilizada.

Damián también en silla, aunque lo llevaba fatal.

—Esto es indigno —murmuró.

Hugo sonrió.

—Bienvenido a mi reino.

Raquel con las manos vendadas.

Irene con su portátil cerrado delante.

Lara con el brazo en cabestrillo.

Marcos en camilla, custodiado.

Samuel con las muñecas vendadas y dos agentes cerca.

Vera esposada, aunque Carmen había conseguido que fueran esposas por delante y con gasas debajo.

Mercedes junto a ella.

Salvat y Rivas frente a nosotros.

Carmen apoyada en la pared, como si la sala también fuera suya por derecho natural.

Salvat habló:

—Lo que digamos aquí queda registrado oficialmente. La prioridad es proteger a los testigos, identificar a miembros de la red y contener la difusión del material.

Hugo levantó una mano.

—¿Contener internet? Qué bonito. Me gustan los objetivos imposibles antes del desayuno.

Salvat lo ignoró.

—La lista que se ha filtrado ya está en manos de prensa y redes. No podemos borrarla. Podemos contextualizarla, verificarla y evitar que Juez Cero marque el ritmo.

Irene abrió el portátil.

—Entonces necesitamos una declaración conjunta.

Salvat negó.

—No es recomendable.

Mercedes habló:

—Sí lo es.

Salvat se volvió hacia ella.

—Señora Beltrán…

—No empiece con "señora" si luego va a decirme que espere.

Salvat cerró la boca.

Carmen sonrió.

Muy poco.

Mercedes miró a todos.

—Mi hija pidió ayuda y nadie supo qué hacer con esa petición. Ahora hay una lista, una red y mucha gente mirando. Si callamos, él habla por nosotros.

Nadie discutió.

Porque otra vez había dicho algo simple.

Y otra vez era verdad.

Irene leyó la frase que había escrito:

—"No somos víctimas inocentes de un juego. Somos supervivientes de una violencia que utilizó nuestras culpas para multiplicarse."

Raquel frunció el ceño.

—Demasiado bonito.

Irene suspiró.

—Lo sabía.

Hugo levantó un dedo.

—Además, "multiplicarse" suena a infección fúngica. Aunque, pensándolo bien…

—Hugo —dijimos varios.

Él sonrió.

—Perdón. Me siento útil.

Lara habló:

—Más sencillo.

Todos la miramos.

Ella tenía la cara pálida, el brazo inmóvil y los ojos cansados.

—"Hicimos daño. Nos hicieron daño. Y ahora vamos a contar las dos cosas sin esconder ninguna."

Silencio.

Raquel asintió.

—Eso.

Irene borró.

Escribió.

Hugo se inclinó hacia mí.

—La gente herida se está volviendo muy buena redactando. Me preocupa mi nicho profesional.

Por primera vez en horas, sonreí de verdad.

Muy poco.

Pero de verdad.

La reunión siguió.

Nombres.

Declaraciones.

Custodia.

Prensa.

Protección a Mercedes.

Protección a Vera.

Investigación de Rivas.

Investigación de Salvat.

Responsabilidad de Samuel.

Cargos contra Marcos.

Contra Hugo.

Contra Damián.

Contra Irene.

Contra mí.

Nadie salía limpio.

Pero salir limpio ya no era el objetivo.
Salir limpio era lo que nos había metido allí.
Al final, Salvat recibió una llamada.
Se apartó.
Escuchó.
Su cara cambió.
Lo vimos todos.
Porque ya éramos expertos en caras.
Volvió despacio a la mesa.
—Han detenido a Ortega formalmente después de estabilizarlo.
Damián frunció el ceño.
—¿Y?
—Ha dado un nombre.
La sala se cerró alrededor de esa frase.
Salvat miró a Carmen.
Luego a mí.
Luego a Mercedes.
—No de Juez Cero. De alguien que reclutaba dentro del hospital.
Carmen se puso rígida.
—¿Quién?
Salvat tragó saliva.
—Silvia Narbona.
Carmen palideció.
No mucho.
Pero lo suficiente.
—No.
—¿Quién es? —preguntó Irene.
Carmen no contestó enseguida.
Por primera vez desde que la conocíamos, se quedó sin frase.
Eso dio más miedo que cualquier alarma.
—La directora médica —dijo al fin.
El teléfono de Hugo vibró.
Todos nos giramos hacia él.
Hugo levantó las manos.
—No me miréis así. Es mío. Creo.
Miró la pantalla.

Su cara perdió el poco color que le quedaba.
—No es mío.
Salvat fue hacia él.
—No lo toque.
Demasiado tarde.
El móvil ya mostraba un mensaje.
Sin número.
Sin icono.
Solo una frase.
LA DOCTORA SIEMPRE SABE QUIÉN DESCANSA.
Debajo, una ubicación interna del hospital.
UCI. BOX 4.
Carmen salió corriendo antes de que nadie pudiera detenerla.

Capítulo 20 — La doctora

Carmen salió corriendo.

No como antes.

No con esa furia de pasillo que parecía parte de su personalidad, ni con la energía de quien lleva treinta y siete años empujando camillas, broncas y turnos imposibles.

Salió corriendo con miedo.

Y eso nos asustó más que el mensaje.

LA DOCTORA SIEMPRE SABE QUIÉN DESCANSA.

UCI. BOX 4.

La palabra descansa se me clavó en algún sitio viejo.

Clara en la cama.

Clara con oxígeno.

Clara diciendo que había más chicas dentro.

Yo diciéndole que descansara.

Hay frases que deberían estar prohibidas después de cierta hora.

—¡Carmen! —gritó Salvat.

Ella no se volvió.

Rivas salió detrás. Luego Salvat. Luego dos agentes.

Damián intentó levantarse de la silla de ruedas.

La silla se movió hacia atrás, chocó contra la mesa y estuvo a punto de tirarle al suelo.

—¡Joder!

Hugo, desde su propia silla, le miró con una mezcla ofensiva de compasión y diversión.

—Bienvenido a la aristocracia rodante. Tiene normas.

—Cállate y empuja.

—¿Perdona?

—¡Empuja!

Hugo miró sus propias manos vendadas, la pierna inmovilizada y la dignidad ya perdida hacía horas.

—Me encantaría ayudarte, pero mi cuerpo ha dimitido por escrito.

Yo me levanté.

O lo intenté.

El dolor de los pies me atravesó hasta los dientes. La mesa se inclinó un poco en mi campo de visión. Apoyé una mano vendada sobre el borde y respiré.

Lara me miró.

—No puedes ir.

—Qué frase más original.

—Nadia.

—No voy a correr.

—Eso no tranquiliza si lo dices mientras te levantas.

Mercedes se puso de pie junto a Vera.

—¿Quién es Silvia Narbona?

Nadie respondió al principio.

Fue Carmen quien contestó desde la puerta del pasillo, sin detenerse, con la voz rota por la distancia:

—¡La mujer que firmó el protocolo que dejó a Clara en observación sin aviso policial!

El pasillo se tragó su voz.

Y la sala entera cambió.

Otra pieza.

Otra puerta.

Otra mano que había hecho algo pequeño con consecuencias enormes.

Samuel cerró los ojos.

—Silvia Narbona estaba en los archivos.

—¿Y no lo dijiste? —preguntó Damián.

Samuel abrió los ojos.

—Había cien nombres.

—Pues empieza a aprender a leer deprisa.

Hugo giró su silla con dificultad.

—Como representante provisional de los lisiados, propongo organizarnos antes de salir todos a morir por los pasillos.

Raquel le miró.

—¿Desde cuándo organizas?

—Desde que no puedo caminar. La inmovilidad da perspectiva y un odio muy fino.

Irene ya estaba abriendo su portátil.

—UCI, box 4. Hay que saber quién está ahí.

La agente de pelo corto consultó una tablet policial conectada al sistema del hospital.

—No tenemos acceso al censo clínico.

—Yo sí —dijo Vera.

Todos la miramos.

Ella levantó las manos esposadas.

—No legalmente.

Damián soltó una risa seca.

—Qué sorpresa.

—Vera —dijo Mercedes.

—Tía, ahora no.

—Ahora sí.

Vera se mordió el labio.

Mercedes la miró con esa autoridad silenciosa que no necesitaba volumen.

—No vuelvas a abrir una puerta que luego no puedas cerrar.

La frase la golpeó.

A todos.

Vera bajó la mirada.

—Solo necesito ver quién está ingresado.

—Eso lo hago yo —dijo una voz desde la entrada.

Carmen no había vuelto.

Era la enfermera joven que me había curado las manos. La que me había preguntado si quería parar. Estaba en la puerta con una tablet contra el pecho y los ojos muy abiertos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Paula.

—Paula —dijo Hugo—, por favor, dime que eres otra Carmen en formación.

—No sé si eso es legal.

—Nada de esta noche lo es.

Paula tragó saliva y miró a la agente.

—Puedo consultar ocupación de UCI. Sin datos sensibles, solo iniciales y estado.

La agente dudó.

Salvat no estaba para autorizar nada.

Carmen tampoco.

Mercedes habló:

—Hazlo.

Paula obedeció.

A veces una orden limpia no necesita cargo.

Tecleó rápido. La pantalla le iluminó la cara.

—UCI, box 4… varón, cincuenta y ocho años. Iniciales T. L.

Irene levantó la cabeza.

—Tomás Ledesma.

El nombre estaba en la lista.

TOMÁS LEDESMA — PROPIETARIO TESTAFERRO.

Raquel susurró:

—El dueño.

—El supuesto dueño —corrigió Irene—. O el que figuraba como responsable de La Casa Azul.

Hugo soltó aire.

—Por supuesto está en UCI. Porque esta noche no tenía suficientes círculos.

Paula siguió leyendo.

—Ingreso hace dos días. Accidente cerebrovascular. Estado crítico, sedado.

Otra vez esa palabra.

Sedado.

Descansa.

La doctora siempre sabe quién descansa.

Me levanté del todo.

—Voy.

Lara intentó frenarme, pero esta vez no dijo nada. Quizá porque entendió que había palabras que ya no podían volver a usarse para detenerme.

Damián señaló su silla.

—Empújame.

—No —dijo Paula.

Todos la miramos.

La chica se puso colorada, pero no retrocedió.

—No podéis ir todos. Hay humo parcial, controles policiales y pacientes evacuándose. Vais a estorbar.

Hugo se llevó una mano al pecho.

—Paula, eres cruel, pero prometedora.

—Tiene razón —dijo Irene—. Vamos los que podamos aportar algo.

Damián la miró desde la silla.

—¿Y tú qué aportas?

—Memoria de la lista. Y piernas funcionales.

—Golpe bajo.

—Iba a decir "menos dañadas", pero habría sido menos claro.

Raquel se puso de pie.

—Yo también voy.

—No —dijo Irene.

Raquel la miró, sorprendida.

—Irene.

—No necesitas estar en todos los sitios donde alguien puede mirar. Ya estás haciendo algo aquí.

Raquel miró la tablet, la cámara tapada, los teléfonos, la puerta.

Y entendió.

—Vale.

La palabra le costó.

Pero la dijo.

Hugo levantó una mano.

—Yo, obviamente, me quedo. No por prudencia, sino porque cualquier persecución en silla de ruedas perdería dignidad al segundo giro.

Damián gruñó.

—Cobarde.

—Superviviente con diagnóstico.

Vera dio un paso.

—Yo voy.

Mercedes le sujetó la muñeca esposada.

—No.

—Tía…

—No.

Vera intentó sostenerle la mirada.

No pudo.

Samuel habló:

—Yo debería ir.

Damián se rio.

—Tú deberías ir a una celda acolchada con horario de visitas.

—Silvia Narbona estaba en los correos que recibí.

Todos nos quedamos quietos.

—¿Qué? —dije.

Samuel miró a Irene.

—No con su nombre. Con iniciales. S. N. Pensé que era una fuente sanitaria. Alguien que había filtrado protocolos.

Irene apretó el portátil.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que quizá no filtraba. Seleccionaba.

Paula palideció.

—La doctora Narbona está de guardia ejecutiva hoy.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hugo.

—Que no atiende planta directamente, pero tiene autoridad sobre accesos críticos, UCI, quirófanos, protocolos y seguridad clínica.

Damián cerró los ojos.

—Perfecto. La jefa de las puertas.

Me miró.

No hizo falta decir más.

Fuimos cuatro.

Irene, Samuel, Paula y yo.

Dos agentes nos acompañaron. Damián se quedó protestando. Hugo se quedó haciendo comentarios. Raquel se quedó con la transmisión y la agente. Vera se quedó con Mercedes. Lara se quedó junto a Marcos, aunque esa permanencia ya no parecía amor ni costumbre, sino una vigilancia triste sobre las ruinas.

El pasillo hacia UCI estaba en evacuación parcial. Camillas, sillas, carros de medicación, personal y pacientes se mezclaban bajo las luces de emergencia. El humo era más leve allí, pero el olor se mantenía. Plástico quemado. Papel. Algo eléctrico.

Cada puerta que pasábamos me producía un golpe en el estómago.

Puertas abiertas.

Puertas cerradas.

Puertas con gente detrás.

Puertas que dependían de una tarjeta, una firma, una llave, una mano.

Paula caminaba rápido, mirando su tablet.

—El box 4 está al fondo. Acceso restringido.

—¿Quién puede entrar? —preguntó Irene.

—Médicos de UCI, enfermería asignada, dirección médica y seguridad.

—Silvia Narbona.

—Sí.

Samuel caminaba junto a mí, pálido.

—¿Puedes?

—No.

—¿Entonces?

—Camino.

—Eso no es lo mismo.

—Hoy sí.

No respondió.

Bien.

Llegamos a las puertas de UCI.

Cristal opaco.

Control de acceso.

Un policía en la entrada.

Y Carmen.

Estaba discutiendo con una mujer alta, delgada, de pelo rubio recogido en un moño bajo y bata impecable bajo la tarjeta de identificación.

Dra. Silvia Narbona. Dirección Médica.

La doctora Narbona no parecía asustada.

Ese fue el primer problema.

Todos los demás estábamos rotos, manchados, sudados, vendados o con la cara de quien había visto la noche por dentro.

Ella parecía molesta.

Eso era peor.

—No puede entrar así en UCI —decía Narbona—. Hay protocolos.

Carmen se inclinó hacia ella.

—Silvia, como vuelvas a decirme "protocolos" hoy, te hago tragarte el manual grapado.

Narbona ni parpadeó.

—Estás alterada.

—Estoy a punto de estarlo mucho más.

Salvat y Rivas estaban a un lado, hablando con seguridad. Al vernos, Salvat frunció el ceño.

—No deberían estar aquí.

—Estamos coleccionando frases inútiles —dijo Irene—. Esa ya la teníamos.

Narbona nos miró.

Su mirada pasó por Irene.

Por Samuel.

Por mí.

Se detuvo en mis manos vendadas.

—Nadia Vidal.

Mi nombre en su boca me dio náuseas.

No porque sonara amenazante.

Porque sonó administrativo.

Como si todavía estuviéramos en un informe.

—Doctora Narbona —dije.

—Lamento lo ocurrido.

Carmen soltó una risa.

—Uy, mal comienzo.

Narbona la ignoró.

—Pero esto es una unidad crítica. No voy a permitir que una investigación policial convierta a mis pacientes en parte de una

histeria colectiva.

Salvat le mostró su identificación.

—Hay una amenaza contra Tomás Ledesma.

Narbona levantó la barbilla.

—Tomás Ledesma no puede declarar. Está sedado, intubado y neurológicamente comprometido.

—Precisamente —dije.

La doctora me miró.

—¿Precisamente qué?

—Que descansa.

La frase la tocó.

Muy poco.

Pero la tocó.

Carmen también lo vio.

—¿Qué has hecho, Silvia?

Narbona giró hacia ella.

—Ten cuidado.

—No. Cuidado tuve durante años cuando decías que algunas cosas no se subían al sistema porque generaban ruido. Cuidado tuve cuando firmabas observaciones sin derivación policial para no crear conflictos. Cuidado tuve cuando una chica llena de humo acabó convertida en "paciente alterada". Ya he tenido cuidado suficiente.

El pasillo entero pareció bajar el volumen.

Narbona habló despacio:

—No sabes de lo que hablas.

—Entonces explícame.

—No aquí.

—Aquí me vale.

Rivas intervino:

—Doctora, necesitamos acceder al box 4.

—No sin autorización judicial o indicación clínica.

Salvat levantó un papel.

—La tengo.

Narbona lo miró.

No se movió.

—Esa autorización no contempla intervención sobre el paciente.

—Contempla protección del paciente.
—El paciente está protegido.
El teléfono de Salvat vibró.
Todos miramos.
Él lo sacó despacio.
Mensaje.
Sin número.
MENTIRA DETECTADA.
Narbona miró la pantalla.
Su rostro perdió apenas un grado de color.
Carmen sonrió.
—Mira qué moderno. Ahora hasta los psicópatas verifican.
Narbona retrocedió medio paso.
No mucho.
Suficiente.
Samuel habló:
—Usted no es Juez Cero.
Ella lo miró.
—No sé de qué hablas.
—Pero ha trabajado para la red.
El móvil de Salvat vibró otra vez.
MENTIRA DETECTADA.
Narbona apretó la mandíbula.
—Esto es absurdo.
Irene dio un paso hacia ella.
—¿Qué hizo con Clara?
—Nada.
El móvil vibró.
MENTIRA DETECTADA.
El pasillo se quedó helado.
Yo sentí que mis manos vendadas dejaban de doler durante un segundo.
Luego dolieron más.
Narbona miró a Salvat.
—Esto no tiene ninguna validez.
—Pero tiene puntería —dijo Carmen.

La doctora respiró hondo.

—Clara Beltrán fue atendida según criterio clínico.

El móvil vibró.

MENTIRA DETECTADA.

—Fue una paciente intoxicada por humo, con ansiedad, consumo de alcohol y discurso confuso.

MENTIRA DETECTADA.

—No había elementos suficientes para activar protocolo policial.

MENTIRA DETECTADA.

Cada vibración era una bofetada.

Cada mentira, una puerta cerrándose otra vez.

Narbona perdió la compostura por fin.

—¡Porque si cada chica que sale de un local llorando activa un caso policial, el sistema se colapsa!

Silencio.

Ahí estaba.

La verdad no completa, pero sucia.

Humana.

Espantosa.

El móvil no vibró.

Narbona se dio cuenta.

Tragó saliva.

Yo la miré.

—Eso sí era verdad.

La doctora me devolvió la mirada.

—Tú estabas allí.

—Sí.

—Tú también decidiste.

—Sí.

El golpe no fue injusto.

Eso lo hizo más difícil de soportar.

—Pero yo estoy hablando —dije—. Ahora le toca.

Narbona sonrió apenas.

Una sonrisa cansada, fea.

—Qué cómoda se vuelve la valentía cuando ya no puedes salvar a nadie.

Carmen dio un paso hacia ella.

—Silvia.

—No —dijo Narbona—. No me mires como si tú no hubieras firmado turnos imposibles, como si no hubieras tapado faltas de personal, como si no hubieras visto pacientes esperando en pasillos porque no había camas. Todos elegimos qué incendio atender.

Carmen se quedó quieta.

La frase le dolió.

Porque contenía verdad.

Y veneno.

Salvat interrumpió:

—Abra el box 4.

Narbona se quedó inmóvil.

—No.

Rivas levantó el arma.

—Doctora.

Ella se volvió hacia el cristal de UCI.

—No lo entendéis.

—Pues explique —dijo Irene.

Narbona miró a Samuel.

—Ledesma no es una víctima.

—Nadie ha dicho que lo sea —contestó Samuel.

—Si despierta, desaparece todo.

—¿Qué todo? —preguntó Salvat.

La doctora rio sin ganas.

—La red.

El pasillo entero se tensó.

—Ledesma no era solo testaferro de La Casa Azul —dijo Narbona —. Era intermediario. Locales, permisos, seguridad, pagos, nombres. Guardaba copias. Siempre guardaba copias. Por eso acabó en UCI.

—¿Le hicieron algo? —preguntó Carmen.

Narbona no respondió.

El móvil vibró.

SILVIA NARBONA. DECLARAR.

La doctora miró la pantalla.

Después a nosotros.

Y entonces ocurrió algo que no esperábamos.

Sonrió.

De verdad.

No con alegría.

Con alivio.

—Ya era hora.

Carmen frunció el ceño.

—¿Qué?

Narbona sacó una tarjeta del bolsillo.

Rivas apuntó.

—¡Manos visibles!

Ella levantó la tarjeta entre dos dedos.

—Es la llave del box.

La dejó en el suelo.

Luego levantó las manos.

—Entrad.

Salvat recogió la tarjeta.

—¿Por qué ahora?

Narbona miró hacia el box 4.

—Porque Tomás Ledesma lleva dos días sedado para que no hable. Y porque hace veinte minutos han cambiado su medicación.

Paula soltó un gemido.

—No…

Carmen empujó a todos y pasó la tarjeta por el lector.

—¡Abrid paso!

Las puertas de UCI se abrieron.

El olor cambió.

Desinfectante frío.

Máquinas.

Silencio vigilado.

Llegamos al box 4.

Tomás Ledesma estaba en la cama, conectado a monitores, tubos, vías, bombas de infusión. Un hombre ancho, de piel grisácea, barba de dos días y párpados cerrados. Parecía menos peligroso así. Todos parecen menos peligrosos dormidos. Ese era precisamente el truco.

Carmen miró las bombas.

—Paula.

Paula ya estaba revisando medicación.

—Sedación alta. Demasiado alta.

—¿Quién la pautó?

Paula miró la pantalla.

Luego a Narbona.

—Dirección médica.

Narbona no lo negó.

Carmen se giró.

—¿Tú?

—Sí.

Carmen se quedó helada.

—Silvia…

—Si despertaba antes de tener custodia real, lo mataban.

—Le has mantenido sedado sin indicación.

—Le he mantenido vivo.

El monitor pitó.

Una línea de frecuencia cambió.

Paula levantó la voz:

—Está haciendo bradicardia.

Carmen se lanzó sobre la bomba.

—Han cambiado algo.

—La perfusión secundaria —dijo Paula—. Aquí. Hay una entrada nueva.

Carmen siguió el tubo.

Una pequeña llave de paso.

Una jeringa conectada.

Vacía.

No estaba en el protocolo.

No estaba etiquetada.

El mensaje.

La doctora siempre sabe quién descansa.

No era Narbona.

O no solo Narbona.

Alguien había usado su acceso.

Su firma.

Su sombra.

Carmen arrancó la conexión y empezó a dar órdenes.

—Paula, avisa a UCI. Rivas, médico intensivista ya. Salvat, fuera de mi camino. Nadia, no te acerques.

Yo ya estaba acercándome.

—Nadia.

Me detuve.

No porque quisiera.

Porque Carmen tenía razón.

Otra vez.

Tomás Ledesma empezó a caer.

No físicamente.

En los números.

En los pitidos.

En esa forma que tienen las máquinas de decir que algo dentro de un cuerpo está dejando de negociar.

Carmen trabajaba con una precisión feroz. Paula a su lado. Otra enfermera entró corriendo. Un médico apareció. Palabras cortas. Dosis. Vía. Saturación. Presión. Reversión. Monitor.

Todo muy rápido.

Todo muy humano.

Y nosotros solo pudimos mirar.

Esa era la crueldad final.

Mirar sin poder hacer.

Pero esta vez mirar no era quedarse quieto por cobardía.

Era dejar trabajar a quien podía salvar.

Salvat esposó a Narbona.

Ella no se resistió.

—No intenté matarlo —dijo.

El móvil de Salvat, apoyado sobre una mesa auxiliar, vibró.

Todos miramos.

VERDAD ACEPTADA.

Narbona cerró los ojos.

Una lágrima le bajó por la cara.

Solo una.

—Pero tampoco confié en nadie para mantenerlo vivo.

Carmen, sin apartar la vista del paciente, dijo:

—Porque eres una soberbia de mierda, Silvia.

Narbona soltó una risa rota.

—Sí.

El monitor empezó a estabilizarse.

Poco.

No suficiente.

Pero algo.

Paula respiró.

—Sube.

Carmen no celebró.

—Todavía no.

Pasaron segundos largos.

Diez.

Veinte.

Treinta.

La línea se mantuvo.

Tomás Ledesma seguía vivo.

La puerta del box se abrió.

Damián apareció en silla de ruedas, empujado por Hugo desde otra silla.

No sé cómo lo habían logrado.

No quise saberlo.

Hugo jadeaba.

—No estoy orgulloso del mecanismo, pero sí del resultado.

Carmen se volvió hacia ellos con una mirada que podría haber reiniciado el corazón de un muerto.

—Os voy a matar.

Damián miró al paciente.

—¿Vive?

Carmen respiró.

—De momento.

Damián cerró los ojos.

—Bien.

—No digas bien en mi UCI.

—Vale.

Hugo asomó la cabeza.

—¿La doctora era mala, regular o solo administrativa?

Narbona, esposada, le miró.

—Las tres.

Hugo asintió.

—Agradezco la precisión.

El móvil de Salvat vibró otra vez.

Esta vez no era un mensaje.

Era un archivo de audio.

Se reprodujo solo.

Una voz vieja, ronca, tranquila.

La de Juez Cero.

—Prueba 12 completada.

Nadie habló.

La voz continuó:

—Resultado: un testigo crítico vivo. Una doctora declarada. Una red expuesta parcialmente.

Damián apretó los puños.

—¿Dónde estás?

La voz siguió, indiferente:

—Pero todavía no habéis entendido lo esencial.

Hugo cerró los ojos.

—Cómo odio cuando los psicópatas creen que dan clase.

La voz dijo:

—La red no se rompe confesando. Se rompe cuando sus miembros dejan de obedecer pequeñas órdenes.

El audio se llenó de una interferencia suave.

Luego una última frase:

—Veinticuatro horas, supervivientes. El siguiente no estará en una cama.

El archivo terminó.

Tomás Ledesma respiró, asistido por una máquina.

Narbona lloró en silencio.

Carmen siguió trabajando.

Y yo entendí que Juez Cero no necesitaba estar allí.

Porque durante años había enseñado a demasiada gente a hacer lo mismo:

obedecer un poco,
callar un poco,
firmar un poco,
cerrar un poco,
mirar un poco hacia otro lado.

La monstruosidad no siempre entra con una máscara.
A veces entra con una instrucción pequeña.
Y alguien, por cansancio, por miedo o por comodidad, la cumple.

Capítulo 21 — El pase

El siguiente no estaría en una cama.

La frase se quedó flotando en la UCI como una infección nueva.

Tomás Ledesma seguía respirando gracias a una máquina, a Carmen, a Paula, a dos enfermeras que habían entrado corriendo y a esa clase de milagro técnico que no parece milagro porque viene con cables, pitidos y alguien diciendo "súbeme la luz" con voz de no tener tiempo para Dios.

Silvia Narbona estaba esposada junto a la puerta del box.

Ya no parecía la directora médica impecable que nos había bloqueado el paso con protocolos y mentiras bien planchadas. Ahora tenía una lágrima seca en la mejilla, el pelo un poco suelto y la cara de alguien que acababa de descubrir que ni siquiera su soberbia había sido completamente suya.

Carmen no la miraba.

Eso era peor que insultarla.

—Paula —dijo Carmen, sin apartar los ojos del monitor de Ledesma—. Revisa accesos del box cuatro.

Paula tragó saliva.

Era muy joven para aquella noche. O quizá todos éramos demasiado viejos de golpe.

Tecleó en la tablet con los dedos temblando.

—Acceso autorizado a las dos cuarenta y nueve.

—¿Usuario? —preguntó Salvat.

Paula palideció.

—Dirección médica. Silvia Narbona.

Narbona cerró los ojos.

—No fui yo.

El móvil de Salvat, todavía sobre la mesa auxiliar, vibró.

VERDAD ACEPTADA.

Hugo, que había conseguido aparecer en la puerta de UCI en su silla de ruedas con Damián al lado, murmuró:

—El móvil psicópata empieza a parecer más fiable que medio sistema judicial. Me preocupa mi gremio.

Carmen ni se volvió.

—Hugo, una palabra más y te mando a rayos con una etiqueta que ponga "insoportable".

—Ya tengo diagnóstico.

Paula siguió bajando por el registro.

—Hay otro acceso antes. Dos cuarenta y siete. Enfermería auxiliar.

Carmen levantó la cabeza.

—¿Quién?

Paula no contestó.

No enseguida.

Y en una noche como aquella, cualquier silencio era una puerta abriéndose hacia algo horrible.

—Paula —dijo Carmen.

La chica levantó la vista.

—Mi pase.

El pasillo entero se quedó quieto.

Hasta los monitores parecieron bajar el volumen.

—¿Tu pase? —preguntó Rivas.

Paula miró la tablet.

—Mi tarjeta. Mi usuario. Entró dos minutos antes que la doctora Narbona.

—¿Entraste tú? —preguntó Salvat.

—No.

El móvil vibró.

VERDAD ACEPTADA.

Paula empezó a respirar demasiado rápido.

—No fui yo. Juro que no fui yo.

Carmen se acercó a ella.

—Mírame.

—Me van a culpar.

—Mírame, Paula.

La chica la miró.

—¿Dónde está tu pase?

Paula se tocó el bolsillo del uniforme.

Luego el cuello.

Luego el otro bolsillo.

Nada.

Se quedó blanca.

—Lo tenía.

—¿Cuándo?

—Antes. En urgencias. Cuando llegaron ellos. Lo tenía.

—Piensa.

—No puedo.

—Sí puedes.

Paula negó con la cabeza, a punto de romperse.

—Carmen, no puedo.

Carmen le cogió la cara con una mano.

No con ternura.

Con precisión.

—Niña, has limpiado quemaduras, has aguantado un apagón, has visto a media policía correr por tu planta y todavía no has insultado a nadie como se merece. Claro que puedes. Piensa.

Paula cerró los ojos.

Respiró.

—Vestuario. Me cambié de bata. Luego vino un hombre de mantenimiento. Dijo que había una incidencia con las cerraduras del ala de UCI. Que Dirección Médica había pedido revisar accesos. Me pidió que le abriera una puerta.

Narbona levantó la cabeza.

—Yo no pedí eso.

El móvil no vibró.

Porque no hacía falta.

Paula siguió:

—Le abrí. No le dejé el pase. Solo abrí la puerta. Luego… luego me llamó una paciente. Oí un golpe. Cuando volví, el hombre ya no estaba.

Carmen apretó los labios.

—Y tu pase tampoco.

Paula empezó a llorar.

—No me di cuenta.

Damián soltó aire por la nariz.

—Una cosa pequeña.

Nadie le contestó.

Porque sí.

Otra cosa pequeña.

Abrir una puerta.

Prestar un acceso.

No mirar si el pase seguía en el bolsillo.

No activar una alerta porque había mucho trabajo.

Un milímetro más en la cadena.

El móvil de Salvat vibró otra vez.

Esta vez la pantalla mostró un nombre nuevo:

PAULA ALCÁZAR — PRESTAR.

Paula se tapó la boca.

—No…

Debajo apareció otra línea:

EL SIGUIENTE NO ESTÁ EN UNA CAMA.

Y luego una imagen.

Una cámara del vestíbulo principal del hospital.

Gente.

Policías.

Periodistas.

Curiosos.

Móviles.

Siempre móviles.

Entre la multitud, una mujer de unos cuarenta y tantos años, empapada, con un abrigo camel y una carpeta azul pegada al pecho, intentaba hablar con un agente.

Irene se inclinó hacia la pantalla.

—La conozco.

Salvat la miró.

—¿Quién es?

—Marta Rey.

El nombre ya estaba en la lista.

MARTA REY — INFORME DE INSPECCIÓN RETIRADO.

En la imagen, un hombre con chaleco de seguridad se acercó a Marta. Le habló al oído. Ella dudó. Él señaló hacia un pasillo lateral.

Marta le siguió.

Paula soltó un gemido.

—Ese es.

Todos la miramos.

—Ese es el hombre que me pidió abrir la puerta.

La cámara amplió la imagen.

El hombre llevaba una tarjeta colgada del cuello.

Una tarjeta de enfermería.

El pase de Paula.

El móvil mostró una cuenta atrás.

06:00

05:59

Y una frase:

EL TESTIGO HA VENIDO A HABLAR. COMPROBAD SI ESTA VEZ ALGUIEN LA ESCUCHA.

Salvat ya estaba en movimiento.

—Puerta sur.

Paula miró la pantalla.

—¿Puerta sur?

—Carga y suministros —dijo Carmen—. Pasillo de servicio. Si la lleva allí, la saca del circuito de cámaras principales.

Damián intentó levantarse de su silla.

Carmen ni se giró.

—Tú no.

—Ni he hablado.

—Tu silla ha pensado en voz alta.

Hugo, en su propia silla, levantó la mano.

—Yo tampoco voy, pero me gustaría que conste mi valor teórico.

—Consta tu fractura —dijo Carmen—. Con eso vamos servidos.

Fueron Salvat, Rivas, dos agentes, Paula, Irene, Samuel y yo.

No debería haber ido.

Lo sabía.

Me lo dijeron mis pies en cuanto di el primer paso.

Me lo dijeron mis manos cuando intenté apoyarme en la pared.

Me lo dijo Carmen con una mirada que podría haber firmado un alta forzosa al infierno.

—Nadia.

—Si no voy, voy a imaginarlo.

—Pues imagínalo sentada.

—No sé hacer eso.

Carmen me miró como si estuviera a punto de adoptarme para poder castigarme mejor.

—Vuelve viva o te mato.

—Cada vez das instrucciones más confusas.

—Aprendo de vosotros.

El pasillo hacia la puerta sur era una arteria de hospital que nadie enseña en los folletos: carros de sábanas, puertas grises, olor a lejía, cajas de suero, montones de bolsas, señales de evacuación y un suelo demasiado brillante para una noche tan sucia.

Paula caminaba delante con la tablet.

Le temblaba todo.

Irene iba a su lado.

—No leas los comentarios —le dijo.

Paula la miró.

—¿Qué comentarios?

—Perdón. Deformación reciente.

Samuel caminaba detrás de mí. Las muñecas le sangraban otra vez a través de las vendas.

—Vas mal —dije.

—Tú también.

—Yo tengo permiso moral para ignorarlo.

—¿Quién te lo ha dado?

—Nadie. Como todos los permisos importantes.

No contestó.

Bien.

La pantalla de la tablet mostraba la cuenta atrás.

04:47

La cámara del pasillo lateral encontró a Marta otra vez.

El hombre con chaleco la llevaba por una zona de carga. Ella apretaba la carpeta contra el pecho y hablaba rápido. No se oía,

pero se veía que estaba nerviosa.

El hombre abrió una puerta metálica con el pase de Paula.

La empujó dentro.

Marta entró.

Él miró hacia la cámara.

No llevaba mascarilla.

No llevaba capucha.

Era un hombre normal. Eso ya ni sorprendía. La maldad de aquella noche siempre parecía más cómoda cuando se ponía cara de trámite.

La puerta se cerró.

El móvil de Salvat vibró.

PUERTA SUR. MUELLE DE CARGA.

04:12

Rivas aceleró.

—Por aquí.

Giramos a la derecha.

El humo del incendio en archivo ya casi no llegaba hasta allí, pero el aire seguía cargado. Había luces de emergencia, puertas abiertas, personal moviéndose con prisa y esa tensión hospitalaria que no grita, pero corre.

Paula se detuvo ante una bifurcación.

—A la izquierda se llega antes.

—¿Seguro? —preguntó Salvat.

—Sí.

El móvil vibró en la mano de él.

MENTIRA DETECTADA.

Paula se quedó helada.

—¿Qué?

El mensaje volvió a aparecer.

MENTIRA DETECTADA.

La chica retrocedió.

—No estoy mintiendo.

Irene la sujetó del brazo.

—Quizá no mientes tú. Quizá la ruta sí.

Samuel miró el pasillo izquierdo.

—Cámara apagada.

Salvat enfocó con la linterna. Al fondo, una luz verde parpadeaba sobre una puerta.

—¿Qué hay por ahí?

Paula tragó saliva.

—Lavandería. Conducto de servicio. Baja al muelle.

—¿Y a la derecha?

—Más largo. Pasillo de residuos, almacén y luego muelle.

El móvil mostró:

03:39

Damián no estaba, pero escuché su voz en mi cabeza diciendo algo delicado como "pues a correr, cojones".

—Derecha —dije.

Salvat me miró.

—Perdemos tiempo.

—La izquierda quiere que vayamos por ahí.

Samuel asintió.

—Entonces derecha.

Rivas no discutió.

Fuimos por la derecha.

El pasillo era más estrecho. Había carros de basura sanitaria cerrados, armarios metálicos, un suelo algo mojado y olor a desinfectante mezclado con cartón húmedo. Mis pies resbalaban dentro de los vendajes. Cada paso me abría una estrella de dolor.

Irene lo notó.

—Apóyate en mí.

—No.

—Nadia.

—Si me apoyo, me acostumbro.

—Eso es una estupidez.

—Sí.

—Vale, mientras lo sepas.

Seguimos.

02:58

Una puerta se cerró delante de nosotros.

Rivas llegó primero y tiró de la manilla.

Nada.

—Bloqueada.

Paula pasó su tarjeta secundaria por el lector.

Luz roja.

—No tengo acceso.

El móvil vibró.

PAULA ALCÁZAR YA HA PRESTADO TODO LO QUE TENÍA.

Paula empezó a llorar.

—Lo siento.

Salvat golpeó la puerta con el hombro.

Nada.

Samuel miró alrededor.

—Almacén.

Señaló una puerta lateral.

—Debe comunicar con el otro tramo.

Paula negó con la cabeza.

—Es almacén seco. No tiene salida.

El móvil no vibró.

—Esta vez dice la verdad —murmuró Hugo desde alguna parte de mi memoria.

No sé por qué pensé en él.

Quizá porque el sarcasmo, llegado cierto punto, se vuelve un órgano de supervivencia.

Rivas abrió el almacén con una llave maestra.

Dentro había estanterías, cajas, paquetes de guantes, batas, rollos de papel, productos de limpieza cerrados. Sin salida visible.

Salvat maldijo.

02:21

En la tablet, Marta aparecía ahora dentro del muelle de carga.

Estaba sola.

La habían dejado encerrada detrás de una persiana metálica a medio bajar. Del otro lado, en el patio de carga, se veía al hombre del chaleco colocando algo junto al panel de apertura.

No una bomba.

Una cámara.

Otra maldita cámara.

Marta golpeaba la persiana desde dentro.

La carpeta azul seguía contra su pecho.

La pantalla escribió:

EL INFORME PESA MENOS QUE ELLA.

Irene cerró los ojos.

—Otra vez.

—No —dije—. Esta vez ya sabemos.

Samuel miraba el almacén.

—La pared.

—¿Qué pared? —preguntó Rivas.

—Esa.

Se acercó al fondo. Había una placa metálica grande, atornillada, con una rejilla de ventilación baja.

Paula negó.

—Eso da al cuarto de carga, pero no es paso.

Rivas golpeó la placa.

Sonó hueco.

—No podemos abrirla a tiempo.

Salvat miró la cuenta.

01:47

—Volvemos y forzamos la puerta.

—No llegamos —dijo Samuel.

Irene miró los estantes.

—Necesitamos algo para abrir la placa.

Rivas ya estaba buscando.

Yo también, aunque mis manos no servían de mucho. El cuerpo, sin embargo, tiene una estupidez hermosa: incluso cuando no puede, busca.

Encontramos una barra metálica de una estantería rota.

Rivas la encajó en el borde de la placa.

—Todos atrás.

Forzó.

Nada.

Volvió a intentarlo.

La placa cedió un centímetro.

Salvat le ayudó.

Samuel también, aunque al agarrar la barra sus vendas se tiñeron de rojo.

—Suéltala —le dije.

—No.

—Samuel.

—No.

Vale.

Qué asco daba entenderle.

La placa se abrió con un chillido que me atravesó los dientes.

Detrás había un hueco bajo, sucio, lleno de polvo y cables.

No era un paso.

Pero cabía una persona.

Una persona pequeña.

Todos miraron a Paula.

Paula entendió.

Se quedó blanca.

—No.

Nadie dijo nada.

Eso lo hizo peor.

—No puedo.

La tablet mostró a Marta golpeando la persiana.

01:12

Paula miró el hueco.

Luego su pase en el cuello del hombre de seguridad, visible en la cámara.

Luego sus propias manos.

—Lo abrí yo —susurró.

Irene se acercó.

—No tienes que compensar toda la culpa de golpe.

—No es eso.

Paula tragó saliva.

—Es que quepo.

No hubo frase heroica.

Solo eso.

Quepo.

A veces la épica tiene el tamaño exacto de un conducto lleno de polvo.

Paula se metió.

Rivas quiso darle una linterna, pero ella negó.

—No cabe bien.

—Paula —dijo Irene.

La chica la miró.

—¿Sí?

—Cuando salgas, no intentes enfrentarte a él. Abre desde dentro o grita.

—¿Y si no puedo?

Irene respiró.

—Entonces grita antes de no poder.

Paula casi sonrió.

—Eso suena horrible.

—Lo es. Pero funciona.

Se arrastró.

El hueco era estrecho, pero no como nuestro túnel. Aun así, vi cómo la oscuridad se la tragaba y sentí que el cuerpo se me llenaba de memoria. La respiración de Paula rebotaba en la chapa.

Codo.

Rodilla.

Polvo.

Metal.

No.

No estaba allí.

No era mi túnel.

Era el suyo.

00:49

En la tablet, la persiana metálica empezó a bajar.

Marta gritaba sin sonido.

El hombre del chaleco ya no estaba.

—¡Paula! —gritó Rivas hacia el hueco.

—¡Estoy! —respondió ella, lejana.

La placa del almacén vibró.

Samuel se agachó junto al hueco.

—Sigue recto. Luego derecha.

—¡No veo nada!

—Toca el cable grueso con la mano izquierda. Síguelo.

—¡Esto es asqueroso!

—Me alegra que aún tengas criterio —dijo Irene.

00:31

La cámara mostró a Marta de rodillas, intentando levantar la persiana. No podía. La carpeta azul cayó al suelo. El agua del patio de carga empezó a entrar bajo la puerta, empapando los bordes.

—El informe —dijo Irene.

—Primero ella —contesté.

Irene asintió.

Sin dudar.

Bien.

00:22

Oímos un golpe al otro lado del almacén.

Luego la voz de Paula, más cerca:

—¡Estoy aquí!

Rivas y Salvat salieron del almacén y corrieron hacia la puerta bloqueada.

Del otro lado, algo chasqueó.

Luz verde.

La puerta se abrió.

Corrimos.

El muelle de carga era una sala amplia, con suelo de cemento, olor a lluvia y gasóleo, cortinas plásticas y una persiana metálica bajando hacia el suelo. Marta estaba atrapada al otro lado, en el pequeño espacio entre persiana y salida al patio.

Paula estaba junto al panel interior, cubierta de polvo, con la cara manchada y los ojos enormes.

—¡No sube! —gritó.

Salvat llegó al panel.

—Está bloqueada.

Marta golpeó desde el otro lado.

—¡Ayuda!

La persiana seguía bajando.

No rápido.

Peor.

Con esa lentitud cruel de las cosas que te dan tiempo para entender cómo vas a perder.

00:12

Rivas metió las manos bajo la persiana.

—¡Tirad!

Salvat también.

Samuel se lanzó.

Irene.

Paula.

Yo intenté agarrar, pero mis manos no cerraron. El dolor fue blanco. Inútil.

Me aparté medio paso, odiándome.

Entonces vi el botón de seguridad lateral.

No estaba en el panel.

Estaba en la pared, protegido por una tapa transparente.

No era abrir.

Era detener.

Levanté la tapa con los nudillos.

El botón estaba duro.

Lo golpeé con el codo.

Una vez.

Nada.

Otra.

El dolor me subió al hombro lesionado y me dejó sin aire.

—¡Nadia! —gritó Irene.

Tercera vez.

El botón cedió.

La persiana se detuvo.

A veinte centímetros del suelo.

Marta estaba atrapada, pero viva.

Rivas se tiró al suelo.

—¡Señora Rey, escúcheme! Tiene que pasar por debajo.

—¡La carpeta!

—¡Usted primero!

Marta miró la carpeta azul, ya empapándose en el cemento.

—¡No! ¡El informe!

Irene se agachó junto a la abertura.

—Marta, míreme.

La mujer la miró.

—Soy Irene Barroso.

Marta abrió los ojos.

La conocía.

Claro que la conocía.

—¿Usted?

—Sí. Y voy a decirle algo que debería haber aprendido antes: ningún papel vale más que una persona. Pase.

Marta dudó.

Solo un segundo.

Luego se tiró al suelo y empezó a reptar bajo la persiana.

Rivas tiró de sus brazos.

Salvat de la chaqueta.

La persiana tembló.

El sistema intentó bajar de nuevo.

Yo mantuve el codo contra el botón.

El hombro me gritó.

No le hice caso.

Marta salió.

Cayó sobre el cemento, tosiendo, empapada, con la cara llena de lágrimas y polvo.

La carpeta seguía al otro lado.

La persiana vibró.

El botón empezaba a fallar.

—Déjala —dijo Salvat.

Irene miró la carpeta.

Luego a Marta.

Marta negó con la cabeza.

—Ahí está todo.

—Marta…

—No el informe público. El verdadero.

Samuel se tumbó en el suelo.

—Dame el cinturón.

Rivas no preguntó. Se lo quitó y se lo dio.

Samuel enganchó la hebilla en la carpeta, estirándose bajo la persiana todo lo que pudo. Sus muñecas sangraban. El metal le rozó los brazos.

—Samuel —dije.

—Ya lo sé.

—No he dicho nada.

—Tu cara sí.

Maldito Hugo.

El cinturón alcanzó la carpeta.

Samuel tiró.

La carpeta se deslizó por el cemento mojado.

Un centímetro.

Dos.

El botón cedió bajo mi codo.

La persiana bajó otro poco.

—¡Samuel!

Él tiró más fuerte.

La carpeta pasó justo antes de que la persiana golpeara el suelo.

El sonido fue seco.

Final.

Samuel se quedó boca abajo, respirando con la cara contra el cemento.

La carpeta azul estaba entre sus manos.

Marta Rey lloraba.

Paula también.

Irene se sentó en el suelo de golpe.

Yo me quedé de pie porque, si me sentaba, no sabía si volvería a levantarme.

El móvil de Salvat vibró.

Todos miramos.

PRUEBA 13 COMPLETADA.

Debajo:

RESULTADO: UN TESTIGO VIVO. UN INFORME RESCATADO. UNA PUERTA ABIERTA POR QUIEN LA HABÍA PRESTADO.

Paula se tapó la cara.

—No quiero que me felicite esa cosa.

—Entonces no lo leas —dijo Irene.

—Ya lo he leído.

—Pues llega tarde, como todos.

Paula soltó una risa llorosa.

Marta Rey levantó la cabeza.

—No tenéis tiempo.

Salvat se agachó frente a ella.

—¿Qué contiene el informe?

Marta miró la carpeta azul.

Después a nosotros.

—La inspección real de La Casa Azul.

—¿Salidas bloqueadas? —preguntó Rivas.

—Sí. Instalación eléctrica ilegal. Aforo manipulado. Licencias falsas.

—Eso ya lo sospechábamos —dijo Salvat.

Marta negó con la cabeza.

—No es eso.

Irene se inclinó.

—¿Entonces?

Marta tragó saliva.

La persiana cerrada seguía a su espalda.

Del otro lado, el agua golpeaba el metal como dedos pequeños.

—La Casa Azul no ardió para ocultar una negligencia —dijo.

El muelle de carga se quedó en silencio.

Marta apretó la carpeta contra el pecho.

—Ardió para cerrar el sótano.

Nadie habló.

Ni siquiera Samuel.

Yo sentí que la frase me bajaba por la espalda, fría, lenta, peor que el agua de la cisterna.

—¿Qué sótano? —preguntó Salvat.

Marta nos miró con los ojos llenos de un miedo antiguo.

—El que no aparecía en los planos. El que Clara descubrió antes del incendio.

La voz se le rompió.
—Y donde aquella noche todavía había gente.

Capítulo 22 — El sótano

—Y donde aquella noche todavía había gente.

Marta Rey lo dijo con la carpeta azul pegada al pecho, sentada en el suelo del muelle de carga, empapada de lluvia y con los labios temblando.

Durante un segundo nadie se movió.

No porque no entendiéramos.

Porque entendíamos demasiado.

El agua golpeaba la persiana metálica por fuera. Una gotera caía desde el techo del muelle. Ploc. Ploc. Ploc. Ese sonido ya me estaba empezando a parecer una firma.

Salvat fue el primero en reaccionar.

—¿Qué gente?

Marta tragó saliva.

—No lo sé.

Rivas se agachó delante de ella.

—Marta, míreme. ¿Qué gente?

—No lo sé —repitió ella, esta vez con rabia—. Si lo supiera, no llevaría tres años escondiendo una carpeta como si fuera una bomba.

Irene se sentó a su lado en el suelo, sin importarle el cemento mojado.

—Díganos lo que sí sabe.

Marta la miró.

Y ahí pasó algo raro.

No bonito.

Raro.

La mujer que había retirado un informe y la periodista que había enterrado una verdad se reconocieron. No como aliadas. Como dos personas que habían estado en habitaciones distintas del mismo edificio en llamas.

Marta abrió la carpeta.

Las hojas estaban húmedas, pero enteras. Había planos, fotografías, anotaciones a mano, copias de formularios, sellos, firmas, tachaduras. Un mundo de papel intentando demostrar que el horror también sabía rellenar casillas.

Marta sacó un plano.

—Esta era la distribución declarada de La Casa Azul. Barra principal, zona de baile, almacén, cocina, baños y salidas laterales.

Señaló con un dedo tembloroso.

—Y esta era la distribución real.

Puso encima otro plano, hecho a mano, con líneas rojas.

El sótano aparecía debajo de la zona de almacén.

No era grande.

O quizá sí.

En el papel parecía una caja escondida bajo otra caja. Una sala rectangular, un pasillo estrecho, dos habitaciones pequeñas y un acceso trasero que no conectaba con la calle, sino con un edificio contiguo.

Irene se inclinó.

—Eso no está en el registro.

—No —dijo Marta—. Porque si aparecía, el local no podía abrir. No cumplía ventilación, evacuación ni aforo. Además…

Se calló.

Rivas terminó por ella:

—Además, no era para clientes normales.

Marta cerró los ojos.

—No.

Paula, cubierta de polvo hasta el pelo, se abrazó a sí misma.

—¿Qué había ahí abajo?

Marta miró hacia la persiana cerrada, como si temiera que algo del sótano pudiera oírla a través de tres años, una ciudad y demasiadas puertas.

—Habitaciones privadas.

Hugo no estaba allí para hacer un comentario.

Lo agradecí.

Porque no habría tenido gracia.

Nada en aquella frase la tenía.

Samuel se apoyó contra la pared del muelle. Estaba blanco, con las vendas rojas en las muñecas.

—Clara lo descubrió.

Marta asintió.

—Sí.

—¿Cómo?

—Por Vera.

La palabra nos golpeó a todos.

Vera.

Otra vez.

Salvat miró a Rivas.

—Hay que volver a la Sala 3.

—No —dijo Marta—. Hay que escuchar esto ahora.

Salvat la miró con dureza.

—Si hay restos, pruebas o supervivientes vinculados a ese sótano, tengo que movilizar unidades.

Marta soltó una risa rota.

—¿Supervivientes? Inspector, han pasado tres años.

La frase cayó mal.

Muy mal.

Pero no era crueldad.

Era lógica.

La lógica también podía ser una hija de puta.

—No hablo solo de aquella noche —dijo Salvat—. Si la red siguió funcionando…

Marta palideció.

No lo había pensado.

O sí, pero había intentado dejarlo fuera de la cabeza porque algunas ideas necesitan una puerta cerrada para que una siga respirando.

Entonces el móvil de Salvat vibró.

Todos nos quedamos quietos.

Lo sacó despacio.

La pantalla mostró un mensaje.

EL SÓTANO NO ARDIÓ DEL TODO.

Debajo:

PRUEBA 14: BAJAR.

Nadie habló.

El mensaje cambió.

Apareció una imagen.

No del hospital.

No de la comisaría.

Del interior de una habitación oscura, grabada con una cámara fija.

Hormigón.

Una bombilla desnuda.

Una pared manchada.

Y una puerta metálica cerrada desde fuera.

En el suelo había una manta.

Sobre la manta, alguien respiraba.

No se veía la cara.

Solo una mano.

Una mano pequeña, sucia, con las uñas rotas.

Paula se llevó las dos manos a la boca.

—No.

El vídeo se acercó un poco.

La mano se movió.

Estaba viva.

La pantalla mostró otra frase:

EL SIGUIENTE NO ESTABA EN UNA CAMA.

Y luego una ubicación.

No una dirección.

Un nombre.

LA CASA AZUL. SÓTANO 2.

Marta dejó caer la carpeta.

—No puede ser.

Salvat ya estaba hablando por radio.

—Todas las unidades disponibles a antigua ubicación de La Casa Azul. Posible víctima retenida. Repito, posible víctima viva. Necesito bomberos, sanitaria y grupo de entrada.

Rivas le agarró el brazo.

—Inspector, puede ser una grabación antigua.

Salvat lo miró.

—¿Y si no?

No hacía falta responder.

Esa era la trampa.

Siempre.

¿Y si no?

Damián habría salido corriendo aunque le faltaran las piernas.

Hugo habría dicho algo para no pensar.

Carmen habría insultado a todos mientras cogía una bolsa médica.

Yo solo miraba la mano de la pantalla.

Respiraba.

Una mano puede respirar.

No debería, pero puede.

Cuando el cuerpo entero está fuera de plano, una mano que tiembla, que se abre y se cierra, que busca el suelo como si pidiera permiso para seguir viva, respira por la persona entera.

—Voy —dijo Samuel.

Todos le miramos.

—No —dije.

Él me sostuvo la mirada.

—Clara bajó por Vera.

—Y murió.

—Precisamente.

—No uses eso para suicidarte con poesía barata.

No sé de dónde salió la frase.

Quizá de Hugo.

Quizá de la rabia.

Samuel apretó la mandíbula.

—No es poesía.

—No. Es culpa con zapatos.

Rivas se interpuso.

—Nadie civil va a ningún sitio.

Marta levantó la cabeza.

—Yo sí.

—Tampoco.

—Yo sé dónde está el acceso.

Salvat se volvió hacia ella.

—¿El plano no basta?

Marta negó.

—El acceso original se tapiaba desde dentro. Había otro. Uno de inspección, por el edificio contiguo. Lo descubrí después. No figura en ningún plano.

—¿Dónde?

Marta dudó.

El móvil vibró.

MENTIRA POR OMISIÓN DETECTADA.

Marta cerró los ojos.

—Joder…

Irene la miró.

—Marta.

—El edificio contiguo era una lavandería. Ahora está abandonado. La entrada al sótano está bajo una trampilla de carga. Pero hay un sistema de cierre hidráulico. Si no se abre bien, se bloquea.

—¿Por qué no lo dijo antes? —preguntó Rivas.

Marta rio sin alegría.

—Porque cuando sabes que hay un agujero en el suelo por el que se puede bajar al peor día de tu vida, no lo llevas precisamente en la punta de la lengua.

El móvil volvió a mostrar la mano.

La mano arañó la manta.

Despacio.

Muy despacio.

Y entonces apareció sonido.

Una respiración.

Débil.

Joven.

Viva.

—No podemos esperar —dijo Paula.

Salvat la miró.

—Usted se queda aquí.

—No.

Paula parecía otra. Tenía polvo en las pestañas, la bata rota por el conducto y lágrimas secas en la cara. Pero ya no parecía la chica que había perdido un pase. Parecía alguien que acababa de descubrir que caber en un hueco también podía convertirse en una responsabilidad.

—Si hay alguien vivo ahí abajo, necesitan personal sanitario.

—Mandaremos una ambulancia.

—Una ambulancia espera fuera. Yo puedo bajar.

Carmen apareció en la entrada del muelle de carga justo en ese momento, como si su nombre hubiera tirado de ella.

—Tú no bajas a ningún sótano.

Paula se giró.

—Carmen…

—Ni Carmen ni leches. Tú ya has gateado por un hueco, has abierto una puerta y has hecho más horas extra emocionales que todo el hospital junto. Te quedas.

—Pero…

—Me quedo yo.

Silencio.

Carmen entró en el muelle con una bolsa médica al hombro, el pelo más deshecho que antes y la cara de quien había decidido algo sin consultárselo a su propio cuerpo.

—No —dije.

Ella me miró.

—Tú sí que no tienes derecho a decirme no.

—Carmen.

—Hay una persona viva en un sótano. Si llega un equipo que no conoce el acceso, pierde tiempo. Si esperan a que llegue otro sanitario, pierden tiempo. Si bajo yo, igual perdemos menos.

—Estás cansada.

—Llevo treinta y siete años cansada. Eso no es diagnóstico, es currículum.

Hugo debería haber estado allí.

Habría pedido matrimonio otra vez.

Salvat asintió.

—Carmen viene. Marta guía hasta el acceso. Rivas, conmigo. Equipo armado. Nadie más.

Samuel dio un paso.

—Inspector.

—No.

—Yo sé lo que busca Juez Cero.

—Ahora mismo busca que gente rota corra hacia otra trampa.

Samuel se quedó callado.

Salvat lo señaló.

—Por una vez, no le vamos a dar todo lo que pide.

El móvil vibró.

EL QUE NO BAJA TAMBIÉN ELIGE.

Damián habría roto algo.

Yo casi lo hice.

Salvat miró la pantalla.

—Sí. Elegimos que vaya gente que puede servir abajo y que los demás no se conviertan en carga.

El móvil no respondió.

Eso me gustó.

No mucho.

Pero algo.

Volvimos a la sala de reuniones para informar al resto antes de salir.

No sé por qué fuimos.

Quizá porque ya no soportábamos que alguien desapareciera sin que los demás supieran por qué puerta.

Cuando entramos, Hugo estaba hablando con Damián.

—Técnicamente, si yo empujo tu silla y tú empujas la mía, podríamos generar una especie de vehículo cooperativo.

—Técnicamente, te parto la otra pierna.

—La ingeniería siempre fue perseguida.

Lara estaba junto a Marcos. Raquel e Irene revisaban la transmisión pública, ya sin emitir imágenes nuestras. Vera y Mercedes estaban sentadas juntas. Vera levantó la cabeza en cuanto vio a Marta.

—¿Qué ha pasado?

Nadie contestó enseguida.

Mercedes se puso de pie.

—Decidlo.

Salvat explicó.

Lo hizo rápido.

Sin adornos.

La Casa Azul.

El sótano.

La mano.

La posible víctima.

Carmen.

Marta.

Salida inmediata.

Vera se quedó sin color.

—No.

Samuel cerró los ojos.

Damián golpeó el reposabrazos de la silla.

—Voy.

—No vas —dijo Carmen.

—No era pregunta.

—La respuesta tampoco.

—Carmen…

Ella se inclinó hacia él.

—Damián, si bajas a ese sótano, alguien tendrá que cargar contigo antes de cargar con quien haya allí. Y entonces volvemos a la misma mierda: hacer que una persona viva pague por tu necesidad de compensar.

Damián abrió la boca.

La cerró.

La frase lo dejó clavado.

Porque era verdad.

Lara miró a Marcos.

Marcos bajó la vista.

Nadie quería ser carga.

Pero algunos ya lo habían sido.

Y otros no sabían cómo dejar de intentar pagar con el cuerpo lo que habían hecho con el miedo.

Vera se levantó.

Las esposas sonaron.

—Yo sé quién puede ser.

Mercedes la agarró.

—Vera.

—Tía, si hay alguien ahí abajo…

—Dilo desde aquí.

Vera respiró con dificultad.

—Había una chica en el sótano la noche del incendio. No una de las nuestras. No una cliente. Una chica que trabajaba allí obligada a limpiar, servir, abrir puertas. Se llamaba Nuria. O eso dijo Clara.

Marta la miró.

—Ese nombre no estaba en el informe.

—Porque nadie la contó —dijo Vera—. No tenía contrato. No tenía papeles. No existía para el local.

Raquel susurró:

—Como si eso significara que podía desaparecer.

Nadie respondió.

Vera siguió:

—Clara volvió por ella.

Samuel se dobló un poco, como si le hubieran golpeado en el estómago.

—No lo sabías —le dijo Vera.

Él negó con la cabeza.

—No.

—Yo tampoco lo dije. No lo recordaba bien. O no quería. Mezclé humo, golpes, cristales, gritos. Me dijeron durante años que lo que recordaba no era fiable.

Miró a Marta.

—Pero Clara decía ese nombre. Nuria.

El móvil de Salvat vibró.

En la pantalla apareció una sola palabra.

VERDAD ACEPTADA.

Vera empezó a llorar.

No fuerte.

No como antes.

Lloró como quien confirma que un fantasma tenía nombre.

Carmen se acercó a ella.

—¿Algo más? Cualquier cosa.

Vera cerró los ojos.

—Canciones.

—¿Qué?

—La chica cantaba. Clara dijo que cantaba cuando tenía miedo. Una canción infantil. No sé cuál.

Carmen asintió.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí. Si oigo cantar a alguien en un sótano, intentaré no decirle que afina mal.

Vera soltó una risa rota que se convirtió en llanto.

Mercedes la abrazó.

Salvat, Rivas, Carmen y Marta salieron.

Y esta vez nadie fue detrás.

Ese fue el verdadero esfuerzo.

No correr.

No convertirnos en héroes tardíos.

No bajar al sótano para sentirnos menos culpables.

Quedarnos arriba y hacer lo que sí podíamos.

Irene tomó el mando.

—Raquel, necesitamos cortar la difusión de la ubicación. Si la gente va a La Casa Azul, entorpece la entrada.

Raquel asintió.

—Ya.

—Sin espectáculo.

—Lo sé.

Hugo levantó la mano.

—Yo puedo redactar un mensaje breve. Me quedan dedos y soberbia.

Irene lo miró.

—Hazlo.

Hugo parpadeó.

—¿En serio?

—No me hagas arrepentirme.

—Eso es casi confianza.

—Es urgencia.

—Me vale.

Entre Hugo, Irene y Raquel prepararon un mensaje para redes, para periodistas, para cualquiera que estuviera mirando:

No acudáis a La Casa Azul. Hay una posible víctima viva. Si bloqueáis el acceso, podéis matarla. Compartid solo esta instrucción: dejad pasar a emergencias.

Raquel lo leyó en voz alta.

—Bien.

Hugo sonrió.

—Lo has dicho.

—No a ti. Al texto.

—Me conformo.

Damián estaba callado.

Eso me preocupó.

Me acerqué a él.

—¿Estás bien?

Me miró.

—No.

—Vale.

—Quiero bajar.

—Lo sé.

—Me siento inútil.

—También lo sé.

—No me digas que estar quieto ayuda.

—Estar quieto ayuda.

Me miró con odio.

—Te dije que no lo dijeras.

—No trabajo para ti.

Damián bajó la mirada a sus manos vendadas.

—Cerré una puerta.

—Sí.

—Abrí otra.

—Sí.

—Y ahora hay una abajo que no puedo abrir.

No supe qué decir.

A veces no había frase.

A veces solo podías sentarte junto a alguien y dejar que la puerta existiera.

Me senté.

Dolió.

Todo dolía.

Damián no me miró, pero dejó de apretar los puños.

En una pantalla limpia, conectada por Salvat con audio oficial, empezamos a ver la intervención.

La antigua Casa Azul apareció bajo la lluvia.

No era azul.

Supongo que nunca lo había sido de verdad.

Era un edificio bajo, oscuro, con la fachada quemada todavía marcada por el incendio de tres años atrás. Un esqueleto de local clausurado, rodeado por cintas policiales nuevas, focos, coches, bomberos y un equipo de entrada con cascos.

La lavandería contigua estaba peor. Persiana oxidada, ladrillos sueltos, puerta lateral forzada.

Marta guiaba a Salvat y Rivas.

Carmen iba detrás con la bolsa médica.

—Ahí —dijo Marta por el audio—. La trampilla está bajo esa plataforma.

Los bomberos retiraron planchas, cajas viejas, restos de maquinaria.

Apareció una trampilla metálica en el suelo.

Grande.

Negra.

Con un cierre hidráulico oxidado.

Damián dejó de respirar a mi lado.

La cámara del equipo enfocó la trampilla.

Sobre ella había una frase escrita recientemente, con pintura blanca:

ALGUNAS PUERTAS NO SE CIERRAN. SE ENTIERRAN.

Hugo murmuró desde el otro lado:

—Qué asco de caligrafía moral.

Nadie le mandó callar.

Marta explicó el mecanismo.

—No tiréis de golpe. Si se bloquea, no abre. Hay que liberar primero las dos pestañas laterales.

Rivas y un bombero lo hicieron.

El metal chirrió.

La trampilla se abrió.

Debajo había oscuridad.

Y aire.

No se veía, claro.

Pero todos lo sentimos por la reacción de los que estaban allí.

Carmen se tapó la nariz.

—Madre de Dios.

Marta se apartó, pálida.

—Ese olor no estaba antes.

Salvat encendió una linterna hacia abajo.

Escaleras.

Estrechas.

Húmedas.

La cámara bajó con ellos.

Damián cerró los ojos.

Yo no pude.

Escalón.

Escalón.

Escalón.

Las paredes estaban cubiertas de moho. Había cables colgando. Restos de humo antiguo. Marcas negras. Agua en el suelo. Cada paso hacía un sonido espeso.

Al fondo, una puerta.

Metálica.

Cerrada desde fuera.

Carmen dijo algo por lo bajo que no entendí.

Quizá una oración.

Quizá un insulto.

Con ella era difícil distinguir.

Rivas intentó abrir.

Nada.

Salvat iluminó el marco.

—Cerradura nueva.

Juez Cero había vuelto allí.

No era memoria.

Era presente.

El móvil de Salvat vibró. Lo llevaba conectado al audio.

BAJAR ES FÁCIL. ABRIR ES OTRA COSA.

Carmen miró la cerradura.

—Apartaos.

—Carmen —dijo Salvat—. Es metálica.

—Y yo estoy de mal humor.

Sacó de su bolsa médica unas pinzas fuertes, una tijera de trauma y algo que no debería servir para abrir cerraduras, pero en sus manos parecía tener complejo de llave universal.

Hugo, mirando la pantalla, susurró:

—Dios, qué mujer.

Carmen trabajó junto con un bombero. No fue rápido. No fue limpio. La cerradura se resistió. El tiempo, aunque no hubiera cuenta atrás visible, empezó a respirar en la nuca de todos.

Entonces lo oímos.

Muy bajo.

Al otro lado de la puerta.

Una canción.

No se entendía la letra.

Solo una melodía infantil, rota, casi sin voz.

Vera se puso de pie de golpe.

—Es ella.

Mercedes la sujetó.

Samuel se tapó la cara con las manos vendadas.

Carmen se quedó inmóvil un segundo.

Luego golpeó la puerta con el puño.

—¡Nuria! ¿Me oyes? Soy Carmen. Soy enfermera. Vamos a sacarte.

La canción se cortó.

Silencio.

Luego una voz.

Tan débil que casi no era voz.

—Clara…

La sala entera se rompió.

No de forma visible.

Pero se rompió.

Carmen cerró los ojos.

Solo un segundo.

—No, cariño. Clara no. Pero venimos por ella.

El bombero metió una herramienta en la cerradura.

Rivas empujó.

Salvat también.

Carmen gritó:

—¡Ahora!

La puerta se abrió.

La cámara mostró primero la manta.

Luego la mano.

Luego el cuerpo.

Una mujer joven, aunque costaba saber cuánto. Muy delgada. Pelo oscuro, sucio, pegado a la cara. Ojos enormes. Piel marcada por cicatrices viejas y heridas recientes. Estaba viva, pero parecía una vida sostenida con hilo.

Carmen entró de rodillas.

—Nuria. Mírame. Soy Carmen. Estás a salvo.

Nuria miró hacia la cámara.

No a Carmen.

A la luz.

—Clara volvió —susurró.

Carmen le tocó la cara con una delicadeza que no le había visto hasta entonces.

—Lo sé.

—Le dije que no bajara.

Carmen tragó saliva.

—Lo sé.

—Bajó igual.

En la sala, Vera lloraba contra Mercedes.

Samuel también lloraba, pero solo.

Nuria cerró los ojos.

—¿Salió?

Nadie en el sótano respondió.

Nadie en la sala tampoco.

Carmen le acarició el pelo.

Y mintió solo lo justo para no matarla en ese segundo.

—Ahora sal tú.

La sacaron en camilla.

No hubo música.

No hubo frase.

No hubo pantalla.

Solo trabajo.

Manos.

Linternas.

Cintas.

Oxígeno.

Una manta térmica.

Una persona viva saliendo de un lugar donde todos habían decidido, de una forma u otra, que ya no quedaba nadie.

Cuando la camilla de Nuria cruzó la trampilla hacia la lluvia, el móvil de Salvat vibró por última vez en la transmisión.

PRUEBA 14 COMPLETADA.

Debajo:

RESULTADO: UNA PUERTA ENTERRADA ABIERTA. UNA TESTIGO VIVA. UNA MENTIRA DE TRES AÑOS RESPIRANDO.

Damián se tapó la cara con las manos.

Hugo no dijo nada.

Raquel lloraba sin ruido.

Irene escribía algo, pero las manos le temblaban.

Lara miraba a Marcos.

Marcos miraba al suelo.

Vera se abrazaba a Mercedes.

Samuel miraba la pantalla como si Clara pudiera aparecer detrás de Nuria, subiendo la escalera también, con humo en el pelo y esa obstinación absurda de quien vuelve por otra persona aunque todos los demás ya hayan salido corriendo.

La cámara enfocó la entrada del sótano.

Vacía.

Negra.

Abierta.

Y por primera vez desde que desperté con una etiqueta al cuello, una puerta abierta no pareció una trampa.

Pareció una deuda empezando a pagarse.

Capítulo 23 — La ambulancia

Nuria salió del sótano sin saber que estaba saliendo.

Eso fue lo primero que pensé al verla en la pantalla.

La sacaron envuelta en una manta térmica, con oxígeno, una vía en el brazo y los ojos abiertos hacia la lluvia como si la lluvia fuese otra habitación que todavía tenía que aprender a temer. No miraba a los bomberos. No miraba a Salvat. No miraba a Rivas. No miraba a Carmen.

Miraba arriba.

Al cielo.

Como si no acabara de creérselo.

Como si después de tres años bajo una mentira, el cielo también pudiera ser una trampa.

Carmen caminaba junto a la camilla, sujetándole una mano.

—No cierres los ojos, cariño. Mírame a mí.

Nuria movió apenas la cabeza.

—Clara…

—Luego hablamos de Clara.

—Volvió.

—Sí.

—Le dije que no bajara.

—Ya lo sé.

—No tenía que bajar.

Carmen apretó la mano de Nuria con una delicadeza extraña en ella.

—Hay gente que baja aunque no tenga que hacerlo.

Damián, a mi lado, bajó la cabeza.

No dijo nada.

Hugo tampoco.

Eso ya empezaba a preocuparme. Si Hugo callaba demasiado, una parte del mundo parecía quedarse sin barandilla.

En la pantalla, los sanitarios subieron a Nuria a una ambulancia. Carmen entró con ella sin preguntar a nadie. Salvat intentó decir

algo y Carmen le levantó un dedo.

—Si esta chica se mueve, me muevo yo. Si alguien tiene problema, que lo ponga por escrito y se lo coma.

Salvat no discutió.

Aprendía rápido.

La transmisión oficial seguía abierta en una pantalla del hospital, controlada por el técnico y vigilada por dos policías. Ya no venía del móvil de Juez Cero, o eso decían. Venía de cámaras policiales, radios, dispositivos de intervención.

Habíamos aprendido a desconfiar incluso de las cámaras buenas.

Raquel estaba sentada frente a un portátil, con Irene a su lado. Las dos seguían publicando mensajes para mantener despejadas las zonas críticas. No había espectáculo. No había vídeos de Nuria. Solo instrucciones.

No acudáis al hospital.

No acudáis a La Casa Azul.

Dejad paso a emergencias.

Una persona viva necesita llegar.

Era absurdo que hubiera que pedir eso.

Era necesario.

El mundo era así de idiota.

Hugo leyó uno de los mensajes desde su silla.

—"Una persona viva necesita llegar." Está bien.

Raquel le miró.

—No hagas chistes.

—No iba a hacerlo.

—Eso me inquieta más.

—A mí también.

Damián seguía mirando la pantalla. Tenía los ojos fijos en la ambulancia.

—¿Cuánto tardan?

Paula, que había vuelto cubierta de polvo y con una venda nueva en el antebrazo, miró el mapa de ruta.

—Doce minutos.

Damián soltó una risa seca.

—En esta noche, doce minutos son una biografía.

El móvil de Salvat vibró en la pantalla de la intervención.

Todos nos tensamos.

Salvat lo miró desde la puerta de la ambulancia.

Su voz llegó por audio:

—Mensaje nuevo.

Nadie respiró.

La pantalla mostró el texto.

LA TESTIGO MÁS IMPORTANTE NO ES LA QUE SALE.

ES LA QUE LLEGA.

Debajo apareció una cuenta atrás.

12:00

11:59

Hugo cerró los ojos.

—Lo sabía. Lo sabía. La ambulancia también tenía que tener cronómetro. Esta gente no sabe terminar una escena.

Damián se puso de pie.

O lo intentó.

La silla se movió hacia atrás y Paula le puso una mano en el hombro.

—No.

—No empieces tú también.

—No puede hacer nada desde el suelo.

—Puedo intentarlo.

—Eso no es un plan, es una afición peligrosa.

Damián se volvió hacia ella, furioso.

Paula le sostuvo la mirada.

Era pequeña a su lado.

No importó.

Damián volvió a sentarse.

—Me estáis domesticando demasiado.

—No —dijo Hugo—. Te estamos usando en modo ahorro de batería.

La ambulancia arrancó.

Carmen estaba dentro, con Nuria. Salvat iba delante en un coche policial. Rivas detrás, en otro. Dos motos abrían paso. Una tercera ambulancia iba de apoyo.

Parecía suficiente.

Por supuesto, ya no creíamos en la palabra suficiente.

La cámara del salpicadero mostraba la carretera mojada. Farolas. Asfalto negro. Luces azules rebotando en los escaparates cerrados. La ciudad dormía a medias, pero no del todo. Había gente en algunas esquinas con móviles. Pocos. Demasiados.

Raquel agarró el micrófono conectado a la transmisión pública.

—No os acerquéis al recorrido. No grabéis matrículas. No bloqueéis cruces. Si queréis ayudar, apartaos.

Irene corrigió una frase en el portátil.

—Añade: "Si veis a alguien intentando seguir a la ambulancia, avisad a la policía, no lo persigáis."

Raquel lo repitió.

—No lo persigáis. No sois héroes por correr detrás de una ambulancia. Sois obstáculos con zapatillas.

Hugo abrió un ojo.

—Eso último ha sido tuyo.

—Sí.

—Me gusta.

—Me preocupa.

El audio de la ambulancia se activó.

Carmen hablaba con Nuria.

—Eso es. Respira despacio. Muy bien.

—No digas muy bien —susurró Nuria.

Carmen se quedó quieta medio segundo.

Luego sonrió.

—Vale. Respira de manera aceptable.

Nuria soltó una risa mínima.

Se convirtió en tos.

Carmen le ajustó la mascarilla.

—No te emociones, que mi humor tiene lista de espera.

Nuria movió los ojos hacia ella.

—¿Dónde está Clara?

La sala entera se quedó muda.

Carmen también.

Por primera vez, no tuvo frase.

Nuria insistió:

—Volvió por mí.

Carmen le acarició la frente.

—Lo sé.

—Estaba muy asustada.

—Ya.

—Pero volvió.

—Sí.

—Entonces tiene que salir.

La voz de Carmen cambió.

No se rompió.

Carmen no era de romperse en público, ni siquiera ante una chica sacada de un sótano.

Pero cambió.

—Ahora tienes que salir tú por las dos.

Nuria cerró los ojos.

Una lágrima le cayó hacia la oreja.

—No puedo.

—Claro que puedes.

—No.

—Nuria, cariño, después de lo que has hecho, puedes hacer cosas por las que a los demás nos daría vergüenza quejarnos.

Nuria respiró bajo la mascarilla.

La pantalla del contador seguía.

09:43

La ruta avanzaba bien.

Demasiado bien.

Damián lo dijo:

—Algo va mal.

Paula miró el mapa.

—No hay cortes.

—Por eso.

Hugo asintió.

—Estoy de acuerdo con el armario. Si todo parece ir bien, es que la trampa se está poniendo cómoda.

Salvat habló por radio:

—Control, confirmad ruta limpia hasta San Telmo.

La respuesta llegó con interferencia:

—Ruta limpia. Repetimos, ruta limpia.

El móvil de Salvat vibró otra vez.

Mensaje.

MENTIRA DETECTADA.

Todos nos pusimos de pie de alguna forma, incluso los que no podían.

La cámara del coche de Salvat enfocó la avenida.

Vacía.

Mojada.

Limpia.

Salvat dijo:

—Rivas, ¿ves algo?

Desde el coche trasero:

—Negativo. Nada.

MENTIRA DETECTADA.

No porque Rivas mintiera.

Porque la imagen mentía.

—Cámara —dijo Samuel desde su silla, de pronto.

Todos le miramos.

—¿Qué?

—No miréis la cámara del coche. Mirad otra fuente.

El técnico cambió a una cámara de tráfico.

La avenida apareció desde arriba.

Y ahí estaba.

Dos calles más adelante, un camión de basura estaba cruzado en mitad de la calzada. Luces apagadas. Puertas abiertas. Bloqueando todo el carril.

La cámara del coche de Salvat no lo mostraba.

O estaba retrasada.

O estaba manipulada.

—¡Corte en avenida Norte! —gritó el técnico.

Salvat ya estaba reaccionando.

—Desvío. Derecha por Gálvez.

El conductor del coche policial giró.

La ambulancia siguió.

La cámara del salpicadero parpadeó.

Un segundo.

Dos.

Volvió.

Ahora mostraba una calle lateral estrecha.

Demasiado estrecha.

Paula se inclinó sobre el mapa.

—No.

—¿Qué? —preguntó Damián.

—Esa calle acaba en túnel bajo la estación.

Hugo soltó una risa seca.

—¿Túnel? No. Veto narrativo. Ya hemos tenido túnel.

—La ambulancia cabe —dijo Paula—. Pero si bloquean la salida…

No terminó.

No hacía falta.

El contador:

08:11

Raquel agarró el micrófono.

—Atención, zona de Gálvez y túnel de estación. Si hay gente cerca, despejad la salida. No entréis al túnel. No grabéis desde la calzada. Dejad espacio.

El técnico amplió cámaras públicas.

La entrada del túnel estaba limpia.

La salida no se veía.

—No tenemos cámara al otro lado —dijo.

Samuel habló:

—Entonces él sí.

El móvil de Salvat vibró.

LA TESTIGO YA HA BAJADO UNA VEZ.

Debajo:

QUE NO SE QUEDE ABAJO OTRA.

Carmen, dentro de la ambulancia, oyó el mensaje por radio.

—Ni se te ocurra morirte ahora, Nuria. Me fastidiaría el carácter.

Nuria, apenas consciente, susurró:

—Ya lo tienes fastidiado.

Carmen sonrió.

—Mira. Te estás recuperando.

La ambulancia entró en el túnel.

La señal empezó a fallar.

La pantalla se llenó de interferencias.

—No —dijo Raquel—. No, no, no…

Irene le puso una mano en la espalda.

—Respira.

—Otra vez no. No quiero mirar sin poder hacer nada.

—Estás haciendo.

—No lo suficiente.

—Nunca parece suficiente.

La imagen volvió.

Dentro del túnel, las luces pasaban sobre el parabrisas como cuchillas amarillas.

Una.

Otra.

Otra.

La ambulancia avanzaba.

El sonido del motor se volvió más grave, encerrado por el hormigón.

Yo noté el olor del túnel aunque no estaba allí.

Humedad.

Gasoil.

Agua vieja.

Metal.

No.

Mi cuerpo recordaba demasiado.

Me agarré al borde de la mesa.

Hugo me miró.

—Nadia.

—Estoy.

—No. Estás allí.

No contesté.

Porque tenía razón.

La salida del túnel apareció al fondo.

Un rectángulo gris.

Libre.

Por un segundo, creímos.

Error.

A mitad de salida, una furgoneta blanca se cruzó de golpe.

El coche de Salvat frenó.

La ambulancia frenó detrás.

El vehículo de Rivas estuvo a punto de chocar.

El túnel se llenó de bocinas, frenos y luces azules rebotando en las paredes.

—¡Bloqueo! —gritó Salvat por radio—. Furgoneta en salida. Posible amenaza.

Dos hombres bajaron de la furgoneta.

No llevaban armas visibles.

Llevaban cámaras.

Cámaras grandes, profesionales.

—Periodistas —dijo Irene.

Raquel susurró:

—No.

Uno de ellos levantó la cámara hacia la ambulancia.

El otro gritaba algo.

No se oía bien, pero la postura era clara: querían la imagen. Querían a Nuria. La mujer del sótano. La superviviente imposible. La mentira respirando.

Juez Cero no necesitaba secuestrar a todo el mundo.

A veces bastaba con filtrar una ubicación y esperar a que la vergüenza ajena se presentara con acreditación.

Raquel se puso de pie tan rápido que la silla cayó detrás.

—Dame audio.

El técnico obedeció.

Raquel habló con una furia que ya no temblaba.

—Apartad esa furgoneta. Ahora. Estáis bloqueando una ambulancia con una paciente crítica.

En la pantalla, uno de los hombres miró su móvil.

La estaba oyendo.

No se apartó.

Siguió grabando.

Raquel gritó:

—¡No es contenido, es una persona!

El hombre dudó.

El otro no.

Siguió enfocando.

Damián golpeó el brazo de la silla.

—Hijo de puta.

En el túnel, Salvat bajó del coche con el arma fuera.

—¡Muevan la furgoneta!

Los hombres retrocedieron, pero la furgoneta seguía bloqueando.

El conductor no estaba.

Por supuesto.

El contador:

06:02

Dentro de la ambulancia, Carmen miró hacia delante.

—¿Por qué no nos movemos?

El conductor respondió:

—Bloqueo.

Carmen miró a Nuria.

El monitor portátil pitó.

—No me hagas esto, cariño.

—Tengo frío —susurró Nuria.

—Ya. Eso es porque has elegido la peor noche para hacer turismo.

Nuria intentó sonreír.

No pudo.

La frecuencia bajó un poco.

Carmen cambió el tono:

—Necesito llegar ya.

Salvat miró la furgoneta.

—Rivas, empújala con el coche.

—Hay poco espacio.

—Empújala.

Rivas no discutió.

El coche policial trasero avanzó despacio y golpeó la furgoneta por el lateral.

El sonido metálico rebotó en el túnel.

La furgoneta se movió apenas.

No suficiente.

Otra vez.

La furgoneta cedió medio metro.

Uno de los periodistas empezó a gritar.

Hugo murmuró:

—Qué pena. Se le va a abollar la ética.

Raquel no apartaba los ojos de la pantalla.

—Otra vez.

Rivas empujó de nuevo.

La furgoneta se desplazó lo justo para abrir un hueco estrecho.

Demasiado estrecho para una ambulancia normal.

Quizá suficiente para una ambulancia con un conductor que ya estaba hasta las narices.

Salvat gritó:

—¡Pasa!

La ambulancia avanzó.

Despacio.

El lateral derecho rozó la pared del túnel.

El izquierdo rozó la furgoneta.

Chapa contra chapa.

Chirrido.

Un sonido largo, insoportable.

Dentro, Carmen sujetó a Nuria y el material médico para que nada se moviera.

—No pasa nada. Bueno, pasa muchísimo, pero no te afecta. Tú mírame.

La ambulancia cruzó.

Salió del túnel.

La señal se limpió.

Todos soltamos aire.

No duró.

Al salir a la avenida, apareció el verdadero bloqueo.

No de vehículos.

De gente.

Decenas de personas se habían acercado pese a los avisos. Algunos con móviles. Otros solo mirando. La noticia había corrido más rápido que la policía. Siempre corría más rápido.

Había curiosidad.

Miedo.

Morbo.

Y, entre ellos, quizá, miembros de la red.

La ambulancia frenó otra vez.

04:48

Raquel agarró el micrófono con las dos manos vendadas.

—Escuchadme. Estáis matándola.

La frase salió seca.

Brutal.

Sin adorno.

La multitud en la pantalla se movió.

Algunos bajaron los móviles.

—No "podríais". No "tal vez". La estáis matando ahora mismo. Cada segundo que bloqueáis esa ambulancia es otro segundo que ella pasa encerrada. ¿Queréis mirar? Mirad eso. Mirad lo que estáis haciendo.

Irene la miró.

No corrigió nada.

No hacía falta.

Raquel siguió:

—Apartaos. Haced pasillo. Ahora.

Un hombre en la multitud levantó los brazos y empezó a empujar hacia un lado.

Una mujer hizo lo mismo.

Dos chavales tiraron de una valla.

Alguien gritó:

—¡Dejad pasar, coño!

Otro:

—¡Atrás!

La multitud empezó a abrirse.

No toda.

Nunca toda.

Pero bastante.

La ambulancia avanzó.

Lenta.

Casi rozando cuerpos.

El conductor tocaba la sirena a golpes cortos.

Carmen miraba el monitor de Nuria.

—Eso es. Aguanta. Ya casi.

Nuria abrió los ojos.

—¿Hay mucha gente?

Carmen dudó.

—Alguna.

—¿Mirando?

Carmen apretó la mandíbula.

—Sí.

—No quiero.

La frase fue tan pequeña que dolió en toda la sala.

Raquel oyó el audio.

Se quedó congelada.

Luego habló al micrófono, con la voz más baja.

—Dadle la espalda.

Nadie entendió al principio.

—Todos los que estéis ahí, dadle la espalda a la ambulancia. Ahora. No la miréis. No la grabéis. Cubridla.

En la pantalla, una chica lo hizo.

Luego un hombre.

Luego varios.

Una fila de desconocidos empezó a girarse, de espaldas a la ambulancia, formando un pasillo humano que no miraba.

No todos.

Pero muchos.

Suficientes.

Raquel empezó a llorar.

—Así —susurró—. Así sí.

Hugo también miraba.

Sin chiste.

Sin escudo.

Damián se tapó la boca con una mano.

La ambulancia pasó entre personas que, por una vez, eligieron no mirar para poder ayudar.

Llegó al hospital con 02:03 en el contador.

El equipo de UCI esperaba en la puerta lateral, protegido por policías. Carmen bajó primero.

—Paciente crítica, hipotermia, desnutrición severa, posible infección, trauma prolongado. Y como alguien se acerca con una cámara, le hago una traqueotomía con el móvil.

Nadie se acercó.

Buena elección.

Nuria salió en camilla.

No vimos su cara.

Raquel había pedido que cortaran esa cámara y, por una vez, todos obedecieron.

Solo vimos la manta térmica.

La mano de Carmen sujetando la suya.

La puerta de urgencias abriéndose.

Y cerrándose.

El contador llegó a cero justo cuando la camilla cruzó dentro.

El móvil de Salvat vibró.

PRUEBA 15 COMPLETADA.

Debajo:

RESULTADO: UNA TESTIGO LLEGÓ. UNA MULTITUD APRENDIÓ A NO MIRAR. DOS CARROÑEROS BLOQUEADOS.

Hugo soltó aire.

—Carroñeros. Un poco duro. Exacto, pero duro.

Raquel dejó el micrófono sobre la mesa.

Sus manos temblaban tanto que Irene tuvo que sujetarlo antes de que cayera.

—Lo ha conseguido —dijo Paula.

Nadie contestó enseguida.

Porque la palabra “conseguido” todavía daba miedo.

Carmen apareció minutos después en la pantalla interna del hospital.

No sonreía.

Pero tenía la cara de quien no había perdido.

—Está viva —dijo.

Vera se dobló contra Mercedes.

Samuel cerró los ojos.

Damián apoyó la frente en sus manos.

Yo empecé a llorar otra vez.

Me estaba volviendo muy poco práctica.

Hugo me miró.

—No pienso hacer ningún comentario.

—Gracias.

—Pero quiero que conste que me cuesta.

Casi me reí.

Casi.

Entonces Salvat entró en la sala.

Venía con la carpeta azul de Marta en una mano y el móvil en la otra.

Tenía una expresión que no me gustó.

Nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Irene.

Salvat cerró la puerta.

—Nuria ha dicho una palabra antes de sedarla para estabilizarla.

Vera levantó la cabeza.

—¿Qué palabra?

Salvat miró a Marta.

Luego a Mercedes.

Luego a nosotros.

—No era un nombre.

Damián se irguió en la silla.

—Dígalo.

Salvat tragó saliva.

—Dijo: "subasta".

El silencio fue absoluto.

Marta se llevó una mano a la boca.

—No…

Irene abrió la carpeta azul con manos temblorosas.

Buscó entre los papeles.

Uno.

Otro.

Otro.

Hasta encontrar una hoja doblada, casi pegada al fondo.

La desplegó.

No era un plano.

Era una lista de fechas.

Y junto a cada fecha, iniciales.

Pagos.

Entradas.

Habitaciones.

El sótano de La Casa Azul no era solo un lugar donde esconder gente.

Era un lugar donde venderlas.

Hugo cerró los ojos.

—Joder.

Esta vez nadie le pidió que no dijera tacos.

El móvil de Salvat vibró.

Mensaje nuevo.

AHORA YA SABÉIS QUÉ ARDÍA DE VERDAD.

Debajo:

Y POR QUÉ TANTOS PREFIRIERON EL HUMO.

Capítulo 24 — Los compradores

La palabra subasta no necesitó explicación.

Eso fue lo peor.

Nadie preguntó qué quería decir Nuria. Nadie dijo "¿subasta de qué?". Nadie hizo ese esfuerzo infantil de fingir que el mundo no era capaz de algo así.

Todos entendimos.

Y, al entender, la sala se volvió más pequeña.

Irene sostenía la hoja con las dos manos. Le temblaban tanto que el papel vibraba. No era miedo solamente. Era asco. Asco físico, de ese que sube por la garganta y te hace odiar tener cuerpo.

Fechas.

Iniciales.

Pagos.

Habitaciones.

Un sótano sin planos.

Una puerta que ardió por fuera para que nadie mirara dentro.

Damián fue el primero en hablar.

—¿A quién vendían?

Su voz no salió fuerte.

Salió peor.

Baja.

Rota.

Salvat no contestó.

Marta Rey estaba sentada en una silla, envuelta en una manta, con la cara gris y las manos agarradas a la carpeta azul como si alguien pudiera arrancarle de nuevo la verdad.

—No lo sé —dijo.

Damián giró hacia ella.

—No me digas que no lo sabes.

—No lo sé.

—¡Trabajaste en la inspección!

Marta se encogió, pero no apartó la mirada.

—Trabajé en una inspección de licencias. Vi salidas bloqueadas, instalaciones falsas, aforo manipulado. Descubrí el sótano. Sospeché que había algo peor, sí. Pero no vi a nadie. No tuve nombres. No tuve víctimas.

—Y retiraste el informe —dijo Irene.

Marta cerró los ojos.

—Sí.

La palabra cayó seca.

Sin defensa.

—Me llamaron —continuó—. Me dijeron que si ese informe salía, perdería el puesto. Que mi hijo tendría problemas con una causa pendiente. Que mi marido, que entonces estaba enfermo, dejaría de recibir ciertas ayudas. Me dieron a elegir entre una verdad que no podía probar y mi familia.

Hugo soltó una risa sin humor.

—Siempre te dan a elegir algo imposible para que luego parezca que decidiste libremente.

Marta lo miró.

—Eso no me absuelve.

—No. Solo explica por qué el infierno usa formularios.

Mercedes estaba de pie junto a Vera.

No lloraba.

Ya no.

Su cara se había vaciado de lágrimas y se había llenado de otra cosa.

—Clara volvió por Nuria —dijo.

Nadie respondió.

Mercedes miró la hoja.

—Mi hija volvió al fuego porque sabía que había una chica ahí abajo.

Samuel se tapó la cara con las manos.

Vera lo miró, pero no se acercó.

Aquello ya era una forma de decirlo todo.

El móvil de Salvat vibró otra vez.

Todos nos giramos.

El mensaje seguía en la pantalla:

AHORA YA SABÉIS QUÉ ARDÍA DE VERDAD.

Y POR QUÉ TANTOS PREFIRIERON EL HUMO.

Debajo apareció una nueva línea.

PRUEBA 16: LOS COMPRADORES.

Hugo cerró los ojos.

—No. No, por favor. Que no les ponga nombre de prueba. Es indecente incluso para él.

La pantalla cambió.

Apareció una lista borrosa.

Iniciales.

Importes.

Fechas.

Y luego una pregunta:

¿PUBLICAR O PROTEGER?

Raquel se levantó de golpe.

—No.

Irene leyó el resto en voz baja:

—"Si publicáis la lista completa, los compradores quedarán expuestos y algunos caerán. Si no la publicáis, tendrán tiempo de borrar pruebas, huir y comprar silencio."

Salvat apretó el teléfono con tanta fuerza que pensé que iba a partirlo.

—No vamos a publicar una lista sin verificar.

El móvil vibró.

EL TIEMPO VERIFICA PEOR QUE EL MIEDO.

Damián golpeó la mesa con el puño.

—¡Cállate ya!

El golpe hizo saltar un vaso de plástico.

Nadie le reprochó nada.

Hugo miró la hoja.

—Si la publicamos, podemos destruir vidas de gente que quizá solo comparte iniciales.

—Y si no —dijo Damián—, los que sí estaban ahí se esfuman.

Raquel negó con la cabeza.

—No se puede subir eso.

Todos la miramos.

Ella respiró con dificultad.

—No se puede. Si hay víctimas vinculadas a esa lista, si hay chicas, mujeres, quien sea… si subimos fechas, habitaciones, pagos, todo el mundo va a convertirlo en contenido. Van a buscar nombres, caras, fotos, teorías. Van a jugar al detective con gente destrozada.

Irene asintió despacio.

—Tiene razón.

Hugo la miró.

—La frase de la noche.

—Me preocupa que sea verdad tan a menudo —dijo Raquel.

El móvil vibró.

LOS COMPRADORES YA ESTÁN MOVIÉNDOSE.

Luego apareció una imagen.

No de la fábrica.

No del hospital.

Un parking subterráneo.

Luz blanca.

Columnas numeradas.

Un hombre de traje metiendo una maleta en un coche negro.

La cámara hizo zoom en la matrícula.

Después en su cara.

Irene soltó un sonido ahogado.

—Lo conozco.

Salvat se volvió hacia ella.

—¿Quién?

—Julián Vera.

Marta asintió, pálida.

—El concejal.

La lista lo tenía.

JULIÁN VERA — LICENCIA MUNICIPAL.

El móvil mostró una cuenta atrás.

08:00

Debajo:

EL PRIMERO SE VA.

Salvat ya estaba al teléfono.

—Rivas, localiza a Julián Vera. Orden urgente de detención preventiva. Posible implicación en red de explotación y encubrimiento. Parking subterráneo, matrícula…

El móvil vibró.

TARDE SI VAIS POR LA PUERTA.

Hugo soltó aire.

—Cómo odio cuando da consejos útiles con tono de asesino.

La cámara mostró al concejal cerrando el maletero. Miró alrededor. Parecía nervioso, no asustado. Hay una diferencia. El asustado teme morir. El nervioso teme que le pillen.

El coche arrancó.

Damián se inclinó hacia la pantalla como si pudiera detenerlo con la mirada.

—¿Dónde está?

El técnico, sentado de nuevo frente al portátil, buscó rápido.

—Parking de Plaza Norte. A seis minutos.

Salvat miró el contador.

07:21

—No llegamos.

—Rivas está más cerca —dijo la agente de pelo corto.

Salvat conectó con él.

—Rivas, Vera está en Plaza Norte. Parking subterráneo. Sale en coche negro. Te envío matrícula.

La voz de Rivas llegó con ruido de motor.

—Recibido. Estoy a tres calles.

El móvil mostró otro mensaje:

EL CULPABLE CORRE CUANDO CREE QUE TODOS MIRAN AL PASADO.

Raquel agarró el micrófono.

Irene la frenó.

—Espera.

—¿Qué?

—Si dices la ubicación, se llenará de curiosos.

Raquel entendió.

Su cara cambió.

—Entonces no digo dónde.

—Di qué hacer sin decir dónde.

Raquel respiró.

Activó audio público.

—Si estáis siguiendo esto, no compartáis ubicaciones de posibles sospechosos. No vayáis a buscarlos. No persigáis coches. Enviad información a la policía. No convirtáis una investigación en una cacería.

Hugo murmuró:

—Eso es muy sensato. Me repugna que internet lo necesite.

La cámara del parking mostró el coche negro acercándose a la barrera de salida.

06:39

La barrera no se abría.

Julián Vera golpeó el volante.

El móvil vibró.

ALGUIEN HA ELEGIDO NO ABRIR.

En la imagen, dentro de la cabina de control del parking, una chica con chaleco reflectante miraba su propio móvil y luego la pantalla de seguridad. Tenía el rostro pálido. La barrera seguía abajo.

Raquel susurró:

—Lo está reteniendo.

—No —dijo Salvat—. Se está poniendo en peligro.

En la pantalla, Julián Vera bajó del coche.

Traje caro.

Abrigo oscuro.

Una maleta en la mano.

Empezó a caminar hacia la cabina.

La chica del parking retrocedió.

—No, no, no… —susurró Paula.

Rivas apareció por la rampa con dos agentes.

—¡Policía! ¡Alto!

Julián Vera miró hacia ellos.

Durante un segundo, el mundo pareció darle dos opciones sencillas:

entregarse o correr.

Eligió la tercera.

Cogió a una mujer que acababa de salir del ascensor, la agarró por el cuello y se puso detrás de ella.

La sala entera se levantó.

Damián rugió:

—¡Hijo de puta!

Hugo cerró los ojos.

—Siempre hay uno que decide empeorar la estadística humana.

La cámara tembló.

La mujer gritaba. Julián la sujetaba con un brazo y con el otro mantenía la maleta.

No llevaba arma.

O no se veía.

Eso no importaba.

Un brazo en un cuello ya era suficiente.

Rivas apuntó.

—¡Suéltela!

La chica de la cabina abrió la puerta.

—¡No! —gritó Raquel, como si pudiera oírla.

La chica salió despacio con las manos levantadas.

—Señor, por favor…

Julián Vera gritaba algo. La cámara no tenía buen audio, pero leíamos su cuerpo. No quería ser detenido. No quería que lo tocaran. No quería perder la maleta.

Salvat habló por el canal policial:

—Rivas, la maleta. Prioridad: rehén viva. No dispares si no tienes ángulo limpio.

Rivas respondió:

—No lo tengo.

El móvil de Salvat vibró.

¿PUBLICAR O PROTEGER?

Otra vez.

Y ahora entendimos.

Si publicaban el nombre de Julián Vera en directo, la presión podía hacerle perder el control. Si lo protegían, quizá ganaban tiempo para salvar a la mujer.

Pero el mundo ya estaba mirando.

Y el mundo quería nombre.

Quería rostro.

Quería culpable.

Quería sangre con datos.

Raquel apagó el micrófono.

—No lo digo.

Irene asintió.

—No.

Damián las miró.

—¿Está reteniendo a una mujer y no vais a decir quién es?

Raquel se volvió hacia él.

—No mientras tenga a alguien cogido del cuello.

—La gente tiene que saber.

—La mujer tiene que vivir.

Damián se calló.

No porque quisiera.

Porque no tenía respuesta.

En la pantalla, la chica del parking habló con Julián. Despacio. Con las manos visibles. La rehén lloraba. Rivas se movía apenas hacia un lateral.

—¿Qué hace? —preguntó Paula.

Salvat respondió:

—Comprar tiempo.

Hugo miró a Raquel.

—Una testigo útil.

Raquel no apartó la vista.

—Una persona útil.

La corrección fue pequeña.

Importante.

Julián Vera retrocedió hacia el coche con la rehén. Quería entrar con ella. Rivas avanzó medio paso.

—¡Quieto! —gritó Julián, esta vez sí se oyó.

La maleta se le cayó al suelo.

Se abrió.

No había dinero.

Había discos duros.

Pasaportes.

Fotografías.

Una libreta.

La red entera pareció caer al cemento del parking.

Julián miró la maleta abierta.

Ese fue el segundo.

La chica del parking pateó la maleta hacia Rivas.

Julián reaccionó soltando a medias a la rehén para agarrarla.

Rivas se lanzó.

No disparó.

Se lanzó.

La rehén cayó al suelo. Un agente la arrastró fuera. Rivas y Julián chocaron contra el coche negro. El concejal intentó golpearle. Rivas le sujetó el brazo, giró, lo estampó contra el capó y lo redujo con una violencia limpia, profesional, sin espectáculo.

Damián soltó aire.

—Bien.

Carmen no estaba para prohibírselo.

Hugo lo miró.

—Has dicho bien.

—Cállate.

—Con gusto.

En la pantalla, Rivas esposó a Julián Vera.

La chica del parking se sentó en el suelo y empezó a llorar.

La rehén también.

Raquel activó el micrófono solo para decir:

—No compartáis su cara. No compartáis la de la rehén. No compartáis la de la trabajadora del parking. Si queréis ayudar, compartid el aviso oficial cuando salga. No antes.

La pantalla del móvil mostró:

PRUEBA 16 PARCIALMENTE COMPLETADA.

Debajo:

UN COMPRADOR DETENIDO. UNA REHÉN VIVA. UNA LISTA SIN PUBLICAR.

Hugo frunció el ceño.

—Parcialmente.

—Porque quedan más —dijo Irene.

Como si el móvil la hubiera oído, apareció una nueva pantalla.

No una.

Varias.

Cinco cámaras distintas.

Cinco personas moviéndose al mismo tiempo.

Una mujer saliendo por la puerta trasera de un restaurante.

Un hombre cerrando una caja fuerte.

Otro entrando en un garaje.

Una pareja metiendo maletas en un taxi.

Un médico —o alguien con bata— cruzando un pasillo que no reconocí.

La lista de iniciales empezó a llenarse con nombres.

No todos.

Solo algunos.

J.V. — DETENIDO.

M.R. — LOCALIZADA.

T.L. — VIVO.

S.N. — DETENIDA.

P.O. — VIVO.

A.C. — EN MOVIMIENTO.

B.S. — EN MOVIMIENTO.

F.N. — EN MOVIMIENTO.

Salvat se pasó una mano por la cara.

—Nos está usando como central de mando.

Hugo soltó una risa seca.

—Y lo peor es que funciona.

—No podemos perseguir todos esos objetivos —dijo Rivas por radio, aún sin aliento—. Necesitamos unidades.

—Ya están en marcha —respondió Salvat—. Pero no llegamos a todos.

El móvil vibró.

ELEGID.

Se encendieron tres pantallas más grandes.

La primera: el hombre del garaje. Tenía una bolsa deportiva, miraba alrededor y caminaba hacia una moto.

La segunda: la mujer del restaurante. Subía a un coche oficial con chófer.

La tercera: el médico del pasillo. Empujaba una camilla vacía hacia un ascensor de servicio.

Paula palideció.

—Ese pasillo es de San Telmo.

Todos la miramos.

—¿Qué?

—Es ala antigua. Almacenes de docencia. No se usa casi nunca.

Salvat apretó el móvil.

—¿Quién es?

Paula negó con la cabeza.

—No le veo la cara.

La imagen hizo zoom.

El hombre giró apenas.

Narbona, que estaba en la puerta custodiada, esposada, levantó la cabeza.

—Álvaro Cifuentes.

—¿Quién es? —preguntó Rivas por audio.

Narbona tragó saliva.

—Jefe de anestesia.

El nombre apareció en la pantalla.

A.C. — ANESTESIA.

Hugo cerró los ojos.

—Por favor, decidme que no.

Narbona susurró:

—Él pautó medicación muchas veces. Demasiadas veces.

Paula se llevó una mano a la boca.

—Si está en San Telmo…

El móvil escribió:

EL QUE DUERME A OTROS NO SIEMPRE DESCANSA SOLO.

La cámara mostró el ascensor abriéndose.

Dentro había alguien en el suelo.

Atado.

Con una mascarilla de oxígeno mal colocada.

No se veía la cara.

El jefe de anestesia empujó la camilla vacía hacia dentro.

Irene susurró:

—Va a llevárselo.

—¿A quién? —preguntó Damián.

La cámara hizo zoom en la muñeca de la persona del suelo.

Pulsera hospitalaria.

El nombre apareció borroso.

Paula aumentó la imagen en la tablet.

Leyó.

Y se quedó sin voz.

—Ledesma.

Silencio.

Imposible.

Tomás Ledesma estaba en UCI.

O eso creíamos.

—No —dije.

Paula miró otra pantalla.

—El paciente de UCI… sigue conectado.

Narbona cerró los ojos.

—Doble.

—¿Qué?

—A veces se ingresan pacientes bajo identidad alterada para protegerlos o esconderlos. Ledesma no era el único con ese nombre en el sistema. Había un duplicado.

Salvat perdió la calma.

—¿Quién está en UCI entonces?

Narbona no respondió.

El móvil vibró.

MENTIRA POR OMISIÓN DETECTADA.

Carmen habría explotado.

Yo lo hice por ella.

—¿Quién está en UCI?

Narbona levantó la mirada.

Y dijo:

—El verdadero Tomás Ledesma.

La imagen del ascensor mostró a la persona atada.

—Entonces ese es…

Narbona tragó saliva.

—Su hermano.

El móvil completó el nombre:

TEODORO LEDESMA — CONTABLE DE LA RED.

Hugo susurró:

—El archivo vivo.

El ascensor empezó a cerrarse.

PRUEBA 17: EL CONTABLE.

Debajo:

PUBLICAR O PROTEGER YA NO ALCANZA. AHORA HAY QUE ALCANZAR.

Damián agarró las ruedas de su silla.

—San Telmo. Eso sí está aquí.

Hugo ya estaba moviendo la suya.

—Por fin una persecución adaptada.

—No —dije.

—Nadia, cariño, si esta noche va a obligarme a salvar a un contable de una red de subastas, al menos déjame hacerlo con algo de estilo ortopédico.

Paula ya corría hacia la puerta.

Irene detrás.

Samuel detrás de Irene.

Yo intenté seguir.

Damián me miró.

—Tú no.

—No empieces.

—No. Esta vez me toca a mí decirlo.

Me quedé parada.

No por obediencia.

Por rabia.

Por dolor.

Porque mis pies ya no podían más.

Porque si corría, me caía, y si me caía, alguien tendría que salvarme.

Otra puerta.

Otra carga.

Damián giró su silla hacia el pasillo y empujó con los brazos vendados.

Hugo fue tras él.

—Creo que vamos lentos.

—Cállate y rueda.

—Eso intento. Es mucho menos digno de lo que imaginaba.

Los vi desaparecer por el pasillo.

No pude seguir.

Y esa fue la prueba más difícil hasta ese momento.

Quedarme.

Mirar cómo otros iban hacia la puerta.

Y confiar en que esta vez alguien llegaría antes de que se cerrara.

Capítulo 25 — El contable

Quedarme fue peor que correr.

Correr, al menos, engaña al cuerpo. Le da una tarea sencilla: mueve las piernas, respira, no mires atrás, no pienses. Correr convierte el miedo en mecánica.

Quedarse lo deja todo dentro.

Yo estaba de pie junto a la mesa, con los pies vendados gritando bajo mi peso, las manos inútiles, el hombro latiendo y una rabia tan limpia que casi parecía fiebre.

En la pantalla, el ascensor de servicio empezaba a cerrarse con el jefe de anestesia dentro.

Álvaro Cifuentes.

Bata. Mascarilla. Camilla vacía.

Y en el suelo del ascensor, atado y medio sedado, Teodoro Ledesma.

El contable.

El archivo vivo.

El hombre que, quizá, podía poner nombres donde hasta ahora solo había iniciales.

Damián y Hugo avanzaban por el pasillo en silla de ruedas con una dignidad nula y una determinación bastante ofensiva.

—Van a matarse —dije.

Raquel, sentada frente al portátil, negó con la cabeza sin apartar los ojos de las cámaras.

—No si antes se chocan con algo blando.

—Eso no ayuda.

—No pretendía.

Irene corría por delante de ellos con Paula y Samuel. La cámara del pasillo los mostraba a trompicones. Paula iba con la tablet en una mano, señalando giros, puertas y accesos. Irene, con la manta térmica aún sobre los hombros, parecía menos periodista que proyectil cansado. Samuel iba detrás, torpe, pálido, sujetándose una muñeca con la otra.

Damián empujaba las ruedas con furia.

Hugo intentaba seguirle.

—¡Vas demasiado rápido! —gritó Hugo.

—¡Eso es porque tú vas demasiado lento!

—¡Tengo una pierna rota!

—¡Yo tengo la espalda hecha una persiana!

—¡No compitamos por lesiones, que pierdo con elegancia!

Damián dobló una esquina demasiado cerrado y rozó la pared con la silla.

Saltaron chispas de pintura.

Hugo lo imitó peor: chocó con un carrito de ropa limpia y acabó con una sábana sobre la cabeza.

—¡Estoy bien! —gritó desde debajo.

Damián ni se volvió.

—¡Nadie ha preguntado!

Paula, desde delante, gritó:

—¡Ascensor de servicio al final del pasillo! ¡Pero si baja al muelle, perdemos la cámara!

Raquel cambió de feed con rapidez.

—Tengo muelle. Tengo pasillo. No tengo interior del ascensor.

—Busca escalera técnica —dije.

—Estoy.

No debería estar dando órdenes.

No debería estar allí de pie.

No debería sentir que mirar una pantalla me devolvía, de una forma retorcida, a todas las veces que alguien había mirado sin hacer nada.

Pero Raquel tenía razón: a veces mirar también podía servir si se miraba para actuar.

El móvil de Salvat vibró sobre la mesa.

Nadie lo tocó.

La pantalla se encendió sola.

EL CONTABLE SABE DÓNDE ESTÁN LOS CUERPOS.

Mercedes soltó un gemido.

Vera cerró los ojos.

Marcos, desde su camilla, levantó apenas la cabeza.

—¿Cuerpos?

Nadie contestó.

No hacía falta.

La palabra llenó la sala como humo nuevo.

Raquel tragó saliva y siguió buscando cámaras.

—Tengo el ascensor parado en planta menos uno.

—¿Parado? —pregunté.

La imagen apareció.

Un pasillo subterráneo del hospital. Más viejo. Más oscuro. Paredes blancas con manchas de humedad, tubos vistos, puertas grises y luces que parpadeaban. El ascensor de servicio estaba al fondo. Las puertas se abrieron.

Cifuentes salió empujando la camilla.

Ahora Teodoro Ledesma estaba encima.

No sé cuándo lo había subido.

No quería imaginarlo.

El hombre atado tenía una mascarilla sobre la boca y los ojos medio abiertos, perdidos. No parecía consciente del todo. La cabeza le caía hacia un lado. Una vía le colgaba del brazo.

Paula lo vio en la tablet y se quedó sin aire.

—Va hacia archivos antiguos.

—¿Qué hay allí? —preguntó Irene.

—Depósito, almacenes, túnel de suministros, salida a lavandería y acceso viejo a morgue.

Hugo, que acababa de quitarse la sábana de la cabeza, gritó:

—¡Maravilloso! ¡Un pasillo con morgue! ¡Qué variedad de ocio tiene San Telmo!

Damián aceleró.

—¡Calla y empuja!

—¡Estoy empujando! ¡Esto no es un Ferrari, es una silla con resentimiento!

En la pantalla, Cifuentes miró hacia una cámara.

No con sorpresa.

Con fastidio.

Sabía que lo veíamos.

Sacó algo del bolsillo.

Una tarjeta.

No la de Paula.

Otra.

La pasó por una puerta gris.

Luz verde.

Entró con la camilla.

La cámara del pasillo perdió visual.

Raquel cambió a otra cámara.

Nada.

Otra.

Nada.

—No tengo esa sala.

Paula, en el pasillo, oyó el audio y respondió:

—Es almacén de docencia. No tiene cámaras dentro.

El móvil vibró.

A VECES SE APRENDE MEJOR SIN CÁMARAS.

Damián rugió algo que el micrófono no captó bien, pero que no parecía apto para menores ni para teléfonos con sensibilidad.

Salvat apareció en otra cámara, corriendo desde UCI con Rivas y dos agentes. Carmen venía detrás, y aunque no corría tanto como antes, su cara indicaba que iba a alcanzar a la muerte solo para echarle la bronca.

—¿Dónde están? —preguntó Salvat por radio.

Raquel respondió antes que nadie:

—Planta menos uno. Almacén de docencia. Sin cámara interior. Paula va delante.

—Que no entren solos —ordenó Salvat.

—Demasiado tarde —dije.

En la pantalla, Paula llegó a la puerta gris.

Irene y Samuel detrás.

Damián e Hugo aparecieron al fondo del pasillo como dos desastres rodantes.

Paula pasó su tablet por el lector.

Rojo.

—No abre.

Irene intentó tirar de la puerta.

Nada.

Samuel se apoyó en la pared, respirando mal.

—Necesitamos otra tarjeta.

Damián llegó chocando contra una papelera.

—Aparta.

—No puedes romperla —dijo Paula.

—No he preguntado si puedo.

Hugo frenó a su lado, casi estampándose contra su silla.

—Por una vez, estoy con la juventud sanitaria. Esa puerta parece más fuerte que nuestras perspectivas de futuro.

Damián miró alrededor.

El pasillo estaba lleno de objetos inútiles: carros, cajas, una máquina de limpieza, un soporte de goteros, extintores.

Se le iluminaron los ojos al ver el extintor.

Paula se interpuso.

—No.

—¿Qué?

—No va a lanzar otro extintor.

—No iba a lanzarlo.

Hugo levantó una ceja.

—Eso ha sido mentira aceptada por pura misericordia.

Damián cogió el extintor de la pared.

Carmen apareció al fondo del pasillo en ese momento.

—¡Damián Cruz, como uses otro extintor como herramienta de seducción, te lo hago tragar entero!

Damián se quedó quieto, extintor en mano.

—Lo iba a usar bien.

—Tú no sabes usar nada bien que no pese más de cinco kilos.

Carmen llegó, le quitó el extintor y se lo plantó a Rivas.

—Tú. Legalmente cuestionable, pero con placa. Rompe el lector.

Rivas no pidió que se lo repitiera.

Golpeó el lector con la base del extintor.

Una vez.

Dos.

Chispas.

Luz roja.

La puerta siguió cerrada.

Samuel se agachó junto al panel abierto.

—No basta. Tiene bloqueo magnético.

Carmen le miró las muñecas.

—Como metas las manos ahí, te arranco lo que quede.

—No hacen falta manos.

Samuel miró a Paula.

—La batería de la tablet.

—¿Qué?

—Dámela.

—No.

—Paula.

—No voy a romper la tablet del hospital.

Damián giró hacia ella.

—Chica, estamos persiguiendo a un anestesista que secuestra contables en sótanos. La tablet ya ha tenido una vida plena.

Paula dudó un segundo.

Luego abrió la carcasa con una herramienta pequeña que llevaba en el bolsillo.

—Me van a matar en administración.

Hugo suspiró.

—Todos tenemos juicios pendientes.

Samuel usó los cables de la batería para forzar una descarga en el bloqueo. No sé cómo. No quise saberlo. Verle trabajar con las muñecas sangrando y la cara blanca daba tanta rabia como miedo.

La luz del lector parpadeó.

Rojo.

Rojo.

Verde.

La puerta se abrió.

Desde dentro salió un olor extraño.

No a sangre.

No a humo.

A formol antiguo, papel húmedo y polvo.

Carmen entró primero.

Por supuesto.

—¡Sanitarios! —gritó—. Si hay alguien vivo, que haga el favor de seguir así.

Entraron.

La cámara del pasillo solo mostraba la puerta abierta.

Nada más.

Nos quedamos escuchando.

Eso fue horrible.

Gritos amortiguados.

Pasos.

Algo metálico cayendo.

Una voz.

Cifuentes.

—¡Atrás!

Rivas:

—¡Suelte la jeringa!

Damián:

—¡Hijo de puta!

Hugo:

—¡No puedo ver y eso me discrimina muchísimo!

Luego un golpe.

Otro.

Un grito.

La pantalla no mostraba nada.

Raquel golpeó el teclado.

—No tengo cámara dentro.

—Audio —dije.

—Solo radio.

La radio chisporroteó.

Salvat gritó:

—¡Carmen, cuidado!

Carmen respondió:

—¡Ocúpate del imbécil con bata y deja de narrarme mi trabajo!

Un golpe seco.

Silencio.

Después, la voz de Hugo, lejana:

—Creo que lo ha dormido.

Damián:

—¿Al contable?

Hugo:

—No. Al anestesista. Ironías de la vida.

La tensión no se fue.

Solo cambió de forma.

Rivas habló por radio:

—Cifuentes reducido. Teodoro Ledesma localizado. Vivo. Necesitamos traslado urgente.

Paula apareció en la puerta del almacén, pálida, con la bata llena de polvo.

—Está vivo —dijo a la cámara del pasillo, como si supiera que la estábamos mirando—. Está vivo.

Me senté de golpe.

No porque quisiera.

Porque mis piernas dejaron de fingir.

Damián salió del almacén empujando su silla hacia atrás, arrastrando una bandeja metálica con una pierna.

—¿Qué hace? —preguntó Raquel.

Hugo apareció detrás, empujando con una mano su silla y con la otra sujetando una bolsa transparente.

—Está robando material médico con fines nobles —dijo al micrófono del pasillo—. Yo solo soy testigo presencial y, llegado el caso, negaré todo.

Carmen salió empujando la camilla de Teodoro con ayuda de Rivas.

El contable estaba inconsciente, pero respiraba.

Samuel venía detrás, sujetando un cuaderno pequeño contra el pecho.

Salvat llevaba a Cifuentes esposado.

El jefe de anestesia tenía la cara hinchada, un ojo cerrado y una expresión de ofensa profesional.

Carmen habló hacia la cámara:

—Para que quede claro, se cayó.

Hugo levantó la mano.

—Varias veces y contra su propia jeringa moral.

Carmen le miró.

—Tú cállate.

—Sí.

Nadie preguntó qué había pasado exactamente.

A veces la verdad necesita testigos.

A veces necesita cinco minutos para lavarse las manos.

La camilla avanzó por el pasillo hacia UCI.

El móvil de Salvat vibró.

PRUEBA 17 COMPLETADA.

Debajo:

RESULTADO: UN CONTABLE VIVO. UN ANESTESISTA DESPIERTO A GOLPES. DOS SILLAS DE RUEDAS INDEBIDAMENTE UTILIZADAS.

Hugo sonrió a la cámara.

—Eso último es difamación con base real.

Damián murmuró:

—Cállate y rueda.

Pero esta vez se le escapó algo parecido a una risa.

No duró.

Porque el mensaje cambió.

EL CONTABLE TIENE NOMBRES.

LOS COMPRADORES TIENEN DINERO.

LA RED TIENE MÉDICOS, POLICÍAS, JUECES Y PERIODISTAS.

Y VOSOTROS TENÉIS DOCE HORAS.

La cuenta apareció.

12:00:00

11:59:59

Hugo cerró los ojos.

—Cómo echo de menos cuando las amenazas eran de veinticuatro horas. Uno se acostumbra al lujo.

Salvat no respondió.

Miraba el cuaderno de Samuel.

—¿Qué es eso?

Samuel levantó el cuaderno.

—Estaba en el bolsillo de Teodoro.

—¿Lo has cogido?

—Sí.

Carmen le lanzó una mirada desde la camilla.

—¿En serio? ¿Ahora robamos a pacientes sedados?

Samuel abrió el cuaderno.

—Tiene códigos.

La sala se quedó quieta otra vez.

—¿Códigos? —preguntó Irene por el audio.

Samuel pasó páginas.

—Iniciales. Fechas. Importes. Lugares. Pero también letras repetidas: S, M, C, A.

Marta, que estaba junto a Irene, se levantó.

—Déjame ver.

Samuel acercó el cuaderno a la cámara del pasillo.

Marta miró la pantalla.

Su cara cambió.

—No son compradores.

—¿Entonces? —preguntó Salvat.

Marta señaló una línea.

—Son lotes.

La palabra fue tan horrible que nadie la repitió.

Marta siguió, con la voz rota:

—Subasta. Lotes. Habitaciones. Traslados.

Mercedes se tapó la boca.

Vera cerró los ojos.

Raquel dejó de respirar.

Irene apoyó las manos sobre la mesa.

—¿Y las letras?

Marta tragó saliva.

—Categorías.

—No —dije.

No sé por qué lo dije.

No podía detener una palabra con otra.

Marta siguió:

—Sótano. Médico. Cliente. Archivo.

Salvat frunció el ceño.

—Archivo.

—Personas que no se vendían —dijo Marta—. Personas que se guardaban.

Silencio.

—¿Para qué? —preguntó Damián.

Marta miró el cuaderno en la pantalla.

—Para chantaje. Para favores. Para obligar a otros a obedecer pequeñas órdenes.

Pequeñas órdenes.

Otra vez.

Una puerta.

Un pase.

Una llamada.

Una jeringa.

Un informe retirado.

Una cámara tapada.

Un nombre borrado.

El cuaderno no era solo contabilidad.

Era un manual de obediencia.

Salvat guardó el cuaderno en una bolsa de pruebas.

—Esto va a custodia central.

Hugo soltó una risa seca.

—Después de lo que acabamos de vivir, esa frase me produce urticaria.

Salvat le miró.

—Lo sé.

—¿Y?

—Por eso no irá solo.

Damián levantó la cabeza.

—¿A dónde?

Salvat miró a Rivas.

Luego a Carmen.

Luego a nosotros por la cámara.

—Audiencia Nacional. Unidad especializada. Custodia duplicada. Copias certificadas. Y una filtración controlada si alguien intenta hacer desaparecer el material.

Irene alzó una ceja.

—¿Filtración controlada?

—He aprendido de ustedes —dijo Salvat.

Hugo sonrió.

—Qué miedo da esa frase en boca policial.

El móvil volvió a vibrar.

TARDE.

La pantalla mostró otra cámara.

Una sala elegante.

Mesa de madera.

Sillas tapizadas.

Un hombre mayor con toga colgada en un perchero hablaba por teléfono mientras metía documentos en una trituradora.

Debajo apareció un nombre:

MAGISTRADO BENITO SÁNCHEZ.

Hugo se quedó inmóvil.

—No.

Todos le miramos.

—¿Lo conoces? —pregunté.

Hugo no contestó enseguida.

Su cara había perdido todo rastro de humor.

—Fue el juez del caso de Clara.

Mercedes se agarró a Vera.

Irene cerró los ojos.

Damián soltó un juramento.

La trituradora seguía tragando papeles.

Lenta.

Metódica.

El móvil escribió:

LOS COMPRADORES PAGAN.

LOS JUECES ORDENAN QUÉ SE PUEDE MIRAR.

Debajo:

PRUEBA 18: EL JUEZ.

Y una cuenta atrás.

30:00

Hugo miró la pantalla como si acabaran de llamarlo por su nombre completo desde una tumba.

—Yo tengo acceso a él —dijo.

Damián giró hacia Hugo.

—¿Qué?

—No físico. Profesional. Fui abogado en aquel procedimiento. Todavía tengo contactos. Puede cogerme una llamada.

—Ni de coña —dijo Irene.

Hugo la miró.

—No he terminado.

—Ya sé adónde vas.

—Entonces llegas antes que yo. Felicidades.

—Quiere usarle —dije.

Hugo asintió.

—Quiere que le llame, que le advierta o que le haga hablar. Y probablemente nos ponga otra maldita elección delante.

El móvil vibró.

VERDAD ACEPTADA.

Hugo sonrió sin alegría.

—Qué detalle. Mi primer aprobado de la noche.

Damián se inclinó hacia él.

—No vas a hablar con un juez corrupto mientras estás drogado y con una pierna rota.

Hugo le miró.

—Claro que sí.

—Hugo.

—Damián, cariño, he pasado años hablando con corruptos vestido mejor y con menos morfina. Es casi mi medio natural.

Mercedes habló desde el fondo:

—¿Puede hacer que pare?

Hugo giró hacia ella.

La pregunta le quitó cualquier chiste de la cara.

—No lo sé.

—Pero puede intentarlo.

Hugo bajó la mirada.

—Sí.

Mercedes asintió.

—Entonces inténtelo.

No se lo pidió con dulzura.

Se lo ordenó con dolor.

Hugo cogió aire.

—Necesito mi móvil.

Salvat dudó.

El móvil de Juez Cero vibró.

DEJAD QUE EL DEFENSOR DEFIENDA ALGO ÚTIL.

Hugo cerró los ojos.

—Cómo odio que me escriba frases decentes.

Salvat entregó el móvil de Hugo, revisado y en altavoz.

Todos se acercaron.

Hugo buscó un contacto.

No temblaba por miedo.

O quizá sí.

Pero marcó.

Un tono.

Dos.

Tres.

El juez Benito Sánchez respondió con voz irritada:

—Latorre, no es buen momento.

Hugo miró la pantalla donde la trituradora seguía devorando papeles.

Luego a Mercedes.

Luego a nosotros.

Y dijo:

—Señoría, esta vez precisamente por eso llamo.

Capítulo 26 — El juez

—Señoría —dijo Hugo—, esta vez precisamente por eso llamo.

El silencio al otro lado de la línea fue breve.

Pero tuvo miedo dentro.

No mucho. Los hombres como Benito Sánchez no suelen regalar miedo al primer saludo. Lo administran. Lo esconden detrás de la voz, de los cargos, de los años firmando papeles que cambian vidas sin despeinarse.

—Latorre —dijo el juez—. No sé qué cree que está haciendo, pero está cometiendo un error.

Hugo miró la pantalla.

En ella, el magistrado seguía en su despacho, sujetando el móvil con una mano y metiendo documentos en la trituradora con la otra. Llevaba camisa blanca, tirantes, el pelo gris perfectamente peinado y la toga colgada en un perchero detrás, como si la justicia fuera una prenda que uno se ponía solo cuando había público.

—Eso me han dicho mucho esta noche —contestó Hugo—. Empiezo a pensar que quizá sea mi método.

Damián estaba a su lado, inclinado en la silla de ruedas, con las manos vendadas sobre las rodillas y los ojos fijos en la pantalla.

—Que no cuelgue —susurró.

Hugo tapó el micrófono con el pulgar.

—Gracias. Pensaba invitarle a merendar.

—Hugo.

—Lo tengo.

Quitó el dedo.

—Señoría, voy a hacerle una pregunta muy sencilla.

—No voy a responder a nada por teléfono.

—Claro que no. Usted siempre prefirió responder por escrito. Queda más limpio. Más sellado. Más muerto.

El juez dejó de meter papeles en la trituradora.

Un segundo.

Solo uno.

Luego siguió.

—Está drogado, Latorre.

Hugo sonrió sin alegría.

—Medicado. La diferencia es que esto lo paga el Estado.

—Cuelgue.

—No.

El juez respiró al otro lado.

—¿Quiere hundirse conmigo?

La sala entera se quedó inmóvil.

Hugo parpadeó.

Ese era el primer error del juez.

Pequeño.

Pero real.

—Curiosa forma de decir "soy inocente" —dijo Hugo.

Benito Sánchez cerró la mandíbula.

En la pantalla, la trituradora seguía devorando folios con un sonido suave, casi elegante.

Irene se acercó a Salvat.

—¿Dónde está?

—Sede judicial antigua. Despacho privado.

—¿Unidades?

Salvat habló por radio:

—Equipo en camino. Seis minutos.

La cuenta atrás del móvil de Juez Cero seguía bajando.

24:17

24:16

Hugo mantuvo el teléfono cerca.

—Señoría, le propongo algo.

Damián lo miró.

—¿Qué haces?

Hugo levantó un dedo para que callara.

—Le escucho —dijo el juez.

—No destruya más papeles.

Benito soltó una risa baja.

—Eso no es una propuesta. Es una súplica mal vestida.

—Tiene razón. La propuesta viene ahora.

Hugo tragó saliva. Los analgésicos le habían quitado parte del dolor, pero no la palidez. Tenía los ojos brillantes, la boca seca y la pierna inmovilizada, pero la voz le salió firme.

—Hable conmigo. Diez minutos. Solo diez. Si después quiere destruir su vida con la torpeza de un becario corrupto, no seré yo quien critique su falta de estilo.

El juez lo miró desde la pantalla.

—¿Y por qué iba a hablar con usted?

—Porque soy el único de esta sala que entiende lo que hizo.

Mercedes se puso rígida.

Raquel levantó la cabeza.

Damián apretó los puños.

Hugo no los miró.

No podía permitirse mirar a nadie.

—¿Ah, sí? —preguntó Benito.

—Sí. Los demás creen que usted vendió justicia por dinero, miedo, poder o favores. Muy vulgar. Muy de suplemento dominical. Yo creo que fue más pequeño. Más humano. Más sucio.

El juez no contestó.

La trituradora se detuvo.

Hugo respiró.

—Creo que usted no quiso ver.

Benito Sánchez sonrió apenas.

—Qué poético.

—No. Poético habría sido decir que la justicia se quitó la venda para mirar hacia otro lado. Pero estoy cansado y tengo una pierna rota, así que voy al grano.

Hugo se inclinó hacia el móvil.

—Usted leyó el informe. Leyó lo de las salidas bloqueadas. Leyó lo de Clara. Leyó lo de la llamada. Leyó lo del sótano.

El juez no dijo nada.

El móvil de Juez Cero vibró sobre la mesa.

VERDAD PARCIAL.

Hugo lo vio.

Todos lo vimos.

Hugo sonrió.

—Vaya. Parece que aún falta algo.

Benito giró la cabeza en la pantalla.

—¿Quién está ahí con usted?

—El público equivocado.

—No juegue conmigo, Latorre.

—Señoría, llevo tres años jugando para usted. Esta noche me he cansado.

El juez se acercó al escritorio. Apoyó las dos manos sobre la madera. Detrás de él, la trituradora abierta mostraba tiras de papel acumulándose como nieve sucia.

—Usted no sabe nada.

Hugo cerró los ojos.

—Esa frase debería estar prohibida después de medianoche.

—Yo no ordené ningún incendio.

—No he dicho eso.

—No compré a nadie.

—Tampoco he dicho eso.

—No bajé a ningún sótano.

—Eso seguro. Los hombres como usted no bajan. Mandan a otros y luego firman arriba.

La cara del juez cambió.

Ahí.

Otro golpe.

Otro milímetro.

—Cuidado —dijo Benito.

—No. Ya no.

Hugo miró a Mercedes.

Ella estaba de pie, junto a Vera, muy quieta.

—La madre de Clara está escuchando.

Benito Sánchez parpadeó.

—Eso es una manipulación emocional burda.

—Sí —dijo Hugo—. Pero justa.

El juez apartó la mirada.

La apartó.

Mercedes lo vio.

Y en ese gesto hubo más confesión que en cualquier frase.

Hugo siguió:

—También está Vera. Y Samuel. Y Nuria acaba de salir del sótano.

El juez levantó la cabeza.

Por primera vez perdió el control de la cara.

—¿Nuria?

La sala entera dejó de respirar.

El móvil vibró.

VERDAD DETECTADA.

Hugo no sonrió.

Ya no había nada que sonreír.

—Usted sabía su nombre.

Benito se quedó callado.

Hugo habló más bajo:

—Joder, sabía su nombre.

Damián golpeó la mesa con la mano vendada.

—Hijo de puta.

El juez recuperó algo de compostura.

—No entiende lo que había en ese expediente.

—Pues explíquelo.

—No.

—Entonces lo explicará la trituradora.

El juez miró los papeles.

Y ahí cometió otro error.

Miró demasiado rápido.

Salvat se acercó a la pantalla.

—Hay algo concreto en esos documentos.

Irene ya estaba de pie, tomando notas con la mirada.

—No está destruyendo todo. Está buscando algo.

El móvil de Juez Cero vibró.

EL JUEZ NO DESTRUYE PRUEBAS. DESTRUYE NOMBRES.

Hugo respiró hondo.

—Señoría, ¿qué nombres?

Benito Sánchez se quedó inmóvil.

—No sabe dónde está metido.

—No, pero estoy empezando a conocer el mobiliario.

—Hay gente por encima de mí.

—Eso dicen todos los cobardes con despacho.

—No es cobardía. Es estructura.

Hugo soltó una risa amarga.

—Claro. La gran palabra. Estructura. Red. Sistema. Siempre algo tan grande que nadie puede tener la culpa exacta.

Benito se acercó más al teléfono.

—¿Quiere una confesión bonita? ¿Eso quiere? ¿Una frase limpia para que puedan aplaudirse después de haber sobrevivido?

—No.

Hugo miró a Mercedes.

Luego a Vera.

Luego a mí.

—Quiero que deje de triturar.

—¿Y si no?

—Entonces le voy a contar algo que usted no sabe.

Benito sonrió.

—Lo dudo.

—Yo también lo dudaría. Tengo cara de haber perdido mucho prestigio esta noche.

Hugo se acomodó con una mueca de dolor.

—Juez Cero está emitiendo su despacho.

Benito se quedó quieto.

Muy quieto.

—Miente.

—No. Esta noche me está saliendo fatal.

La pantalla del móvil cambió.

Mostró el mismo despacho desde otro ángulo.

No era la cámara que teníamos.

Era otra.

Más cercana.

Enfocaba la trituradora.

La mano del juez.

Los papeles.

Y una carpeta roja parcialmente oculta bajo el escritorio.

Benito miró alrededor, por primera vez asustado de verdad.

—¿Dónde está?

Hugo bajó la voz.

—Eso venía a preguntarle yo.

El juez dejó el teléfono sobre la mesa y empezó a buscar con la mirada.

La cuenta atrás:

19:03

19:02

Salvat habló por radio:

—Equipos, aceleren. El magistrado está destruyendo pruebas. Posible riesgo de fuga.

La respuesta llegó entrecortada:

—Tres minutos.

Irene señaló la pantalla.

—La carpeta roja.

—¿Qué? —preguntó Rivas por audio.

—Bajo el escritorio. Está separada. Eso es lo que quiere destruir.

Hugo levantó la voz:

—Señoría.

Benito volvió al teléfono.

—¿Qué?

—Si mueve esa carpeta, todos sabremos que es importante.

El juez sonrió.

—Ya lo saben.

Y la cogió.

No para destruirla.

Para guardarla dentro de una caja fuerte empotrada en la pared.

—No —dijo Salvat.

Benito abrió la caja fuerte con un código.

La cámara de Juez Cero hizo zoom.

Demasiado zoom.

Los números se vieron reflejados en el cristal de un marco.

Irene los leyó en voz alta:

—Siete. Tres. Uno. Nueve. Dos. Cero.

Salvat repitió por radio:

—Código de caja fuerte: 731920.

Benito oyó a Irene.

Y entendió.

Su cara se vació.

—No…

Hugo cerró los ojos.

—Qué noche tan educativa.

El móvil vibró.

VERDAD ACEPTADA.

La caja fuerte quedó abierta.

Dentro había sobres.

Discos duros.

Un arma.

Y una fotografía.

Una fotografía vieja.

Un grupo de hombres y mujeres en una cena. Trajes. Copas. Sonrisas. Al fondo, un cartel discreto:

FUNDACIÓN CLARA LUZ

Mercedes soltó un sonido.

—No.

Vera la sujetó.

—Tía…

Mercedes miraba la pantalla como si acabaran de profanar algo que ni siquiera sabía que existía.

La fundación creada después de la muerte de su hija.

La que recaudaba dinero.

La que prometía ayudar a víctimas de incendios, negligencias, explotación.

La que había usado el nombre de Clara.

Hugo leyó la imagen.

—No puede ser.

Benito sacó la fotografía.

—Esto no tenía que salir.

—¿Qué es? —preguntó Hugo.

El juez lo miró con algo parecido a cansancio.

—La forma en que se lavaba el dinero.

Silencio.

La frase no necesitó detector.

No necesitó mensaje.

No necesitó nada.

Mercedes dio un paso atrás.

—Usaron su nombre.

Benito no contestó.

Mercedes repitió:

—Usaron el nombre de mi hija.

Y esa vez no fue una pregunta.

Fue una sentencia.

El juez tragó saliva.

—La fundación también pagaba tratamientos, asistencia, abogados…

—Y compraba silencio —dijo Irene.

Benito la miró.

—Compraba tiempo.

—Qué palabra tan elegante para decir lo mismo.

El móvil vibró.

PRUEBA 18: OBJETIVO REAL.

La imagen cambió.

La cámara enfocó la caja fuerte.

Dentro, detrás de los sobres, había un disco duro negro con una etiqueta blanca.

CLARA LUZ / DONANTES / RESERVA

Debajo apareció una nueva cuenta:

05:00

04:59

Y el mensaje:

SI EL JUEZ LO DESTRUYE, LA RED SIGUE.

Benito cogió el disco.

—No voy a caer solo.

Hugo habló rápido:

—Entonces no lo haga.

—Cállese.

—No. Escúcheme. Si destruye eso, no compra protección. Compra su muerte.

Benito se quedó quieto.

Hugo se inclinó hacia delante, con la cara blanca de dolor y los ojos muy abiertos.

—¿Cree que Juez Cero le está exponiendo por justicia? Le está limpiando. Usted es otro archivo que la red necesita borrar.

Benito miró la pantalla.

Dudó.

—No sabe eso.

—Claro que lo sé. Acabo de pasar la noche con gente que cerró puertas, falsificó versiones, escondió informes, sedó testigos y dejó llamadas en espera. ¿Y sabe qué tienen todos en común?

El juez no respondió.

—Que todos creían que obedecer una orden pequeña les protegería de algo más grande.

Hugo señaló el disco.

—Esa es su orden pequeña. Romperlo.

Benito miró el disco duro.

La mano le tembló.

La cuenta:

04:12

—Si lo entrega —dijo Hugo—, tal vez no salga limpio. No debería. Pero saldrá vivo con algo que negociar.

Damián murmuró:

—Siempre abogado.

Hugo tapó el micrófono.

—Sí. Esta vez a favor.

Lo destapó.

—Señoría, abra la puerta. Ponga el disco en la mesa. Manos visibles. Espere a la policía.

Benito soltó una risa.

—¿Y confiar en Salvat?

Salvat respondió desde nuestra sala:

—No. Confíe en que todo el país está mirando.

El juez oyó su voz.

—Mateo.

—Benito.

—Llegas tarde.
—Sí.
Salvat no se defendió.
—Pero estoy llegando.
Eso, por alguna razón, tuvo peso.
El juez miró la puerta de su despacho.
Luego el disco.
Luego la fotografía de la fundación.
—No entiende lo que hay ahí.
—Entonces deje que lo entendamos todos —dijo Irene.
Benito cerró los ojos.
La cuenta:
03:19
Y entonces sonó un golpe en la puerta del despacho.
No de policía.
Un golpe suave.
Dos veces.
Benito se quedó helado.
—No.
La cámara de Juez Cero giró sola hacia la puerta.
Otro golpe.
Una voz de mujer al otro lado:
—Señoría. Soy Clara Luz.
Mercedes se llevó una mano al pecho.
Vera susurró:
—No…
Hugo cerró los ojos.
—Qué enfermo.
Benito retrocedió.
—No abras —dijo Salvat por radio, aunque el juez no podía oírlo bien.
La voz volvió:
—Señoría, tiene que dejarme entrar.
Benito miró el teléfono.
—¿Quién es?
El móvil de Juez Cero vibró.

LA FUNDACIÓN TIENE MUCHAS VOCES.

La puerta se abrió un centímetro.

Benito levantó el arma de la caja fuerte.

—No entre.

Hugo gritó:

—¡No dispare!

La puerta se abrió más.

Entró una mujer joven, morena, con traje oscuro y una carpeta blanca en las manos. Temblaba. No parecía asesina. Parecía enviada.

Eso ya sabíamos lo que significaba.

—Me dijeron que le diera esto —dijo ella.

Benito apuntó.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¡Fuera!

La mujer lloraba.

—Me dijeron que si no entraba, publicaban mis vídeos.

Raquel se tapó la boca.

Otra pieza.

Otra orden pequeña.

La mujer dejó la carpeta en el suelo y levantó las manos.

Benito seguía apuntándole.

La cuenta:

02:08

Hugo habló con una calma que no sé de dónde sacó.

—Señoría, míreme.

Benito no lo miró.

—Benito —dijo Hugo—. Si dispara a esa mujer, la red gana. Si destruye el disco, la red gana. Si se encierra, la red gana.

El juez temblaba.

—Cállese.

—No.

—¡Cállese!

Hugo respiró.

—Clara volvió a bajar por Nuria. Usted solo tiene que no apretar un gatillo.

El silencio que siguió fue brutal.

Benito Sánchez bajó apenas el arma.

Apenas.

La mujer lloraba junto a la puerta.

01:34

Fuera del despacho se oyeron pasos.

Esta vez sí.

Policía.

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

Benito miró el disco.

Luego el arma.

Luego la mujer.

Luego el teléfono.

Y por fin hizo algo que no parecía elegante, ni judicial, ni calculado.

Dejó el disco en la mesa.

Apartó el arma.

Levantó las manos.

La puerta se abrió de golpe.

Agentes entrando.

Gritos.

Benito contra la pared.

La mujer al suelo, protegida.

La caja fuerte asegurada.

El disco dentro de una bolsa.

La cuenta llegó a cero.

No pasó nada.

Nada explotó.

Nada se cerró.

Nada ardió.

El móvil de Juez Cero mostró:

PRUEBA 18 COMPLETADA.

Debajo:

RESULTADO: UN JUEZ DETENIDO. UN DISCO RESCATADO. UNA VOZ NO DISPARADA.

Hugo dejó caer la cabeza contra el respaldo de la silla.

—Qué frase tan fea para algo tan importante.
Damián lo miró.
—Lo hiciste bien.
Hugo abrió un ojo.
—¿Perdona?
—No pienso repetirlo.
—No, no. Necesito testigos. Muchos. Preferiblemente notario.
Damián le enseñó el dedo corazón.
Hugo sonrió.
Pero le tembló la boca.
Mercedes no sonreía.
Miraba la fotografía de la fundación congelada en la pantalla.
—Clara Luz —susurró.
Vera le apretó la mano.
—Tía…
Mercedes levantó la cabeza.
—Eso acaba hoy.
Nadie discutió.
El móvil de Juez Cero vibró una última vez.
La pantalla se puso negra.
Luego blanca.
Luego apareció una frase:
AHORA TENÉIS NOMBRES, ARCHIVOS, TESTIGOS Y CULPABLES.
Otra línea:
PERO NO ME TENÉIS A MÍ.
Damián se inclinó hacia la mesa.
—Ya saldrá.
La pantalla respondió:
NO SE SALE DE UNA RED. SE TIRA DE ELLA.
Después apareció una ubicación.
No una dirección.
Un símbolo.
Un círculo.
Y debajo:
SALA CERO.
Salvat se puso de pie.

—No.

Irene lo miró.

—¿Qué es?

Salvat tardó en responder.

—El archivo original de Juez Cero. El primer caso.

—¿Dónde? —preguntó Damián.

Salvat miró el símbolo.

—Bajo los juzgados antiguos.

Hugo cerró los ojos.

—Por supuesto. El final tenía que ser en un sótano judicial. Simetría barata, pero eficaz.

El mensaje cambió:

VENID CON TODO LO QUE HABÉIS SALVADO.

Y luego:

O VENID SIN NADA Y SEGUIREMOS JUGANDO.

La pantalla se apagó.

Esta vez quedó negra.

De verdad.

Durante varios segundos nadie habló.

Después Mercedes se levantó.

—No.

Todos la miramos.

—No vamos a ir a otro juego —dijo—. No vamos a correr hacia donde nos llame como perros.

Salvat apretó la mandíbula.

—Si ahí está el origen…

—Entonces iremos —dijo Mercedes—. Pero no como jugadores.

Miró a Salvat.

A Rivas.

A Carmen.

A Irene.

A Raquel.

A nosotros.

—Como testigos. Con policías. Con jueces que no estén comprados. Con cámaras nuestras, no suyas. Con médicos. Con actas. Con nombres.

Hugo la miró, casi con admiración.

—Mercedes Beltrán, acaba de inventar el anticlímax legal más emocionante que he oído nunca.

Ella no le hizo caso.

—Mi hija pidió ayuda —dijo—. No espectáculo.

Y ahí, por fin, entendimos hacia dónde tenía que terminar todo.

No con otra prueba.

No con otra puerta.

No con otro cuerpo decidiendo si valía más que un archivo.

El final no podía ser jugar mejor.

El final tenía que ser dejar de jugar.

Capítulo 27 — No jugamos

Mercedes lo dijo y, por primera vez en toda la noche, nadie corrió.

Eso fue lo más extraño.

Habíamos aprendido a movernos con el miedo pegado a los talones. Una puerta se abría y entrábamos. Una cuenta atrás aparecía y obedecíamos. Una cámara mostraba a alguien en peligro y salíamos disparados, aunque no pudiéramos andar, aunque sangráramos, aunque el cuerpo estuviera ya más cerca del derrumbe que de la voluntad.

Pero Mercedes dijo:

—No vamos a ir a otro juego.

Y nos quedamos quietos.

El móvil estaba muerto sobre la mesa.

Negro.

Inofensivo a simple vista.

Qué palabra más absurda: inofensivo.

También una puerta puede parecer inofensiva antes de cerrarse.

Salvat fue el primero en reaccionar de verdad. No como jugador. Como policía.

—Rivas.

—Sí.

—Unidad judicial, delitos tecnológicos, científica, intervención, bomberos y sanitarios. Quiero una orden de entrada para los juzgados antiguos y una cadena de custodia nueva para todo lo incautado. Nada sale solo. Nada viaja sin copia. Nada se toca sin grabación.

Rivas asintió.

Tenía la cara gris, la voz todavía tocada por su confesión y una mirada distinta. Más baja. Menos blindada.

—Lo muevo.

—Y llama a la magistrada Valcárcel.

Hugo levantó la cabeza desde su silla.

—Inés Valcárcel.

Salvat lo miró.

—¿La conoce?

—Conozco a mucha gente. Es parte de mi encanto y de mi expediente moral.

—¿Es limpia?

Hugo tardó un segundo.

—Es incómoda.

Salvat asintió.

—Eso sirve.

Hugo añadió:

—Y me odia.

—Eso también sirve —dijo Damián.

Hugo le miró.

—Estás disfrutando demasiado de mi descrédito.

—Es de las pocas cosas buenas de la noche.

—Acepto.

Mercedes seguía de pie.

Pequeña. Empapada todavía. Agotada. Pero de pie.

A su lado, Vera tenía las manos esposadas por delante, con gasas bajo el metal. Ya no parecía la sombra que nos había esperado bajo la farola. Tampoco la vengadora que había entrado en el hospital con un mando y una voz rota.

Parecía una chica que había llegado al borde de su propia rabia y no sabía si dar un paso más o sentarse a llorar.

Samuel estaba enfrente de ella, sin acercarse.

Había una mesa entre ambos.

A veces una mesa es una distancia suficiente para no destruirse.

—Si vamos a Sala Cero —dijo Samuel—, él lo sabrá.

Mercedes le miró.

—Claro que lo sabrá.

—Entonces preparará algo.

—Claro que preparará algo.

—No lo entiende.

Mercedes se acercó un paso.

—Sí lo entiendo, Samuel. Lo entiendo mejor de lo que me gustaría. Preparará una puerta. Una amenaza. Una elección sucia. Una persona atada a algo. Un archivo a punto de arder. Lo que sea.

Respiró.

—Y precisamente por eso no vais a ir solos.

Samuel bajó la mirada.

No respondió.

Bien.

Algunas veces el silencio era el único sitio donde podía empezar a crecer algo que no fuera excusa.

Carmen apareció con una bandeja de café tan mala que, por primera vez, pareció algo hermoso.

—He traído combustible —dijo—. Sabe a castigo, pero despierta.

Hugo levantó la mano.

—Yo quiero.

—Tú no.

—¿Por qué?

—Porque mezclado con lo que te han dado, igual empiezas a ver a Dios, y bastante tenemos con Juez Cero.

—Justo.

Carmen dejó vasos sobre la mesa y miró a Salvat.

—¿Quién baja?

Salvat contestó enseguida:

—Equipo de intervención. Científica. Rivas. Yo. Una unidad sanitaria.

—Yo —dijo Carmen.

—No.

Carmen le sostuvo la mirada.

—Inténtalo otra vez, pero con menos ganas de quedar mal.

Salvat suspiró.

—Carmen…

—Si hay alguien abajo, vivo o medio vivo, vais a necesitar a alguien que no se desmaye al ver sangre y que sepa distinguir una vía de una cuerda. Voy.

—Esto puede ser peligroso.

Carmen señaló la sala entera con una mano.

—Gracias por avisar. Hasta ahora parecía un balneario.

Hugo sonrió con cansancio.

—Me casaría con ella solo por escucharla discutir con el cura.

—Tú no te casas con nadie hasta que traumatología termine contigo —dijo Carmen.

Damián bebió un sorbo de café y puso una cara de dolor distinta a todas las anteriores.

—Esto es peor que el horno.

—Eso es porque no sabéis valorar el sistema público —dijo Carmen.

Raquel estaba sentada frente al portátil, con las manos vendadas y la vista clavada en el mensaje que habían preparado para redes. Ya no hablaba a una cámara. Ahora escribía, borraba, volvía a escribir.

Irene estaba a su lado.

Las dos parecían soldados de una guerra extraña: una contra la mirada, la otra contra las palabras.

—Tenemos que decir que no se acerquen a los juzgados antiguos —dijo Raquel.

—Sin dar la ubicación exacta —añadió Irene.

—Ya se filtrará.

—Entonces repetimos lo contrario hasta que al menos algunos obedezcan.

Raquel asintió.

—"No acudáis a edificios judiciales ni a sedes policiales relacionadas con la investigación. Podéis entorpecer la entrada y poner vidas en riesgo."

—Bien.

Raquel la miró.

—Lo has dicho tú.

Irene casi sonrió.

—Al texto.

—Ya.

Hugo levantó su vaso vacío.

—Esto empieza a parecer una oficina. Una oficina horrible, pero oficina al fin.

Damián le miró.

—No te acostumbres.

—No puedo. Me falta ergonomía.

Lara estaba callada, junto a la camilla de Marcos.

Marcos llevaba rato sin hablar. No porque durmiera. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo. La pierna inmovilizada. La cara pálida. Las manos quietas sobre la manta.

Al oír "juzgados antiguos", giró apenas la cabeza.

—Benito Sánchez no era el único juez.

Nadie se movió.

Hugo fue quien habló.

—¿Qué has dicho?

Marcos tragó saliva.

—Esa noche… después del incendio… mi padre llamó a alguien.

Lara cerró los ojos.

No de sorpresa.

De cansancio.

Como si otra pieza horrible encajara justo donde ella temía.

—¿Tu padre? —preguntó Salvat.

Marcos asintió.

—Mi padre era procurador. Conocía a media ciudad. Yo le dije que había estado allí. Que había salido. Que una chica me había agarrado. Que había humo. Que… que no sabía qué hacer.

Damián murmuró:

—Y él sí.

Marcos cerró los ojos.

—Me dijo que no hablara. Que yo no había estado allí. Que todo se arreglaría si no hacía tonterías.

Hugo lo miraba con una seriedad amarga.

—¿A quién llamó?

—No lo sé.

El móvil muerto no vibró.

Todos lo miramos igual.

Nada.

Marcos abrió los ojos.

—No lo sé de verdad. Solo recuerdo una frase.

—Dila —ordenó Salvat.

—Dijo: "Benito puede contenerlo, pero si llega abajo, habrá que llamar a Cero."

La sala entera se quedó sin temperatura.

Abajo.

Cero.

Hugo susurró:

—Joder, Marcos.

—No sabía qué significaba.

—Siempre es tarde para saber —dijo Lara.

No sonó a reproche.

Sonó a epitafio.

Salvat habló con Rivas por radio.

—Añade al padre de Marcos Aranda a la lista de localización inmediata. Y revisa todas sus llamadas de la noche del incendio.

Marcos no protestó.

Eso fue una confesión propia.

Pequeña, pero real.

Mercedes miró a Marcos.

No con perdón.

No con odio.

Con esa tristeza dura de quien empieza a comprender que la muerte de su hija no había sido una línea recta, sino una tela de araña donde todos habían dejado algo pegado.

—Gracias por decirlo —dijo.

Marcos empezó a llorar.

No fuerte.

Solo se le llenaron los ojos y no hizo nada para esconderlo.

—Tarde —dijo.

Mercedes asintió.

—Sí.

Y no añadió nada más.

La magistrada Inés Valcárcel llegó cuarenta minutos después.

No parecía una salvadora.

Eso me gustó.

Era una mujer de unos cincuenta años, baja, con el pelo negro cortado a la altura de la mandíbula, abrigo gris, gafas finas y una expresión de haber sido sacada de la cama para enfrentarse a una catástrofe judicial, médica, criminal y posiblemente metafísica.

Entró en la sala, miró a Hugo en silla de ruedas y dijo:

—Latorre.

Hugo levantó la mano.

—Magistrada. Está usted guapísima para venir a arruinar redes criminales.

—Sigue siendo idiota.

—Con fractura.

—No mejora.

—Lo intento.

Valcárcel miró a Salvat.

—Tengo un resumen parcial. Quiero el completo en tres minutos y sin literatura.

Todos miramos a Hugo.

Él levantó las manos.

—Ni he abierto la boca.

Valcárcel escuchó.

No interrumpió casi nunca.

Eso también me gustó.

Los buenos no siempre son los que hablan bien. A veces son los que saben callar sin desaparecer.

Salvat explicó Sala Cero, los juzgados antiguos, la red, el disco, el informe, el sótano, Nuria, Ledesma, Teodoro, Benito Sánchez, la fundación Clara Luz, el móvil, las pruebas, los vídeos, las listas.

Cada palabra parecía absurda al salir en voz alta.

Y aun así, la magistrada no hizo la pregunta más inútil del mundo:

¿Están seguros?

Solo dijo:

—Entramos con acta, cámaras oficiales, técnicos propios, dos fedatarios y equipo de intervención. Nada de retransmisiones públicas. Nada de móviles personales. Nada de héroes.

Damián levantó una mano.

—Yo ni siquiera puedo levantarme.

—Mejor —dijo Valcárcel.

Damián parpadeó.

Hugo sonrió.

—Me cae bien.

Valcárcel lo miró.

—Usted tampoco va.

—Me cae menos.

—Nadie herido baja.

—Entonces baja media ciudad menos nosotros —murmuró Hugo.

Valcárcel lo ignoró.

—Los testigos principales se quedan bajo custodia en hospital. Se les tomará declaración ampliada y se protegerá la identidad de cualquier víctima viva. Especialmente Nuria.

Raquel levantó la cabeza.

—¿Y los vídeos que ya están fuera?

Valcárcel se volvió hacia ella.

—Se perseguirán difusiones que vulneren derechos de víctimas. Pero no puedo prometerle que desaparezcan.

Raquel bajó la mirada.

—Ya.

La magistrada añadió:

—Sí puedo prometer que esta vez no vamos a fingir que mirar es inocente.

Raquel la miró otra vez.

Eso sí le llegó.

A veces una frase jurídica, dicha por alguien que entiende que detrás hay sangre, puede parecer casi humana.

Carmen entró con una mochila médica.

—Voy.

Valcárcel la miró.

—¿Nombre?

—Carmen Villar. Supervisora de planta. Treinta y siete años de servicio y una paciencia fallecida recientemente.

Valcárcel la observó.

—¿Está en condiciones?

—No, pero soy la mejor opción.

La magistrada asintió.

—Me vale.

Carmen sonrió a medias.

—Me gusta esta.

Hugo suspiró.

—Bienvenida al club.

La operación se preparó sin nosotros.

Esa fue otra forma de tortura.

Vimos cómo se organizaban vehículos, equipos, órdenes, copias, discos, bolsas de pruebas, actas, cámaras oficiales. Vimos a Salvat guardar el disco de Clara Luz en una caja sellada. Vimos a Rivas firmar un documento con la mano temblándole apenas. Vimos a Valcárcel revisar cada bolsa de pruebas con una precisión fría. Vimos a Carmen discutir con un sanitario porque quería llevar dos bolsas de emergencia y él decía que con una bastaba.

—Una basta cuando sabes qué vas a encontrar —dijo ella—. Como no lo sabemos, llevo dos.

Ganó Carmen.

Por supuesto.

Antes de irse, Mercedes se acercó a Valcárcel.

—Quiero que conste algo en el acta.

La magistrada asintió.

—Diga.

Mercedes respiró.

—Mi hija se llamaba Clara Beltrán. No "la víctima del incendio". No "la chica del vídeo". No "el caso". Clara Beltrán.

Valcárcel no parpadeó.

—Constará.

—Y Nuria no será "la mujer del sótano".

—Tampoco.

Mercedes asintió.

—Bien.

No dio las gracias.

No hacía falta.

A veces agradecer por lo mínimo debería ser innecesario.

Salvat, Rivas, Valcárcel, Carmen, científica y el equipo de intervención salieron hacia los juzgados antiguos.

Nosotros nos quedamos en una sala segura del hospital, rodeados de agentes, monitores oficiales y una sensación horrible de espera.

La pantalla mostraba la entrada de los juzgados antiguos.

Un edificio enorme, abandonado parcialmente, de piedra gris y ventanas altas. Había sido sede judicial durante décadas, antes de que la ciudad inaugurase un complejo nuevo con cristal, metal y la promesa siempre mentirosa de que los edificios modernos vuelven moderna la justicia.

Los juzgados antiguos parecían otra cosa.

No un edificio.

Una mandíbula.

El convoy llegó sin sirenas.

Ese fue el primer cambio.

Nada de espectáculo.

Nada de luces innecesarias.

Nada de alimentar al monstruo.

Solo vehículos entrando, agentes bajando, técnicos preparando cámaras oficiales, Valcárcel leyendo la orden en voz alta ante dos testigos judiciales.

—Entrada autorizada en dependencias subterráneas conocidas como Sala Cero, con objeto de asegurar pruebas, proteger potenciales víctimas y detener a cualquier persona implicada en la red denominada Juez Cero.

Hugo miró la pantalla.

—Es raro.

—¿Qué? —pregunté.

—Escuchar una frase sensata antes de entrar en un sitio horrible.

Damián, a su lado, murmuró:

—A lo mejor funciona.

Hugo le miró.

—Eso ha sonado optimista.

—Estoy sangrando por dentro, no soy de piedra.

—Precioso.

—Cállate.

La entrada principal estaba sellada, pero no bloqueada.

Otro cambio.

Esperábamos una puerta con frase pintada.

Una cuenta atrás.

Un mensaje.

Nada.

Solo una cerradura antigua y un funcionario de mantenimiento temblando mientras entregaba las llaves.

Valcárcel miró a la cámara oficial.

—Hora de entrada: 07:42.

Carmen se ajustó la mochila.

—Vamos a abrir la boca del muerto.

Nadie supo si lo dijo para sí misma o para nosotros.

Entraron.

El interior de los juzgados antiguos estaba cubierto de polvo y ecos.

Pasillos largos.

Puertas de madera.

Cristales opacos.

Bancos donde cientos de personas habrían esperado sentencias, divorcios, embargos, denuncias, absoluciones, condenas, vidas partidas en carpetas.

La cámara oficial avanzaba despacio.

Sin música.

Sin cortes.

Sin el pulso enfermizo de Juez Cero.

Eso también daba miedo, pero de otra manera.

Era miedo con acta.

Llegaron a una escalera lateral cerrada por una verja.

Salvat mostró el símbolo que el móvil había enviado: un círculo.

En la verja había el mismo símbolo grabado en una placa vieja, casi invisible.

Rivas enfocó con la linterna.

—Sala de archivo inferior.

Valcárcel leyó el plano.

—No figura como Sala Cero.

Hugo murmuró:

—Los monstruos rara vez se inscriben con nombre comercial.

La verja se abrió con una llave de mantenimiento.

Bajaron.

Escalones de piedra.

Humedad.

Paredes con desconchones.

Una bombilla cada varios metros.

Carmen iba en medio del grupo, no delante. Se notaba que odiaba no ir delante.

Al llegar al primer rellano, apareció la primera frase.

No en una pantalla.

No con pintura fresca.

Estaba grabada en la pared, antigua, como si alguien la hubiera raspado allí años atrás:

TODO JUICIO NECESITA PÚBLICO.

Raquel se estremeció.

Irene le tocó la mano vendada.

No dijo nada.

La cámara siguió.

Segundo tramo.

Otra frase:

TODO PÚBLICO NECESITA CULPA.

Damián apretó los dientes.

Tercer tramo.

La puerta.

Era metálica, gris, enorme. No tenía pomo. Solo un lector viejo, una rueda manual y una placa.

SALA CERO.

Valcárcel leyó de nuevo la orden. La cámara enfocó. Los técnicos revisaron la puerta antes de tocarla. Un artificiero pasó un detector. Otro comprobó el marco.

Nada.

Nada visible.

Salvat miró a Carmen.

—¿Alguna corazonada?

—Sí. Que no me gusta nada.

—Eso ya lo sabíamos.

—Pues no preguntes si no quieres sabiduría.

Abrieron.

No con violencia.

No con prisa.

No como jugadores.

La puerta cedió hacia dentro.

Y la Sala Cero apareció.

No era una mazmorra.

No era un quirófano.

No era una fábrica.

Era un archivo.

Un archivo enorme, circular, con estanterías desde el suelo hasta el techo. Carpetas. Cintas. Discos. Fotografías. Monitores apagados. Mesas con etiquetas. Sillas alineadas frente a una pared cubierta de pantallas negras.

En el centro había un atril.

Sobre él, una cámara antigua.

Y debajo de la cámara, un cartel escrito a máquina:

CONFIESE AQUÍ.

Hugo susurró:

—Qué vulgar.

Nadie le mandó callar.

Porque tenía razón.

Después de tanta sangre, tanta trampa, tanta frase envenenada, el corazón del monstruo era eso:

un sitio para grabar a la gente rompiéndose.

Valcárcel ordenó:

—Nadie toca nada sin fotografía previa.

Científica empezó a trabajar.

Fotografías.

Marcadores.

Vídeo continuo.

Registro.
Bolsas.
Salvat avanzó hacia la pared de pantallas.
Una se encendió sola.
Todos en el hospital nos quedamos rígidos.
En la pantalla apareció la Sala Cero desde otro ángulo.
Luego nuestra sala del hospital.
Luego la carretera.
Luego el sótano de La Casa Azul.
Luego el despacho del juez.
Luego un texto blanco sobre fondo negro:
NO HABÉIS APRENDIDO.
Carmen soltó una blasfemia.
El texto cambió:
HABÉIS TRAÍDO PÚBLICO.
Valcárcel se adelantó.
—No. Hemos traído testigos.
La pantalla parpadeó.
Por primera vez, pareció no tener respuesta inmediata.
Hugo sonrió despacio.
—Oh.
Damián lo miró.
—¿Qué?
—No le gusta el lenguaje formal.
La pantalla volvió a escribir:
LOS TESTIGOS MIENTEN.
Valcárcel respondió sin levantar la voz:
—Por eso se contrasta.
LAS PRUEBAS ARDEN.
—Por eso se copian.
LOS CULPABLES HUYEN.
—Por eso se detienen.
LAS VÍCTIMAS CALLAN.
Mercedes se puso de pie frente a la pantalla del hospital.
Aunque Juez Cero no pudiera verla.
O quizá sí.

—No todas.

La pantalla de Sala Cero quedó negra un segundo.

Luego apareció una transmisión nueva.

Un hombre sentado en una silla.

No se le veía la cara.

Solo las manos.

Manos viejas.

Quietas.

Sobre la mesa, delante de él, había una máscara blanca.

No la llevaba puesta.

La tenía delante.

Como una broma.

Como una amenaza.

Como un final barato escrito por alguien que aún creía tener el control.

La voz sonó por los altavoces de Sala Cero y por nuestra pantalla del hospital.

Vieja.

Ronca.

Tranquila.

—Bienvenidos al origen.

Salvat apuntó hacia la pantalla.

—Ubicación.

El técnico respondió desde el hospital:

—Intentando triangular.

La voz siguió:

—Habéis elegido venir con jueces, policías, cámaras y actas. Muy civilizado.

Hugo murmuró:

—Gracias.

—Pero la civilización —continuó la voz— es solo una forma lenta de cerrar puertas.

Damián gritó hacia la pantalla:

—Da la cara.

La voz rio.

No fuerte.

Peor.

Con ternura.

—Siempre queréis una cara. Una cara os permite dormir. Una cara os permite decir: era él. Era ella. Era un monstruo. Se acabó.

La cámara enfocó las manos viejas.

Una de ellas acarició la máscara blanca.

—Pero yo no soy una cara.

Valcárcel habló desde Sala Cero:

—Está grabado. Todo lo que diga será incorporado a la causa.

—Las causas también se archivan, magistrada.

—No todas.

Silencio.

Otra pequeña victoria.

Carmen, en Sala Cero, estaba mirando las estanterías.

No la pantalla.

Las estanterías.

—Salvat —dijo—. Aquí hay nombres.

La cámara giró.

Carpetas etiquetadas.

No con apellidos.

Con acciones.

CALLAR.

CERRAR.

GRABAR.

DEFENDER.

MENTIR.

MIRAR.

HUIR.

PRESTAR.

SEDAR.

ARCHIVAR.

COMPRAR.

JUZGAR.

Cada carpeta era una puerta.

Cada puerta, una persona.

Cada persona, una orden pequeña.

Raquel empezó a llorar de nuevo.

Pero esta vez no se tapó la cara.

La voz dijo:

—Todo el mundo tiene una etiqueta, Carmen Villar. Incluso usted.

Carmen levantó la mirada hacia la pantalla.

—La mía pone "no me toques los cojones".

Hugo se llevó una mano al pecho.

—Maravillosa.

La voz no respondió enseguida.

Luego dijo:

—Humor. Última defensa de los que no quieren mirar.

Carmen sonrió sin alegría.

—No, cielo. A veces es la forma de no dejarte elegir el tono.

La pantalla parpadeó.

Damián susurró:

—Le está molestando.

Sí.

Lo estaba.

No porque Carmen lo insultara.

Sino porque no jugaba con solemnidad.

Juez Cero necesitaba gravedad. Necesitaba que cada frase suya pareciera un mandamiento. Necesitaba que nos sintiéramos dentro de su teatro.

Carmen le estaba arrastrando las cortinas por el suelo.

Valcárcel ordenó a los técnicos:

—Copien todo. Primero las carpetas de acciones. Después los soportes digitales. Nadie responde a provocaciones.

La voz dijo:

—Si copian esa sala, habrá consecuencias.

Valcárcel ni parpadeó.

—Si no la copiamos, también.

La voz calló.

Otra vez.

El técnico del hospital levantó la cabeza.

—Tengo una ruta parcial de la señal.

Salvat lo oyó por el canal.

—¿Dónde?

—Rebota en varios nodos, pero uno está activo cerca de los juzgados. Muy cerca.

La cámara de Sala Cero enfocó el plano del edificio.

El técnico siguió:

—No está fuera. Está dentro.

Carmen miró al techo.

—Claro que está dentro.

La voz rio.

—Al fin.

Las luces de Sala Cero se apagaron.

No todas.

Solo algunas.

Las pantallas de la pared se encendieron a la vez.

Y en cada una apareció una cuenta atrás distinta.

No para matar a alguien.

Para borrar.

ARCHIVO CALLAR: 05:00

ARCHIVO CERRAR: 05:00

ARCHIVO GRABAR: 05:00

ARCHIVO DEFENDER: 05:00

ARCHIVO MENTIR: 05:00

ARCHIVO MIRAR: 05:00

Valcárcel habló con frialdad absoluta:

—Copias prioritarias. Ya.

Los técnicos se movieron.

Salvat y Rivas empezaron a retirar discos.

Científica fotografiaba a toda velocidad.

Carmen abrió una carpeta al azar.

—Aquí hay una dirección.

Salvat la miró.

—¿Cuál?

Carmen se quedó helada.

—Hospital San Telmo.

La voz dijo:

—Toda red tiene un corazón. Habéis abierto uno de sus pulmones.

El técnico del hospital gritó:

—La señal interna vuelve a San Telmo.

Todos miramos alrededor.

Nuestra sala.

El hospital.

El lugar seguro.

El lugar donde estaban Mercedes, Vera, Nuria, Ledesma, Teodoro, Marcos, Hugo, Damián, Raquel, Irene, Samuel.

La voz terminó la frase:

—Y el corazón está donde todos descansan.

El sistema de luces del hospital parpadeó.

Una vez.

Dos.

Carmen gritó desde la pantalla:

—¡No dejéis sola la UCI!

Yo ya estaba de pie.

Me dolían los pies, las manos, el hombro y todo lo que tenía nombre.

Pero esta vez no corrí hacia un juego.

Corrí hacia una persona.

Capítulo 28 — El corazón

Corrí hacia la UCI.

O eso intenté.

La verdad fue menos heroica: avancé cojeando, apoyándome en la pared, con los pies vendados abriéndose por dentro a cada paso y el hombro recordándome que el cuerpo tiene formas muy poco poéticas de pedir la baja.

Pero avancé.

No hacia una prueba.

No hacia una frase pintada.

No hacia una pantalla.

Hacia una puerta detrás de la cual había gente que respiraba porque otras personas estaban haciendo bien su trabajo.

Eso, después de todo, parecía casi revolucionario.

—¡Nadia! —gritó Irene detrás de mí.

—¡UCI!

—¡No puedes correr!

—¡Ya me he dado cuenta!

Damián intentó seguirme en su silla. Hugo fue detrás, también en silla, con una coordinación que habría dado pena en cualquier otra circunstancia.

—¡Aparta! —gruñó Damián.

—¡Voy a mi velocidad máxima! —contestó Hugo—. ¡Esto no trae modo persecución!

Raquel se quedó en la sala con el portátil, pero su voz salió por el altavoz interno que el técnico acababa de abrir.

—Atención a todo el personal de San Telmo. No obedezcáis órdenes verbales no verificadas. Repito: ninguna orden verbal sobre UCI, gases medicinales, traslados o sedación sin doble comprobación presencial.

Irene añadió desde detrás:

—Y que nadie entre en UCI sin identificación visible y confirmación del puesto de control.

Hugo, jadeando, murmuró:

—Eso ha sonado precioso. Terror administrativo, pero precioso.

Las luces del pasillo parpadearon.

Una vez.

Dos.

Luego el hospital soltó un pitido nuevo.

No era la alarma de incendio.

Era peor.

Más bajo.

Más técnico.

Más de máquinas avisando de que algo importante estaba dejando de funcionar.

Paula apareció desde un lateral con una tablet en la mano.

—Presión de oxígeno en UCI bajando.

El mundo se estrechó.

—¿Cuánto?

—Setenta y dos por ciento.

—Eso no es una caída normal.

—No.

Damián giró su silla con tanta brusquedad que casi volcó.

—¿Qué significa?

Paula me miró a mí.

No quería decirlo delante de todos.

Eso ya lo decía todo.

—Si sigue bajando, los ventiladores pueden fallar.

Hugo cerró los ojos.

—El corazón.

Sí.

El corazón no era una persona.

Era la respiración de todos los que no podían respirar solos.

Nuria.

Teodoro.

Tomás Ledesma.

Y otros pacientes que no tenían nada que ver con Clara, con La Casa Azul, con nuestras culpas ni con un psicópata que había convertido la ciudad en un tablero.

Eso fue lo más sucio.

Juez Cero no estaba atacando solo a los testigos.

Estaba atacando el lugar donde la gente duerme porque no le queda fuerza para hacer otra cosa.

Paula ya corría.

—La central de gases está en el sótano técnico.

—No vas sola —dije.

—Tú no puedes bajar.

—No he dicho que vaya yo.

Damián levantó la mano.

—Yo sí.

Paula le miró.

Luego miró la silla de ruedas.

Luego, por una vez, no tuvo que decir nada.

Damián gruñó:

—Vale. No era mi mejor idea.

Hugo alzó un dedo.

—Estamos evolucionando. Ha descartado una estupidez sin intervención médica.

—Cállate.

—Con gusto. Me falta aire social.

Un mensaje apareció en el móvil de Salvat, que alguien había dejado conectado en la sala segura. La pantalla se replicó en el monitor del pasillo.

PRUEBA 19: EL CORAZÓN.

LOS QUE DUERMEN NO PUEDEN ELEGIR.

Debajo, la presión del oxígeno.

68 %

67 %

66 %

Paula se quedó mirando el número.

La vi cambiar.

La chica que había perdido el pase.

La que había gateado por un conducto.

La que se estaba cansando de pedir perdón con la cara.

—Voy a la central —dijo.

—Con seguridad —contestó Irene.

Dos agentes se colocaron junto a ella.

Raquel habló por megafonía interna:

—Personal de mantenimiento, acudid a central de gases solo si podéis identificaros ante policía. Nadie cierre válvulas. Nadie siga instrucciones telefónicas.

El móvil vibró.

DEMASIADO TARDE.

Paula salió corriendo con los agentes.

Yo seguí hacia UCI.

No podía bajar al sótano técnico. No podía forzar una puerta. No podía cargar un cuerpo. Pero conocía una UCI. Conocía monitores. Conocía el sonido exacto de una máquina cuando el aire deja de ser una promesa y se convierte en cálculo.

Al llegar a la entrada, encontré a Narbona.

Esposada.

Custodiada.

Pálida.

—Hay que activar respaldo manual —dijo antes de que nadie le preguntara.

—¿Cómo? —pregunté.

—El sistema tiene bypass en cuadro interno de UCI. Pero necesita código de dirección médica y validación de enfermería.

—¿Código?

Me miró.

Durante un segundo volvió a ser la directora soberbia.

Luego vio el pasillo, las luces, los agentes, los monitores pitando detrás del cristal.

Y dejó de serlo.

—Cero. Tres. Siete. Clara.

Nadie habló.

Carmen la habría insultado.

Yo no tuve fuerzas.

—¿Pusiste Clara como código?

Narbona bajó la mirada.

—No por ella. Por el protocolo que cambiamos después.

—Qué detalle tan miserable.

—Sí.

La pantalla del pasillo mostró:

VERDAD ACEPTADA.

Narbona cerró los ojos.

—El panel está dentro, a la derecha.

Entré en UCI con una enfermera y un agente.

El aire estaba lleno de pitidos.

Eso es una UCI: una habitación donde las máquinas hablan porque los cuerpos no pueden hacerlo con suficiente fuerza.

Nuria estaba en el box 2.

No la vi bien. Solo una manta, tubos, una mano pequeña sobre la sábana y Carmen, que acababa de volver de Sala Cero por el canal de audio, gritando desde la pantalla portátil:

—¡Nadia, no toques nada que no sepas tocar!

—¡Yo también fui enfermera!

—¡Por eso lo digo!

Casi me reí.

No pude.

El panel de bypass estaba donde Narbona dijo. La enfermera de UCI puso su clave. Yo marqué el código de dirección.

0-3-7-C-L-A-R-A

La pantalla parpadeó.

ACCESO DENEGADO.

—No.

La enfermera volvió a intentarlo.

ACCESO DENEGADO.

El móvil de Salvat vibró en el monitor.

LOS CÓDIGOS TAMBIÉN SE CAMBIAN.

Damián, desde el pasillo, rugió:

—¡Voy a matar un teléfono!

Hugo dijo:

—Ponte a la cola.

La presión bajó.

58 %

57 %

En los boxes, el personal empezó a moverse de verdad.

No en pánico.

Mejor.

Con oficio.

Bombonas portátiles.

Ambús.

Cilindros de respaldo.

Una enfermera cambió a un paciente a oxígeno de emergencia. Otra desconectó un ventilador de la red central y lo pasó a botella. Un médico gritaba órdenes cortas. Nadie esperaba una pantalla.

Eso era lo que Juez Cero no entendía.

O quizá era lo que odiaba.

La gente haciendo su trabajo sin convertirlo en teatro.

Raquel habló de nuevo por megafonía:

—A todo el personal: si recibís una orden que os parezca pequeña pero rara, parad. Verificad. Preguntad. No obedeced solos.

La frase recorrió el hospital.

No como una arenga.

Como un antídoto.

Desde la tablet de Paula llegó audio.

—Estoy en central.

Su voz venía entrecortada, con ruido de pasos y metal.

—Hay un técnico aquí. Mario. Dice que recibió una llamada para cerrar una línea por contaminación.

—No cierres nada —dijo Irene.

Una voz masculina, temblorosa, respondió:

—Ya la cerré.

Silencio.

—La cerré hace cinco minutos. Me dijeron que era una fuga. Que si no lo hacía, morían pacientes.

El móvil vibró:

VERDAD ACEPTADA.

Paula habló muy despacio:

—Mario, mírame. ¿Puedes abrirla?

—Sí, pero el sistema está bloqueado.

—¿Manual?

—Hay una válvula de purga y un puente de emergencia, pero necesita dos personas.

—Somos tres.

—Y si abro mal…

Paula no le dejó terminar.

—Si no abres, ya está mal.

Esa frase fue de Carmen.

Aunque Carmen estuviera en otro edificio.

Aunque Paula la dijera con otra voz.

La presión en UCI bajó.

49 %

Un monitor empezó a gritar en el box 2.

Nuria.

Carmen lo oyó por el canal abierto y perdió la poca paciencia que le quedaba a distancia.

—¡Ambú en Nuria ya! ¡No esperéis al sistema!

La enfermera de UCI entró al box. Yo fui detrás hasta la puerta.

No podía entrar.

No debía.

Pero vi la mano de Nuria moverse.

Sus dedos buscaron algo en la sábana.

La enfermera ventilaba manualmente. Una doctora ajustaba la vía. Otro enfermero cambiaba cilindro.

No había juego.

Había trabajo.

Había manos.

Había gente que no preguntaba si merecía la pena.

La tablet de Paula crujió.

—Abriendo bypass manual en tres.

Mario, el técnico, respiraba como si fuera a desmayarse.

—No puedo.

Paula respondió:

—Sí puedes.

Luego añadió:

—Y no lo digo como frase bonita. Lo digo porque tienes la mano en la válvula y yo en el puente. Abres tú o se muere alguien que no

conoce tu nombre.

Mario soltó un sollozo.

—Uno —dijo Paula.

El hospital entero pareció escuchar.

—Dos.

Hugo murmuró desde el pasillo:

—Odio los tres. Pero este me gusta un poco.

—Tres.

En la pantalla, el porcentaje dejó de bajar.

44 %

Se quedó ahí.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Luego subió.

45 %

48 %

52 %

En UCI, los pitidos no cesaron, pero cambiaron de tono.

Cambiaron lo suficiente.

El médico del box 2 levantó la vista.

—Recupera.

Yo apoyé la frente en el cristal.

No por dramatismo.

Porque si no lo hacía, me caía.

La tablet de Paula mostró su cara manchada de polvo y sudor.

—La válvula está abierta. Mario ha bloqueado manualmente el cierre.

La voz de Mario apareció detrás:

—No voy a soltarla.

Damián dijo, muy bajo:

—Bien.

Nadie le corrigió.

El móvil de Salvat vibró.

PRUEBA 19 COMPLETADA.

Debajo:

RESULTADO: UN HOSPITAL DESOBEDECIÓ. UNA ORDEN PEQUEÑA FUE DETENIDA. EL CORAZÓN SIGUE.

Hugo leyó la frase.

—Por una vez, casi escribe algo útil.

Entonces el mensaje cambió.

SALA CERO: COPIA 83 %.

Después:

DECIDID QUÉ VALE MÁS: EL CORAZÓN O EL ORIGEN.

La trampa intentaba volver.

Siempre volvía.

En la pantalla oficial vimos Sala Cero.

Valcárcel estaba allí, quieta, mientras los técnicos copiaban discos y carpetas a toda velocidad. Salvat miraba el mensaje en su móvil. Carmen, desde el centro de la sala, levantó la cabeza.

—Ni se os ocurra mover a nadie de aquí.

Salvat la miró.

—El hospital acaba de sufrir un ataque.

—Y el hospital acaba de responder —dijo Carmen—. Vosotros copiad.

Valcárcel asintió.

—No jugamos. Seguimos el procedimiento.

El móvil vibró.

Nada.

Solo una vibración seca.

Como rabia.

La copia subió.

87 %

91 %

En el hospital, Paula seguía abajo con Mario, manteniendo abierto el bypass manual. En UCI, los pacientes estaban conectados a respaldo. Nuria seguía viva. Teodoro seguía vivo. Tomás Ledesma seguía vivo.

En Sala Cero, las carpetas salían una a una. Cada acción. Cada etiqueta. Cada pequeño crimen.

94 %

96 %

Entonces se abrió una puerta en el fondo de Sala Cero.

Nadie la tocó.

Se abrió sola.

La cámara oficial giró.

Detrás no había un pasillo de tortura.

No había una silla.

No había una víctima.

Había una habitación pequeña.

Una mesa.

Un micrófono.

Un monitor encendido.

Y una taza de café todavía humeando.

Carmen dijo lo que todos pensamos:

—El muy cabrón estaba aquí.

Salvat entró con dos agentes.

La habitación olía a polvo, cable caliente y café reciente.

Sobre la mesa había una libreta abierta.

Solo una frase escrita a mano:

Habéis aprendido a llegar juntos. Ahora veremos si sabéis acusar juntos.

Debajo, una dirección.

No de un sitio.

De una emisión programada.

Irene la leyó desde el hospital, ampliando la imagen.

—Va a emitir algo.

El técnico confirmó:

—En… nueve minutos.

Hugo cerró los ojos.

—El final siempre quiere público.

Valcárcel habló con una calma que empezaba a parecer una forma de violencia:

—Pues lo tendrá. Pero no el suyo.

Miró a la cámara oficial.

—Preparen señal institucional. Comparecencia conjunta. Ahora.

Salvat la miró.

—¿Desde Sala Cero?

—Desde Sala Cero.

Mercedes, en el hospital, se puso de pie.

—Yo hablo.

Vera la miró.

—Tía…

—Yo hablo —repitió.

Raquel e Irene se miraron.

Hugo dejó escapar una risa pequeña, agotada.

—El monstruo pidió público.

Damián terminó la frase:

—Le vamos a dar testigos.

Y por primera vez desde el principio, la cuenta atrás que apareció en la pantalla no pareció mandarnos.

Pareció esperarnos.

09:00

08:59

Esta vez no íbamos a correr.

Íbamos a llegar a tiempo de otra manera.

Capítulo 29 — La voz

La cuenta atrás ya no parecía una amenaza.

Eso fue lo raro.

Seguía ahí, enorme, blanca, perfecta, bajando segundo a segundo en la pantalla de Sala Cero.

08:58

08:57

08:56

Pero por primera vez no nos obligaba a correr hacia una puerta, ni a levantar una mesa, ni a salvar a alguien atado a una silla, ni a elegir entre un archivo y un cuerpo.

Nos obligaba a hablar.

Y quizá por eso daba más miedo.

Porque correr, aunque duela, siempre parece más fácil que decir la verdad sin gritarla.

Valcárcel tomó el control con una frialdad que casi era hermosa.

—Señor Salvat, quiero señal institucional en cinco minutos. Sin edición. Sin cortes. Sin música. Sin rótulos dramáticos. Esto no es un documental.

Hugo, desde su silla de ruedas, murmuró:

—Qué pena. Yo ya tenía título: Culpables, goteros y otros desastres.

Damián le miró.

—Voy a empezar a echar de menos cuando estabas inconsciente.

—Nunca he estado inconsciente. Solo brevemente menos brillante.

—Eso explica mucho.

Mercedes estaba de pie junto a la mesa del hospital.

Vera la miraba como se mira a alguien que está a punto de entrar en una habitación de la que quizá salga distinta. No peor. No mejor. Distinta.

—Tía —dijo Vera—. No tienes que hacerlo.

Mercedes le acarició la cara.

—Clara tampoco tenía que bajar.

La frase cerró cualquier discusión.

Vera bajó la mirada.

Samuel estaba al otro lado, con las muñecas vendadas, la cara rota de cansancio y una culpa que ya no sabía dónde ponerse.

—Mercedes —dijo—, yo…

Ella le cortó con suavidad.

—Ahora no, Samuel.

Él cerró la boca.

Por una vez, obedeció sin parecer humillado.

Raquel preparó la transmisión desde el portátil, junto al técnico. Irene redactaba una nota breve para acompañar la comparecencia. No un titular. No una frase bonita. Una advertencia.

Lo que se va a comunicar contiene información sobre una investigación criminal en curso. No se compartirán imágenes de víctimas. No se revelarán datos que permitan identificar a personas supervivientes. No difundáis material no verificado. No convirtáis el dolor en entretenimiento.

Raquel leyó la última frase en voz baja.

—¿Demasiado directa?

Irene negó.

—No lo suficiente.

Hugo levantó un dedo.

—Podríais añadir: "Si alguien sube capturas de una víctima, que se le caiga el wifi para siempre".

Raquel casi sonrió.

—Tentador.

—Soy abogado. Puedo hacerlo sonar constitucional.

—No —dijo Valcárcel desde la pantalla.

Hugo suspiró.

—La magistrada me corta incluso a distancia. Eso es talento.

En Sala Cero, los técnicos seguían copiando archivos.

97 %

98 %

Carmen estaba junto a una estantería, revisando carpetas con guantes, mientras un agente fotografiaba cada etiqueta. Parecía

furiosa de una forma casi maternal.

—Aquí hay una carpeta con "DESCANSAR" —dijo.

El hospital entero se quedó quieto.

Yo sentí que la palabra me atravesaba el pecho.

Carmen la abrió.

Dentro había fichas médicas. Protocolos alterados. Listas de sedación. Códigos de acceso. Pacientes que habían dormido más de lo indicado. Testigos que habían despertado tarde. Gente que no había despertado.

Narbona, esposada junto a la puerta de UCI, vio la imagen en una tablet y se cubrió la boca.

—No sabía todo eso.

El móvil de Salvat, aún sobre una mesa de Sala Cero, vibró.

VERDAD ACEPTADA.

Carmen levantó la vista hacia una cámara.

—Pero sabías suficiente, Silvia.

Narbona cerró los ojos.

El móvil no vibró.

Porque eso también era verdad.

99 %

Salvat se acercó al cuarto del café humeante. La taza seguía allí, sobre la mesa pequeña, como una burla doméstica. Al lado había una silla todavía ligeramente girada hacia el monitor.

—Se fue hace poco —dijo Rivas.

—Muy poco —añadió Salvat.

Carmen olió el café.

—Está caliente.

Hugo, desde el hospital, murmuró:

—Qué detalle. Un asesino con pausa para desayunar. La maldad necesita cafeína.

Damián miró la pantalla.

—¿Hay salida trasera?

Salvat enfocó un plano de Sala Cero.

—Varias. Túneles antiguos de archivo. Conductos de mantenimiento. Acceso a garaje judicial.

Damián apretó los puños.

—Se os escapa.

Valcárcel lo oyó.

—No, señor Cruz. Se está quedando sin escondites.

Damián soltó una risa seca.

—Eso suena bien hasta que alguien se esconde en otro.

—Entonces se buscará otro.

—¿Así de simple?

Valcárcel lo miró desde la cámara.

—No. Así de largo.

La copia llegó al final.

100 %

En la pantalla apareció:

COPIA COMPLETA.

Nadie celebró.

Era demasiado pronto para eso.

Pero el aire cambió.

Un poco.

Como cuando una puerta no se abre del todo, pero deja de estar cerrada con llave.

El móvil de Juez Cero vibró.

Esta vez el mensaje tardó en aparecer.

Como si al otro lado alguien hubiera dudado.

COPIAR NO ES ENTENDER.

Valcárcel se acercó al atril central de Sala Cero.

—Por eso vamos a leer.

El móvil se apagó.

Silencio.

Hugo abrió los ojos.

—Creo que le cae mal.

—Bien —dijo Damián.

—Sí. Empiezo a cogerle gusto a esa palabra.

Raquel conectó la señal institucional.

En el hospital, colocaron una cámara fija frente a Mercedes. No demasiado cerca. No con ángulo dramático. No con luz de confesionario.

Una silla.

Una mesa.

Un vaso de agua.

Mercedes sentada, con Vera a su lado, aunque fuera de plano. Eso lo pidió ella. No quería que Vera fuese imagen. Quería que Vera estuviera.

Samuel se quedó al fondo.

No pidió aparecer.

Bien.

A veces no ocupar sitio era la primera forma decente de pedir perdón.

En Sala Cero, Valcárcel se colocó frente a otra cámara oficial. A su lado, Salvat. Detrás, cajas de pruebas selladas. Nada de música. Nada de foco teatral. Nada de frases pintadas salvo las que ya estaban en las paredes, ahora reducidas a evidencia.

La cuenta atrás de la emisión de Juez Cero llegó a:

02:00

La señal institucional se abrió antes.

No esperamos a que él hablara.

Ese fue el primer corte.

El primer gesto real de desobediencia.

No darle la entrada.

Valcárcel habló primero.

—Soy Inés Valcárcel, magistrada de guardia. A esta hora se está desarrollando una operación judicial y policial vinculada a una red criminal que durante años ha utilizado chantajes, encubrimientos, falsificación documental y violencia para explotar y silenciar a víctimas.

Su voz no tembló.

No necesitaba temblar para ser seria.

—No se difundirán imágenes de víctimas. No se revelarán datos que comprometan a supervivientes. Cualquier publicación de material no verificado, grabaciones privadas o datos personales podrá constituir delito.

Hugo susurró:

—Me encanta cuando amenaza con el Código Penal sin subir el tono.

Damián no le mandó callar.

También estaba escuchando.

Valcárcel continuó:

—La investigación incorporará los archivos hallados en una dependencia conocida como Sala Cero. Estos archivos serán custodiados bajo acta pública, con copia judicial y policial. No se aceptará que una red criminal marque el ritmo de la verdad mediante amenazas.

El móvil de Juez Cero vibró en Sala Cero.

Nadie lo miró.

Eso también fue una victoria.

Valcárcel hizo una pausa.

—Ahora hablará Mercedes Beltrán, madre de Clara Beltrán.

La cámara del hospital se encendió.

Mercedes miró al frente.

No parecía una mujer preparada para hablar ante un país entero. Parecía una madre que había pasado demasiadas noches hablando con una ausencia y que, por fin, encontraba a alguien vivo al otro lado.

—Mi hija se llamaba Clara Beltrán —dijo.

Nada más.

Solo eso.

Y bastó para que toda la sala respirara distinto.

—Tenía veintidós años cuando murió. Le gustaban las canciones malas, dejaba tazas por toda la casa y creía que si una persona pedía ayuda, alguien tenía que escucharla.

Vera se tapó la boca fuera de plano.

Mercedes siguió:

—Durante tres años nos dijeron muchas cosas. Que estaba confundida. Que había bebido. Que exageraba. Que no se podía saber. Que no había pruebas suficientes. Que era mejor dejar descansar a los muertos.

Tragó saliva.

—Pero Clara no estaba pidiendo descanso. Estaba pidiendo ayuda.

Nadie se movió.

Ni en el hospital.

Ni en Sala Cero.

—Hoy sabemos que no fue escuchada porque muchas personas eligieron no escuchar. Algunas por miedo. Otras por dinero. Otras por comodidad. Otras porque era más fácil decir que no sabían.

Me ardieron los ojos.

No bajé la mirada.

Mercedes no estaba hablando para destruirnos.

Eso habría sido más cómodo.

Estaba hablando para que no pudiéramos escondernos detrás de nuestro propio dolor.

—También sabemos que mi hija volvió a un sótano para intentar sacar a otra persona. Esa persona está viva. Su nombre no será usado aquí. Su imagen no será compartida. Su vida no pertenece a la curiosidad de nadie.

Raquel empezó a llorar en silencio.

Irene le puso una mano en el hombro.

—No compartáis vídeos de Clara —dijo Mercedes—. No compartáis vídeos de Vera. No compartáis vídeos de Nuria. No compartáis confesiones como si fueran entretenimiento. Si queréis hacer algo, exigid que se investigue. Exigid que los nombres se comprueben. Exigid que los culpables paguen sin convertir a las víctimas en espectáculo.

Su voz tembló al final.

Pero no se rompió.

—Mi hija no era una bandera. No era un símbolo. Era Clara. Y Clara pidió ayuda.

Mercedes bajó un poco la mirada.

Luego la levantó.

—Esta vez vamos a hacer algo.

Silencio.

No en la sala.

En todas partes.

Un silencio que, por una vez, no parecía cobardía.

Parecía escucha.

Entonces la señal institucional empezó a fallar.

La imagen de Mercedes se congeló un segundo.

El técnico gritó:

—Intentan entrar.

Raquel se inclinó sobre el portátil.

—No.

Irene ya estaba a su lado.

—Corta entrada externa.

—Estoy.

La pantalla parpadeó.

Mercedes desapareció.

Apareció una imagen negra.

Luego la máscara blanca sobre la mesa.

La voz de Juez Cero entró en la señal.

—Qué conmovedor.

Damián se levantó de golpe de su silla.

O casi.

—¡Hijo de puta!

Hugo agarró la rueda de su silla para acercarse.

—No, no, no. No le deis el tono que quiere.

La voz continuó:

—Una madre hablando de su hija. Una magistrada hablando de procedimientos. Culpables fingiendo que ahora creen en la justicia. Qué final tan respetable.

Valcárcel miró a cámara desde Sala Cero.

—Corten esa señal.

El técnico respondió:

—No puedo. Se ha injertado en la transmisión institucional.

Raquel tecleaba con los dedos vendados, apretando los dientes.

—Está usando nuestros propios canales.

—Claro —dijo Irene—. Eso hace siempre.

La voz siguió:

—Mercedes Beltrán dice que Clara pidió ayuda. Es cierto. Pero nadie quiere decir la parte completa.

La pantalla cambió.

Mostró un vídeo antiguo.

Granulado.

Humo.
Gritos.
Una chica joven cayendo al suelo.
Clara.
Mercedes soltó un gemido.
Vera gritó:
—¡No!
Raquel se lanzó sobre el portátil.
—¡Córtalo!
—¡Estoy intentando!
Hugo habló fuerte, por encima de todos:
—¡No miréis!
La frase golpeó la sala.
—¡Apartad la mirada! ¡Todos!
Damián le miró.
—¿Qué?
—¡Que no le demos público!
Y entonces lo entendimos.
No bastaba con decir a los demás que no miraran.
Teníamos que hacerlo nosotros.
Mercedes cerró los ojos.
Vera también.
Raquel apartó la cara mientras seguía tecleando.
Irene bajó la mirada al teclado.
Yo miré al suelo.
Damián apretó los dientes y giró la cabeza.
Hugo cerró los ojos con fuerza.
En Sala Cero, Valcárcel entendió al mismo tiempo.
—Equipo, no mirar las pantallas. Continúen trabajando por audio.
Carmen, en Sala Cero, soltó:
—Por fin una orden fácil.
La voz de Juez Cero cambió.
Por primera vez, perdió un poco de calma.
—Mirar no es pecado.
Mercedes, con los ojos cerrados, habló.

No sé si la cámara la tomaba.
No sé si el mundo la oía.
Pero nosotros sí.
—Usarla sí.
La señal tembló.
Raquel gritó:
—Lo tengo.
La pantalla se cortó.
Negro.
Luego volvió la señal institucional.
Mercedes seguía sentada.
Ojos cerrados.
Manos juntas sobre la mesa.
Viva.
Dueña de su silencio.
Raquel respiró como si acabara de salir de debajo del agua.
—Lo he bloqueado.
El técnico miró su pantalla.
—Lo ha expulsado de la señal.
Raquel parpadeó.
—¿Yo?
Hugo abrió un ojo.
—Parcialmente útil era quedarse corto.
Raquel no sonrió.
Pero algo en su cara se aflojó.
Valcárcel retomó la palabra desde Sala Cero.
—La interrupción que acaba de producirse forma parte de la conducta investigada. Se incorpora a la causa. La emisión institucional continuará sin reproducir material de víctimas.
El móvil de Juez Cero, sobre la mesa de Sala Cero, vibró con violencia.
Una.
Dos.
Tres veces.
Nadie lo tocó.
La voz intentó entrar otra vez.

No pudo.

Y por primera vez desde que desperté en aquella sala abandonada, sentí algo parecido a verlo empujar una puerta desde fuera.

Y no poder abrirla.

Salvat recibió una llamada por radio.

Su expresión cambió.

—Tenemos ubicación parcial.

Valcárcel lo miró.

—¿Dónde?

—Dentro del edificio. Conducto norte. Nivel inferior. Se mueve hacia el garaje.

Carmen agarró su mochila.

—Claro. Cuando no le miran, corre.

Rivas y dos agentes salieron con Salvat.

La cámara oficial los siguió.

Ahora sí había persecución.

Pero no era suya.

No tenía música.

No tenía frases.

No tenía una cuenta atrás pública.

Era una detención.

Pasillos.

Escaleras.

Luces.

Respiraciones.

Rivas iba delante. Salvat detrás. Carmen más atrás, protestando porque nadie sabía correr con "un mínimo de respeto por las articulaciones".

El técnico iba dando indicaciones:

—Giro a la izquierda. Señal veinte metros. Baja por escalera de servicio.

La cámara temblaba.

No por terror.

Por prisa.

Llegaron a una puerta estrecha.

Abierta.

Bajaron.

Un pasillo de mantenimiento.

Tuberías.

Cables.

Polvo.

Al fondo, una figura.

No máscara.

No toga.

No bata.

Una persona con abrigo oscuro corriendo hacia una salida de garaje.

—¡Policía! —gritó Rivas.

La figura no se detuvo.

Carmen maldijo.

—Siempre corren cuando una no lleva calzado cómodo.

La figura llegó al garaje.

Había un coche esperando con las luces encendidas.

Otro eslabón.

Otra orden pequeña.

El conductor abrió la puerta.

Salvat gritó:

—¡Alto!

Rivas disparó al neumático delantero.

El sonido reventó la transmisión.

El coche cayó de lado, descontrolado, sin poder avanzar.

La figura intentó entrar igual.

Carmen lanzó algo.

No un extintor.

Su bolsa médica.

Le dio en las piernas.

La figura cayó al suelo.

Damián, mirando la pantalla desde el hospital, susurró:

—Me ha robado el estilo.

Hugo negó.

—Ella lo hizo mejor.

Rivas llegó primero y redujo a la figura contra el cemento.

Salvat se acercó.

—Gírelo.

El agente lo hizo.

Y vimos la cara.

No era un hombre viejo.

No eran manos viejas.

Era una mujer.

Unos sesenta años.

Pelo blanco corto.

Ojos claros.

Rostro tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Hugo susurró:

—No la conozco.

Nadie la conocía.

O eso creímos.

Hasta que Mercedes se puso de pie.

—Yo sí.

Vera la miró.

—¿Qué?

Mercedes miraba la pantalla como si estuviera viendo a un fantasma con bata de oficina.

—Es Elena Mur.

Silencio.

Irene se acercó.

—¿Quién es Elena Mur?

Mercedes tardó en responder.

—La psicóloga de la fundación Clara Luz.

La mujer, en el suelo del garaje, sonrió hacia la cámara.

No parecía vencida.

Parecía satisfecha.

—Señora Beltrán —dijo, aunque Mercedes no estaba allí—. Siempre le dije que hablar ayuda.

Carmen se agachó junto a ella.

—Pues vas a hartarte.

La mujer no dejó de sonreír.

—No soy Juez Cero.

Salvat le esposó las manos.

—Eso ya lo veremos.

El móvil de Sala Cero, a kilómetros de ella, se encendió solo.

Mensaje final:

VERDAD ACEPTADA.

Y debajo:

SOLO ERA UNA VOZ.

La pantalla se apagó.

Nadie habló.

Porque, de alguna forma, aquello era peor.

No habían cogido a una reina.

Habían cogido una voz.

Una psicóloga.

Una mujer que escuchaba a víctimas en una fundación creada con el nombre de Clara y alimentaba la red desde el lugar exacto donde la gente iba a pedir ayuda.

Mercedes se sentó despacio.

Vera la abrazó.

Samuel cerró los ojos.

Raquel lloró con rabia.

Irene dejó de escribir.

Hugo murmuró:

—No hay máscara que dé más miedo que una persona normal.

Damián no dijo nada.

Yo miré la pantalla apagada.

Y entendí que el final no iba a ser limpio.

No habría una cara única.

No habría una frase que lo cerrara todo.

Pero había una voz menos.

Una puerta abierta.

Una niña llamada Clara devuelta a su nombre.

Y, por primera vez, una red que empezaba a tirar de sí misma hacia la luz.

Capítulo 30 — La voz

Elena Mur no gritó cuando la detuvieron.

Eso fue lo que más rabia me dio.

No forcejeó, no insultó, no pidió un abogado con voz temblorosa, no hizo nada que nos permitiera sentir que habíamos atrapado a un monstruo arrinconado.

Solo se dejó esposar en el suelo del garaje, con la mejilla contra el cemento, el pelo blanco manchado de polvo y una sonrisa pequeña en la boca.

Una sonrisa de consulta.

De despacho cálido.

De mujer que ha pasado media vida diciendo entiendo cómo te sientes mientras tomaba notas.

—No soy Juez Cero —repitió.

Carmen se agachó junto a ella.

—Ya. Y yo no soy enfermera, soy una aparición mariana con varices.

Elena giró apenas la cabeza.

—Usted siempre fue graciosa.

Carmen se quedó quieta.

—¿Perdona?

Elena sonrió un poco más.

—Clara hablaba de usted.

La sala del hospital se congeló.

Mercedes, a mi lado, dejó de respirar.

Vera levantó la cabeza como si alguien acabara de abrir una puerta bajo sus pies.

Carmen, desde el garaje de los juzgados antiguos, perdió por primera vez esa capa de sarcasmo que parecía llevar cosida a la piel.

—No uses su nombre conmigo —dijo.

Su voz sonó baja.

Mucho más peligrosa.

Elena la miró con una calma casi triste.

—Todos usasteis su nombre. Algunos solo lo hicimos mejor.

Rivas la levantó del suelo con más brusquedad de la necesaria.

No me dio pena.

Me dio miedo que no me diera pena.

Salvat se acercó.

—Elena Mur, queda detenida por pertenencia a organización criminal, obstrucción a la justicia, coacciones, secuestro, encubrimiento, delitos contra la intimidad y todos los que se añadan en cuanto terminemos de abrir sus archivos.

Elena lo escuchó como quien oye una lista de efectos secundarios.

—Bonito catálogo.

—Se ampliará.

—Seguro.

Hugo, desde su silla de ruedas, murmuró:

—No soporto a la gente que responde como yo.

Damián le miró.

—Tú al menos sangras con más humildad.

—Eso ha sido casi un cumplido.

—No te emociones.

En la pantalla, Elena levantó la vista hacia la cámara oficial.

No miró a Salvat.

No miró a Rivas.

Miró a Mercedes.

Como si supiera exactamente dónde estaba.

—Señora Beltrán —dijo—. Lamento lo de Clara.

Mercedes se puso de pie muy despacio.

—No.

Una sola palabra.

Suficiente.

Elena parpadeó.

—No he terminado.

—Sí —dijo Mercedes—. Conmigo sí.

Elena dejó de sonreír.

Por primera vez.

No mucho.

Pero la sonrisa se le cayó lo justo para que viéramos que debajo había otra cosa.

No arrepentimiento.

Molestia.

La molestia de quien descubre que su frase preparada no ha entrado donde debía.

Valcárcel apareció en la pantalla desde Sala Cero.

—Trasládenla a la sala de declaración inferior. Grabación continua. Dos agentes dentro. Nadie queda solo con ella.

Carmen señaló a Elena con el mentón.

—Y que no le den café. Ya ha tomado bastante protagonismo.

Elena volvió a sonreír.

—Siempre tan directa.

—Y tú siempre tan viva para mi gusto.

La llevaron.

Nosotros no nos movimos.

El hospital seguía funcionando alrededor como una bestia herida que se negaba a morir. UCI había recuperado presión de oxígeno. Paula y Mario seguían en la central de gases, manteniendo el bypass manual mientras mantenimiento verificaba cada válvula. Nuria estaba estable, dentro de todo lo que podía significar estable para una mujer rescatada de un sótano que no debía existir. Teodoro Ledesma respiraba. Tomás Ledesma también.

Habíamos salvado cuerpos.

Ahora tocaba salvar lo que esos cuerpos podían decir.

Y eso, de pronto, parecía mucho más frágil.

Raquel estaba frente al portátil, vigilando la red pública. Irene revisaba el comunicado oficial con una precisión casi rabiosa. Hugo miraba la pantalla con el rostro pálido, los dedos cruzados sobre el regazo. Damián no apartaba los ojos de Elena mientras la conducían por el pasillo subterráneo. Lara seguía junto a Marcos. Samuel estaba sentado al fondo, las muñecas vendadas sobre las rodillas, como si tuviera miedo de tocar cualquier cosa y volver a estropearla.

Vera estaba al lado de Mercedes.

La sostenía.

O quizá Mercedes la sostenía a ella.

A esas alturas, daba igual.

La pantalla cambió.

Sala de declaración inferior.

Una mesa metálica.

Tres sillas.

Paredes grises.

Cámara oficial.

Nada de focos dramáticos.

Nada de frases pintadas.

Nada de juegos.

Elena Mur se sentó con las manos esposadas por delante. Un agente quedó detrás. Salvat se colocó frente a ella. Valcárcel, a un lado, revisó la hora y la registró en voz alta.

—08:36. Comienza declaración inicial de Elena Mur en presencia de autoridad judicial y policial. Se informa a la detenida de sus derechos.

Elena escuchó todo con la misma atención con la que una psicóloga escucha una queja que ya ha oído mil veces.

Cuando Valcárcel terminó, Elena inclinó la cabeza.

—Quiero hablar con Mercedes.

La respuesta de Mercedes llegó desde el hospital antes de que nadie pudiera protegerla.

—No.

Elena miró hacia la cámara.

—No tiene que verme. Solo escuchar.

Mercedes dio un paso hacia la pantalla.

—He escuchado demasiado.

—No a mí.

—Precisamente.

Hugo bajó la mirada.

—Eso ha sido una puñalada limpia.

Elena respiró despacio.

—Entonces hablaré para todos.

Salvat abrió una carpeta.

—Empiece por Juez Cero.

—No existe.

Damián soltó una carcajada furiosa.

—Me cago en…

Valcárcel levantó una mano.

—Déjela hablar.

Elena miró a Salvat.

—No como persona. No como ustedes quieren. Juez Cero es un procedimiento.

—Un procedimiento no secuestra gente —dijo Rivas.

—No. La gente secuestra gente. Igual que la gente archiva llamadas, firma informes falsos, seda testigos, cierra puertas, mira vídeos, defiende culpables, retira inspecciones y cobra donaciones con el nombre de una muerta.

Nadie respondió.

Porque la frase estaba hecha de verdades.

Y eso era lo que la volvía peligrosa.

Elena continuó:

—Juez Cero nació para documentar lo que la justicia no quería mirar.

Valcárcel no parpadeó.

—Nació cometiendo delitos.

—La justicia también los cometía. Solo que con sello.

—No confunda corrupción con legitimidad del crimen.

Elena sonrió.

—No las confundo. Las relaciono.

Hugo murmuró:

—Me irrita que sea inteligente. Prefería la máscara.

Irene, sin apartar la vista de la pantalla, dijo:

—La máscara era para que no pensáramos en esto.

Salvat apoyó las manos sobre la mesa.

—¿Quién forma parte de la red?

—Mucha gente.

—Nombres.

—Algunos están en sus archivos.

—Quiero los que no están.

Elena rio suavemente.

—Siempre quieren más. Cuando una víctima habla, quieren pruebas. Cuando hay pruebas, quieren nombres. Cuando hay nombres, quieren jerarquías. Cuando hay jerarquías, quieren una cabeza. Les desespera que el mal no venga ordenado por carpetas.

Carmen, desde Sala Cero, entró en el plano.

—A mí las carpetas me gustan. Son prácticas. Y si no hablas claro, te meto en una con el nombre "pesada".

Elena la miró.

—Usted usa el humor para no quebrarse.

—Y tú usas frases de consulta para parecer menos asesina.

Elena se quedó quieta.

Punto para Carmen.

Valcárcel habló:

—¿Qué papel tenía la Fundación Clara Luz?

Mercedes apretó la mano de Vera.

Elena miró hacia la cámara.

—Lavado de dinero. Captación de información. Control emocional de víctimas y familiares. También financiaba tratamientos reales, ayudas reales, abogados reales. Eso la hacía perfecta.

Mercedes cerró los ojos.

Vera murmuró:

—No…

Elena siguió:

—La gente confía más cuando algo también hace el bien. El mal puro levanta sospechas. El mal mezclado con becas, terapia y discursos bonitos entra por la puerta principal.

Hugo respiró hondo.

—Qué asco.

—Sí —dije.

Y no supe si hablaba de Elena, de la fundación o de todos los lugares donde una sonrisa amable puede esconder una cerradura.

Salvat pasó página.

—Usted trató a Mercedes y a Vera.

—Sí.

Vera dio un paso hacia la pantalla.

—Me preguntabas por mis recuerdos.

Elena la miró.
—Era mi trabajo.
—Me preguntabas por Clara. Por el sótano. Por Nuria.
—Necesitábamos saber qué recordabas.
—Me dijiste que mi memoria podía confundirse por el trauma.
—Y podía.
Vera tembló de rabia.
—Me hiciste dudar de ella.
Elena no bajó la mirada.
—Tu memoria era incompleta.
—Pero no falsa.
Elena tardó un segundo en responder.
—No.
El móvil de Salvat, sobre la mesa, vibró.
No estaba conectado ya a Juez Cero.
O no debería.
Todos lo miramos.
La pantalla mostró:
VERDAD ACEPTADA.
Elena se volvió hacia el teléfono.
Por primera vez, algo parecido a miedo le cruzó la cara.
Valcárcel lo notó.
Todos lo notamos.
—Creía que lo habían apagado —dijo Elena.
Salvat cogió el móvil con guantes.
—Interesante que usted también.
La pantalla cambió.
LA VOZ TAMBIÉN OBEDECE.
Elena dejó de respirar durante un segundo.
Hugo abrió mucho los ojos.
—Oh, vaya.
Damián se inclinó hacia la pantalla.
—No era la jefa.
Elena recuperó la compostura demasiado rápido.
—Nadie es jefe.
—Pero alguien la está corrigiendo —dijo Irene.

Elena la miró desde la cámara.

—O alguien quiere que penséis eso.

Irene sostuvo la mirada.

—Eso es lo que diría alguien corregida.

Hugo sonrió.

—Cada vez me gusta más la periodista arrepentida.

El móvil vibró de nuevo.

ELENA MUR — VOZ.

FUNCIÓN: SELECCIONAR DOLOR. CANALIZAR CULPA. MANTENER RELATO.

Raquel se tapó la boca.

—La está etiquetando.

Sí.

Por primera vez, el sistema etiquetaba a uno de los suyos.

Y Elena lo odiaba.

No lo dijo.

Pero lo odiaba.

Se le vio en los dedos, tensándose sobre la mesa.

Valcárcel habló con calma:

—Parece que su red no es tan sentimental con usted.

Elena sonrió.

—Ninguna red lo es.

—Entonces ayúdenos a romperla.

—No pueden.

—Esa frase empieza a cansarme.

—Porque todavía cree que esto es una estructura. No lo es. Es una costumbre. Una forma de hacer que las personas correctas obedezcan órdenes incorrectas por razones aceptables.

Mercedes habló desde el hospital:

—No. Es una elección.

Elena giró hacia la cámara.

—A veces no hay elección.

Mercedes dio un paso más.

—Mi hija eligió volver.

Elena se quedó callada.

La frase la golpeó.

Por fin.

No porque sintiera culpa, quizá.

Sino porque no podía usarla.

Clara no encajaba bien en su teoría.

Clara no había obedecido una orden pequeña.

Clara había desobedecido al miedo.

Valcárcel retomó:

—Necesito nombres operativos. Nodos activos. Sistemas de difusión. Cuentas de pago. Personas con acceso a menores, pacientes, archivos y procedimientos judiciales.

Elena no respondió.

El móvil mostró una cuenta atrás.

No en rojo.

En blanco.

10:00

09:59

Debajo:

SI LA VOZ CALLA, HABLAN LOS ARCHIVOS.

Raquel se puso de pie.

—¿Qué archivos?

La respuesta apareció antes de que Elena hablara.

VÍCTIMAS. SESIONES. CONFESIONES. VÍDEOS NO PUBLICADOS.

Mercedes apretó los labios.

Vera se quedó blanca.

Nuria.

Clara.

Vera.

Otras.

Demasiadas otras.

Elena cerró los ojos.

—Es un seguro.

—¿Suyo? —preguntó Salvat.

—De la red.

—Si usted no coopera, publican material de víctimas.

Elena no contestó.

El móvil vibró.

VERDAD ACEPTADA.

Hugo soltó una risa sin humor.

—Qué maravilla. Hasta sus chantajes tienen chantaje.

Raquel ya estaba tecleando.

—Necesito aislar esa emisión.

El técnico se sentó a su lado.

—No sabemos desde dónde saldrá.

—Pero sabemos qué tipo de archivo quieren subir. Vídeo pesado, múltiples paquetes, difusión escalonada. Podemos preparar filtros, avisos a plataformas, bloqueo por hash si tenemos una muestra.

Irene la miró.

—¿Desde cuándo sabes eso?

Raquel no apartó los ojos de la pantalla.

—Desde que pasé años haciendo lo contrario.

Nadie dijo nada.

Bien.

A veces el pasado también podía convertirse en herramienta, aunque siguiera manchada.

Valcárcel se inclinó hacia Elena.

—Puede impedirlo.

Elena sonrió con tristeza.

—No.

—Sí puede.

—No tengo la clave.

El móvil vibró.

VERDAD ACEPTADA.

Silencio.

Eso fue peor.

Elena decía la verdad.

No tenía la clave.

La cuenta seguía.

08:41

08:40

Salvat apretó los dientes.

—¿Quién la tiene?

Elena miró el teléfono.

Luego a la cámara.

Luego a Mercedes.

—Nadie.

Damián golpeó el reposabrazos de la silla.

—Otra frasecita y rompo algo.

Elena habló más bajo:

—La clave no la tiene una persona. Se genera si tres nodos la autorizan. Yo era uno.

—¿Los otros dos? —preguntó Valcárcel.

Elena dudó.

El móvil vibró.

MENTIRA POR OMISIÓN DETECTADA.

Carmen sonrió como si acabara de oler sangre.

—Te está quedando poca poesía, cielo.

Elena respiró.

—Benito Sánchez tenía otro nodo. Ya lo han detenido.

—¿Y el tercero?

Elena miró a Salvat.

—No lo sé.

El móvil no vibró.

Verdad.

O ignorancia útil.

El técnico habló rápido:

—Si Benito está detenido y Elena está detenida, quizá la emisión no pueda autorizarse.

La pantalla del móvil cambió:

DOS NODOS SUSTITUIDOS.

Todos nos quedamos quietos.

—No funcionan como personas —dijo Irene—. Funcionan como roles.

Elena la miró.

Por primera vez, casi con respeto.

—Sí.

—Voz. Juez. ¿Y el tercero?

Elena cerró los ojos.

—Mano.

—¿Qué hace la Mano? —preguntó Salvat.

—Ejecuta.

La palabra cayó como metal.

Damián murmuró:

—El que toca puertas.

—El que seda —dije.

—El que abre y cierra —añadió Paula, desde la central de gases por el audio.

Elena asintió.

—La Mano no suele hablar. No graba. No decide el relato. Solo cumple.

Hugo cerró los ojos.

—El empleado perfecto del infierno.

El móvil mostró:

MANO ACTIVA.

La cuenta:

07:12

Paula habló desde la central:

—Si la Mano está activa, está en algún sitio con acceso físico.

Raquel siguió tecleando.

—¿A qué?

Irene respondió:

—A los archivos que quieren liberar.

El técnico negó.

—La emisión puede salir de cualquier servidor.

—No —dije.

Todos me miraron.

No sabía de dónde venía la certeza hasta que la dije.

—No si son vídeos de sesiones. No si son archivos de víctimas. No los dejarían en la nube sin control. Eso lo usarían como amenaza, sí, pero guardarían originales en un sitio protegido.

Elena me miró.

No sonrió.

Eso bastó.

—La Fundación Clara Luz —dijo Mercedes.

La sala entera se quedó quieta.

Elena bajó la mirada.

El móvil vibró.

VERDAD ACEPTADA.

Mercedes no se movió.

—Los archivos están en la fundación.

Vera la sujetó.

—Tía…

Mercedes se soltó con suavidad.

—No.

Su voz cambió.

Ya no era solo dolor.

Era decisión.

—Han usado el nombre de mi hija para esconder víctimas. No van a usarlo también para mostrarlas.

Valcárcel dio órdenes al instante.

—Unidad a sede Fundación Clara Luz. Entrada urgente. Posible destrucción o difusión de material sensible. Protección máxima a víctimas. Sin cámaras externas.

Salvat conectó con Rivas.

—Rivas, redirige equipo.

Rivas respondió:

—Estoy saliendo.

Carmen, en Sala Cero, se colgó la mochila.

—Yo voy.

Valcárcel la miró.

—Usted está en Sala Cero.

—Y la fundación tiene víctimas en archivos, quizá personas dentro y probablemente algún cretino con llaves. Voy.

Valcárcel dudó solo un segundo.

—Va con equipo.

—No soy tan idiota como para ir sola.

Hugo murmuró:

—Discutible, pero aceptado.

Carmen salió de plano.

La cuenta bajaba.

06:05

Raquel preparaba bloqueo de difusión.

Irene redactaba aviso judicial.

El técnico coordinaba plataformas.

Valcárcel ordenaba entradas.

Salvat sellaba archivos.

Rivas iba hacia la fundación.

Carmen también.

Mercedes estaba de pie, temblando, con Vera agarrándole la mano.

Y nosotros, los culpables originales del juego, mirábamos cómo por fin el mundo se movía sin esperar a que una pantalla le dijera qué puerta abrir.

Elena lo vio.

Y por primera vez pareció sola.

—No lo detendrán todo —dijo.

Mercedes la miró.

—No hace falta detenerlo todo para empezar.

La frase dejó a Elena sin respuesta.

El móvil vibró.

05:32

Luego apareció una imagen.

La sede de la Fundación Clara Luz.

Un edificio pequeño, moderno, con cristales limpios y un cartel delicado junto a la puerta.

CLARA LUZ

Acompañamiento a víctimas y familias

Vera soltó un sonido ahogado.

Mercedes no lloró.

La cámara oficial de Rivas mostró la entrada.

Sin sirenas.

Sin público.

Sin espectáculo.

Solo policía, orden judicial y una mujer llamada Carmen bajando de una ambulancia con cara de querer partir el edificio por la mitad.

—Hora de entrada —dijo Rivas—: 08:57.

La puerta principal estaba cerrada.
La recepcionista no estaba.
Las luces interiores, encendidas.
Rivas mostró la orden.
Un agente abrió con herramienta.
Dentro todo era blanco.
Plantas.
Sillas cómodas.
Folletos.
Frases enmarcadas.
Aquí te escuchamos.
Raquel murmuró:
—Qué asco.
Carmen miró el cartel.
—Pues vamos a escuchar cajones.
Avanzaron.
La cuenta:
04:48
Elena cerró los ojos.
Ya no parecía tan tranquila.
Valcárcel se inclinó hacia ella.
—¿Dónde están?
Elena no respondió.
El móvil vibró.
MENTIRA POR OMISIÓN DETECTADA.

Carmen, viendo la señal desde su dispositivo, gritó desde la fundación:

—¡Elena, cariño, como tenga que desmontar esta oficina entera, te voy a mandar la factura enmarcada!

Elena abrió los ojos.

—Sala de terapia grupal. Pared del fondo. Detrás del mural.

Rivas transmitió:

—Sala grupal. Fondo. Mural.

Carmen llegó primero.

La sala tenía cojines, sillas en círculo, una alfombra clara y un mural con alas pintadas.

Alas.
Por supuesto.
Carmen lo miró.
—Qué mal gusto más convencido.
Un agente retiró el mural.
Detrás había una puerta oculta con lector.
La cuenta:
03:51
Rivas pidió código.
Elena habló desde Sala Cero.
—No lo sé.
El móvil:
VERDAD ACEPTADA.
—La Mano lo cambió —dijo Irene.
Paula intervino desde la central:
—Probad con acceso físico. Si es antiguo, quizá tiene cerradura de emergencia.
Carmen ya estaba revisando el marco.
—Tiene.
Rivas forzó la tapa.
Llave.
No tenían.
Carmen miró alrededor.
Cogió una silla metálica.
Rivas la miró.
—No.
—A mí no me da órdenes nadie con menos años de insomnio.
Golpeó el lector.
Una vez.
Dos.
Tres.
Saltaron chispas.
La puerta no abrió.
Hugo suspiró.
—La amo, pero debería variar recursos.
Damián, sin sonreír, dijo:

—El extintor funciona mejor.
Carmen oyó algo por el audio y gritó:
—¡Os oigo, par de desgraciados!
La cuenta:
03:02
Rivas recibió herramienta del equipo.
Corte.
Chispas.
Metal.
La puerta cedió.
Dentro había una sala pequeña, sin ventanas.
Servidores.
Discos.
Archivadores.
Y una mesa con tres terminales encendidos.
En la pantalla central:
LIBERACIÓN EN CURSO.
02:41
Raquel se inclinó hacia el portátil.
—Necesito conexión remota.
El técnico abrió canal con Rivas.
—Conecten cable al puerto del terminal. Ya.
Un agente lo hizo.
Raquel empezó a trabajar.
Sus manos vendadas iban torpes, pero iban.
Irene se sentó junto a ella, no para tocar, sino para leer.
—Paquete uno preparado. Paquete dos preparado. Paquete tres…
—Lo veo.
—Hay nombres de víctimas.
—No los digas.
—No.
Raquel tragó saliva.
—No voy a dejarlos salir.
La cuenta:
02:03

En la terminal apareció una solicitud:

AUTORIZACIÓN DE NODO MANO PENDIENTE.

Salvat habló desde Sala Cero.

—La Mano está intentando autorizar.

—¿Desde dónde? —preguntó Rivas.

El técnico rastreó.

—Dentro de la fundación.

Carmen se volvió.

—¿Dónde?

La cámara mostró un pasillo lateral.

Una puerta entreabierta.

La de archivo físico.

Rivas y dos agentes avanzaron.

Carmen detrás.

Dentro había archivadores, cajas y una salida de emergencia abierta.

Y una persona.

De espaldas.

Bata gris.

Guantes.

Gorro.

La Mano no era un monstruo.

Era Mario.

El técnico de mantenimiento que estaba en la central de gases.

O eso pareció durante un segundo.

Hasta que Paula gritó por audio:

—¡Mario está conmigo!

La figura se giró.

No era Mario.

Era alguien con su uniforme.

Su credencial.

Su cara cubierta por una mascarilla.

Rivas apuntó.

—¡Alto!

La figura levantó una tablet.

Pulsó algo.

Raquel gritó:

—¡Está autorizando!

01:22

Carmen no esperó a que Rivas negociara.

Le lanzó la silla metálica.

No al cuerpo.

A la tablet.

La silla golpeó la mano de la figura. La tablet voló contra una estantería y se partió en dos.

Damián levantó ambos brazos en el hospital.

—¡Eso!

Hugo sonrió.

—Ha encontrado su extintor interior.

La figura intentó correr por la salida de emergencia.

Rivas la redujo contra el suelo.

Le quitó la mascarilla.

Todos esperábamos otra cara desconocida.

No lo fue.

Paula soltó un gemido.

—Director de mantenimiento.

El hombre lloraba.

—Me dijeron que si no lo hacía, mi hija…

Carmen se arrodilló junto a él.

—Siempre una hija, ¿no? Siempre ponéis a una hija delante para justificar lo que le hacéis a la de otro.

El hombre se quebró.

Raquel seguía peleando con la terminal.

00:48

—He bloqueado paquete uno.

—Paquete dos —dijo Irene.

—Estoy.

00:31

—Paquete dos bloqueado.

—Tres.

Raquel apretó los dientes.

—Tiene cifrado distinto.

Elena, desde Sala Cero, habló:
—Necesitas cancelar desde raíz, no desde paquete.
Todos la miramos.
—¿Cómo? —preguntó Raquel.
Elena cerró los ojos.
—Comando de cierre: LUZ-CERO-CLARA.
Mercedes se puso rígida.
Raquel escribió.
La terminal rechazó.
ACCESO DENEGADO.
Elena abrió los ojos.
—No…
El móvil vibró.
LA VOZ YA NO TIENE VOZ.
00:14
Raquel respiraba demasiado rápido.
Irene le puso una mano sobre el hombro.
—No mires el contador. Mira el sistema.
—No puedo.
—Sí.
—No.
Irene se inclinó.
—Raquel, esta vez no estás grabando. Estás tapando la cámara.
Raquel cerró los ojos un segundo.
Luego los abrió.
Borró el comando.
Escribió otra cosa.
—¿Qué haces? —preguntó el técnico.
—No cancelo la liberación.
—¿Qué?
—La red quiere publicar archivos. Pues le doy archivos.
—Raquel…
—Archivos vacíos.
El técnico abrió la boca.
Luego entendió.
—Sustitución de paquete.

00:07
Raquel arrastró un bloque de datos.
El servidor respondió.
00:05
00:04
00:03
PUBLICANDO…
La sala entera dejó de respirar.
00:02
00:01
LIBERACIÓN COMPLETADA.
Silencio.
Raquel se quedó mirando la pantalla.
El técnico comprobó.
Una vez.
Dos.
Tres.
Luego empezó a reír.
Una risa pequeña, incrédula.
—Ha salido.
—¿Qué ha salido? —preguntó Mercedes.
Raquel giró despacio hacia ella.
Tenía lágrimas en la cara.
—Nada.
Irene miró la pantalla.
—Un archivo negro. Sin vídeo. Sin audio. Sin nombres.
Raquel se tapó la boca.
—No han salido.
Mercedes cerró los ojos.
Vera empezó a llorar contra ella.
Paula, desde la central, dijo algo que no entendimos porque también estaba llorando.
Hugo dejó caer la cabeza hacia atrás.
—Raquel Mena, has hecho el primer vídeo viral de la historia que merece existir.
Raquel se rio.

Llorando.

—Es negro.

—Exacto. Tu mejor obra.

El móvil de Salvat vibró.

La pantalla mostró:

PRUEBA 20 FALLIDA.

Luego:

RESULTADO: LA VOZ PERDIÓ. LA MANO FALLÓ. LAS VÍCTIMAS NO FUERON PUBLICADAS.

Elena Mur cerró los ojos.

No por dolor.

Por derrota.

Mercedes miró la pantalla negra del archivo liberado.

Una pantalla sin imagen.

Sin Clara.

Sin Vera.

Sin Nuria.

Sin ninguna víctima convertida en alimento para la curiosidad.

Y dijo:

—Así se mira.

Nadie habló.

Porque todos entendimos.

A veces mirar era apagar la imagen.

A veces hacer algo era impedir que otros vieran.

Capítulo 31 — El último nodo

El archivo negro se publicó en todas partes.

No contenía nada.

Ni una voz.

Ni una cara.

Ni un cuerpo.

Ni una lágrima arrancada en una sala de terapia.

Ni una chica pidiendo ayuda.

Ni una mujer saliendo de un sótano.

Ni Clara.

Ni Vera.

Ni Nuria.

Nada.

Y precisamente por eso fue lo único decente que había salido de aquella red en años.

Raquel se quedó mirando la pantalla como si no se fiara del vacío.

—¿Seguro?

El técnico revisó otra vez.

—Seguro.

—Míralo de nuevo.

—Lo he mirado cuatro veces.

—Cinco es un número más bonito.

El técnico suspiró y volvió a comprobarlo.

Hugo, desde su silla de ruedas, cerró los ojos.

—Me encanta que tu paranoia se haya vuelto socialmente útil.

Raquel no le contestó.

Tenía las manos vendadas sobre el teclado, los hombros hundidos y la cara de alguien que acababa de parar un tren con un paraguas y todavía esperaba el impacto.

Irene se sentó a su lado.

—Lo has hecho.

Raquel negó con la cabeza.

—No.

—Sí.

—No lo digas así.

—¿Por qué?

—Porque si lo digo así, parece que compensa.

Irene bajó la mirada.

—No compensa.

Raquel tragó saliva.

—Bien.

No era bien.

Pero era verdad.

Y a esas alturas, la verdad era lo máximo a lo que podíamos aspirar sin insultar a los muertos.

En la pantalla de la fundación, Rivas tenía reducido al director de mantenimiento contra el suelo. El hombre lloraba, repetía lo de su hija, lo de las amenazas, lo de que solo había abierto puertas, solo había cambiado credenciales, solo había obedecido.

Solo.

Esa palabra estaba empezando a merecer cárcel propia.

Carmen se agachó junto a él.

—Mírame.

El hombre levantó la cara.

—Me iban a destruir.

—Sí —dijo Carmen—. Y tú decidiste ayudarles a destruir a otros primero. Muy humano. Muy miserable. Muy frecuente.

Él lloró más.

Carmen se puso de pie.

—Lleváoslo antes de que me dé por hacer pedagogía con una grapadora.

Hugo suspiró.

—Qué pérdida para la universidad.

La señal cambió a Sala Cero.

Elena Mur seguía sentada en la sala de declaración, esposada, con la cara quieta y los ojos clavados en el móvil apagado. Ya no parecía satisfecha. Tampoco parecía arrepentida. Parecía algo peor: desplazada.

Como si, de pronto, la red a la que había dado voz hubiese decidido que su voz era prescindible.

Valcárcel entró en la sala.

—Elena.

La psicóloga levantó la vista.

—Magistrada.

—La Voz ha perdido.

Elena sonrió apenas.

—Una voz nunca pierde. Solo cambia de boca.

—Qué cómodo.

—Qué real.

Valcárcel se sentó frente a ella.

—Entonces empiece a decirnos dónde buscar la siguiente.

Elena no contestó.

El móvil de la mesa vibró.

Todos nos tensamos.

No era el de Juez Cero.

Era el de Valcárcel.

Mensaje interno, cifrado, enviado desde uno de los equipos de Sala Cero.

La magistrada lo leyó.

Su cara no cambió.

Eso era una mala señal en la gente que controla bien la cara.

—Han encontrado otra sala.

Hugo levantó la cabeza.

—Por supuesto.

Damián apretó las ruedas de su silla.

—¿Dónde?

Valcárcel miró a la cámara que transmitía al hospital.

—Detrás del archivo de "JUZGAR". Hay un acceso oculto.

Elena cerró los ojos.

Salvat, en la pantalla de Sala Cero, apartó una estantería con ayuda de dos agentes. Detrás había una puerta estrecha, sin símbolo, sin frase, sin lector.

Una puerta normal.

Eso la volvió casi obscena.

Rivas enfocó la cerradura.

—Abierta.

Carmen, que había vuelto de la fundación con una rapidez que solo podía explicarse por rabia y café, apareció junto a ellos.

—Eso no me gusta.

Salvat la miró.

—Nada te gusta.

—Mentira. Me gusta tener razón. Y ahora mismo la tengo.

Abrieron.

La habitación de detrás era pequeña.

Mucho más pequeña que Sala Cero.

No tenía estanterías.

No tenía pantallas.

No tenía archivos.

Solo una mesa, una silla y una pared cubierta de fotografías.

Fotografías de nosotros.

No de las pruebas.

De antes.

Yo entrando al hospital hacía tres años.

Hugo saliendo de los juzgados.

Damián fumando en una puerta trasera.

Raquel con un móvil en la mano durante una rueda de prensa.

Irene sentada en una redacción.

Lara frente a la entrada del hospital.

Marcos en un parking.

Samuel en un cementerio.

Vera saliendo de una consulta de la fundación.

Mercedes frente a la tumba de Clara.

Nuria.

Una foto de Nuria tomada mucho después del incendio.

Delgada. Cabizbaja. Entrando por una puerta de servicio.

Viva.

Viva y vigilada.

A todos nos faltó el aire.

Mercedes se levantó.

—No.

Vera la sujetó.

—Tía…

—La estaban mirando.

Nadie pudo decir nada.

La habían mirado durante años.

No para salvarla.

Para asegurarse de que seguía siendo útil como secreto.

Carmen, desde la habitación, habló muy bajo:

—Hay otra cosa.

La cámara se movió hacia la mesa.

Encima había una grabadora.

Antigua.

No un móvil.

No un sistema remoto.

Una grabadora pequeña, negra, con un botón rojo.

Junto a ella, una nota:

PARA CUANDO DEJEN DE JUGAR.

Valcárcel se acercó.

—No la toque nadie.

Científica fotografió.

Marcó.

Registró.

Solo entonces, con guantes y bajo cámara, Salvat pulsó reproducir.

Al principio solo hubo estática.

Después, la voz.

La misma voz vieja, ronca, tranquila.

Pero esta vez sin efecto.

Sin eco.

Sin teatro.

Y eso la hizo peor.

—Si están escuchando esto, han llegado tarde de nuevo.

Damián cerró los ojos.

—Hijo de puta.

La grabación continuó:

—No lo digo como burla. Lo digo como método. Toda justicia llega tarde. Lo único que cambia es cuánto aprende del retraso.

Hugo murmuró:

—Dios, qué insoportable incluso en diferido.

Nadie le pidió silencio.

La voz siguió:

—Juez Cero no nació para castigar culpables. Nació para demostrar que la culpa es el único idioma que todos entienden cuando el dolor ajeno no basta.

Mercedes no apartaba los ojos de la pantalla.

—Mentira —dijo.

La grabación no podía oírla.

Pero quizá nosotros sí necesitábamos que lo dijera.

—La primera vez fue un error —continuó la voz—. Una habitación. Un hombre. Una confesión. Un policía que no quería archivar otro caso. Un juez que quería presionar a alguien sin manchar el acta. Una terapeuta que sabía dónde dolía. Un periodista dispuesto a mirar. Un técnico capaz de abrir una puerta. Ninguno era monstruo. Todos eran útiles.

Elena cerró los ojos.

Samuel bajó la cabeza.

Salvat se quedó inmóvil.

Valcárcel no parpadeó.

—Luego entendimos algo —dijo la voz—. No hacía falta crear el mal. Bastaba con ordenar el que ya existía.

Raquel apagó el sonido de su propio portátil, aunque la grabación seguía saliendo por la pantalla principal.

No quería ver comentarios.

No quería saber si alguien estaba llamando genio a aquello.

Bien.

—Si buscan una cabeza, encontrarán varias. Si cortan una, otra hablará. Si detienen a la Voz, otra voz aprenderá el tono. Si detienen a la Mano, otra mano abrirá una puerta. Si detienen al Juez, otro firmará con más cuidado.

La grabación hizo una pausa.

Respiración.

Papel.

Una taza apoyándose sobre una mesa.

—Por eso el juego no termina con mi nombre.

Carmen miró a Valcárcel.

—¿Hay forma de rastrear la grabadora?

Valcárcel negó apenas.

—Dejemos que acabe.

—Qué manía con escuchar a los psicópatas —murmuró Carmen.

—Esta vez no escuchamos para obedecer —dijo la magistrada—. Escuchamos para probar.

Carmen aceptó con mala cara.

La voz siguió:

—Ustedes han salvado a algunos. Bien. Han impedido que se publiquen archivos. Bien. Han abierto un sótano. Bien. Han detenido a una voz. Han expuesto una fundación. Han rescatado a una testigo. Han recuperado nombres.

Otra pausa.

—Ahora viene lo difícil.

En la pantalla, la cámara de Sala Cero enfocó la pared de fotografías.

La mía.

La de Clara.

La de Nuria.

La de Mercedes.

La de todos.

—Vivir sin juego. Declarar sin espectáculo. Reparar sin absolución. Proteger a quienes sobreviven cuando ya no hay cámaras. Acompañar a quienes hablan cuando la audiencia se aburre. Castigar sin convertir el castigo en circo. Eso, supervivientes, es más duro que cualquier prueba.

Hugo bajó la mirada.

Nadie hizo un chiste.

La voz continuó:

—Y no confío en que puedan hacerlo.

Mercedes dio un paso hacia la pantalla.

—Pues mira.

Vera la sujetó de la mano.

La grabación llegó al final.

—La red seguirá donde alguien prefiera obedecer una orden pequeña antes que cargar con una pregunta grande.

Un clic.

Silencio.

Luego una última frase, añadida después, más baja, casi íntima:

—Clara hizo la pregunta correcta. Por eso murió.

La grabadora se detuvo.

Nadie respiró durante unos segundos.

No porque la frase fuera verdad.

Porque era una profanación.

Mercedes soltó la mano de Vera.

Se acercó a la pantalla del hospital, aunque solo mostraba la habitación de Sala Cero.

—Mi hija no murió por hacer una pregunta.

Su voz no tembló.

—Murió porque muchos decidieron no responder.

Esa frase sí quedó viva.

No en la grabadora.

En nosotros.

Valcárcel levantó la cabeza en Sala Cero.

—Se incorpora la grabación completa como prueba. También la habitación, fotografías, soporte físico y cualquier huella. Quiero identificación de la voz por análisis acústico, cotejo con todos los detenidos y con registros antiguos.

Salvat asintió.

—Ya.

El técnico del hospital habló desde su mesa:

—Hay algo más.

Todos le miramos.

—La grabación tiene metadatos de creación. No muchos, pero algunos. Fue exportada desde un sistema antiguo. Usuario: E.MUR.

Elena no se movió.

Carmen sonrió sin alegría.

—Vaya. La Voz grabó al fantasma.

Elena habló desde la sala de declaración:

—Yo preparé la grabación.

Valcárcel giró hacia ella.

—¿Por orden de quién?

Elena tragó saliva.

—No lo sé.

El móvil de la mesa no vibró.

Ya no había detector.

Solo personas.

Eso era peor y mejor a la vez.

—No lo sé —repitió Elena—. Me llegó el texto. Me pidieron grabarlo con otra voz. Yo modulé, edité, distorsioné. Pero el último archivo… el último no era mío.

—¿La frase de Clara? —preguntó Mercedes.

Elena no pudo mirarla.

—Sí.

—¿De quién era?

Elena cerró los ojos.

—Del primer Juez.

Silencio.

Salvat se acercó a la cámara.

—¿Quién?

Elena abrió los ojos.

—No sé su nombre. Nadie lo sabe. Pero todos los archivos originales llevan una misma firma: J0-01.

—El primer nodo —dijo Irene.

—El que creó el procedimiento —añadió Hugo.

—El que todavía está fuera —dijo Damián.

Elena asintió.

—O muerto.

—No suena muerto —dijo Carmen.

—Las ideas no suenan muertas hasta que la gente deja de obedecerlas.

Mercedes miró a Elena.

—Entonces empezamos por ahí.

Elena no respondió.

La sala del hospital se quedó en un silencio distinto.

No de derrota.

No de victoria.

De entendimiento.

No íbamos a atrapar a todos en una noche. No íbamos a reconstruir años de sótanos, firmas, llamadas, vídeos, sesiones y puertas con una sola entrada policial. No íbamos a devolver a Clara. No íbamos a borrar el directo de Raquel ni el artículo de Irene ni la defensa de Hugo ni la puerta de Damián ni mi silencio.

Tampoco íbamos a dejar que eso fuese el final.

Valcárcel ordenó trasladar a Elena. Salvat y Rivas siguieron con Sala Cero. Carmen empezó a clasificar archivos médicos con dos enfermeras y un odio muy sano hacia el papel. Raquel e Irene prepararon el siguiente comunicado. Paula seguía abajo con Mario, que aún mantenía la válvula abierta como si fuera una promesa. Hugo pidió un café y recibió agua. Damián se rio de él por primera vez sin rabia. Lara le dijo a Marcos que, cuando declarase todo, ella se marcharía.

Marcos no pidió que se quedara.

Solo asintió.

Eso fue quizá lo primero decente que le vi hacer sin dolor empujándole por detrás.

Samuel se acercó a Vera.

No demasiado.

—Vera.

Ella le miró.

Mercedes seguía a su lado, pero no intervino.

—No voy a pedirte perdón ahora —dijo Samuel.

Vera parpadeó.

—Bien.

—No porque no quiera.

—Ya.

—Porque sería pedirte otra cosa más.

Vera sostuvo la mirada.

Le dolía.

Se notaba.

Pero no se apartó.

—Clara hablaba de ti —dijo ella.

Samuel bajó la cabeza.

—¿Sí?

—Decía que eras insoportable cuando querías tener razón.

Samuel soltó una risa que se rompió enseguida.

—Eso no ha cambiado.

—No.

Silencio.

—También decía que eras bueno encontrando cosas.

Samuel levantó la vista.

Vera tragó saliva.

—Pues encuentra a los que faltan.

No fue perdón.

Fue una tarea.

A veces una tarea es todo lo que una persona merece recibir para no pudrirse del todo.

Samuel asintió.

—Lo haré.

—No por ella.

Él entendió.

—Por las que quedan.

Vera asintió.

Mercedes cerró los ojos.

Y allí, en esa sala de hospital llena de heridos, policías, pantallas apagadas y café malo, la novela de nuestra noche empezó a convertirse en otra cosa.

No en un juego.

En una causa.

Mucho menos elegante.

Mucho más lenta.

Mucho más necesaria.

Entonces, desde UCI, llegó Carmen por el canal interno.

—Nuria ha despertado unos segundos.

Todos nos quedamos quietos.

—¿Está bien? —preguntó Vera.

Carmen tardó en responder.

—Está viva. Hoy eso cuenta como bien.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Mercedes.

Carmen respiró.

—Sí.

El silencio se llenó de Clara antes de que la nombraran.

—Ha preguntado si alguien había abierto la puerta.

Damián bajó la cabeza.

Raquel empezó a llorar otra vez.

Yo cerré los ojos.

Mercedes respondió por todos, aunque Nuria no pudiera oírla desde allí:

—Sí.

Una palabra.

Sencilla.

Tardía.

Insuficiente.

Pero verdadera.

—Sí —repitió Mercedes—. Esta vez sí.

Capítulo 32 — El acta

—Sí —repitió Mercedes—. Esta vez sí.

Y nadie añadió nada.

No hacía falta.

La respuesta quedó en la sala como una puerta abierta. No una puerta limpia, ni luminosa, ni suficiente. Una puerta con las bisagras oxidadas, la madera astillada y demasiada gente herida alrededor.

Pero abierta.

Nuria había preguntado si alguien había abierto la puerta.

Y Mercedes había respondido por todos.

Sí.

Esta vez sí.

Yo estaba sentada al borde de una camilla, con los pies vendados suspendidos sobre el suelo y las manos apoyadas en las rodillas. No podía cerrar bien los dedos. Las vendas me convertían las manos en dos cosas torpes, inútiles, casi cómicas.

Había pasado buena parte de mi vida usando las manos para trabajar.

Para sujetar, limpiar, curar, inyectar, escribir, apartar pelo de una frente, ajustar una sábana, cerrar una vía, tomar un pulso.

Aquella mañana apenas podía sostener un vaso de agua.

Era justo, supongo.

El cuerpo también sabe poner símbolos cuando quiere ser cruel.

Hugo estaba a unos metros, en su silla de ruedas, con la pierna inmovilizada y una manta sobre las rodillas. Había pedido café tres veces y recibido agua tres veces. Empezaba a considerarlo una persecución política.

—Esto vulnera mis derechos fundamentales —dijo, mirando el vaso.

Damián, también en silla, tenía la cabeza apoyada contra la pared.

—Te han salvado de morir, te han dado calmantes y sigues llorando por café.

—Cada uno procesa el trauma desde sus valores.

—Tus valores son líquidos y con cafeína.

—Exacto. Gracias por entenderme.

Raquel estaba delante del portátil, aunque ya no tecleaba. Miraba la pantalla negra del archivo que había sustituido a los vídeos de las víctimas. Una pantalla sin imagen. Un rectángulo vacío.

No podía apartarse.

Irene se sentó a su lado.

—Ya está.

Raquel negó con la cabeza.

—No.

—Raquel.

—No digas ya está. No existe ya está.

Irene asintió.

—Tienes razón.

Raquel se quedó mirándola.

—Estás diciendo mucho eso últimamente.

—Estoy practicando.

—Da miedo.

—A mí también.

En la pantalla oficial, Sala Cero seguía siendo registrada. Técnicos, agentes y personal judicial se movían entre estanterías, cajas, carpetas y discos duros. Cada vez que uno de ellos tocaba algo, una cámara lo registraba. Cada carpeta se fotografiaba antes de abrirse. Cada soporte se duplicaba. Cada etiqueta se leía en voz alta.

Era lento.

Desesperantemente lento.

Y por eso era lo contrario al juego.

El juego nos había obligado a decidir con segundos en contra.

La justicia, cuando no está podrida, tiene otra forma de respirar: despacio, con testigos, con actas, con gente que firma lo que hace para que después nadie pueda decir que no lo hizo.

Valcárcel apareció en la pantalla.

—Hemos encontrado una caja fuerte secundaria.

Todos levantamos la cabeza.

Hugo suspiró.

—Por supuesto. El mal siempre tiene cajones dentro de cajones. Es como una cómoda de Ikea poseída.

La magistrada no lo oyó, o decidió ignorarlo, que era una forma superior de sabiduría.

Salvat enfocó la caja fuerte con la cámara oficial. Estaba encajada detrás de una estantería móvil, bajo la etiqueta JUZGAR. No era grande. Eso la hacía más inquietante.

Rivas revisó la cerradura.

—No tiene combinación digital. Llave física.

Carmen, en Sala Cero, levantó una ceja.

—¿Llave física? Qué nostalgia. Este psicópata tiene alma de abuelo peligroso.

Valcárcel miró a Elena Mur, que permanecía sentada en la sala de declaración, conectada por audio.

—¿Dónde está la llave?

Elena tardó.

—No lo sé.

Nadie tenía ya un detector fiable.

Pero todos nos habíamos vuelto especialistas en el medio segundo que tarda una mentira en vestirse.

Carmen se inclinó hacia la cámara.

—Elena.

La psicóloga cerró los ojos.

—No la tengo.

—Eso no era la pregunta —dijo Irene desde la sala del hospital.

Elena abrió los ojos.

Por primera vez, pareció cansada de verdad.

No derrotada teatralmente.

Cansada.

—La llave la guardaba la Mano.

—¿Cuál de todas? —preguntó Damián.

Elena miró hacia abajo.

—La primera.

Silencio.

—¿J0-01? —preguntó Salvat.

Elena asintió.

—La Mano original no ejecutaba solo órdenes. Las diseñaba para que otros pudieran ejecutarlas sin sentirse responsables.

Hugo murmuró:

—Un consultor del infierno.

—¿Nombre? —preguntó Valcárcel.

Elena apretó los labios.

—No lo sé.

Carmen resopló.

—Estoy empezando a echar de menos cuando mentía con más entusiasmo.

Elena levantó la cabeza.

—Nadie lo sabía. Se comunicaba por instrucciones. Por protocolos. Por versiones. Por actas.

La palabra hizo que Valcárcel se quedara quieta.

—Actas.

Elena la miró.

—Sí.

Valcárcel se volvió hacia Salvat.

—Busquen una carpeta con ese nombre.

Salvat fue hacia las estanterías.

CALLAR. CERRAR. GRABAR. DEFENDER. MENTIR. MIRAR. HUIR. PRESTAR. SEDAR. ARCHIVAR. COMPRAR. JUZGAR.

Nada.

Rivas revisó otra fila.

Nada.

Carmen se quedó mirando el atril central.

El cartel seguía allí.

CONFIESE AQUÍ.

—Siempre mirando donde quiere que miremos —murmuró.

Se acercó al atril.

Lo tocó con los nudillos.

Hueco.

—Aquí.

Salvat fue hacia ella.

Entre los dos desmontaron la base del atril. Dentro había un compartimento estrecho, oculto. No con alta tecnología. Con carpintería vieja.

Carmen sacó una carpeta negra.

Sin etiqueta.

La abrió.

Dentro solo había una hoja.

Una.

Valcárcel se acercó.

—Léala.

Carmen miró la hoja.

Por primera vez no hizo ningún comentario.

Eso fue mala señal.

Salvat tomó la hoja con guantes y la leyó en voz alta:

—"Acta cero. Primer ejercicio de reparación extrajudicial. Comparecen: un agente instructor, un magistrado colaborador, una terapeuta de apoyo y un técnico de acceso. Objetivo: obtener confesión de sujeto no cooperante sin apertura formal de causa."

Hugo cerró los ojos.

—Reparación extrajudicial. Qué forma tan enferma de decir secuestro.

Salvat siguió leyendo.

—"Resultado: confesión obtenida. Lesiones no previstas. Fallecimiento posterior no atribuible al procedimiento."

Mercedes se sentó despacio.

—Así empezó.

Elena no miraba la pantalla.

Miraba sus manos esposadas.

Valcárcel habló con voz fría:

—Nombres.

Salvat bajó la vista.

—Están tachados.

—¿Todos?

—Todos menos uno.

La sala entera se quedó inmóvil.

—¿Cuál? —preguntó Rivas.

Salvat leyó.

—Técnico de acceso: Teodoro Ledesma.

El nombre cayó como una pieza que no sabíamos que faltaba.

Teodoro.

El contable.

El archivo vivo.

El hombre que acababan de rescatar del almacén de docencia.

El que había estado atado en un ascensor.

El que sabía dónde estaban los cuerpos.

Hugo se inclinó hacia delante.

—Teodoro no era solo contable.

—No —dijo Irene—. Estuvo desde el principio.

Damián apretó los puños.

—Y lo salvamos.

Mercedes levantó la cabeza.

—Sí.

Todos la miramos.

—Y volveríamos a hacerlo —dijo.

Nadie discutió.

Porque ahí estaba la diferencia.

No habíamos salvado a Teodoro porque fuera inocente.

Lo habíamos salvado porque estaba vivo.

Y porque vivo podía hablar.

El canal de UCI se activó en ese momento.

Paula apareció en pantalla. Tenía el rostro cansado, el pelo recogido de cualquier manera y manchas de grasa en la bata después de la central de gases.

—Teodoro ha recuperado conciencia parcial.

Salvat se acercó al monitor.

—¿Puede declarar?

Paula miró a alguien fuera de plano.

—Puede decir algunas palabras. Carmen dice que si le atosigan, os arranca la laringe.

La voz de Carmen llegó desde atrás:

—He dicho exactamente eso y lo mantengo.

Valcárcel respondió:

—Solo identificación y una pregunta. Con médico presente.

—Más os vale —dijo Carmen.

La imagen cambió al box.

Teodoro Ledesma estaba en una cama de UCI, con oxígeno, vías, la piel gris y los ojos medio abiertos. No tenía la apariencia de un villano. Eso ya no sorprendía. Esa noche nos había enseñado que los villanos casi nunca tienen la decencia estética de parecerlo.

Carmen estaba junto a él.

—Teodoro —dijo—. Me oyes.

Él movió los ojos hacia ella.

—Sí.

La voz salió como papel raspando piedra.

Carmen miró a la cámara.

—Una pregunta.

Valcárcel se inclinó hacia el micrófono.

—Señor Ledesma, ¿puede identificar a la persona que figura como J0-01 o Mano original?

Teodoro cerró los ojos.

Durante un segundo pensé que se había ido.

Luego volvió.

—No… persona.

Silencio.

Carmen le tocó el hombro.

—Despacio.

Teodoro respiró.

—Cargo.

Valcárcel frunció el ceño.

—¿J0-01 era un cargo?

Teodoro movió apenas la cabeza.

Sí.

—¿Quién lo ocupó primero?

Los ojos de Teodoro se movieron hacia la cámara.

No sé si nos veía.

No sé si veía a Clara, a Nuria, a todas las personas que habían sido convertidas en archivos, pagos, sesiones, lotes, silencios.

—Actuario.

Valcárcel se quedó muy quieta.

—¿Actuario judicial?

Teodoro tragó saliva.

—Archivo… inferior.

—¿Nombre?

El monitor pitó.

Carmen levantó una mano hacia la cámara.

—Hasta aquí.

Valcárcel insistió:

—Solo el nombre.

Carmen giró hacia ella con una mirada capaz de procesar a una magistrada por imprudencia emocional.

—He dicho hasta aquí.

Teodoro abrió los ojos otra vez.

—Elias…

La voz se le rompió.

—Elías… Montalvo.

El monitor pitó más rápido.

Carmen cortó la comunicación.

Pantalla negra.

Silencio.

Valcárcel repitió el nombre, como si lo colocara en un expediente invisible.

—Elías Montalvo.

Hugo levantó la cabeza.

—Ese nombre me suena.

Salvat también parecía haberlo reconocido.

—Fue actuario en los juzgados antiguos durante treinta años. Jubilado hace… ocho, creo.

Rivas abrió una búsqueda en la tablet.

—Elías Montalvo. Fallecido hace dos años.

Damián soltó aire.

—Muerto.

—No necesariamente terminado —dijo Irene.

Raquel la miró.

—No digas eso.

—No en ese sentido. Si J0-01 era un cargo, el primer hombre pudo morir, pero el cargo siguió.

Hugo asintió.

—La silla vacía.

Todos lo miramos.

—¿Qué?

Hugo se incorporó un poco, haciendo una mueca de dolor.

—Nueve sillas vacías. Lo vimos en aquella foto del móvil. No era una amenaza futura. Era estructura. Voz, Mano, Juez… y los demás. Cargos. No personas.

Salvat volvió a la caja fuerte cerrada.

—La llave puede no estar en manos de alguien. Puede estar en el sitio del cargo.

Valcárcel entendió.

—Archivo inferior. Actuario.

Carmen, desde Sala Cero, ya estaba mirando alrededor.

—¿Dónde se sentaba un actuario aquí abajo?

Salvat revisó el plano antiguo.

—Hay una oficina auxiliar junto a las escaleras. No la hemos abierto aún.

Valcárcel ordenó:

—Vamos.

La cámara oficial siguió al equipo.

Salieron de Sala Cero, subieron medio tramo y entraron por una puerta pequeña que casi no se veía entre humedad y polvo. Dentro había un despacho diminuto: una mesa, una silla, un armario metálico, una máquina de escribir vieja cubierta con una funda y una pared llena de archivadores vacíos.

Sobre la mesa había un portaplumas.

Carmen lo levantó.

Debajo, una llave.

Pequeña.

Antigua.

Hugo murmuró:

—El abuelo peligroso, confirmado.

Valcárcel hizo fotografiar la llave antes de tocarla.

La llevaron a la caja fuerte secundaria.

Esta vez nadie hizo bromas.

La llave entró.

Giró.

La caja se abrió.

Dentro no había discos.

No había dinero.

No había fotografías.

Había libros.

Cuadernos de actas, encuadernados en negro, numerados a mano.

J0-01

J0-02

J0-03

J0-04

Hasta el J0-09.

Nueve sillas.

Nueve cargos.

Nueve formas de repartir la culpa hasta que nadie pudiera verla entera.

Valcárcel abrió el primero.

No leyó en voz alta todo.

No hacía falta.

Solo una página.

—"Principio rector: ninguna acción debe requerir conocimiento completo por parte del ejecutor. La fragmentación protege la estructura y facilita la obediencia."

Damián se levantó de la silla de golpe.

Esta vez sí cayó.

No fuerte.

Pero cayó de rodillas, con un sonido seco.

—Joder.

Hugo intentó moverse hacia él.

No pudo.

—¿Estás bien?

Damián apoyó las manos vendadas en el suelo.

—No.

—Buena respuesta.

Paula, que había vuelto a la sala, fue a ayudarle.

Damián no se apartó.

Eso también era nuevo.

Valcárcel siguió pasando páginas.

—Aquí están los cargos.

Salvat enfocó.

J0-01: ACTA

J0-02: VOZ

J0-03: MANO

J0-04: JUEZ

J0-05: PUERTA

J0-06: OJO

J0-07: CUERPO

J0-08: FONDO

J0-09: LIMPIEZA

Irene susurró:

—Ojo. Fondo. Limpieza.

Raquel cerró los ojos.

—Difusión, dinero y borrado.

Hugo asintió.

—El horror hecho organigrama.

Carmen miró a cámara.

—Esto no es una red. Es una empresa.

Mercedes, desde el hospital, respondió:

—Entonces se cierra.

Valcárcel levantó el cuaderno.

—No. Primero se interviene. Luego se prueba. Luego se condena.

Mercedes la miró.

—Y luego se cierra.

La magistrada asintió.

—Y luego se cierra.

El móvil de Salvat vibró una vez más.

Todos lo miramos.

El mensaje apareció despacio.

YA ERA HORA.

Nadie entendió.

Hasta que la pantalla cambió.

No era Juez Cero hablando.

Era un archivo programado.

Una grabación de Elías Montalvo.

Un anciano, sentado en un despacho oscuro, con manos huesudas y ojos hundidos.

—Si ven esto —dijo—, es porque alguien encontró los cuadernos.

Su voz no era la voz de Juez Cero.

Era peor.

Más humana.

—Creí que podía obligar a culpables a confesar cuando la ley no llegaba. Creí que el miedo sería una herramienta provisional. Creí muchas cosas que solo creen los cobardes cuando se dan permiso para llamarse justos.

Mercedes no apartó la mirada.

—Después otros lo mejoraron —continuó Montalvo—. Lo hicieron útil. Rentable. Extensible. Yo abrí una puerta y luego fingí que no era responsable de los que entraron detrás.

Silencio.

El anciano tosió.

—Ese fue mi pecado. No crear un monstruo. Crear un método que cualquiera pudiera usar para parecer menos monstruo.

Hugo cerró los ojos.

—Maldita sea.

La grabación siguió:

—Si los cuadernos salen, ya no busquen una cara. Busquen cargos. Busquen firmas. Busquen accesos. Busquen las órdenes pequeñas.

Montalvo miró a cámara.

—Y no jueguen. Nunca jueguen. El juego siempre absuelve al que pone las reglas.

La pantalla quedó negra.

El móvil no volvió a vibrar.

Valcárcel ordenó sellar los cuadernos con una voz que no tembló, pero pesaba.

—Esto cambia la investigación completa.

Salvat asintió.

—Ahora sí tenemos estructura.

—Y confesión de origen.

—Parcial.

—Suficiente para empezar.

Mercedes se sentó.

Vera le sostuvo la mano.

Samuel cerró los ojos.

Raquel apagó el portátil de difusión pública.

Irene dejó de escribir.

Damián volvió a su silla con ayuda de Paula y no insultó a nadie.

Hugo miró el vaso de agua.

—Creo que ahora sí necesito café.

Nadie se rio.

O quizá sí.

Un poco.

Muy poco.

Lo suficiente.

Porque la risa no era olvido.

Era una forma diminuta de seguir vivos sin pedir permiso.

En la pantalla, Sala Cero se llenaba de cajas selladas.

Los cuadernos salían bajo custodia.

Los cargos tenían nombre.

La red tenía organigrama.

El juego ya no era una niebla.

Seguía siendo enorme.

Seguía siendo peligroso.

Seguía teniendo gente fuera.

Pero por primera vez tenía bordes.

Y todo lo que tiene bordes, tarde o temprano, puede ser rodeado.

Mercedes miró la pantalla donde los cuadernos negros eran introducidos en bolsas transparentes.

—Clara preguntó por qué nadie hacía nada —dijo.
Vera apoyó la cabeza en su hombro.
Mercedes respiró.
—Ya tenemos la respuesta.
Nadie dijo cuál.
Porque todos la sabíamos.
Miedo.
Dinero.
Cansancio.
Comodidad.
Estructura.
Órdenes pequeñas.
Puertas cerradas.
Pero también había aparecido otra respuesta.
Tarde.
Herida.
Imperfecta.
Con vendas, actas, cámaras oficiales y gente rota alrededor.
Esta vez sí.

Capítulo 33 — Los cargos

Los cuadernos salieron de Sala Cero en cajas transparentes.

Eso me pareció importante.

Transparencia literal.

Después de tantos sótanos, puertas ocultas, carpetas falsas, códigos cambiados y habitaciones sin cámaras, ver aquellos cuadernos negros dentro de bolsas selladas, bajo focos, con números de acta y manos enguantadas, tuvo algo casi obsceno.

Como si la verdad, por fin, hubiera dejado de esconderse.

O como si empezara a aprender a respirar fuera.

Valcárcel no permitió que nadie los moviera sin decirlo en voz alta.

—Bolsa uno. Cuaderno J0-01. Actuario: Elías Montalvo. Recibido por científica. Sellado a las 09:42.

Un agente repetía.

Otro grababa.

Otro fotografiaba.

Carmen observaba con los brazos cruzados, como si desconfiara incluso de la tinta.

—Así da gusto —murmuró Hugo desde la pantalla del hospital—. El terror con inventario pierde mucho encanto.

—Ese era el objetivo —dijo Irene.

Hugo la miró.

—Estás muy seria desde que decides no ser una villana menor.

—Y tú muy hablador desde que no puedes caminar.

—Cada uno compensa como puede.

Damián, sentado junto a él, tenía los ojos fijos en las cajas.

—¿Cuántos faltan?

Salvat contestó desde Sala Cero:

—No lo sabemos todavía.

Valcárcel corrigió:

—Sí sabemos por dónde empezar.

La cámara enfocó la lista de cargos abierta sobre una mesa metálica.

J0-01: ACTA
J0-02: VOZ
J0-03: MANO
J0-04: JUEZ
J0-05: PUERTA
J0-06: OJO
J0-07: CUERPO
J0-08: FONDO
J0-09: LIMPIEZA

Nueve cargos.

Nueve sillas.

Nueve formas de hacer daño sin tener que mirar el daño entero.

—Acta fue Montalvo —dijo Irene.

—El primero —añadió Hugo—. O el primero que dejó manual, que no es lo mismo.

—Voz era Elena Mur —dijo Raquel.

—Una de ellas —corrigió Vera desde el otro lado de la sala.

Todos la miramos.

Vera no bajó los ojos.

—Si la voz cambia de boca, como ella dijo, no podemos dar por cerrado ese cargo.

Mercedes asintió.

—Entonces no se cierra.

Salvat escuchó aquello desde Sala Cero y tomó nota.

No con condescendencia.

Con seriedad.

Eso también era nuevo: que alguien tomara nota cuando una superviviente hablaba.

—Mano —dijo Damián—. ¿El de mantenimiento?

—Puede ser una Mano actual —respondió Valcárcel—. Pero el cargo parece operativo, no individual.

Hugo suspiró.

—Qué asco de empresa. Ni siquiera despiden bien a los criminales.

—Juez era Benito Sánchez —dije.

—Uno de ellos —corrigió Valcárcel—. El cargo Juez puede haber pasado por varias personas. Tenemos que cruzar firmas, resoluciones, archivos retirados y autorizaciones.

Damián apretó los dientes.

—Siempre más.

Mercedes respondió antes que nadie:

—Pues más.

Damián la miró.

Y calló.

Porque Mercedes tenía una forma de decir las cosas que no dejaba mucho sitio para quejarse.

Carmen pasó página en uno de los cuadernos.

—Aquí aparecen subcargos.

Valcárcel se acercó.

—Lea.

Carmen leyó con una cara de asco cada vez mayor:

—"Puerta: accesos físicos, cerraduras, tarjetas, permisos de entrada, rutas de evacuación, llaves maestras y bloqueos."

"Ojo: cámaras, difusión, selección de público, presión mediática, vigilancia de objetivos."

"Cuerpo: protocolos médicos, sedación, informes clínicos, incapacitación de testigos."

"Fondo: pagos, donaciones, fundaciones, becas, cuentas puente."

"Limpieza: eliminación de evidencias, sustitución de pruebas, incendios, desaparición documental, descrédito posterior."

Raquel bajó la mirada.

—Ojo.

Irene se volvió hacia ella.

—No eres eso.

Raquel soltó una risa mínima.

—Fui una versión barata.

—Fuiste culpable —dijo Irene—. No un cargo.

Raquel la miró.

La frase no era amable.

Por eso ayudó.

—Vale —dijo.

Hugo levantó un dedo.

—Propongo que, a partir de ahora, "fuiste culpable, no un cargo" sea el consuelo oficial de esta sala.

—No todo necesita chiste —dijo Lara.

Hugo bajó la mano.

—Lo sé.

Y lo dijo de verdad.

Lara estaba sentada junto a Marcos. Él seguía en camilla, con la pierna elevada y la cara hundida en una palidez que ya no venía solo del dolor físico. Había escuchado la lista de cargos sin hablar. Quizá porque, por fin, entendía que su huida no era el centro de la historia. Era una hebra. Importante, terrible, pero una hebra dentro de una red mucho más grande.

—Mi padre puede ser Fondo —dijo Marcos.

La sala se quedó quieta.

Lara lo miró.

—¿Por qué lo dices?

Marcos tragó saliva.

—Tenía clientes que nadie nombraba. Cuentas. Favores. Siempre decía que el dinero no compra silencio, compra versiones. Yo pensaba que era una frase de viejo cínico.

Hugo cerró los ojos.

—Qué familia tan literaria para la corrupción.

Marcos no sonrió.

—Quiero declararlo.

Salvat, desde la pantalla, habló:

—Quedará registrado. Después de la intervención quirúrgica.

—Ahora.

Carmen levantó la cabeza desde Sala Cero.

—No. Ahora no. Si quieres redimirte, empieza por no morirte de una embolia por cabezón.

Marcos abrió la boca.

Lara le puso una mano sobre el brazo.

No fue ternura.

Fue límite.

—Después —dijo.

Marcos la miró.

Y asintió.

Otra cosa pequeña.

Pero distinta.

Valcárcel ordenó el traslado de los cuadernos a una unidad judicial protegida.

No por una ruta.

Por tres.

Tres copias físicas.

Tres equipos.

Tres vehículos.

Tres destinos iniciales distintos.

—La fragmentación también puede proteger la verdad —dijo.

Hugo la miró con admiración real.

—Magistrada, acaba usted de apropiarse del método del villano con fines democráticos. Me emociona.

—Latorre, si vuelve a llamarme villana democrática, pediré que lo cambien de planta.

—No lo he dicho.

—Lo ha pensado con cara.

Damián soltó una risa.

Pequeña.

Rota.

Pero risa.

La preparación del traslado empezó a ocuparlo todo. Agentes entrando y saliendo. Técnicos duplicando soportes. Salvat firmando. Rivas revisando rutas. Carmen protestando porque nadie había comido nada decente. Paula, desde la central de gases, confirmando que el bypass ya estaba estabilizado y que Mario seguía allí, aferrado a la válvula como si sujetara su propia posibilidad de no ser el peor hombre del edificio.

Entonces llegó la orden.

No por el móvil de Juez Cero.

No por una pantalla negra.

No con frase teatral.

Llegó por radio policial.

Una voz seca, oficial:

—Unidad de traslado uno, cambio de ruta autorizado. Repito, cambio de ruta autorizado por seguridad. Diríjanse por túnel norte hacia salida judicial secundaria.

Salvat levantó la cabeza.

—¿Quién autoriza?

La voz respondió:

—Central operativa. Código Valcárcel siete-tres.

La magistrada se quedó inmóvil.

—No existe ese código.

Silencio.

Solo un segundo.

Luego la radio chisporroteó.

—Repito, cambio de ruta autorizado.

Valcárcel cogió el transmisor.

—Aquí Inés Valcárcel. Ninguna unidad cambia ruta. Orden falsa. Repito: orden falsa. Mantengan posición.

La radio devolvió estática.

Después, una voz distinta.

Más baja.

Más rápida.

—Limpieza en curso.

Nada más.

Limpieza.

El cargo.

La palabra fue suficiente para que todos entendiéramos que el juego había perdido el escenario, pero no el instinto.

Valcárcel se giró hacia Salvat.

—Bloquee salidas.

Salvat ya estaba dando órdenes.

—Nadie mueve las cajas. Nadie toca los vehículos. Verificación presencial de todas las radios y credenciales. Rivas, conmigo.

Carmen dejó una carpeta sobre la mesa.

—¿Y ahora qué limpian?

La respuesta llegó desde el hospital.

Paula, por el canal interno:

—Tenemos una incidencia en residuos biológicos.

Todos miramos la pantalla.

—¿Qué incidencia? —pregunté.

Paula respiraba rápido.

—Han solicitado retirada urgente de material contaminado desde UCI y archivo clínico. Firma digital de Dirección Médica.

Narbona, esposada a unos metros, palideció.

—Yo no he firmado nada.

No necesitábamos detector.

Esta vez su miedo era limpio.

—¿Qué material? —preguntó Irene.

Paula miró la tablet.

—Muestras de Nuria. Sangre, ropa, restos de piel, hisopos. También muestras de Teodoro y Ledesma.

Mercedes se puso de pie.

—No.

Limpieza.

No necesitaban quemar Sala Cero si podían borrar los cuerpos.

No necesitaban destruir todos los archivos si podían contaminar las pruebas vivas.

Carmen gritó desde Sala Cero:

—¡Que nadie entregue una sola bolsa! ¡Ni una gasa! ¡Ni un calcetín con sangre!

Paula ya corría.

—Voy a laboratorio.

—Con agentes —ordenó Valcárcel.

Dos policías salieron con Paula.

Yo me levanté sin pensarlo.

El dolor me clavó al sitio.

Damián me miró.

No dijo nada.

Me agradeció en silencio que no intentara correr.

O quizá me odió por entenderlo antes que él.

Raquel abrió el canal interno.

—Atención, personal de San Telmo: cualquier orden de retirada de muestras, residuos o material clínico relacionada con pacientes de la investigación queda suspendida. Verificación presencial obligatoria. No entreguéis nada a mensajería externa.

Irene añadió:

—No entreguéis tampoco documentación, ropa, dispositivos ni pertenencias. Ninguna orden telefónica es válida.

Hugo murmuró:

—Estamos convirtiendo el trauma en protocolo. Qué cosa tan horriblemente útil.

La cámara de laboratorio apareció en pantalla.

Paula llegó con dos agentes.

El laboratorio estaba en una planta baja, blanco, frío, lleno de neveras, bandejas y etiquetas. Una técnica de laboratorio estaba discutiendo con un hombre de mono gris y mascarilla.

El hombre llevaba un carro cerrado.

Paula gritó:

—¡Alto!

El hombre se volvió.

No corrió.

Eso ya no engañaba a nadie.

—Orden de retirada —dijo, enseñando una tablet—. Material contaminado.

Paula se plantó delante del carro.

—Muéstreme identificación.

—Está en la tablet.

—Identificación física.

—No tengo tiempo, señorita.

Paula no se movió.

—Pues consiga tiempo.

El hombre intentó rodearla.

Uno de los agentes se interpuso.

—Abra el carro.

—No puedo. Riesgo biológico.

—Abra el carro.

El hombre dudó.

Esa duda lo condenó.

El agente le quitó la tablet. El otro abrió el carro.

Dentro no había residuos.

Había bolsas de pruebas.

Ropa de Nuria.

Gasas de Teodoro.

Tubos etiquetados.

Y un pequeño dispositivo negro adherido al fondo, con una luz roja parpadeando.

Paula retrocedió.

—No lo toquen.

El técnico del hospital, conectado desde la sala, dijo:

—Es un emisor térmico. Podría dañar muestras si se activa.

El hombre del mono gris sonrió apenas.

—Ya se activó.

Paula se quedó blanca.

El agente lo redujo contra el suelo.

Pero el daño podía estar hecho.

—Temperatura del carro —dijo Paula.

La técnica de laboratorio revisó.

—Subiendo. Treinta y nueve. Cuarenta y dos.

—¡Nevera de emergencia! —gritó Paula.

La técnica cogió las bolsas una a una.

—No sé qué está contaminado.

—Todo se conserva igual —dijo Paula—. Luego se separa. Ahora se salva.

Otra vez.

Primero la persona.

Después el archivo.

Primero la muestra viva.

Después el orden.

El dispositivo empezó a pitar.

Carmen, desde Sala Cero, gritó como si pudiera llegar a través de la pantalla:

—¡No esperéis a entenderlo, enfriadlo!

Paula metió las bolsas en una cámara de frío portátil. La técnica activó el sistema. Uno de los agentes sacó el dispositivo con pinzas térmicas y lo puso en un contenedor de seguridad.

La temperatura bajó.

Lenta.

Demasiado lenta.

Todos mirábamos los números.

46

45

43

40

37

Paula apoyó las manos en la mesa del laboratorio y cerró los ojos.

—Están estables.

La sala soltó aire.

Mercedes se sentó despacio.

Vera le agarró la mano.

Raquel se cubrió la cara con las vendas.

Hugo murmuró:

—Paula Alcázar acaba de ascender a Carmen junior.

La voz de Carmen llegó por el canal:

—Ni de coña. Paula tiene mejor carácter.

Paula, desde el laboratorio, rio llorando.

El hombre del mono gris fue desenmascarado.

No era nadie conocido.

Otro ejecutor.

Otra Mano prestada.

Otra persona que diría que le amenazaron, que solo obedecía, que no sabía lo que había en el carro, que pensó que era una retirada normal.

Solo.

Siempre solo.

Valcárcel no perdió tiempo.

—Incluyan intento de destrucción de muestras. Custodia reforzada en laboratorio. Doble copia de resultados. Rivas,

mantenemos traslado de cuadernos según plan original.

—Recibido —respondió Rivas.

Y entonces ocurrió algo pequeño.

Tan pequeño que casi lo perdemos.

Una limpiadora del hospital apareció en la cámara del laboratorio, al fondo. Mujer mayor, uniforme azul, carrito de limpieza. Se detuvo al ver a la policía. Miró el carro de muestras. Miró al hombre reducido. Miró a Paula.

—Yo le abrí la puerta —dijo.

Paula se volvió.

—¿Qué?

La mujer apretó el mango del carrito.

—Me dijo que venía de residuos. Que tenía prisa. Yo… le abrí la puerta del pasillo. No pedí identificación.

Silencio.

La mujer empezó a llorar.

—Lo siento. No sabía.

Paula se acercó a ella.

La miró.

Durante un segundo vi en su cara la tentación de enfadarse. La tentación justa. La tentación humana de volcar en alguien el miedo que acababa de pasarle por las manos.

Pero Paula respiró.

—Gracias por decirlo.

La limpiadora parpadeó.

—¿Qué?

—Gracias por decirlo ahora.

La mujer lloró más.

—¿Tengo que declarar?

—Sí —dijo Paula—. Pero va a declarar viva, y las muestras siguen ahí.

Aquello era el cambio.

No un discurso.

No una detención.

Una mujer diciendo "yo le abrí la puerta" antes de que la culpa se pudriera en silencio.

Una enfermera joven respondiendo sin convertirla en monstruo ni absolverla.

Una orden pequeña interrumpida por una verdad pequeña.

Desde Sala Cero, Valcárcel lo vio.

—Que conste en acta.

La frase sonó casi sagrada.

Que conste.

Que no se pierda.

Que no lo tape el humo.

Que nadie diga después que no ocurrió.

El traslado de cuadernos comenzó diez minutos después.

Esta vez nadie cambió ruta.

Nadie aceptó instrucciones por radio sin confirmación presencial.

Nadie abrió una puerta sin mirar una credencial.

Nadie entregó una bolsa porque alguien dijera que tenía prisa.

La red seguía viva, pero por primera vez sus métodos empezaban a tropezar con una cosa nueva:

gente que se detenía un segundo antes de obedecer.

No parecía mucho.

Era muchísimo.

En la pantalla, las tres unidades salieron de los juzgados antiguos.

Tres cajas.

Tres rutas.

Tres actas.

Sala Cero quedaba atrás, pero no cerrada.

Intervenida.

Esa palabra me gustó más.

Cerrar era fácil.

Intervenir era quedarse.

Hugo miró las imágenes.

—¿Sabes qué es lo triste?

Damián suspiró.

—Siempre hay algo.

—Que esto debería haber sido así desde el principio.

Damián no contestó.

Mercedes sí.

—No lo fue.

Hugo la miró.

Mercedes tenía los ojos cansados, pero secos.

—Ahora que sí lo es, no lo desperdiciéis lamentando solo lo tarde que llega.

Nadie respondió.

Porque otra vez tenía razón.

La mañana ya había entrado del todo.

Una mañana gris, lluviosa, sin épica. Una mañana de hospitales, juzgados, ruedas de prensa, declaraciones y gente descubriendo que el mundo no se había terminado aunque se hubiera abierto una grieta enorme debajo.

Salvat regresó al hospital cerca del mediodía.

Traía la misma ropa, la misma cara y veinte años más encima.

Valcárcel venía con él.

Carmen también, con una carpeta bajo el brazo y la expresión de quien había peleado contra una red criminal y aun así seguía más preocupada por que nadie hubiera desayunado.

—Los cuadernos están bajo custodia —dijo Salvat.

No sonó triunfal.

Sonó agotado.

—Las copias también. Benito Sánchez ha empezado a declarar. Elena Mur ha pedido acuerdo, pero no se le ha ofrecido nada. Narbona será trasladada. Cifuentes, el director de mantenimiento y el falso operario están detenidos. Se han emitido órdenes contra varios nombres de Fondo, Puerta y Ojo.

Damián levantó la cabeza.

—¿Y J0-01?

Valcárcel contestó:

—Elías Montalvo murió, pero su cargo dejó sucesores. Los buscaremos.

—¿Y si no los encuentran todos? —preguntó Raquel.

La magistrada la miró.

—No los encontraremos todos hoy.

Raquel bajó la vista.

Valcárcel añadió:

—Pero hoy tenemos los cuadernos, las muestras, los testigos, la estructura, la fundación, el sótano, la Sala Cero y suficientes órdenes judiciales para que mucha gente duerma mal.

Hugo sonrió apenas.

—Qué frase tan bonita.

—No era estética, Latorre.

—Por eso.

Mercedes se puso de pie.

—Quiero ver a Nuria.

Carmen la miró.

—Está sedada.

—Quiero verla igual.

—No puede entrar cualquiera.

Mercedes la miró.

Carmen suspiró.

—Ya. Tú no eres cualquiera. Cinco minutos. Sin tocar cables. Sin hacerme llorar al personal.

Vera se levantó con ella.

Samuel también, pero se detuvo.

Mercedes lo vio.

—Tú también.

Samuel levantó la mirada.

—No sé si…

—Yo tampoco —dijo Mercedes—. Ven.

No era perdón.

No era familia recompuesta.

No era una escena limpia.

Era una mujer llevando a dos supervivientes a mirar a otra superviviente sin convertirla en símbolo.

Eso bastaba.

Yo no fui.

No podía.

O quizá no debía.

Me quedé con Hugo, Damián, Raquel, Irene, Lara y Marcos.

Los culpables de la primera mesa.

Los que habíamos salido.

Los que íbamos a pagar.

Damián miró a Salvat.

—¿Cuándo declaramos de nuevo?

—En cuanto los médicos lo permitan.

—No quiero esperar demasiado.

Hugo levantó un dedo.

—Como abogado, recomiendo esperar a tener capacidad de recordar tu nombre y no morir de pie.

Damián le miró.

—Como persona, necesito hablar antes de que me entren ganas de esconderme detrás de una venda.

Hugo bajó el dedo.

—Eso lo entiendo.

Raquel asintió.

—Yo también.

Irene cerró el portátil.

—Todos.

Lara miró a Marcos.

—Tú también.

Marcos cerró los ojos.

—Sí.

El silencio que siguió no fue cómodo.

Pero era nuestro.

Sin pantallas.

Sin voz.

Sin cuenta atrás.

Solo nosotros y la consecuencia.

Al fondo del pasillo, Paula volvió del laboratorio. Se detuvo junto a mí.

—Las muestras están bien.

—Bien.

Me miró las manos.

—¿Y tú?

Solté una risa pequeña.

—No sé.

—Eso también es una respuesta.
—Últimamente todas las respuestas buenas son horribles.
Paula sonrió cansada.
—Sí.
Se quedó a mi lado.
Durante un rato no hablamos.
Luego dijo:
—La limpiadora está declarando.
—¿Está bien?
—No. Pero está declarando.
Asentí.
—Esta vez sí.
Paula me miró.
No preguntó.
Entendió.
Quizá todos empezábamos a entender esa frase.
No como absolución.
Como dirección.
Esta vez sí se abre.
Esta vez sí se escucha.
Esta vez sí se firma.
Esta vez sí consta.
Esta vez sí.
Y si el final tenía que acercarse, no sería porque el juego terminara.
Sería porque por fin habíamos dejado de jugar con sus reglas.

Capítulo 34 — La declaración

Declarar no se parecía a sobrevivir.

Eso fue lo primero que pensé.

Sobrevivir era sucio, urgente, animal. Era empujar una puerta con el hombro roto. Era respirar debajo del agua. Era sangrar sobre metal. Era elegir mal, elegir tarde, elegir con miedo y aun así seguir moviendo el cuerpo porque el cuerpo, cuando quiere vivir, tiene una inteligencia muy básica y muy feroz.

Declarar era otra cosa.

Declarar era sentarse en una silla demasiado normal, frente a una mesa demasiado limpia, con una grabadora encendida, una agente tomando notas y una frase insoportable al principio de todo:

—Empiece cuando pueda.

Cuando pueda.

Como si una pudiera.

Como si hubiese un momento exacto en que una persona se sintiera preparada para sacar de dentro lo que había intentado no mirar durante años.

Yo miré mis manos vendadas sobre la mesa. Parecían manos prestadas. Manos torpes. Manos que habían callado demasiado y ahora no sabían cómo sujetar una verdad sin hacerse daño.

La agente joven estaba enfrente de mí. La misma que me había escuchado antes. Tenía ojeras. Todos las teníamos. El hospital entero parecía haber envejecido durante la noche.

—Nombre completo —dijo.

—Nadia Vidal.

—Profesión.

Tardé un segundo.

—Enfermera. O lo fui.

La agente levantó apenas la vista.

No corrigió.

No preguntó.

Escribió.

Al otro lado del cristal, en el pasillo, vi pasar a Damián en silla de ruedas, empujado por Paula porque él se negaba a admitir que necesitaba ayuda y Paula se negaba a dejar que se estrellara contra otro mueble. Detrás iba Hugo, con su pierna inmovilizada, discutiendo con un celador sobre el derecho humano al café. Más allá, Raquel e Irene esperaban su turno sentadas en un banco. No hablaban. Raquel tenía las manos juntas, Irene el portátil cerrado sobre las rodillas.

Todos íbamos a hablar.

Uno por uno.

Sin pantallas.

Sin cuentas atrás.

Sin una voz diciendo si nuestra verdad era aceptada o no.

Eso daba más miedo.

Porque esta vez nadie iba a poner una luz verde al final.

La agente activó la grabadora.

—Puede empezar por la noche del incendio de La Casa Azul.

Asentí.

Me dolió el cuello.

Me dolió respirar.

Me dolió recordar.

Pero empecé.

—Clara Beltrán llegó al hospital con intoxicación por humo, quemaduras leves y una crisis de ansiedad. Dijo que había más personas dentro del local. Dijo que las salidas estaban cerradas. Pidió que avisáramos a la policía.

La agente escribía.

Yo seguí.

—No la escuchamos como debíamos. No la escuché como debía.

La frase salió limpia.

No bonita.

No suficiente.

Limpia.

—Yo sabía que no estaba inventando. No tenía pruebas, no tenía certezas clínicas absolutas, pero sabía que una chica que acaba de salir de un incendio no pide ayuda así porque sí. Y aun así acepté la

explicación cómoda. Que estaba alterada. Que había bebido. Que había que dejarla descansar.

Tragué saliva.

—Le dije que descansara.

La agente dejó de escribir durante un segundo.

Luego siguió.

—¿Por qué no avisó?

Ahí estaba.

La pregunta.

La verdadera.

No la de Clara.

La mía.

—Porque estaba cansada. Porque era un turno horrible. Porque el médico responsable no quiso complicarlo. Porque yo no quise enfrentarme a él. Porque pensé que otra persona lo haría. Porque me convencí de que no era mi responsabilidad directa.

La voz se me rompió un poco.

No mucho.

Lo suficiente.

—Porque callar era más fácil.

La agente escribió la frase completa.

Callar era más fácil.

Ahí estaba mi etiqueta otra vez, sin cartón, sin cuerda, sin sangre.

CALLAR.

—Y después —continué—, cuando supe que Clara había muerto, seguí callando de otra forma. No falsifiqué un informe. No cobré dinero. No cerré una puerta. Pero acepté que mi silencio se mezclara con todos los demás hasta parecer nada.

Levanté la vista.

—Y no era nada.

La declaración siguió.

Preguntas.

Horarios.

Nombres.

Protocolos.

Firmas.

El médico responsable.

Silvia Narbona.

El ingreso.

Vera.

Nuria.

La llamada que nunca se hizo.

Cada respuesta era una piedra sacada de un bolsillo lleno.

Cuando terminé, la agente apagó la grabadora.

—Gracias —dijo.

La palabra volvió a parecerme absurda.

—No me las dé.

Ella me miró.

—No se las doy por lo que hizo entonces. Se las doy por lo que acaba de hacer ahora.

No supe qué responder.

Así que hice algo que estaba empezando a aprender.

No dije nada.

Al salir, Damián esperaba su turno.

Tenía la espalda vendada bajo la camiseta del hospital, las manos cubiertas de gasas y la cara de un hombre que preferiría que le abrieran otra vez las heridas a sentarse delante de una grabadora.

—¿Muy malo? —preguntó.

—Sí.

Asintió.

—Bien.

—No uses esa palabra para todo.

—Me ayuda a no vomitar.

—Entonces úsala.

Casi sonrió.

Casi.

Lo llevaron dentro.

Yo me quedé en el pasillo.

No quería escuchar su declaración.

No porque no importara.

Porque era suya.

Y porque ya había tenido demasiadas cámaras en la vida.

Pero a través del cristal le vi sentarse. Vi cómo apoyaba las manos vendadas sobre la mesa. Vi cómo bajaba la cabeza cuando le preguntaron por la puerta trasera de La Casa Azul.

Damián no lloró.

No al principio.

Habló con la mandíbula apretada, como si cada palabra tuviera que salir empujando hueso.

Después, en algún momento, levantó la mano derecha y se tapó los ojos.

Solo un segundo.

Luego siguió.

Cuando salió, no dijo nada.

Yo tampoco.

Se sentó a mi lado en silencio.

El siguiente fue Hugo.

Entró con la silla de ruedas como si fuese un acusado entrando en palacio, aunque la manta sobre las rodillas le quitaba bastante solemnidad.

—No hagas chistes —le dijo Damián.

Hugo lo miró.

—Me pides lo imposible en un día sensible.

—Haz uno y te empujo contra una pared.

—Eso ya lo hice solo hace un rato. No robes mérito.

Pero cuando se sentó frente a la grabadora, no hizo ninguno.

Ni uno.

Declaró sobre la defensa.

Sobre la duda fabricada.

Sobre los informes que había recibido y no presentó.

Sobre las contradicciones que exageró.

Sobre las sonrisas de su cliente.

Sobre Benito Sánchez.

Sobre la fundación.

Sobre cómo una verdad podía ser enterrada no solo mintiendo, sino haciendo demasiadas preguntas equivocadas.

—Yo no defendí el derecho a la duda —le oí decir, porque esta vez la puerta quedó entreabierta—. Defendí la utilidad de la duda. La usé como arma. Y Clara Beltrán estaba al otro lado.

Damián bajó la cabeza.

—Joder —murmuró.

—Sí —dije.

Hugo salió más pálido que antes.

—Necesito café.

—No.

—Era por recuperar normalidad.

—Pues empieza por beber agua.

Miró el vaso que le ofrecía Paula.

—La normalidad es una dictadura muy insípida.

Pero lo bebió.

Raquel entró después.

Irene quiso acompañarla hasta la puerta, pero Raquel negó.

—Sola.

Irene asintió.

—Vale.

Raquel se quedó un segundo frente al cristal antes de entrar.

Parecía pequeña.

No débil.

Pequeña.

Como alguien que por fin había apagado todas las pantallas que usaba para parecer más grande.

Se sentó.

Tardó en hablar.

La agente no la apuró.

Cuando por fin lo hizo, su voz llegó baja a través del cristal.

—Yo grabé a Clara Beltrán mientras pedía ayuda.

No dijo "un vídeo".

No dijo "un directo".

Dijo a Clara.

Eso era nuevo.

—Vi que subían los espectadores. Vi comentarios. Vi gente entrando. Vi números. Y durante unos minutos, esos números me

importaron más que ella.

Irene cerró los ojos en el pasillo.

Raquel siguió:

—Luego me dije que si había tanta gente mirando, alguien haría algo. Esa fue mi mentira. Porque yo también estaba mirando. Y tampoco hice nada.

Después declaró Irene.

No llevó portátil.

No llevó notas.

Se sentó con las manos vacías.

—Yo escribí una versión falsa —dijo—. No porque todos los datos fueran inventados, sino porque los ordené para que pareciera que Clara no merecía ser creída.

La agente preguntó por el editor.

Por las fuentes.

Por Hugo.

Por la presión del periódico.

Por la llamada de la defensa.

Irene respondió a todo.

Sin adornos.

Sin frases de artículo.

Sin intentar sonar inteligente.

Eso la hizo sonar mejor.

—Una mentira bien escrita sigue siendo una mentira —dijo al final.

Hugo, en el pasillo, bajó la vista.

—Eso habría sido un gran titular —murmuró.

Raquel le miró.

Él levantó las manos.

—Perdón. Viejo reflejo.

—No —dijo Irene al salir, porque lo había oído—. Esta vez tienes razón.

Hugo parpadeó.

—Hoy estáis abusando mucho de mi fragilidad emocional.

Lara declaró junto a Marcos.

No porque lo perdonara.

Porque algunos hechos estaban enredados.

Él en camilla, ella en una silla a su lado, con el brazo en cabestrillo y la mirada fija al frente.

Marcos contó su huida.

Contó que Clara le agarró.

Contó que se soltó.

Contó que corrió.

Contó que mintió.

Cada frase le dejaba menos cara.

Como si declarando fuese perdiendo las máscaras que le habían permitido vivir tres años con Lara, con su padre, consigo mismo.

Luego habló Lara.

—Yo lo vi —dijo—. Vi a Marcos salir. Vi a Clara caer. Vi a Vera en el suelo. Fui al hospital. Supe suficiente para llamar a la policía y no lo hice.

Marcos cerró los ojos.

Lara siguió:

—No protegí a Marcos por amor. Lo protegí porque no quería que mi vida se rompiera. Y esa diferencia es importante.

La agente preguntó:

—¿Por qué?

Lara miró a Marcos.

Él no la miró.

—Porque si digo que lo hice por amor, parece menos cobarde. Y no lo fue.

Cuando salieron, Marcos intentó decir algo.

—Lara…

Ella se detuvo.

—No ahora.

—Solo quería darte las gracias por quedarte.

Lara tardó en responder.

—No me he quedado. Estoy declarando.

Él asintió.

—Ya.

No pidió más.

Eso, en su caso, fue casi una forma de empezar.

Samuel declaró durante más tiempo que todos.

No porque hubiese hecho más que todos, aunque quizá sí.

Porque su culpa tenía pasillos.

Correos.

Archivos.

Nombres.

Contactos.

El primer mensaje.

La búsqueda de responsables.

La rabia.

La decisión de colaborar.

El plano parcial.

La sospecha de violencia.

La elección de no avisar.

La entrada al juego.

La silla.

La pulsera de Clara.

Vera no estuvo presente.

Mercedes tampoco.

Samuel lo pidió.

—No quiero que tenga que escucharme explicar otra vez cómo convertí a su dolor en una herramienta.

La agente lo anotó.

Cuando salió, tenía los ojos rojos y las muñecas manchadas otra vez.

Vera estaba al fondo del pasillo.

No se acercó.

Pero lo miró.

Samuel se detuvo.

—He dicho todo lo que sabía.

Vera asintió.

—Bien.

Él bajó la cabeza.

—No basta.

—Ya lo sé.

—Seguiré.

—También lo sé.

No hubo abrazo.

No hubo perdón.

No hubo música imaginaria.

Hubo dos personas de pie en un pasillo de hospital, con Clara entre ellas como una ausencia que ya no servía para golpearse, pero tampoco para reconciliarse.

Mercedes apareció después de ver a Nuria.

Venía distinta.

Más cansada, si eso era posible.

Se sentó junto a nosotros y bebió agua con las dos manos.

—Está dormida —dijo.

Nadie preguntó quién.

—Carmen dice que va a vivir.

—Si Carmen lo dice —murmuró Hugo—, la muerte hará cola.

Mercedes casi sonrió.

Solo casi.

—Nuria preguntó por Clara otra vez.

El pasillo entero se quedó quieto.

—¿Qué le dijeron? —pregunté.

Mercedes miró el vaso.

—La verdad. No entera. No de golpe. Pero la verdad.

Vera se sentó a su lado.

—Le dije que Clara salió.

Mercedes le acarició la mano.

—Y yo le dije que Clara también se quedó.

Nadie entendió al principio.

Mercedes siguió:

—En ella. En lo que hizo. En la puerta que abrió.

Me ardieron los ojos.

Hugo no hizo chistes.

Damián tampoco.

Raquel se tapó la boca con las vendas.

Irene miró al suelo.

Había verdades que no necesitaban detector.

A media tarde, la magistrada Valcárcel reunió a todos los que podíamos estar sentados sin desmayarnos.

No era una rueda de prensa.

No era todavía juicio.

No era final.

Era algo más pequeño y más firme.

Un acta conjunta.

La sala estaba llena de cansancio, policías, vendas y vasos de agua.

Valcárcel habló desde la cabecera.

—Hoy se han abierto líneas de investigación que tardarán meses, quizá años, en cerrarse. No voy a prometer justicia rápida. No existe. Y cuando existe, suele ser peligrosa.

Hugo susurró:

—Me está robando frases.

Damián le dio un codazo suave.

Valcárcel continuó:

—Pero sí puedo prometer que lo declarado hoy consta. Lo incautado consta. Lo salvado consta. Y lo que se intentó destruir también consta.

Consta.

La palabra era fea.

Administrativa.

Maravillosa.

—Las víctimas no serán expuestas —dijo la magistrada—. Las personas supervivientes serán protegidas. Los vídeos difundidos serán perseguidos. Los nombres de la lista serán verificados antes de cualquier acusación formal. La red será investigada como estructura, no como una serie de incidentes aislados.

Mercedes levantó la cabeza.

—Y Clara.

Valcárcel la miró.

—Clara Beltrán constará como denunciante no escuchada.

Mercedes cerró los ojos.

No era suficiente.

Nada lo era.

Pero era algo.
Una frase en un acta.
Una puerta abierta en papel.
—Y Nuria —dijo Vera.
—Nuria constará como superviviente y testigo protegida.
Raquel habló muy bajo:
—Y los que miramos.
Valcárcel se volvió hacia ella.
Raquel tragó saliva.
—También tiene que constar. No solo los que cobraron, firmaron, cerraron o sedaron. También los que miramos y no hicimos nada.
La magistrada la observó durante un segundo.
Después asintió.
—Constará.
Raquel bajó la mirada.
Irene le tocó la mano.
Hugo levantó la suya.
—Y los que defendimos lo indefendible con técnica jurídica.
Valcárcel lo miró.
—También.
—Lo suponía.
Damián habló sin levantar la vista.
—Y los que cerramos.
—También.
Yo añadí:
—Y los que callamos.
Valcárcel asintió.
—También.
Nadie más habló durante un rato.
Porque ahí estaba.
La lista verdadera.
No la de Juez Cero.
No la lista para exhibir culpables como trofeos.
La lista para impedir que cada uno se escondiera detrás del otro.
Miré alrededor.
Damián.

Hugo.

Raquel.

Irene.

Lara.

Marcos.

Samuel.

Vera.

Mercedes.

Paula.

Carmen, apoyada contra la pared con los brazos cruzados, fingiendo que nada de aquello le estaba tocando por dentro.

Todos agotados.

Todos vivos.

Todos distintos.

Entonces Carmen rompió el silencio.

—Bueno. Muy bonito todo. Ahora, si hemos terminado de convertir el hospital en juzgado, me gustaría recordar que aquí hay gente que necesita antibióticos, radiografías, cirugía, descanso y, en algún caso, una bofetada preventiva.

Hugo levantó la mano.

—¿Puedo elegir antibióticos?

—Tú puedes elegir callarte.

—Eso no estaba en el menú.

—Lo añado.

La risa que salió esta vez fue más clara.

No alegre.

No limpia.

Pero clara.

Y me di cuenta de que necesitábamos eso también.

No para olvidar.

Para no dejar que el horror eligiera todos los tonos de nuestra voz.

Cuando la reunión terminó, me quedé un momento junto a la ventana.

La lluvia había parado.

El cielo seguía gris, pero más alto.

Desde allí se veía una parte de la ciudad. Calles mojadas. Coches. Gente cruzando pasos de cebra. Una mujer con bolsas de supermercado. Un niño con mochila. Un autobús detenido en la esquina.

El mundo normal.

Ese que puede parecer indecente después de una noche así.

Ese que sigue.

Mercedes se acercó y se quedó a mi lado.

No dijo nada al principio.

Luego preguntó:

—¿Vas a declarar en juicio?

—Sí.

—¿Aunque te duela?

Miré mis manos.

Mis vendas.

Mi reflejo pálido en el cristal.

—Especialmente.

Mercedes asintió.

—Bien.

Esa palabra, en su boca, no era absolución.

Era una orden cumplida.

—Nadia.

—Sí.

—Cuando hables de Clara, no digas que fue valiente todo el tiempo.

La miré.

Mercedes seguía mirando por la ventana.

—Tenía miedo. Mucho. Vera me lo ha dicho. Nuria también. Clara volvió con miedo.

Tragó saliva.

—Eso importa.

—Sí.

—Porque si decís que fue valiente como si no hubiera tenido miedo, la convertís en otra cosa.

—En un símbolo.

—Sí.

Asentí.

—Diré que tuvo miedo y volvió igual.

Mercedes cerró los ojos.

—Eso sí era mi hija.

Se fue.

Yo me quedé mirando la ciudad.

Y pensé que quizá ese era el primer final posible.

No el castigo.

No la captura total.

No la reparación.

Solo una frase dicha bien.

Clara tuvo miedo y volvió igual.

La puerta estaba abierta.

El acta estaba escrita.

La red seguía.

Los juicios vendrían.

Las culpas también.

Pero aquella noche ya no les pertenecía solo a quienes habían construido el juego.

Nos pertenecía también a quienes íbamos a contarlo sin jugar.

Capítulo 35 — La última puerta

La última puerta no tenía una cuenta atrás.

No había luces rojas.

No había una voz.

No había una frase escrita en la pared, ni una cámara esperando nuestra peor versión, ni un mecanismo preparado para convertir una decisión humana en espectáculo.

Era solo una puerta.

Metálica, vieja, pesada, con restos de óxido en los bordes y una cinta policial cruzándola de lado a lado.

La puerta del sótano de La Casa Azul.

La abrieron tres días después.

No para jugar.

No para probar nada.

Para que constara.

Esa palabra empezó a gustarme demasiado para lo fea que era.

Constar.

Que algo quedara donde otros no pudieran enterrarlo con facilidad. Que una puerta abierta no dependiera de la memoria de una chica rota, ni del remordimiento de un culpable, ni de un vídeo tembloroso, ni de una madre cansada de explicar que su hija había pedido ayuda.

Aquel día llovía menos.

La ciudad seguía gris, pero ya no parecía querer tragarse el cielo. Frente a La Casa Azul había policías, técnicos, bomberos, una ambulancia, dos funcionarios judiciales y la magistrada Valcárcel con un abrigo oscuro y una carpeta bajo el brazo.

No había público.

O casi.

Un par de cámaras oficiales. Ningún directo. Ningún periodista pegando el objetivo contra una herida. Raquel se había encargado de repetir durante tres días que quien fuera a mirar estaba ayudando a la red. La frase funcionó más de lo que esperábamos.

No porque la gente hubiera aprendido de golpe.

Tampoco conviene pedir milagros a una especie que se agolpa en los accidentes.

Pero algunos se quedaron en casa.

Y ese algunos, después de todo, ya era mucho.

Yo estaba allí con muletas, las manos vendadas y la sensación de que mi cuerpo había presentado una queja formal contra mi voluntad. Damián también estaba, en silla de ruedas, con la espalda rígida y una cara de odio profundo hacia cualquier objeto con ruedas.

Hugo iba a su lado, también en silla.

—Podríamos formar una asociación —dijo—. Supervivientes con movilidad reducida y comentarios inoportunos.

—Tú serías el único socio —contestó Damián.

—Mentira. Tú tienes comentarios inoportunos, solo que los haces con menos vocabulario.

—Te voy a tirar por una alcantarilla.

—Ves. Comunicación básica, pero efectiva.

Raquel casi sonrió.

Casi.

Estaba junto a Irene, con las manos todavía cubiertas de vendas más finas. Irene llevaba una libreta cerrada. No la abrió en ningún momento. Decía que ese día no había ido a tomar notas.

Había ido a mirar bien.

Lara vino sola.

Marcos no.

Seguía ingresado, custodiado, esperando cirugía y declaración ampliada. Lara había dicho lo necesario, había firmado lo que debía firmar y se había marchado sin dramatismo. Cuando alguien le preguntó si volvería a verle, contestó:

—En el juicio.

Y nadie se atrevió a pedirle una frase más amable.

Samuel estaba unos metros atrás, acompañado por dos agentes. No esposado en ese momento, pero tampoco libre. Esa era quizá la imagen más justa para él. Vera estaba con Mercedes. No se miraban mucho con Samuel, pero tampoco se evitaban del todo. Entre ellos

había una tarea pendiente y una muerta que ya no aceptaba ser usada como excusa.

Mercedes se mantuvo de pie frente al local durante largo rato.

Miraba la fachada quemada.

La persiana ennegrecida.

El cartel viejo.

La entrada por donde Clara había salido una vez y por donde, después, había vuelto a entrar.

Nadie la apuró.

Ni siquiera Carmen.

Carmen estaba allí, claro.

No sé cómo había convencido al hospital, a la magistrada, a la policía y quizá al universo, pero estaba. Con una mochila médica, los brazos cruzados y la expresión de quien no pensaba permitir que nadie hiciera una estupidez sin supervisión.

—¿Tenías que venir? —le preguntó Hugo.

—No.

—Qué respuesta tan bonita.

—He venido porque si os dejo solos, convertís una inspección judicial en un circo con vendas.

—Eso ha sido ofensivo y, lamentablemente, razonable.

Carmen le señaló con un dedo.

—Tú no bajes al sótano.

Hugo miró su pierna inmovilizada.

—Me halaga que consideres que tengo opción.

—Con vosotros nunca se sabe.

Damián murmuró:

—Tiene razón.

Hugo le miró.

—Qué bajo has caído.

La puerta del sótano estaba detrás de la lavandería contigua, bajo la trampilla de carga. No todos bajamos. Valcárcel fue muy clara:

—Esto no es una peregrinación.

Me gustó la frase.

También me dolió.

Bajaron los técnicos, Salvat, Rivas, Carmen, Valcárcel y dos peritos. Mercedes pidió bajar.

Valcárcel la miró durante unos segundos.

—Cinco minutos. Con casco. Sin tocar nada.

—No quiero tocar nada —dijo Mercedes—. Solo quiero que no vuelva a estar cerrado sin que alguien lo mire.

Valcárcel asintió.

—Entonces baja.

Vera quiso acompañarla.

Mercedes negó.

—Tú no.

Vera se quedó helada.

—Tía…

Mercedes le acarició la cara.

—Tú ya bajaste demasiadas veces sin entrar.

Vera empezó a llorar.

No fuerte.

Casi en silencio.

Mercedes la abrazó.

—Espérame arriba.

Aquello tampoco era rechazo.

Era protección.

Vera lo entendió tarde, pero lo entendió.

Mercedes bajó.

La vimos desaparecer por la escalera con casco blanco, abrigo oscuro y una dignidad que no necesitaba permiso.

La cámara oficial mostró el sótano en una pantalla portátil colocada para nosotros.

No había música.

No había edición.

Solo luz de linternas y voces profesionales.

La puerta donde habían encontrado a Nuria seguía abierta. La manta había sido retirada y etiquetada. Las paredes estaban fotografiadas. Cada mancha, cada marca, cada arañazo tenía un número. En el suelo había señales de humedad, restos de comida, envases, una taza rota, marcas de uñas cerca de la puerta.

Mercedes se detuvo allí.

Carmen se colocó a su lado, por si el cuerpo decidía hacer lo que el alma aún no había decidido.

Mercedes no se cayó.

Tampoco lloró.

Solo miró.

—Aquí estuvo —dijo.

Nadie preguntó quién.

Nuria.

Clara.

El miedo.

Todas.

—Sí —dijo Salvat.

Mercedes respiró.

—Que conste.

Valcárcel respondió:

—Consta.

La cámara enfocó la puerta abierta.

Mercedes se acercó un paso.

No la tocó.

—Mi hija no pudo abrir esta puerta.

Silencio.

—Pero volvió igual.

Carmen bajó la cabeza.

Salvat también.

Valcárcel dejó que la frase respirara antes de decir:

—Constará en acta que Clara Beltrán regresó al local para intentar auxiliar a una persona retenida en el sótano.

Mercedes cerró los ojos.

Ahí sí.

Ahí le tembló la boca.

Porque no era justicia.

Pero era la primera vez que una frase oficial no hacía más daño.

Cuando subió, Vera la abrazó como si hubiese subido ella también de algún sitio.

Samuel se quedó inmóvil.

Mercedes le miró.

—Clara volvió por Nuria —dijo.

Samuel asintió.

—Sí.

—Tú vas a volver por los nombres que faltan.

Samuel tragó saliva.

—Sí.

Mercedes sostuvo su mirada.

—No te confundas. No es perdón.

—Lo sé.

—Es trabajo.

—Lo sé.

—Pues trabaja.

Samuel bajó la cabeza.

—Lo haré.

Damián me miró de reojo.

—Esa mujer da más miedo que todas las pruebas.

—Sí.

—Bien.

—Damián.

—Perdón. Último bien.

Hugo resopló.

—No prometas cosas que no vas a cumplir.

La reconstrucción terminó entrada la tarde.

La puerta del sótano no se cerró de inmediato. La precintaron abierta, con una estructura de seguridad y vigilancia hasta que terminaran los trabajos. Eso también lo pidió Mercedes.

—No quiero que parezca que otra vez la tapamos —dijo.

Valcárcel aceptó.

A esas alturas, creo que todos habíamos aprendido que ciertas peticiones no eran simbólicas.

Eran necesarias.

Antes de irnos, cada uno tuvo un momento raro frente a la fachada de La Casa Azul.

Damián pidió que lo acercaran a la salida trasera.

No quiso ayuda al principio.

Luego miró su silla, sus manos vendadas, su espalda rota y dijo:

—Vale. Empujadme antes de que aprenda humildad por las malas.

Paula, que había venido como apoyo sanitario, lo empujó.

La salida trasera estaba abierta, fotografiada, marcada con números amarillos. El candado oxidado estaba en una bolsa transparente.

Damián lo miró mucho tiempo.

—Qué pequeño —dijo.

Nadie respondió.

—En mi cabeza era más grande.

Paula, detrás de él, habló muy bajo:

—Las cosas pequeñas pueden hacer mucho daño.

Damián asintió.

—Sí.

Y no dijo más.

Hugo pidió ver la entrada principal.

—No sé por qué —confesó—. Supongo que por teatralidad residual.

Lo llevamos.

Miró el local, las marcas negras, la cinta policial, la puerta.

—Defendí a un hombre que sabía que esto olía a mentira —dijo.

—Sí —respondió Irene.

—Gracias por no suavizarlo.

—De nada.

Hugo se quedó callado.

Luego añadió:

—Voy a declarar contra él. Contra Benito. Contra la fundación. Contra quien haga falta.

Damián levantó una ceja.

—¿Sin cobrar?

Hugo lo miró.

—No seas vulgar.

—Era una pregunta válida.

—Sí. Sin cobrar.

—Entonces sí estás grave.

Hugo sonrió.

Esta vez no parecía un escudo.

Parecía cansancio con forma de boca.

Raquel se quedó frente al lugar desde donde había grabado su directo tres años atrás.

Lo reconoció enseguida.

—Era aquí —dijo.

Irene estaba a su lado.

—¿Quieres irte?

—No.

Raquel levantó el móvil.

Todos nos tensamos.

Ella lo notó.

—Tranquilos.

Abrió la cámara.

La apuntó al suelo.

No grabó la puerta.

No grabó la fachada.

No grabó a Mercedes.

No grabó a Vera.

Solo el asfalto mojado.

El lugar donde había estado de pie sin moverse.

Hizo una foto.

Una sola.

Luego guardó el móvil.

—Para acordarme de dónde tenía los pies cuando decidí mirar.

Irene asintió.

—Eso sí puedes guardarlo.

—Sí.

—No hace falta subirlo.

Raquel la miró.

—Lo sé.

Y por primera vez, sonó como si realmente lo supiera.

Lara no se acercó a ninguna puerta.

Se quedó mirando el edificio desde lejos.

—Yo vine aquí a salvar mi vida —dijo.

—¿Esa noche? —pregunté.

—Después. Durante tres años. Cada mentira que protegía a Marcos era una forma de mantener mi casa, mi pareja, mi futuro. Pensé que eso era salvar una vida.

Miró el local.

—Pero era solo conservar un decorado.

No dijo más.

No necesitaba.

A veces una persona empieza a irse mucho antes de dar el primer paso.

Cuando ya nos marchábamos, Carmen recibió una llamada del hospital.

Contestó con su tono habitual:

—Como alguien se haya quitado una vía por hacerse el interesante, dimito.

Escuchó.

Su cara cambió.

Todos nos quedamos quietos.

—Sí —dijo—. Díselo despacio. No le des todo de golpe. Y dile que Mercedes va para allá.

Colgó.

Vera se acercó.

—¿Nuria?

Carmen asintió.

—Ha despertado otra vez.

Mercedes dejó de respirar.

—¿Qué ha dicho?

Carmen la miró.

Por una vez, habló sin sarcasmo.

—Ha preguntado si Clara salió del sótano.

La tarde pareció cerrarse alrededor de esa pregunta.

Mercedes se apoyó en Vera.

No porque fuera a caerse.

Porque a veces incluso las madres necesitan que alguien les sostenga la verdad antes de llevarla.

—Voy —dijo.

—Te llevo —dijo Carmen.

—No hace falta.

—No he preguntado. Además, si vas sola, igual dices algo demasiado bonito y me deshidratas a media UCI.

Mercedes casi sonrió.

—Eres insoportable.

—Profesionalmente.

Se fueron.

Vera con ellas.

Samuel no.

Se quedó mirando el coche hasta que desapareció.

Después se volvió hacia nosotros.

—Nuria puede recordar más.

—Sí —dijo Salvat.

—Y eso puede dolerle más.

—Sí.

Samuel apretó las vendas de sus muñecas.

—Entonces habrá que escucharla sin usarla.

Salvat asintió.

—Eso intentaremos.

—No —dijo Samuel—. Eso haremos.

Salvat lo miró.

No corrigió.

Bien.

Esa noche nos separaron.

Por fin.

Hugo fue a traumatología.

Damián a observación.

Raquel a curas y después a una sala protegida para ampliar declaración.

Irene a declarar con el fiscal.

Lara a descansar antes de volver a declarar.

Marcos a quirófano.

Samuel a custodia.

Vera y Mercedes a UCI.

Yo volví a una habitación blanca con una ventana pequeña y una enfermera que no conocía. Me ayudó a sentarme en la cama, revisó mis vendas y me dijo que intentara dormir.

Me reí.

No fuerte.

Solo un poco.

—Perdón —dije—. Es que dormir suena ambicioso.

La enfermera sonrió con cansancio.

—Entonces cierre los ojos cinco minutos y finja.

Eso sí parecía posible.

Antes de irse, dejó una bandeja con agua, analgésicos y un vaso de café.

Café.

La miré como si acabara de entregarme una herencia.

—¿Esto es legal?

—No se lo diga a Carmen.

—Jamás.

Cuando se fue, me quedé mirando el vaso.

Pensé en Hugo y estuve a punto de llamarlo para presumir.

No lo hice.

La habitación estaba en silencio.

Un silencio normal.

Con pasos lejanos, máquinas, ruedas de camilla, murmullos en el pasillo.

No el silencio de antes de una prueba.

No el silencio de un altavoz esperando.

Silencio de hospital.

Silencio de gente intentando reparar cuerpos mientras el mundo seguía rompiendo otros.

Saqué de la mesilla una hoja que me había dado la agente para revisar mi declaración. No la leí entera. No podía.

Solo busqué una frase.

Clara Beltrán pidió ayuda y no fue escuchada.

La miré mucho rato.

Luego cogí el bolígrafo con los dedos vendados. Me costó sujetarlo. La letra salió horrible. Torcida. Dolorosa.

Debajo escribí:

Clara Beltrán tuvo miedo y volvió igual.

No era una corrección.

Era una ampliación.

Una verdad más completa.

Porque Mercedes tenía razón.

La valentía sin miedo es solo una estatua.

Clara no había sido una estatua.

Había sido una chica.

Una chica con humo en los pulmones, terror en el cuerpo y suficiente amor, rabia o terquedad como para volver a bajar por una puerta que otros habíamos dejado cerrada.

Apoyé el bolígrafo.

Cerré los ojos.

Y por primera vez desde que desperté con una etiqueta al cuello, no escuché la voz.

Escuché lluvia.

Lejana.

Suave.

Lluvia de verdad.

Sin instrucciones.

Sin cuenta atrás.

Sin nadie diciéndome qué elegir.

Al día siguiente empezarían los abogados, los jueces, los titulares, las declaraciones, las acusaciones, las defensas, los intentos de algunos por negar, suavizar, comprar, corregir, embarrar. La red no iba a caer en una noche. Algunas puertas volverían a intentar cerrarse. Algunas personas volverían a decir que no sabían.

Pero ya no era el mismo silencio.

Había actas.

Había nombres.

Había muestras.

Había cuadernos.

Había testigos.

Había una puerta abierta en La Casa Azul.

Y había una frase que nadie podría volver a enterrar del todo:

Clara pidió ayuda.
Esta vez, aunque tarde, alguien había contestado.

Epílogo

El juicio no empezó con una frase perfecta.

Eso fue lo primero que me tranquilizó.

No hubo un titular limpio, ni una música invisible, ni una sala llena de gente conteniendo la respiración como si la justicia fuese un truco de magia a punto de salir de una chistera.

Empezó con retraso.

Con papeles.

Con un funcionario buscando una carpeta que estaba en la mesa equivocada.

Con Hugo murmurando que la justicia española tenía más suspense administrativo que criminal.

Con Damián diciéndole que se callara.

Con Carmen, sentada dos filas más atrás, amenazando con echarlos a ambos de la sala si seguían comportándose como dos pacientes sin medicar.

La sala de vistas olía a madera, café malo y nervios.

No a sangre.

No a humo.

No a agua estancada.

Eso ya era una victoria pequeña.

Habían pasado nueve meses.

Nueve meses de declaraciones, informes, ruedas de reconocimiento, pruebas periciales, reconstrucciones, detenciones, filtraciones controladas, filtraciones no tan controladas, intentos de desacreditar a testigos, titulares indecentes y otros, pocos, que al menos intentaron no convertir el horror en espectáculo.

La red no cayó entera.

Eso conviene decirlo desde el principio, porque las historias bonitas mienten cuando pretenden cerrar con una sola sentencia lo que la realidad tardó años en pudrir.

Cayeron cargos.

Cayeron nodos.

Cayeron nombres que antes sonaban a respeto y después empezaron a sonar a cerradura.

Benito Sánchez.

Silvia Narbona.

Elena Mur.

Álvaro Cifuentes.

Julián Vera.

Pablo Ortega.

Teodoro Ledesma.

Otros.

Muchos otros.

Algunos intentaron negociar.

Algunos lloraron.

Algunos dijeron que solo habían obedecido.

A esa frase, con el tiempo, empezaron a llamarla en prensa "la defensa de la orden pequeña".

No sé quién inventó el nombre.

Probablemente Irene.

Ella lo negó con una elegancia culpable.

Raquel nunca volvió a subir un vídeo.

No al principio.

Luego, meses después, abrió un canal distinto. Sin rostros de víctimas. Sin escenas de dolor. Sin directos junto a ambulancias. Lo llamó Bajar la mirada.

El primer episodio duró tres minutos.

Solo se veía una silla vacía.

Raquel habló fuera de cámara.

—No todo lo que puede mostrarse debe mostrarse.

Tuvo pocas visualizaciones.

Ella dijo que era su mejor dato.

Hugo declaró durante cuatro horas.

No hizo ni un chiste delante del tribunal.

Eso fue tan grave que Damián, al salir, le preguntó si necesitaba un médico.

—He madurado —dijo Hugo.

—No exageres.

—He madurado un poco.

—Eso sí.

Damián declaró después.

Llevaba una camisa que le quedaba demasiado formal y las manos todavía marcadas por cicatrices. Cuando le preguntaron por la salida trasera, no dijo que seguía órdenes.

Dijo:

—Yo cerré la puerta.

Nada más.

Nada menos.

Lara declaró sin mirar a Marcos.

Marcos declaró mirando al suelo.

Samuel declaró con una serenidad rota. No pidió perdón en la sala. No hizo discursos. Entregó correos, nombres, rutas, archivos, sospechas y todas las piezas que había recopilado durante años con más rabia que inteligencia.

Vera no le perdonó.

Tampoco le negó la mirada.

A veces, en los pasillos, hablaban de Clara.

Poco.

Despacio.

Como quien toca una herida que aún no sabe si está cerrando o aprendiendo a doler de otra forma.

Nuria declaró a puerta cerrada.

Nadie difundió su imagen.

Hubo quien intentó hacerlo.

Hubo denuncias.

Hubo multas.

Hubo un periodista que perdió el trabajo y aún tuvo la desfachatez de decir que era censura.

Carmen dijo que censura era lo que le habría hecho ella con una grapadora si la hubieran dejado cinco minutos a solas.

No la dejaron.

Por suerte para él.

Mercedes fue la última en declarar aquella primera semana.

Entró despacio.

No parecía fuerte.

Me gustó eso.

Estoy cansada de que a las madres rotas las llamen fuertes solo para no tener que mirar cuánto pesan sus pedazos.

Mercedes estaba cansada.

Dolida.

Enfadada.

Viva.

Cuando le preguntaron qué quería que constara sobre Clara, levantó la cabeza.

—Que tuvo miedo —dijo—. Y volvió igual.

Yo cerré los ojos.

A mi lado, Vera empezó a llorar en silencio.

Samuel bajó la cabeza.

Damián apretó los puños.

Hugo no dijo nada.

Raquel tampoco.

Irene escribió la frase en una libreta y luego la tachó.

No porque no sirviera.

Porque no le pertenecía.

Cuando llegó mi turno, caminé hasta el estrado sin muletas.

Cojeaba un poco.

Mis manos ya no estaban vendadas, pero las cicatrices seguían ahí, finas, tirantes, como recordatorios escritos con mala letra.

Me pidieron que dijera mi nombre.

—Nadia Vidal.

Me pidieron que contara lo ocurrido.

Y lo conté.

La noche del incendio.

La llegada de Clara.

Mi silencio.

El juego.

Esteban.

El túnel.

La carretera.

El hospital.

El sótano.

Sala Cero.

La puerta abierta.

No conté todo con belleza.

No hacía falta.

La belleza, allí, habría sido una falta de respeto si se usaba para tapar algo.

Al final, la fiscal me preguntó:

—¿Qué habría cambiado si aquella noche hubiese avisado a la policía?

No respondí enseguida.

Porque esa pregunta llevaba nueve meses viviendo conmigo.

En mi cama.

En la ducha.

En las cicatrices.

En los silencios.

—No lo sé —dije.

La sala quedó quieta.

—No sé si Clara habría vivido. No sé si Nuria habría salido antes. No sé si la red habría caído. No sé si alguien me habría creído.

Respiré.

—Pero sé que habría existido una puerta más abierta. Y no la abrí.

La fiscal no preguntó más.

Al salir, Mercedes me esperaba en el pasillo.

Durante un segundo pensé que iba a decir algo amable.

No lo hizo.

Gracias a Dios.

—Ha estado bien —dijo.

La miré.

—¿Bien?

—No bonito. Bien.

Asentí.

—Entonces me vale.

Mercedes me tocó el brazo.

Solo un segundo.

No fue perdón.

No lo pedí.

No lo esperaba.

Fue contacto humano.

Después de todo, quizá eso ya era muchísimo.

Meses más tarde, La Casa Azul dejó de llamarse así.

No porque alguien quisiera limpiar el nombre.

Porque el nombre ya no importaba.

El edificio fue derribado con autorización judicial después de terminar todas las pericias. Durante unos días hubo debates sobre qué hacer con el solar. Un memorial. Un centro de apoyo. Un archivo público. Un jardín.

Mercedes fue quien zanjó la discusión.

—Un lugar donde se escuche antes de poner placas.

Al final, el proyecto quedó en marcha.

Lento.

Con presupuestos.

Con discusiones.

Con burocracia.

Con Carmen quejándose de que, si todo iba a tardar tanto, ella misma plantaría los árboles "a tortazos".

El día que retiraron la última cinta policial, fuimos algunos.

No todos.

Hugo llevó café para todos, porque dijo que la reparación simbólica sin cafeína era propaganda.

Damián aceptó uno.

—Está malo.

—Lo elegí en tu honor.

—Capullo.

—También.

Raquel no grabó nada.

Irene tampoco escribió.

Lara pasó unos minutos y se fue sin despedirse demasiado. Decía que estaba aprendiendo a marcharse antes de convertirse en estatua.

Samuel dejó una pulsera roja sobre una piedra.

Vera la vio.

No la quitó.

Mercedes dejó una taza.

Una taza blanca, pequeña, con el asa rota.

—Clara dejaba tazas por toda la casa —dijo.

Nadie preguntó más.

Nuria no vino.

Carmen dijo que todavía no estaba preparada y que, además, nadie tenía derecho a medir su recuperación con calendario ajeno.

Sí envió una nota.

La leyó Mercedes, con la voz temblándole solo al principio.

Clara volvió por mí.

Yo salí tarde.

Pero salí.

Gracias por abrir la puerta.

Nadie habló durante mucho rato.

La ciudad siguió detrás de nosotros.

Coches.

Gente.

Un perro ladrando.

Un repartidor aparcando mal.

El mundo normal, torpe e indecente, haciendo lo único que sabe hacer incluso después del horror:

seguir.

Miré el solar vacío.

Pensé en la primera sala.

En la etiqueta al cuello.

En el agua.

En el horno.

En Esteban.

En la carretera.

En las pantallas.

En la voz.

En todas las veces que alguien nos obligó a elegir entre una persona y una prueba, entre un cuerpo y un archivo, entre mirar y actuar.

Y pensé que quizá la única victoria posible era esa:

no haber ganado el juego.

Haberlo dejado sin reglas.

Hugo se acercó a mi lado.

—¿Estás pensando algo profundo?

—Sí.

—Qué envidia. Yo estoy pensando que este café es incluso peor de lo que recordaba.

—Lo has comprado tú.

—Por eso me duele más.

Damián apareció al otro lado.

—¿Vamos?

Miré a Mercedes.

Estaba con Vera, un poco más allá. Samuel se había quedado a una distancia prudente. Raquel e Irene hablaban con Carmen. Paula reía por algo que Carmen acababa de decir. Una risa limpia, breve, sin culpa añadida.

—Sí —dije—. Vamos.

Antes de irme, miré una vez más el solar.

No había puerta.

No había sótano.

No había cartel.

Solo tierra removida y un cielo gris empezando a abrirse.

La lluvia había dejado de caer hacía rato.

Y por primera vez, eso no me pareció una amenaza.

Me pareció silencio.

Silencio de verdad.

Sin instrucciones.

Sin cuenta atrás.

Sin nadie esperando que eligiéramos mal.

Clara pidió ayuda.

Tardamos demasiado.

Pero al final, aunque tarde, aunque rotos, aunque culpables, aunque sin derecho a sentirnos héroes, alguien contestó.

Esta vez sí.

Agradecimientos

Hay libros que se escriben con una idea.

Otros, con una herida.

El juego de los culpables nació de una pregunta incómoda: ¿qué ocurre cuando una persona descubre que sobrevivir no la convierte automáticamente en inocente?

Quiero agradecer, ante todo, a quienes han acompañado esta historia desde sus primeras versiones, cuando todavía era apenas una sala cerrada, unas pruebas imposibles y un grupo de desconocidos intentando no morir. Gracias por cada lectura, cada comentario, cada duda y cada señal de alarma. A veces una novela también necesita que alguien le diga cuándo se está desviando, cuándo se está volviendo demasiado abstracta o cuándo debe volver al cuerpo, al miedo, a la sangre y a la respiración.

Gracias a quienes entienden que el terror no siempre está en el monstruo que aparece al fondo del pasillo, sino en la puerta que alguien decide no abrir. En la llamada que alguien deja en espera. En el vídeo que alguien graba. En el informe que alguien retira. En esa pequeña orden obedecida sin pensar demasiado.

También quiero agradecer a los lectores que se atrevan a entrar en estas páginas. No es una historia cómoda. No pretende serlo. Aquí hay dolor, culpa, supervivencia, violencia, humor negro y esa clase de verdad que no absuelve, pero al menos obliga a mirar de frente.

Si has llegado hasta aquí, gracias por no apartar la mirada cuando importaba.

Y, sobre todo, gracias por recordar que a veces la última puerta no se abre con fuerza, sino con una frase sencilla:

Esta vez sí.

Dorian Leblanc